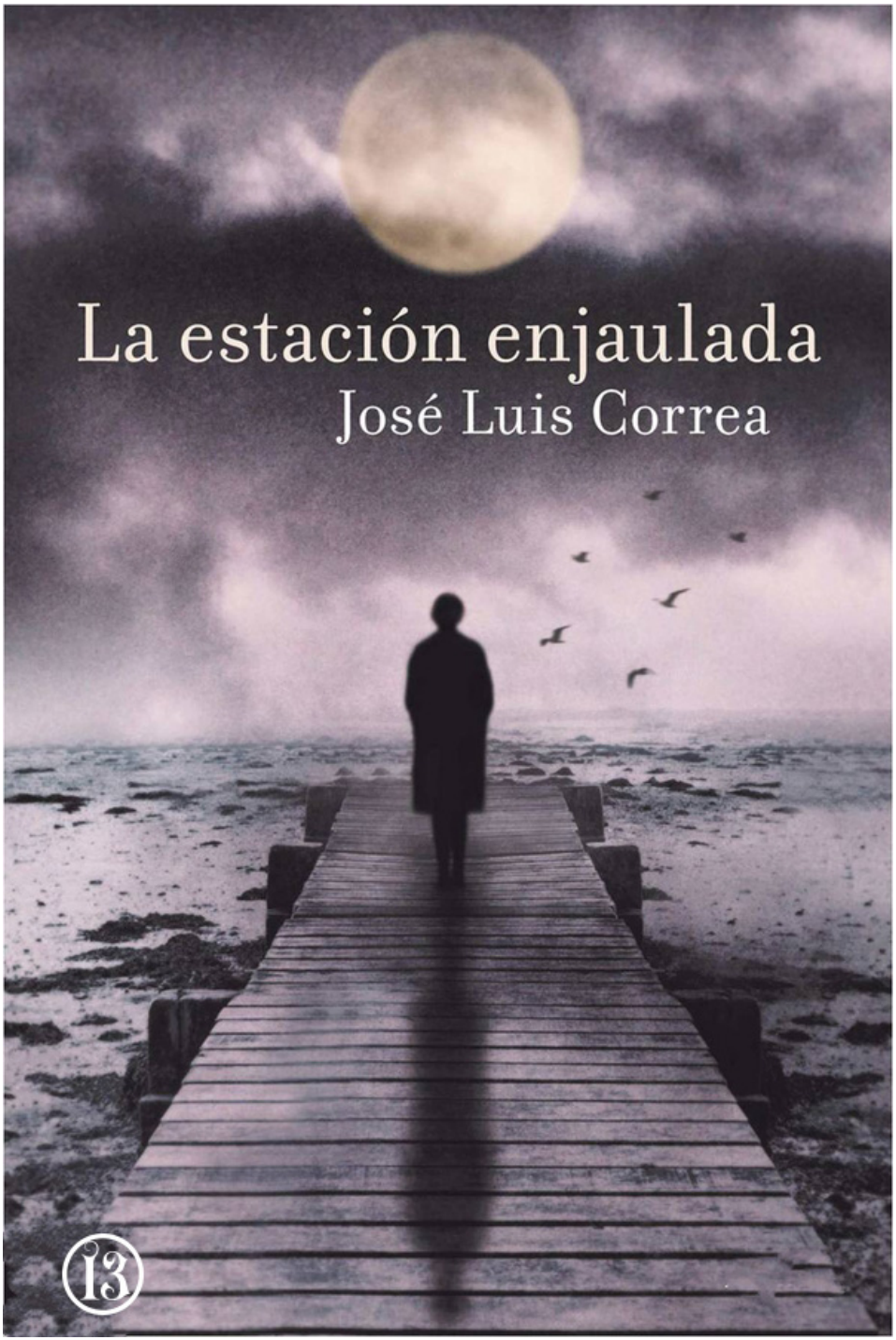

La estación enjaulada
José Luis Correa
13

La paz y el equilibrio de un pueblo de pescadores se resquebrajan con el asesinato de una joven irlandesa que pasa sus vacaciones en la isla. El hallazgo del cadáver atormenta a la dueña de un hostal, Diana Solís, que no se atrevió a hacer una llamada a la Guardia Civil y decide ponerse en contacto con un detective, antiguo amor de juventud, para desentrañar el caso. La decimotercera entrega de la saga Ricardo Blanco supone otra vuelta de tuerca en la producción literaria del autor grancanario. Aquí Correa se adentra en el oscuro mundo de las sectas, un mundo tenebroso con personajes siniestros, intenciones aviesas, ausencia de escrúpulos que se apilan en una novela que estremece y abruma, todo situado en los albores de una pandemia y un confinamiento a las puertas. Los seguidores de la serie del detective Ricardo Blanco se encontrarán con un personaje más hondo y reflexivo, más cercano a Maigret que nunca. El lenguaje, los giros, la riqueza verbal, la tendencia al refrán y a la socarronería resultarán reconocibles en el imaginario de José Luis Correa.

José Luis Correa

La estación enjaulada

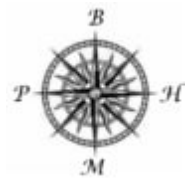
Ricardo Blanco
13

INSURGENTES

Título original: *La estación enjaulada*
José Luis Correa, 2023

-

Revisión: 1.0



03/02/2023

A Pedro Fuertes,
el hombre que me enseñó a amar los libros

I
UN CUERPO SALE A FLOTE

La señora contemplaba, desde la ventana, la delicada línea del malecón. Su mirada se detuvo primero en lo que parecía ser una boya, a unos metros del risco de Los Berrazales. Le sorprendió el color encarnado de la burbuja, centelleante a la luz del mediodía. Más acá, un muchacho lanzaba la caña al agua y recogía con mimo el sedal. Un ciclista llevaba un perrillo atado al manillar, el pobre animal parecía exhausto, con la lengua acartonada y el ánimo renqueante. Una pareja de viejos andaba de la mano.

Antes de llegar al final del rompeolas, todos los personajes se difuminaron en el reflejo del cristal y un rostro demacrado —ojos aguamarina, nariz filuda, sonrisa ausente— la escudriñó desde la ventana. La señora sintió una nostalgia indefinible, la cicatriz de una pérdida dolorosa. ¿Adónde se había ido la chiquilla que fue, aquella que soñaba con comerse la vida a dentelladas?

Para escapar de esa amarga sensación, buscó de nuevo, ansiosa e instintivamente, la boya rojiza en las faldas del risco. Ya no había nada. El mar se exhibía como un plato. La señora regresó a la alcoba, abrió un libro por la página marcada con un cordoncito color marrón y se sentó a leer. No pensó más en ello. Llegó incluso a dudar si no habría sido un espejismo. Hasta que leyó en el periódico del lunes la noticia fugaz de la desaparición de una muchacha.

Se llamaba Lynn O'Malley y era irlandesa. Estaba en la isla de vacaciones. Sus padres, demasiado derrengados para acompañarla, le permitieron viajar con su hermana mayor. Según declaraba la hermana, Siobhan, rota por la pena, la pobre Lynn jamás había

salido del condado de Cork, ojalá se hubieran quedado en casa. En la foto del periódico parecía una niña, tal vez porque la habían tomado del pasaporte y allí Lynn aún no habría cumplido los dieciocho. Tenía la cara salpicada de pecas muy graciosas, unos correctores dentales de color perla y una sonrisa ingenua y luminosa. Sin embargo, el cabello irradiaba pasión, con ese pelirrojo fulgurante que a la señora le devolvió la imagen de la baliza.

Siguió leyendo la crónica. Aludían a la ropa que llevaba la joven la última vez que la vieron: un peto color rosa, una camiseta azul sin mangas, unas zapatillas de deporte rojas con tres líneas blancas. Sin tatuajes ni marcas de identificación, solo las pecas y una ajorca de plata con estrellas y lunas colgantes. El primer impulso de la señora fue el de levantar el teléfono y llamar al cuartelillo, pero ¿qué iba a decirles a los guardias? ¿Qué le había parecido ver un cuerpo flotando en el mar? ¿Desde la ventana de su habitación? ¿A una distancia de trescientos metros? ¿Ella, una mujer que necesitaba gafas para leer? No. Habrá sido una boya, le responderían. O una ilusión óptica. O un sueño. La Guardia Civil no podía seguir tantas pistas sin fundamento.

La señora se iba a arrepentir toda la vida de no haber realizado aquella llamada.

El martes, 3 de marzo, uno de los pesqueros, el Consuelito, había salido a faenar al alba. Iban en busca de lo de siempre: sardinas, jureles, viejas, samas. No habían recorrido más de media milla cuando, al doblar el cabo del Roque, el marinero que obraba de vigía se fijó en un bulto que el oleaje había empujado contra el farallón. Al principio pensó en un pedazo de madera, no en vano a aquellas costas arribaban cayucos con pilas de africanos que huían de la quema desde el principio de los tiempos. Pero a la tabla le nacieron de pronto dos brazos y dos piernas y una cabeza coronada por un cabello fueguino y enmarañado. Subieron al barco con un garfio lo que peces y rocas habían dejado del cuerpo, envolvieron el bulto en una lona y lo bajaron a la bodega.

La pesca había acabado.

Atracaron en la primera muesca del muelle que encontraron

libre. Bajaron el cadáver y lo cargaron entre dos, sobre una camilla destartalada, hasta la comandancia. A pesar del estado que presentaba el cuerpo no cupo duda de que se trataba de Lynn O'Malley, la irlandesita desaparecida. Además del cabello, la delataron los correctores dentales, trozos del peto rosa y una de las zapatillas.

Si el patrón del Consuelito había pensado regresar a la mar esa mañana, el guardia de turno le quitó pronto la idea de la cabeza. Deberían aguardar la llegada de un juez, un médico forense y el sargento. Y después responder a un montón de preguntas para el informe. Así que mejor que se pusieran cómodos en la sala de espera. El guardia les llevaría unos cruasanes y café para desayunar.

Ocurrió que desayunaron, almorzaron y hasta merendaron en el cuartelillo de la Guardia Civil. No había otra, por culpa de un accidente de tráfico en las medianías. El conductor de un turismo que iba a toda mecha se despistó con las señales en un cruce y acabó debajo de un camión cisterna. En el coche viajaban cuatro personas, dos parejas de excursionistas, a las que tardarían cinco horas largas en excarcelar. Así que, cuando avisaron del descubrimiento del cadáver de Lynn, nadie se dio prisa: aún quedaba gente por rescatar en el cruce; por la irlandesa ya no podía hacerse nada.

Comenzaba a anochecer cuando un sargento ancho y con bigote y un forense flacucho de ojos lacios llegaron al cuartel. Venían empapados, con las perneras de los pantalones y los zapatos llenos de barro. Uno de los pescadores miró por la ventana al cielo de la isla, que aparecía limpio y raso. El forense, Ignacio Santa Ana, lo sacó de dudas. Su aspecto desastrado nada tenía que ver con el tiempo, sino con la carga del camión que acabó desparramándose en el lugar del accidente. En veinte minutos se había vaciado la cuba sobre el turismo y el asfalto, lo que dificultó el rescate.

Un caos.

Llegó un momento en que no se distinguían los gritos de auxilio de quien estaba a punto de morir aplastado por el peso de los hierros de los del que se ahogaba por la correntera de agua del camión cisterna. Al final se llevaron a dos al hospital, una mujer y un hombre, y a dos a la morgue de la capital, un hombre y una mujer. Un miembro de cada pareja logró salvarse. El sargento

Quevedo y Santa Ana habían venido discutiendo por el camino si eso era mejor o peor que no que muriera una pareja y se salvara la otra. No lograron ponerse de acuerdo, en cuestión de ausencias nunca hay nada escrito.

En el cuartelillo reinaba un ambiente de cansancio y malestar. Habían llevado el cadáver a la lonja del pescado, el único lugar con cámara frigorífica, para evitar que el cuerpo siguiera descomponiéndose. El juez se retrasaba. Por si fuera poco, se había metido una humedad chinchosa que no ayudaba a serenar los ánimos.

El calor también mortificaba en la pensión de la calle Galdós. Con las ventanas abiertas de par en par y un pequeño ventilador eléctrico sobre la mesa camilla, la señora intentaba calmar el sofoco. No dejaba de pensar en la muchacha irlandesa. Se sentía culpable, como si ella hubiese podido evitar la muerte de la chiquilla. Su parte racional le decía que no, que Lynn O'Malley llevaba impresa la marca de la bruma y una llamada de teléfono no habría cambiado su sino. Pero nadie le iba a quitar el sabor a ceniza de la boca por no haberse atrevido a avisar a la Guardia Civil.

Y es que Diana Solís tenía ese temple enredado, esa mixtura de luces y sombras desde que era niña. Podría decirse que ahora, a punto de cumplir los sesenta, se le habían acentuado las contradicciones. Se sirvió un té de jazmín y se sentó en el sillón de orejas en el que vivía la vida de otros a través de las novelas. A veces, se dejaba acompañar por la televisión o por una radio a pilas que llevaba a todas partes. Pero lo suyo eran los libros: de amores imposibles, de crímenes perversos, de aventuras fantásticas. Libros y libros en tres idiomas —el inglés para la aventura; el francés para los crímenes; el español para los amores— que la mujer devoraba con arrebato.

La luz de una lámpara estilo Tiffany borronea con sus colores tibios las páginas de *Le pendu de Saint-Pholien*, de Simenon. El comisario Maigret viaja en tren por Alemania y un tipo con nombre ficticio se pega un tiro en el cielo de la boca en una habitación de hotel. Diana Solís no consigue evitar erizarse ante las similitudes del cuarto descrito en la novela con el suyo propio de la pensión

Galdós, suerte que ella no guarda ningún arma en las gavetas de sus muebles viejos. Un rayo de luna se cuela por el ventanal y se posa en el brazo del sillón de orejas.

La señora abandona la lectura sobre la mesa, se desprende de sus gafas de montura marrón y se dirige a la ventana. La noche de un marzo recién nacido anima su magua. De repente se ha acordado de un viejo conocido de la época de universidad: un tipo con una mirada franca, un andar desgarbado y un oficio estrambótico.

II
EL REENCUENTRO

Llevaba años sin saber de ella y me costó un triunfo reconocerla.

Inés tenía aquel jueves el día libre y Gervasio me había dicho no sé qué de acompañar a su mujer al médico. El timbre del telefonillo sonó y pensé en el cartero que traía alguna factura. A punto estuve de hacerme el sueco, pero algo me dijo que debía contestar. Por encima del ruido de la calle, de los gritos de una vendedora de lotería, del rebato lastimoso de una trompeta, la mujer pronunció mi nombre como quien lanza una oración al fuego. Sí. Ricardo Blanco al aparato.

La invité a subir.

La advertí de que no había ascensor.

La esperé en el rellano.

Sus pasos sonaban aturdidos, los de alguien que no está seguro del fregado en el que va a meterse. Cuando llegó al último tramo, miró arriba y se detuvo. Durante un segundo pensé que iba a dar media vuelta y a marcharse por donde había venido. Abrí los brazos y le sonreí. Ella, tras meditarlo, siguió subiendo sin dejar de observarme. Sentí sus ojos aguamarina como sentiría los dedos de un ciego palpando las facciones de mi rostro. Al llegar al último escalón, ladeó la cabeza igual que un pájaro y sonrió de un modo melancólico.

Mientras me contaba su historia, pensé en la última vez que Diana Solís y yo nos habíamos visto. Para mí que nos habíamos despedido con un beso, pero me fue imposible distinguir el sabor. Seguía teniendo ese aire triste, esa fina pátina de dama de las camelias. De pronto, sobrevoló la estancia una bandada de

recuerdos vagos. ¿Seguía adorando a Dickens? Cada vez más. ¿Seguía durmiendo con la radio encendida? Siempre. ¿Seguía pintando niños y columpios? Ya no. Hacía tiempo que había comprendido que no tenía talento.

Ninguno de los dos sabía muy bien qué hacía allí, tal vez por eso dedicamos la primera media hora a ponernos al día en nuestras vidas, que tenían más cosas en común de lo que nos habría gustado reconocer. Ella, después de dar tumbos en distintos colegios como profesora de idiomas, heredó de una tía soltera —Aurora Villalobos, una mujer solemne que se reía de todo, pero para dentro— una casona en un pueblo de pescadores, y la había convertido en un hostal.

No. No llegaba a hotel, tan solo una pensión para dar cobijo a visitantes de fin de semana y algún que otro veraneante. Lo comido por lo servido. Había contratado a una mujer del pueblo, una viuda que necesitaba el trabajo, para que llevara la recepción, y a un pinche de cocina. Diana, entre tanto, habitaba la buhardilla y se dedicaba a vivir de las rentas, a oír la radio, a leer, a pasear.

En sus ojos se dibujó una decepción.

Se había casado hacía un millón de años, pero la cosa no llegó a cuajar. Duró poco y acabó sin tragedias ni rencores, simplemente dejaron de reírse juntos y decidieron seguir caminos separados. Había leído en alguna parte que quien abandona a una pareja por nadie da un paso más definitivo que quien la deja por otro. El suyo, pues, fue el paso más definitivo que había dado en la vida. Por suerte no hubo hijos que les recordaran el descalabro de su matrimonio. ¿Feliz? La señora pensaba que la felicidad era una entelequia.

Preparé café y serví unas galletas de canela a las que mi secretaria nos había hecho adictos. Diana se sorprendió de lo ricas que estaban, tenía que apuntar la marca para que la viuda las sirviera en los desayunos de su hostalito. Pero no había venido para hablar de galletas, ¿verdad? Por supuesto que no. Había venido a reparar un error irreparable. Ya. Sonaba a contrasentido, pero tal vez no lo fuera. Me contó la historia de una boya que no era una boya, de una desaparición que no era una desaparición y de una irlandesa que ya no era nada. Un galimatías que se basaba en meras sospechas y premoniciones, por eso no había acudido a la Guardia

Civil.

Tal vez a mí me pareciera una bobada, pero quería averiguar lo que le había ocurrido a Lynn O'Malley. Necesitaba saberlo. Que yo lo llamara curiosidad, liberación o sentido de culpa, lo mismo le daba que le daba lo mismo. El caso es que se había aferrado a una utopía y ahora solo le quedaba mantener la fe del carbonero en mí.

Diana Solís se acabó el café y dejó la taza y el plato sobre la bandeja. Cruzó los dedos, cerró los ojos, suspiró. La muerte era una mierda o una bendición, según se mirara. Su madre, igual que una vela, se había apagado un sábado de abril a los ochenta años, después de ocho de penurias y olvido. Sobre todo, de olvido. Empezó por no recordar dónde había dejado las gafas y al final no recordaba ni cómo respirar. Diana se despidió de ella cada semana de cada mes de cada uno de aquellos ocho años. Le decía adiós los viernes con la convicción de que sería la última vez y el siguiente lunes volvía a estrellarse contra sus ojos claros y perdidos en la habitación de la residencia. Al final sufrieron tanto las dos que, cuando la llamaron aquel sábado para decirle que su madre se había ido del todo, respiró aliviada.

Pero lo de aquella muchacha irlandesa era una verdadera cabronada. Nadie debería morir a los dieciocho. Nadie. Yo debía disculparla, pero aquella chiquilla podía haber sido la hija que jamás tuvo, cualquiera de aquellas niñas que pintaba remándose en un parque o jugando a la soga, y le dolía en el alma no haber descolgado el teléfono. Por no pasar un minuto de vergüenza, se había condenado a veinte años de reproches. ¿Podía ayudarla?

A ella sí.

A quien ya no podía ayudar era a la irlandesita. Otra mierda también. A mí se me habían vedado las bendiciones, aún aguardaba el día en que alguien me viniera a buscar para evitar una muerte y no para explicarla. ¿Cómo un historiador? Ajá. Era una buena definición para lo que yo hacía. Ricardo Blanco, necrólogo.

En aquellos momentos no tenía ningún caso entre manos y la mujer que compartía mi vida andaba de viaje con sus hijos, así que bien podría pasar unos cuantos días en su pueblo de pescadores. ¿En su hostal? ¿Por qué no? De ese modo la tendría al tanto, durante el desayuno, de mis averiguaciones. Lo descontaríamos de mi sueldo. A lo peor tendría que pagarle yo a ella cuando todo

acabase. La señora negó con la cabeza. Ni hablar.

Como mucho, estaríamos en paz.

Llegamos a media tarde de aquel jueves.

El pueblo de Diana no estaba acostumbrado a ser el foco de tanto bullicio. En apenas dos días se había llenado de cámaras y micrófonos, de periodistas y gacetilleros, de chismosos y *paparazzi*. Había un olor a alga marina y asfalto quemado que impregnaba paredes, muebles, ropa y piel. Los lugareños parecían convivir bien con ello, pero para un forastero resultaba antipático. Hasta rezar por una lluvia fresca que lo inundara todo. El hostal de la calle Galdós sonaba a lo que deberían haber sonado los barcos antiguos. Revestido de madera de arriba abajo, no había tabla del suelo que no crujiese ni peldaño de escalera que no se quejase. Ni siquiera una sobrecubierta de alfombras y moquetas lograba ahogar los gemidos interminables de la casona.

La recepcionista, una mujer menuda y vivaracha que caminaba a saltitos y se apartaba a cada poco el pelo de la cara, me recibió con alborozo. Tenía pinta de cualquier cosa menos de viuda. Vestía un vaquero deshilachado y una camiseta con la imagen, entre ingenua y sensual, de Marilyn. A pesar de vivir en un pueblo del sur, el tono de su piel era blanquísimo, tanto que las venas parecían hilvanadas en los brazos. Me estaba esperando. Mi habitación ya estaba lista. No obstante, me escudriñó con extrañeza, como si hubiese estado aguardando a otra persona distinta, tal vez más joven, quizá más enérgica, sin duda más recia. ¿De veras aquel viejo desmañado iba a resolver la muerte de la irlandesita?

En lugar de una magnética, me tendió una llave de acero, grande y pesada, con el número 101 cincelado en negro. Aunque supuso que la señora ya me habría informado, me notificó el horario de las comidas. Luego, sin abandonar en ningún momento la cortesía, me observó subir las escaleras como si calculara en qué escalón traicionero iba a darme un talegazo.

La habitación, con las ventanas abiertas de par en par, ofrecía vistas al puerto y a un pequeño faro abandonado, alrededor del cual las aves revoloteaban en busca de su carroña diaria. A lo lejos, titilaban unas montañas surcadas por la cicatriz de un viejo

incendio. De día, el ruido de la calle apagaba todo sonido, pero supuse que al llegar la noche se encumbraría un arrorró de olas. El cuarto no era gran cosa: una cama de cuerpo y medio, una mesilla de noche revestida de mármol, un ropero de dos puertas de espejo y un escritorio con una silla pensada para un niño. Sobre el escritorio, en la pared azul cielo, alguien había colgado un pergamino enmarcado con una greguería de Gómez de la Serna, *La leche es el agua vestida de novia*.

Al lado del ropero, una puerta daba al baño, un cuarto con todas las piezas apretujadas: el lavamanos descollaba entre un retrete y un bidé minúsculos. Un agobiante plato de ducha con mampara de plástico completaba el escenario.

Deshice la maleta en un minuto. Coloqué la ropa interior en las estanterías del armario, colgué las camisas y los pantalones en unas perchas grandes de madera, me llevé el neceser al baño y lo dejé sobre un bidé que al fin y al cabo no tenía intención de usar. Rompí el precinto del jabón y me lavé la cara y las manos. Cuando abrí los ojos, entendí la mirada de la viuda al verme aparecer por su hostalito.

Quería dar un paseo por el pueblo aprovechando el par de horas de luz de las que aún disponía. La encargada ya no estaba en su garita, así que tiré la llavota al buzón. De algún lugar del hostal me llegó un olor a papas y cebolla fritas, una embriagadora sensación de regreso a la infancia. En la calle, dos operarios arreglaban una farola cercados por un aquelarre de cables y herramientas.

La luz amarillenta de marzo anticipaba la primavera.

El pueblo, de calles angostas y empedradas, tenía un trazado simple y reconocible. Había dos caminos en forma de medialuna paralelos a la costa y pequeñas callejuelas que los cruzaban hasta el mar. Por el camino, casas terreras con macetas alongadas al viento, tiestos llenos de geranios mustios que nadie parecía haber regado nunca o que tal vez regaban demasiado. Y una solemne soledad de alberca.

Una iglesia y una plazuela con dos bares y una barbería venían a ser el centro de todo. Los bares andaban enfrentados no solo porque uno y otro estuvieran situados a ambos flancos de la plaza, sino porque pertenecían a dos familias que se odiaban desde los años de la conquista. Como en todas aquellas refriegas familiares, nadie

recordaba ya de dónde venía el resentimiento, cuándo se originó ni a asunto de qué un tatarabuelo se levantó en armas contra el del otro clan. Pero el rencor se mantenía firme como la torre de la parroquia. La barbería era terreno neutral o, si bien se miraba, tan arriesgado para los Lujanes como para los Mendozas. La familia de barberos, oriundos de Madeira, se daban tan poca maña con la navaja que igual despellejaban las orejas de unos que las de otros.

A don Samuel, el cura párroco, le llamaban el Equilibrista por las cabriolas que se veía obligado a hacer para contentar a ambos bandos. Con el nombre —y la cólera— de Dios siempre en la boca, a fuerza de mano izquierda y de decirle a cada uno lo que quería oír, había logrado que en los últimos tiempos la guerra se quedase en pura fanfarria, fuegos de artificio que apenas amagaban en carnavales. Por su parte, los alcaldes se iban alternando con cierta armonía a fin de mantener la concordia en un pueblo propenso a la algarada. Y a un Mendoza solía sucederle un Luján, con lo que se lograba salvaguardar la simetría.

A raíz de la muerte de Lynn O'Malley, no obstante, se había instalado un ánimo de panza de burro que podía notarse en las miradas huidizas de la gente, en sus conversaciones a media voz, en el silencio hosco que inundaba las calles. Se trataba de un pueblo envejecido que solo revivía en los veranos. Acostumbrado a guerras, reclusiones y hambrunas, había visto lo mismo grandes secas que grandes remojadas y creía en las maldiciones con igual pasión que en la buenaventura.

Elegí uno de los bares, el de los Luján, para echarme la primera cerveza de aquel caso. Había dos hombres acodados en la barra y tres sentados a una mesa jugando a la baraja. Y un zumbido de moscas. Un viejo alimentaba con avidez la máquina tragaperras, mientras el borracho de turno se lanzaba a capela con voz aguardentosa. *Volver ¿para qué?, ¿para sentir otra vez que se desboca tu ausencia, dormida en mis venas, bordada en mi piel? Para que duela tu ausencia, entonces a qué volver*. Ya que hay que aguantar a un majadero, al menos que tenga gusto para las canciones.

Pedí una caña en la barra y fui a tomármela a la mesa del fondo, junto a una vitrina repleta de fotografías y trofeos de fulbito, petanca y hasta submarinismo, que habían ganado los Luján desde mil novecientos cincuenta y nueve, año glorioso de la revolución de

los barbudos. La foto mítica del Che Guevara, con boina, puro y esa mirada carente de ternura, presidía el altar laico. Por lo que pude colegir, la familia hacía gala de su rojerío, frente a los fachas de los Mendoza. Ahora comprendía al bardo borracho, *La magia ya se ha perdido, ¿quién la pudiera encender? Si la tierra ya no es tierra, entonces a qué volver*. El tabernero, un tipo escuálido y greñudo, se acercó a traerme un plato de manises con los que bajar el trago.

El hombre venía con ganas de cháchara. Y el tema de conversación era últimamente siempre el mismo desde que los pescadores sacaron del agua el cadáver de la chiquilla del pelo rojo. El melenudo quería saber mi opinión sobre el asunto. Pareció decepcionarle mi respuesta. Y es que yo no tenía opinión aún. A las opiniones les sucede lo que al rabo de buey: necesitan su maceración. Que la salsa ligue, que la carne se vaya reblandeciendo, que el hueso se desprenda del pernil. Yo no había ni empezado a calentar el caldero.

Él sí.

Él podía descifrarme aquel jeroglífico con los ojos cerrados y una mano a la espalda. A Lynn O'Malley la había matado uno de los Mendoza, Fabito, un tarambana de veinte años con mirada de loco al que le entusiasmaba la bronca. Fabito —Luján pronunció su nombre como si chupara un limón— había abusado de la pobre chica y, luego, la había tirado al mar, que es lo que solían hacer todos los pordioseros de esa familia con quienes no eran de su cuerda desde el treinta y nueve, cuando se pusieron de parte del tirano. Si no llega la democracia a este país, lo habrían seguido haciendo a su antojo. Estaba escrito en su ADN. Y en el escudo de armas, si esos bastardos hubiesen tenido algo parecido. *Vindicta et Proditione*. Venganza y traición.

Interrumpió la arenga un tañido de campanas que tocaban a muerto. El hombre me miró mirar la calle y se encogió de hombros. La desgracia de un pueblo como aquel es que los funerales abundan más que los bautizos. Y si, encima, comenzaban a morirse niñas de dieciocho años, apaga y vámonos. Eso sí, por el finado no debía yo preocuparme en absoluto. Se llamaba Pancho Morales y había vivido mucho y bien.

Un espíritu *desinquieto* el del tal Pancho. Poeta, labriego, redactor de noticias, traductor, librero. Lo mismo te vendía una

mano de plátanos que un tratado de filosofía. Había sido también puntal del equipo de lucha, auxiliar de notaría y sindicalista, cuando serlo significaba jugarte el culo. Si la felicidad en la vejez es, como dicen, tener buena salud y mala memoria, el tipo por el que repicaban las campanas había sido el más feliz del mundo. Seguro que ya estaría en el cielo. ¿Creyente el mesonero? Boh. *Una vez asomados al abismo solo toca decidir si Dios existe*.

Permanecí mudo. El único modo de escuchar algo cuando todo es ruido —las campanas de la iglesia, la timba de subastado, la máquina tragaperras— es forzar el silencio. Pareció surtir efecto. Los tañidos cesaron, el mesonero volvió a su cubil y el jugador se quedó sin perras para seguir apostando. Hasta los de la timba quedaron con las cartas en la mano, admirados de la repentina quietud, sin atreverse a envidar. La calma duró apenas cinco, diez segundos, pero bastaron para que yo asimilara lo que había dicho el dueño del garito sobre la muerte y Dios. Entonces volvieron el ruido y algo de furia también. Uno de los jugadores cometió un error y su compañero estuvo a un tris de pegarle fuego al misterio.

La muerte y Dios.

En eso apareció por la puerta un rostro amigo. Diana me andaba buscando y supuso que estaría en uno de los bares. No. No me estaba llamando borracho, tan solo imaginaba que era en un sitio así donde más información podía obtenerse. Lo había intentado primero en el de enfrente, pero ¿ya me había dicho que no siempre atinaba a la primera? Después de saludar a la parroquia y preguntar al bodeguero por la familia, pidió una cerveza sin filtrar y se sentó a mi vera. Miró los manises y arrugó la nariz, pero no dijo nada. Lo que quería saber era qué me parecía su pueblo.

No tan distinto de los otros pueblos marineros de la isla. Blanco y azul. Piedra de lava. Arena negra. Gente curtida por el sol y el orín del mar. ¿Eso era bueno o malo? Ni una cosa ni otra. Era lo que era. Y no. No se trataba de cinismo, yo no me consideraba un cínico. Pasaba que aún no tenía opinión ni sobre el pueblo ni sobre nada. Menos que nada, sobre la muerte de la irlandesita. ¿La primera impresión? A mí no me valía la primera impresión. Yo necesitaba muchas para formarme una idea sobre algo o sobre alguien. Lo único que podía afirmar era que las cosas en aquel lugar tenían el desconcierto de un balón de *rugby*, que no sabes qué

dirección va a tomar después del primer bote.

Por lo pronto, si Diana insistía en una respuesta y a falta de otros argumentos, yo le estaba dando vueltas al calor, a la humedad pegajosa y al viento. Ajá. Las tres patas del taburete de ordeñar la muerte. No sabía si exageraban, pero las estadísticas decían que aquella era tierra de suicidios. Y, cuando la locura aprieta, tanto da dirigir el arma hacia uno mismo que hacia una muchacha irlandesa. ¿Muerta a tiros? No, mujer. Era una forma de hablar. Aún no tenía ni idea de la causa de la muerte de Lynn O'Malley. Ni siquiera el forense lo habría averiguado a esas alturas. Una autopsia necesita su tiempo. ¿Podíamos hacerle una visita ahora? No. Lo llamaríamos al día siguiente. Antes nos esperaba otra cerveza en el bar del enemigo. En un caso como aquel, convenía ponerle una vela al Diablo y otra a Dios.

III
CUATRO PUÑALADAS

Había algo de reverberación en la segunda taberna, la otra cara de una moneda herrumbrada por los años. Desde algún lugar llegaba un canto de arrebato sensual, *En lo vida conocí mujer igual a la foca, coral negro de La Habana, tremendísima mulata*. En la mesa jugaban al dominó en vez de a las cartas. El anaquel de los trofeos estaba presidido por una virgen negra con un niño y una bandera española, ni rastro del Che Guevara. El tabernero, un hombre distante con la mirada tensa como cuerda de violín, exhibía unos modales refinados en exceso. Y las cervezas se acompañaban de aceitunas, los manises eran cosa de pobres.

De no haberme acompañado Diana Solís, me habría sido imposible sacarle nada al tipo de detrás de la barra. Pero Blas Mendoza había sido novio de una prima de la señora, mucho más joven que ella. Recalcó lo de mucho más joven para justificar la notable diferencia de edad con el dueño del bar: Blas aún no había cumplido los cuarenta, aunque su seriedad lo avejentaba. Cuando se acercó a traer las bebidas, Diana le pidió el parte. ¿Qué había de nuevo en el barrio? Blas Mendoza recogió la pregunta a su manera altiva y arrogante. En el barrio no sabía, pero el virus chino parecía estar llegando a todas partes. ¿El virus chino? Sí. Ese del que rajaba todo el mundo. El del tipo que se comió un murciélago y, antes de digerirlo, ya había contagiado a medio pueblo. Ni se sabía cuántos muertos llevaban contados ya.

A Diana la respuesta la desconcertó. ¿Lo decía en serio Blas? El hombre nos miró. A él que lo registraran, pero en la radio no paraban de hablar de una pandemia bien jodida. Y cuando el río sonaba… Bueno, ya. Pero ella se refería a la historia de la irlandesa, que nos atañía más que la del murciélago. Mendoza hizo un gesto

de indiferencia. Nos tocaría más de cerca, pero igualmente se alimentaba de rumores y chismes. Un par de periodistas de la capital se habían pasado por allí en la mañana y tampoco es que supieran mucho.

Sí. Debían pagarles una mierda porque no pasaron de un café con leche. ¿Preguntones? Claro. Los periodistas vivían de preguntar. Sin embargo, él no tenía mucho que decirles. Se había enterado de lo de la muchacha muerta como todos, en la plaza del mercado. La dueña de la pescadería era la mujer del patrón del Consuelito y, claro, allí no se hablaba de otra cosa.

Blas Mendoza no les arrendaba la ganancia a los investigadores. Tal y como encontraron el cuerpo de la muchacha iba a serles difícil averiguar cómo había muerto. Una tarea laboriosa, sí. Y la escena de Siobhan O'Malley doblada de espanto sobre el cadáver azul de su hermana pequeña había sido sobrecogedora. Eso, desde luego, nos lo contaba a nosotros; a los periodistas que les dieran por culo. A nosotros, que no íbamos a mercadear con el dolor ajeno. A nosotros, que teníamos pinta de buena gente. A nosotros, que nos gastábamos las perras en su bar como Dios manda, con unas cervezas y unas aceitunas y no con café con leche.

Pues decían en el mercado que la hermana lloró sobre el cadáver. Que hicieron falta tres hombres para separarla del velador donde habían colocado el cuerpo de Lynn. Que sus lágrimas resultaron tan amargas que hubieran podido borrarle las pecas a la chiquilla. Luego le dieron algo a la mujer para calmarla y la enviaron al hotel donde se hospedaba. Exacto. El Gran Hotel. Una grandilocuente mariconada lo del nombre, carajo. Si era el único hotel del pueblo.

Mendoza me miró a los ojos. Hablaba con un ácido desencanto, De veras, amigo, los mentideros hierven; ¿conoce el dicho de pueblo pequeño, infierno grande?; pues este es el infierno más grande y ruidoso del archipiélago; si se da una vuelta por ahí, va a escuchar las leyendas más descabelladas sobre la muerte de O'Malley; nadie parece creer en un accidente, cuando es la opción más natural; porque la mar es una cabrona y el viento, su sicario; eso cualquiera podrá decírselo, amigo: el océano es una bestia traicionera y ladina que se enrabieta con facilidad, en un instante te contempla calmado y, al siguiente, lanza un rugido de furia y te

traga enterito; ni recuerdo la legión de ahogados en estas puñeteras costas; ¿y usted cree que se habla de un ahogamiento?; ni de coña; aquí nos gusta un chisme más que comer con los dedos.

Diana asintió y le dio las gracias al bodeguero. Lo observó mientras volvía a su puesto tras la barra. Bajó la voz. Coincidía con Blas en que aquel era un pueblo atravesado, el lugar de la isla al que más tarde llegó la luz eléctrica. Que aún sufría restricciones de agua potable y albergaba zonas adonde todavía no llegaba la conexión a Internet. Pero que no la malinterpretase yo. Adoraba aquel rincón del mundo. A pesar de todo, no querría vivir en otro sitio. No obstante, tenía que reconocer que aquella gente parecía ser feliz solo cuando era desdichada. Hombres y mujeres que se sentían en su salsa a media hora del Apocalipsis.

Diana Solís recordó una lección que había aprendido con las monjitas de la caridad, antes de los móviles, el Facebook y los jodidos selfies. La parábola de un joven monje que fue a contarle a su maestro un comadreo oído en la calle. El maestro, serio e inexpresivo, le formuló tres preguntas a su discípulo: ¿Sabes si la noticia es cierta?, ¿repetirla te hace mejor?, ¿beneficia a alguien que la difundas por ahí? No. No. Y no. Pues entonces qué demonios me vas a contar.

Si la gente se hiciera esas preguntas antes de propagar el fuego de una mentira, todo sería más fácil. Diana —también eso teníamos en común— no comprendía el mundo en el que vivíamos ahora. El doble de complicado y la mitad de auténtico. A mí tampoco me hacían muy feliz los bulos, pero en mi oficio a veces resultaban útiles. ¿Por qué? Porque si vacías la escopeta contra un muro, una de las balas acabará atinando al lagarto.

Ya.

Su parábola era mejor que la mía.

El bar de los Mendoza no tenía máquina tragaperras, pero sí televisor. Colgada en una esquina de la pared, como una canasta de baloncesto, la pantalla escupía imágenes en bucle. Alguien le había quitado el sonido. Tanto va el cántaro a la fuente que, de pronto, el faldón de una noticia atinó al lagarto. No con una bala, sino con cuatro puñaladas. Cuatro. Eso afirmaba el sargento de la Guardia Civil encargado del caso O'Malley. O eso le había dicho el forense al sargento de la Guardia Civil encargado del caso O'Malley. Cuatro

puñaladas que le asestaron a la irlandesa antes de que la tiraran al mar que, nunca mejor dicho, era el morir.

Cuando salimos del segundo bar, ya de noche cerrada, el cielo se veía salpicado de estrellas. Había refrescado algo. Diana se echó sobre los hombros una rebeca de punto que llevaba en el bolso. No obstante, lejos de amilanarse, propuso dar un paseo por el malecón, que, a esas horas, dormitaba en calma. A mi amiga le encantaba bajar al embarcadero después de anochecer. ¿Un lugar seguro? Hacía dos días me habría respondido que sí, que se trataba del lugar más seguro del mundo. Ahora, después del crimen, parecía una broma macabra.

¿Debía ella mirarlo con perspectiva? Y tanto. Hablábamos del primer crimen en cuánto, ¿quince, veinte años? No podía convertir el suyo en un pueblo maldito. Ya. Pero ocurría que la perspectiva necesita tiempo y ella no lo tenía: llevaba prisa por resolver el enigma de la pelirroja; le dolían aquellas cuatro puñaladas. Ocurría que la perspectiva exige distancia y ella se sentía muy cerca de la irlandesa: su cuerpo era ya una prolongación del de Lynn O'Malley; las unía un hilo invisible de causalidad. Porque ocurría también que a la perspectiva le gusta el orden y ella se encontraba en un puro caos: la cabeza le dictaba que no había sido la causante de la muerte de la chiquilla; el corazón, en cambio, brincaba como un alazán desbocado de remordimiento.

La marea, amante indecisa, llegaba al malecón, besaba sus confines y se volvía atrás tímidamente. Diana Solís se sentó en el muro de piedra, de cara al horizonte. Ante una oscuridad solo quebrada por la luz de algún barco en la lejanía, cerró los ojos con una sencillez que tenía algo de trágico. Para empaparse de tantas sensaciones: del olor a sal, de la brisa marina, del murmullo liviano de las olas.

Rompió su silencio de convento para preguntar con un hilo de voz si Lynn O'Malley habría sufrido mucho.

—Esa es la pregunta del millón cuando alguien muere de esa forma, Diana. Todos quieren saberlo. Lo malo es que no hay nadie que pueda responderla. No te mortifiques con eso.

—Es que me mata pensar en su dolor. ¿Crees que habrá sido consciente de que se moría?

—Con un puñal de por medio es difícil aventurarlo. Tal vez

murió tras el primer navajazo. Quizá perdió el conocimiento pronto. Puede que se desvaneciera, como en un sueño.

—Una pesadilla más bien. Joder, qué muerte tan inútil.

—A eso no puedo contestar. Para verle utilidad a la muerte, hay que tener mucha fe. Y yo no la tengo.

—Un hombre que no cree en nada.

—Creo en el mar. Creo en la memoria. Y creo en que todos moriremos un día. Las tres emes.

—El mar, la memoria y la muerte.

—Exacto. ¿Te acuerdas de Colacho Arteaga?

—¿Y ese quién es?

—Mi abuelo. No conocí a nadie con más fe que él. Hablaba con Dios como con un compadre. Nada de arrodillarse, nada de plegarias ni confesiones ni milongas. Le cantaba las cuarenta cuando algo lo reconcomía y le daba las gracias cuando algo lo hacía feliz. Y lo hacía mirando al mar, igual que tú ahora.

—¿Y la memoria?

—Nadie muere del todo hasta que no lo olvidamos. ¿Qué quieres? Eso de ser recordado me asusta un poco, debe ser porque no he tenido hijos ni he escrito un libro ni he plantado un mísero árbol. Dentro de un tiempo seré solo polvo en el viento.

—Caramba con el que no tenía fe.

Como dictan los cánones en un pueblo pesquero, de cena daban sopa de marisco y cherne al cilantro. La señora me invitó, además, a un vino blanco de León que acababa de llegarle y que quería probar. El caldo se dejaba querer, tal vez algo afrutado pero cariñoso. Noté que el comedor iba a juego con las habitaciones: pequeño, cuadrado, con ocho mesas chiquitas y una alacena de madera en la que se guardaban los cubiertos y la vajilla. En las paredes, dos marinas enormes y un viejo carillón que atrasaba diez minutos. Un balcón y dos ventanales simulaban la nariz y los ojos de un rostro sigiloso.

Cenamos solos. Acababan de hacerlo unos clientes de Renania que, entre risas, volvían a su cuarto a ver la tele o a follar o a beberse hasta el agua de la palangana. Diana se alimentaba igual que un pajarillo, picoteando el plato con pereza. Nunca había sido

de grandes comilonas y ahora encima, con la conciencia empantanada, le costaba tragar bocado. ¿Dormir? Tampoco dormía mucho últimamente. Pero no se quejaba. Al contrario: así podía acabar algunas lecturas que tenía entre manos.

Sí.

Algunas.

Ella podía leer varios libros a la vez, algo que a mí siempre me resultó un embrollo. ¿No se le mezclaban los personajes? Qué va. Solía elegir historias diferentes para que cada uno se mantuviera en su realidad sin peligro de contaminación. Los sospechosos de un crimen perverso no querían tratos con enamorados que se buscaban detrás de cada esquina. Y Julio César los contemplaba a todos desde la atalaya del monte Palatino mientras decidía cómo invadir las Galias. La señora prometió prestarme un libro, lo iba a necesitar la primera noche. No era fácil dormir con el eco de las olas de fondo. Hasta que no me acostumbrara, aquel runrún se me metería en la cabeza y cuando quisiera darme cuenta ya habría amanecido. Entonces no sabía lo premonitorio de su advertencia.

Una vez cenados, Diana Solís se levantó a la despensa en busca de una botella de ron Arehucas de dieciocho años, los mismos que Lynn O'Malley, que guardaba para clientes especiales. Por descontado. Yo era el más especial que había tenido, desde que un pianista aficionado al *jazz* y a la marihuana se alojó allí a principios de siglo. Volvió con la bebida y dos vasos de cristal esmerilado. Sirvió el ron, lanzó un suspiro al aire y propuso brindar por Lynn, para que descubriéramos pronto lo que le había ocurrido. Alcé la copa sin demasiada convicción. Lo que le había ocurrido a la irlandesa ya lo había descubierto el forense.

Cuatro puñaladas eran mucha rabia para desestimarlas. Eso sí, al menos descartábamos el suicidio. Además, una irlandesa con ganas de morir se habría bebido media botella de güisqui, le habría hecho un corte de mangas al universo y se habría pegado un tiro. La señora sintió un escalofrío. Ni siquiera el ron lograba calmar su pena. Cuatro puñaladas. ¿No hubiera bastado con una?

Dependía. Es verdad que una sola podía matar, pero cuatro aseguraban el tiro. Sin embargo, lo que a mí me descorazonaba era la saña. Al asesino no pareció bastarle con matar a la chiquilla. Pretendía destruirla. Desde luego que la muerte era suficiente

destrucción, pero hay quien no se contenta con eso. Diana volvió a estremecerse. Aquello le sonaba a venganza, a furia ciega, a un odio macerado desde hacía mucho tiempo.

Un odio viejo.

Exacto.

Y, en cambio, Lynn O'Malley solo llevaba unos días en la isla. No podía haberse granjeado enemigos mortales tan pronto. Me entraron ganas de fumar. Diana Solís se apiadó de mi debilidad. Por los viejos tiempos y los pianistas marihuanados. Me pidió que aguardara un minuto, salió del comedor y regresó con un cenicero de cristal y una noticia: ya no quedaba nadie por cenar esa noche; disponíamos del salón para nosotros solos. Abrió de par en par las dos ventanas y el balcón. Sugerí que nos mudáramos de mesa, a una donde el humo y el olor se disiparan antes.

Tras encender el puro y servirme otra copa, volví sobre su última reflexión, lo del odio viejo. Tenía mucho sentido lo que la señora había apuntado. Mucho. Y eso nos llevaba a otras preguntas: ¿habría más irlandeses en la pensión?; ¿y en el pueblo?; ¿qué tal se llevaba Diana con los dueños del Gran Hotel?

Ya había dicho que en el hostal solo estábamos nosotros y los alemanes, que llevaban viniendo en primavera desde no recordaba cuándo. Para el domingo esperaban a una pareja que iba a pasar cuatro días en el pueblo. Tan solo alojamiento. Sin desayuno. Solía ocurrir con gente que pretendía ocupar sus vacaciones en pescar, hacer submarinismo o visitar la isla. Partían al amanecer y solo regresaban a la pensión para dormir.

La buena noticia era que, aunque a los dueños del Gran Hotel no los había visto nunca, el director, Celso Navarro, era un viejo amigo. No como yo, claro. Pero se conocían desde hacía muchos años y ninguno de los dos se hacía mala sangre con lo de la competencia. ¿Qué competencia podía haber, con un hotel de cuarenta habitaciones, piscina y sauna frente a una fonda de siete cuartos cuyos techos rechinaban de dentera cada vez que llovía? No. Celso y ella se tenían la suficiente confianza para levantar el teléfono y preguntarse el uno al otro por sus huéspedes.

Mientras Diana buscaba el número de Navarro en el móvil, intenté interpretar el sentido de aquel *No como tú, claro*. ¿Qué me hacía a mí especial? ¿Dónde estaba la diferencia? Algo se me estaba

escapando. Y la cosa es que no me atrevía a preguntarle, chiquita mierda de pregunta sería. Si no recordaba que estuvimos a un beso del precipicio, malo. Si no recordaba haber pasado cuatro noches juntos, peor. Para alguien que exaltaba la memoria, estaba quedando yo a la mismísima altura del betún.

A pesar de la hora, Celso Navarro atendió a la llamada al segundo timbrazo. La señora lo saludó. Se alegraba de oírlo, ¿qué tal estaban todos por allí? Fue respondiendo con una voz melosa que se encontraba bien, que su negocio iba tirando, echando días para atrás y capeando el temporal como siempre. Y también que cuánto tiempo que no se veían, ya ni se acordaba de la última vez, que sí, que tenían que ponerle remedio pronto, no sea que lo del virus fuese en serio. Qué guineo con el virus. Tanto escándalo por un murciélago.

Diana siguió de largo para preguntar al director del Gran Hotel cómo llevaba lo del asesinato de la irlandesa. Mal, claro, cómo iba a llevarlo. Pero no estaba ni medio bien lamentarse, peor parada había salido la muerta. Eso por no hablar de aquella pobre mujer, la hermana, que no lograba levantar cabeza.

Llegué a pensar que nunca abordaría el asunto que nos interesaba. La señora me hizo un gesto con la mano pidiéndome paciencia, hombre, qué prisa había. Se acercó a los labios su copa de ron. Chasqueó la lengua. Coqueteó con el móvil. Le doró la píldora a Navarro un poco más. Entonces se interesó por los otros huéspedes, ¿había más irlandeses, además de la hermana de O'Malley, alojados en el Gran Hotel? Ah. Un grupo de treinta jubilados italianos y una veintena de pibes llegados de Extremadura en un viaje de estudios. Entendía. ¿El ochenta por ciento de las camas? Caramba. Una suerte a esas alturas del año.

La señora se despidió de su viejo amigo, no tan viejo o no tan amigo como yo, con el compromiso de verse muy pronto. ¿Una cena? ¿Invitaba él? Se dijo. Chao. Besos. Cuando guardó el teléfono en el bolso, Diana tiró de socarronería, Este huevo quiere sal.

Cuando el carillón que atrasaba diez minutos daba las once, llegó la recepcionista a despedirse. ¿Necesitábamos algo más? No. Celeste podía marcharse a descansar, que se lo tenía bien merecido.

La señora recogería las mesas y cerraría el comedor. Celeste se había soltado el cabello y llevaba el bolso colgado al hombro. La pregunta de si necesitábamos algo era, pues, retórica. Imaginé que la costumbre allí sería que la última en salir apagase la luz.

La viuda vestía un ajustado pantalón de licra color chocolate y una sudadera beis de cremallera. Regó el salón con un olor penetrante a pachulí. Sus uñas lucían pintadas de un tono diferente cada una, desde el verde limón hasta el magenta. Hablaba más con las manos que con la boca, y sus dedos, mientras jugaban a subirse y bajarse la cremallera, se comprometieron a volver a las siete para el desayuno de los alemanes. Cuando se fue, cerró la puerta como si alentara la esperanza de que Diana y yo nos desarretáramos sobre cualquiera de las mesas del comedor. Mi anfitriona lo notó también y meneó la cabeza, Cree el ladrón que somos todos de su condición.

—¿Son cosas mías o Celeste es muy joven para ser viuda?

—No, Ricardo, no son cosas tuyas. Es muy joven. En un pueblo marinero las mujeres enviudan pronto. Lo dijo Blas Mendoza y es una verdad como un castillo: aquí hay más familias rotas por el océano que por los cuernos.

—¿Se casó con un pescador?

—¿Con quién, si no? En el pueblo todos viven del mar. O pescan peces o los venden o los cocinan.

—Vaya. Es que, cuando me contaste que una viuda te ayudaba en la pensión, pensé en una abuela con bigote, vestida de negro hasta las enaguas, a la que se le pelaron las rodillas de tanto rezar. Vine con la idea de toparme en la recepción con Bernarda Alba.

—Espero que estés de broma, m'ijo, porque si no es que eres más viejo que la lepra. Ya nadie guarda luto por un marido muerto. Y menos que nadie Celeste. Acaba de cumplir los treinta y no es diferente de las demás muchachas de su edad. ¿Te fijaste en lo que hacía con la cremallera? Quería que vieras bien lo que guardaba en la alcancía.

—Carajo, estoy bueno yo para pararme en eso.

—Ella espera que sí. Ya tendrás ocasión de comprobarlo. ¿Sabes que se estilan los señores mayores? Créeme: a las chicas de ahora hay que echarles un galgo.

—Lo imagino.

—No. Te aseguro que no lo imaginas.

IV
INSOMNIO

Aquella noche no hubo rincón de la cama que aliviara mi insomnio. Di más vueltas que un trompo intentando conciliar el sueño, pero, tal como había vaticinado Diana, no logré pegar ojo. El murmullo de las olas, lejos de servir de nana, se convirtió en una gota malaya, un grifo lejano y pejiguera que no me dejó dormir. Intenté el recurso de contar los golpes de marea como si fueran ovejas, pero deserté pronto. En lugar de serenarme, el recuento me desesperaba.

La primera luz del viernes me agarró sentado frente a la ventana. En algún momento de la noche, había acercado la sillita del escritorio y me había echado por encima una manta de lana para guarecerme de la tarosada. Tal vez llegué a dormirme unos minutos, porque me dolía el cuello y sentía los ojos cuajados. Cuando los abrí, al risco de Los Berrazales le había florecido un bigote rojizo y un cielo azul se estaba desperezando. Marzo desplegaba sus velas y yo noté el aroma de la primavera.

Las campanas de la iglesia dieron los cuartos. Una bandada de pájaros cruzó el horizonte. Vi zarpar dos barcazas en cuyas cubiertas varios hombres desplegaban las redes. Supuse que una de ellas sería el Consuelito, el pesquero que había hallado el cuerpo de la muchacha.

La vida continuaba.

Me costó Dios y ayuda ducharme en aquel cubículo tan estrecho. La tarea de enjabonarse frisaba el contorsionismo. Y el ímpetu caprichoso del agua, a veces un hilván y otras un rebencazo, no ayudó en la tarea. Para remate de la puñeta, la toalla rascaba como

papel de lija.

Cuando bajé a desayunar, me hice con un periódico que hallé en el revistero a la entrada del salón. Los alemanes ya se encontraban en el comedor. La mujer —soñolienta, delgada, gafas gruesas de carey y cara de pasar frío siempre— se había servido un bol con toda la fruta que encontró a mano, en tanto que el hombre —robusto, una barba cuadrada de color gris, un amplio bigote prusiano y mofletes sonrosados— daba cuenta de dos huevos fritos con beicon y salchicha, sobre los que había sembrado un cucharón de esas judías dulces que tanto tientan a los extranjeros. Les di los buenos días en inglés y me senté a la mesa que habíamos ocupado Diana y yo la noche anterior, junto al balcón abierto. El cielo estaba limpio de nubes y una brisa serena hacía temblar las copas de los árboles.

Aún olía algo a tabaco.

El hostal se regía por un sistema de autoservicio, con una barra larga llena de quesos, embutidos, frutos secos, yogures. Un carrito de heladero mostraba un surtido de frutas frescas: manzanas, peras, kiwis, plátanos. En una esquina había una máquina de café y otra de zumos. En la otra, una tostadora de pan. Me serví varias tazas de café negro, un zumo de naranja que sabía a polvos y fui incapaz de terminar, y una tostada con aceite y tomate. El periódico remachaba las noticias de siempre: un gobierno incapaz, una oposición incompetente, un juicio interminable por corrupción, la fotografía de un grupo de africanos envueltos en mantas que habían llegado a la isla en una vieja patera destartalada. A esas, se le añadía un reportaje sobre el dichoso virus de la China, que ya empezaba a colonizar Europa.

En mitad de este batiburrillo, la muerte de Lynn O'Malley ocupaba una página y media e incluía una entrevista al delegado del gobierno. Al tipo no le había hecho gracia que se filtrara la historia de las cuatro puñaladas, ya era bastante bárbara la narración de un crimen como para encima apencar con el ensañamiento.

El autor de la crónica buscaba explicaciones al descalabro de la irlandesa: la falta de seguridad en las calles, la juventud desarretada, los tiempos inciertos que vivíamos, el alcohol sin mesura. Sin embargo, nada de eso habría podido requebrar a

cuchilladas a la muchacha. El causante estaba por ahí suelto y su mano no la habían guiado los malos tiempos ni los jóvenes locos ni la ausencia de policía en la calle. Y desde luego el alcohol no justificaba su rabia, como mucho le habría infundido el valor para asir el puñal. Aquel pueblo no era diferente de los demás. En él habitaban la bondad y la maldad, el amor y la muerte, las luces y las sombras. Y también el deseo de venganza, la ambición, los celos o la envidia, que son al fin y al cabo los motivos para matar a alguien. Si lográbamos descifrar el móvil del crimen, estaríamos más cerca de dar con el criminal.

La viuda alegre apareció por una puerta lateral que daba a las cocinas. Llegó radiante, con la fuerza de una premonición, sus ojos felinos atentos a todo. Comprobó las bandejas. Hizo recuento de las piezas de fruta. Repuso agua en la cafetera. Preguntó a los alemanes, con una sonrisa de oreja a oreja, si necesitaban algo fuera de la carta. Y finalmente se acercó a mi mesa a ver cómo había pasado la noche.

En vela.

La había pasado en vela.

Tal vez había extrañado mi cama, tal vez no había logrado acostumbrarme al ruido de las olas, tal vez tres copas de ron me habían despabilado. Celeste debía de tener un tic nervioso, porque, mientras me escuchaba lamentarme del insomnio, volvía a jugar con sus dedos inquietos. Esa vez en lugar de recrearse con una cremallera, se dedicó a abrochar y desabrochar los primeros botones de su blusa blanca. Quise achacar a la falta de sueño que me quedara hipnotizado siguiendo el movimiento de sus manos finas por el canalillo. La joven viuda me sacó del trance con una leve palmada y una sonrisa picara, Bueno, si no desea nada más, vuelvo a la recepción; allí estaré para lo que desee.

—Gracias, Celeste. Todo está perfecto.

—¿Ya tiene alguna idea de lo que ocurrió con esa pobre niña?

—No. Aún es temprano para sacar conclusiones. Tengo que seguir preguntando por ahí.

—¿Y funciona? Eso de preguntar, digo. Porque la gente no se harta de mentir.

—Seguro. Y eso acaba delatándolos. Quien no tiene nada que esconder no necesita disimular.

—Mi madre suele decir que antes se coge a un mentiroso que a un cojo.

—Su madre es una mujer muy sabia.

En eso apareció Diana y la viuda decidió que era hora de volver a su faena. Cuando las dos mujeres se saludaron en mitad del comedor, Celeste tenía todos los botones convenientemente abrochados y las manos en los bolsillos. Con la señora no valían los encantamientos.

A Diana Solís no le hizo falta escuchar mi voz de carretero para entender la noche de vigilia. Mira que me lo había avisado. Y lo cierto era que, al llegar a su cuarto, tras despedirnos después de la cena, recordó que había prometido prestarme un libro. Incluso estuvo tentada de tocarme en la puerta, pero se lo pensó mejor, a ver si yo iba a mal interpretar su visita nocturna y la liábamos, ¿verdad? No obstante, esa mañana venía prevenida. Sacó del bolso un ejemplar de *El conde de Montecristo* en una edición antigua de tapas duras y manoseadas, y lo dejó en una esquina de la mesa.

Magnífica elección.

Un libro de aventuras largo como mi noche.

Ella me corrigió. De aventuras, sí. Pero sobre todo de amor, por eso lo guardaba en español. Por si me servía de consuelo, Diana tampoco había dormido mucho, pero ya estaba hecha a los desvelos, *pena que vas, cavilación que vienes como el mar de la playa a las arenas*. En ocasiones así, se sentaba a ver la tele para hallar el sueño, no imaginaba yo la cantidad de personajes absurdos que abundan a las tres de la madrugada: videntes, lectoras de Tarot, vendedores de cuchillos mágicos, probadores de sillones que dan masajes, uno que mete la cabeza en las fauces de cualquier animal con que se topa, otra que narra el infierno de adelgazar veinte kilos en seis meses, un par de cocineros que no paran de echarle mantequilla a todo, qué asco, y una pandilla de adolescentes medio desnudos que comparten catre y enredos. Una locura. El problema es que lo que buscas es dormir y esas cosas tan tétricas acaban por desvelarte.

Se levantó a buscar su desayuno, dejándome de nuevo con la duda. ¿Qué podría haber malinterpretado yo si ella hubiera aparecido en mi puerta con un libro? Cuando regresó a la mesa, la pregunta ya se había desvanecido con la brisa de la mañana. Por su

parte, los alemanes habían recibido una videollamada de teléfono y hablaban con alguien en Renania. Por lo que pude colegir, se burlaban de un amigo. Giraron el móvil hacia las ventanas y le enseñaron el día tan azul. ¿Qué tiempo hacía en Duisburgo? Frío. Mucho frío. Un manto de nieve envolvía la montaña desde la que el tipo proclamaba su envidia al otro lado de la línea.

De vuelta a la mesa, Diana les preguntó algo en su lengua y, según me tradujo después, la alemana le explicó que aquello se había convertido en una liturgia desde hacía quince años, sin faltar ninguno, en los que la pareja venía de vacaciones a la isla. Quince años dando pelusa a sus colegas de Duisburgo a cuenta del clima. Envidié su candor. ¡Quién pudiera ser feliz tan solo con un rayo de sol y judías dulces!

Mi amiga se había traído un tazón de yogur mezclado con frutos secos y un plato con una naranja. Después tomaría un café solo sin azúcar ni leche. Y que no la mirara yo de aquel modo. ¿De régimen? Sí, hombre, para regímenes estaba ella. Yogur y fruta era lo que desayunaba a diario, con eso iba que chutaba hasta el mediodía. Con eso, claro, y el paisaje. Me invitó, entre gajo y gajo de naranja, a que admirara la mañana de su pueblo. No había una luz igual en toda la isla, que yo no lo dudara. Y nada tenían que ver las estaciones ni las fases lunares ni machangadas de esas. Ese color del cielo como recién nacido era propio de allí.

Por un momento, la mirada se le enredó en las copas de los árboles. Para mí que pensaba en lo mismo que yo: en lo fácil que resultaba ser feliz para según qué hombres y mujeres. Acaso se castigaba por pensar demasiado, por darle siempre vueltas a las cosas como a los calcetines. Los pensamientos nos llevan a las dudas, las dudas a las preguntas y la ausencia de respuestas a la melancolía.

En fin.

Quiso saber en qué iba a emplear yo el día. ¿Tenía un plan o solía dejarme llevar por el azar? Mitad y mitad. Por lo general seguía una rutina consistente en preguntar hasta el aburrimiento. Sin embargo, no había que desdeñar el azar. A veces una investigación se empantanaba y solo podía arreglarlo un golpe de suerte. ¿Por dónde iba a empezar? Siempre por el final. A mí nunca me llamaban para evitar un crimen, sino para interpretarlo. Por

tanto, el primer paso era la muerte. Así de deprimente solía ser mi oficio, sí. La ruta del cangrejo. Una vez que averiguáramos cómo había muerto la muchacha irlandesa, comenzaríamos a desandar el camino poco a poco hasta llegar quizá a una noche ingrata, a una bronca, a una rabiosa danza de navajas.

Cada vez que oía hablar de puñaladas, la señora torcía el gesto. Temía de veras que no iba a conseguir jamás librarse de aquella atronadora sensación. Que habría de vivir con ella el resto de su vida. Todo un suplicio de noches en vela rodeada de echadoras de cartas, titiriteros y engañabobos. Intervine antes de que se desmoronara, No hay mal, Diana, que cien años dure…

—… Ni cuerpo que lo resista, claro. Tú siempre has sido hombre refranero. Pero, lo siento, los refranes no me sirven en momentos como este.

—Pues deberían. Suelen apuntar alto.

—A veces demasiado.

—Mira, yo no te puedo asegurar que sea mañana, el mes próximo o el año que viene. Pero poco a poco vendrán nuevas mareas, llegarán al hostal nuevos huéspedes, tendrás otros libros para leer. Y la desazón irá, ¿cómo decirlo?, palideciendo. Sí. Se convertirá pronto en un mal sueño que no logres recordar cuando despiertes. Hasta que llegue el día en que el dolor se habrá ido.

La señora negó con la cabeza, acarició la cáscara rugosa de la fruta y se llevó los dedos a la nariz. No sabía por qué las naranjas le provocaban añoranza. Se limpió con la servilleta y se levantó a por el café. Pero antes, de pie, para acentuar su homilía, apoyó las palmas de las manos en la mesa. Qué fácil lo veía yo todo, ¿verdad? A lo mejor estaba tan habituado a la muerte que se me apilaban los cadáveres en la puerta de casa y, claro, la pestilencia de uno borraba la del anterior.

Ni de coña.

A Diana Solís mi receta no le iba a servir. Ella no iba a ver pronto —rezaba por no tener que verlo nunca más— otro apuñalamiento que le hiciera olvidar el de Lynn O'Malley. La suya era una llaga que no iba a cerrar jamás.

Las calles simulaban un tablero de ajedrez, con escaques

luminosos y crepusculares entrelazados, como si a la calzada le hubiesen partido el alma de un hachazo. Aquí y allá, el promontorio de una chimenea o la meseta de un tejado a dos aguas dejaban un rastro irregular y caprichoso sobre el pavimento. Y cada pieza elegía su color: las frioleras buscaban abrigo bajo el sol y las calenturientas refugio entre las sombras. De vez en cuando se hablaban entre sí de una acera a la otra, a veces alguna se enrocaba y cambiaba de margen para continuar con la conversación.

Apenas circulaba ningún coche.

Llegué a una plazoleta en cuyo corazón alguien había plantado una estatua de alabastro. Me acerqué a leer la placa que acompañaba al busto de un hombre alto con el rostro enjuto y un deje de sarcasmo en la sonrisa. Se trataba de un médico de familia que había ayudado a traer a la mayoría de los lugareños en los últimos sesenta años. A hombres y mujeres. A héroes y villanos. A Mendozas y Lujanes. En la base del monumento yacía una paloma muerta, como la metáfora de un augurio.

Me senté en un banquito de piedra, bajo un solitario flamboyán. Olía a espliego. Saqué el móvil, busqué un número y le di a marcar. Cinco pulsaciones después, replicó una voz que me costó reconocer. Cualquiera hubiese dicho que el forense se había contagiado de sus cadáveres. Pero no. Resultaba que Ignacio Santa Ana estaba acatarrado. Traía un jadeo rasposo y pocas ganas de cháchara. Había cogido frío en el jodido rescate de las medianías. Qué menos. Ya no tenía edad para enfangarse en misiones de salvamento, carajo. Se le habían mojado los pies, y es bien sabido que por los pies comienzan los catarros. ¿Qué quería yo a esas horas? Un poco de información, como siempre. ¿Información sobre qué? Sobre el estado de un cadáver, claro. Él y yo, al fin y al cabo, jugábamos en el mismo equipo: a los dos nos reclamaban cuando los muertos salían a flote. Y esta vez el muerto había aparecido en un pueblo de marineros.

Santa Ana tosió, Una leche machanga en el mismo equipo; ¿tú qué relación tienes con ese pueblo, Ricardo?; ¿no te pilla lejos de casa?

—Me pilla muy lejos, sí. Estoy haciendo un favor a una vieja amiga.

—Coño, ¿te quedan amigos aún?

—Alguno hay. Eso es que tan canalla no habré sido.

—Si tú lo dices. Oye una cosa: ¿el cadáver que buscas no será el de una chiquilla pelirroja?

—Ese mismo.

—Pues tenemos un problema.

—¿Por qué?

—Porque ha desaparecido.

Así.

Como por arte de birlibirloque.

Alguien había entrado en la nevera de la lonja y había arramblado con los restos de Lynn O'Malley. A Santa Ana se lo llevaban todos los demonios. Había heredado el cargo de su padre, médico de la vieja escuela, quien le había inculcado el valor de la compasión y el respeto. Ya bastante cruda es la muerte para que encima llegue el forense a deshonrar un cadáver. Y desde luego perder un cadáver era lo más parecido a deshonrarlo. Estaba tan indignado que se atrevió a contarme lo del robo, aun a sabiendas de que se jugaba el puesto.

No debía preocuparse por eso. Yo jamás había traicionado una confidencia suya. Ni en los casos más locos en los que habíamos coincidido, nadie pudo relacionar una actuación mía con una información que proviniera de Santa Ana. Jamás. Y, aunque cada vez que tenía ocasión se burlara de mi trabajo, Ignacio era consciente de que yo trataba a los muertos con la misma compasión y respeto.

¿Qué era lo que me interesaba de aquella muerte? Todo lo que pudiera decirme sin atentar contra la dignidad de Lynn O'Malley. El forense volvió a toser. Menudo embolado aquel. Tal era el estado del cuerpo que cualquier cosa que me dijera atentaría contra la dignidad de la chiquilla. En eso discrepé. Por experiencia podía asegurarle que, para honrar a un muerto, nada hay mejor que encontrar a su asesino.

V
LA SONRISA DEL SANTÓN

Lynn O'Malley mantuvo relaciones sexuales antes de que la descosieran a cuchilladas. Por las trazas, había participado en una buena juerga. Santa Ana no se atrevía a aventurar —no le había dado tiempo, antes de que les mangaran el cadáver a los guardiaciviles en sus mismas narices— si la cosa había sido consentida o forzada, pero quedaron restos de semen no solo en la vagina sino también en el ano.

No pretendía humillar la memoria de la muchacha, pero un forense vive de hacerse preguntas. ¿A qué edad comenzaban a practicar el sexo las irlandesas? Así, a voleo, no sabría qué decirle, pero imaginaba que a la misma que nuestras mujeres, no en vano Irlanda es también una isla. ¿Más lluviosa? Sin duda. ¿Más católica? También. Pero nada despierta más las ganas de follar que la lluvia y la expectativa de un buen rapapolvo. ¿O no recordaba él los sermones del domingo, aquello de examen de conciencia, dolor de corazón y propósito de enmienda? Pues eso: sin culpa, pecar no tiene maldita gracia.

Sin embargo, había otro asunto que tenía hablando solo a Santa Ana, algo que no pudieron enmascarar quienes robaron el cadáver. Le había hecho varias fotografías, desde distintos ángulos y con distinta luz, al cuerpo de Lynn. Había tomado notas en un examen preliminar. Y estaba por jurarme que en el crimen participó más de una mano. Ajá. Al menos un zurdo y al menos un diestro. Lo curioso era que el arma fue la misma, un cuchillo dentado con punta curva como los que se usan para despellejar conejos. Exacto. Se lo pasaron uno a otro como si fuera un juego, una apuesta siniestra. El forense

no exageraba cuando había dicho que cualquier información sobre la muerte de aquella niña atentaría contra su dignidad.

Sonaba todo tan cruel, tan perverso, tan sucio.

Cuando estaba a punto de revelarme algo, hubimos de posponer nuestra conversación. Acababa de aparecer por su consulta el sargento Quevedo. El hombre, a voz en grito, culpaba hasta al papa de Roma de la desaparición del cuerpo de O'Malley, así que no estaba el horno para bollos. Santa Ana fingió despedirse de su padre, Un beso grande, papá, a mediodía paso a verte y hablamos, antes de colgar el teléfono.

El silencio que se hizo después, solo roto a sorbitos por el gorjeo de los pájaros del parque, me dejó mil preguntas y un resabio a nostalgia en la boca. Una monarca revoloteó a mi alrededor y vino a posarse en el borde del banco. Luego se perdió entre los matorrales. Su vaporosa fragilidad me hizo pensar en Lynn O'Malley. Una vida efímera, una inocencia rota a puñaladas.

En el aparcamiento del Gran Hotel había un todoterreno de la Guardia Civil. Ocupaba, sin ningún sonrojo, la plaza de discapacitados, a ver quién era el guapo que se lo echaba en cara. Un agente, sentado en el lugar del conductor, tamborileaba con los dedos en el volante mientras escuchaba la radio. Su compañera, demasiado joven, demasiado alta, demasiado rubia, con una coleta que le llegaba a media espalda, hablaba por el móvil apoyada en el capó. Los saludé con la cabeza al pasar a su lado. Él me guiñó un ojo y se llevó dos dedos a la frente. Ella ni me miró, demasiado antipática también.

A decir verdad, el hotel solo tenía de grande el nombre. El vestíbulo hacía las veces de cafetería, con una docena de mesas distribuidas sin orden ni concierto. La recepción simulaba una segunda barra. Tras ella, un pibe con el pelo a ras de cráneo y sonrisa de conejo atendía a un par de ancianos, supuse que del grupo de los italianos. Detrás, una fotografía tomada desde un barco en alta mar mostraba la belleza del pueblo al atardecer. En la imagen, la luz cimbreaba sobre la torre de la iglesia y los tejados rojos de las casas. En el vestíbulo, una lámpara imponente desparramaba el reflejo de sus lágrimas de cristal por el suelo del

salón.

El barman preparaba un cóctel al único cliente a aquella hora, un tipo desastrado, con barba estropajosa y el amago de una corcova en su espalda esquelética. Me acomodé como pude en un taburete y le pedí lo mismo que el paisano. ¿Un Bloody Mary? Perfecto, necesitaba algo que me sentara las madres después de una noche de insomnio. ¿Resaca? Sí, pero de sueño, ojito, no de alcohol. ¿Cómo de picante me gustaba el trago? Lo suficiente para mantenerme en pie el resto del día. Ajá. Me esperaba una larga jornada.

De fondo sonaba una canción que parecía compuesta para el momento. *It's quarter to three, there's no one in the place except you and me. So, set 'em up, Joe, i got a little story you have to know*. El primer trago me cayó en el estómago como un alud de fuego. El barman, que no se llamaba Joe sino Diego, debió de notar el efecto de la purga, porque su risa emborronó la voz de Sinatra, *One for my baby and one more for the road*.

El corcovado terció. En calidad de experto, podía afirmar que el Bloody Mary era el brebaje más oportuno en esas situaciones, mano de santo para las resacas. Y le importaba un pito si eran de sueño o de alcohol. Sin duda yo conocería a algún fumador impenitente de los que encienden un cigarro con la colilla de otro, ¿no era así? Pues el Bloody Mary era la perfecta colilla, el engarce sublime entre una tajada y otra. Dos copas (con una no se lograba la comunión espiritual) te preparaban para una buena borrachera sin complejos ni arrepentimientos. El hombre, voz cavernosa y tono de piel cetrino de bebedor de coñac, hablaba del alcohol como si de una religión se tratase. Disertó durante unos minutos sobre las diferencias entre un buen combinado y esas zarandajas que se habían puesto de moda.

Yo andaba más interesado por la música, el *jazz* no es cosa que se estile en los tiempos que corren. ¿Qué había ocurrido, se les había acabado el reguetón? Diego arrugó el ceño en una mueca de repelús. Por desgracia les quedaba reguetón como para una boda hindú. No obstante, tras la muerte de la chica pelirroja, la dirección del hotel había creído oportuno dulcificar el hilo musical por unos días. Cuestión de respeto, dijeron. Así que le dieron a elegir entre Vivaldi y Sinatra y, qué quería yo, al barman *Las cuatro estaciones* le

tocaban mucho los huevos. Todo el día oyendo aquello y los Bloody Mary se los tendría que beber él, uno detrás de otro, hasta caer de culo. ¿Estábamos locos o qué? El viejo Frank ayudaba mejor a tragarse el sapo del asesinato. ¿Conocía Diego a la muchacha irlandesa?

Conocer, conocer, ya imaginaría yo que uno no conoce ni a la mujer con la que vive. La había visto, eso sí, a la hora del desayuno. Con su hermana. Lynn O'Malley parecía una chica tímida, apocada. Sonreía poco, hablaba menos y andaba mirando siempre al suelo como si temiera pisar una mierda. Mientras desayunaban, la otra mujer no paraba de parlotear, parecía que estuviese dándole consejos a todas horas. A Diego le daba un poco de lástima la chiquilla, mire usted que venirse de vacaciones y tener que pasárselas escuchando refunfuñar a la institutriz.

Y al final de poco le sirvió, ¿verdad? Tanta advertencia para nada. Los consejos se perdieron por el sumidero. O la chica no hizo caso al sermón o el sermón solo valía para Irlanda. ¿Alguna vez la vio con alguien que no fuera su hermana? Ahora que lo preguntaba yo, una noche apareció un tipo por el vestíbulo. Diego estaba acabando de recoger las cosas, serían las ocho y media o nueve menos veinte, durante el cambio de turno. Lynn llevaría sentada un buen rato delante del ordenador de la recepción. De repente llegó el desconocido, desde la puerta le susurró un saludo y volvió a salir. Entonces la chiquilla recogió los bártulos y marcho tras él. ¿El tipo? Parecía un curandero, el pelo cano recogido en un moñito cursi y vestido con una guayabera. Un poco estrafalario para alguien de su edad. Sí. Andaría por los setenta. ¿El saludo? Ya lo había dicho Diego. Apenas un susurro cortante y frío, debía de ser el modo irlandés de relacionarse. La chica ni siquiera habló. Se levantó de la silla, cruzó los brazos sobre el pecho, miró al suelo y siguió al viejo camino del aparcamiento.

Eso último no se lo había dicho al sargento que lo interrogó. ¿Porque no había pedido Bloody Mary? Qué bobería. No lo dijo porque nadie se lo preguntó. Imaginaba el barman que con las capturas de las cámaras de seguridad tendrían. Sí. Se las habían llevado para analizarlas. De todas maneras, Diego ya tenía sus años y, aunque la Guardia Civil de ahora no tenía nada que ver con la de Franco, seguía imponiendo un huevo. Sí, señor. Con esos, lo mejor

es responder solo lo indispensable, no sea que le den la vuelta al trapo y pases de testigo a sospechoso en un cuarto de hora.

Al corcovado, que ya estaba pidiendo la tercera, se le escapó un suspiro que sonó a resaca de mar, a rendición. Qué sabríamos nosotros. Él sí que se las había tenido tiesas con la Guardia Civil. En un pasado que no quería ni recordar. Por cabezón. Por no saber callarse ni debajo del agua, en una época en que todo Cristo fingía como puta. Por andar siempre buscándole la pulpa a todo. Comenzó a narrar una historia amarga de persecución, de delaciones, de alcaldadas, cuando los riscos estaban atestados de árboles, antes del gran incendio del setenta y ocho. Dos meses pasó escondido en el bosque, alimentándose de ardillas, setas y Yerbajos. Un frío de cojones. Un miedo atroz.

El barman, acostumbrado a las letanías del hombre, le sirvió la copa. Invitaba la casa, a cambio de que nos dejara escuchar al gran Sinatra. Porque Diego ya se sabía de memoria la batalla del bosque y a mí me importaba una vaina, ¿estábamos? El bebedor de coñac carraspeó. Se envainó su nostalgia. Estábamos, estábamos. Pero que el barman y el viejo indiferente supieran que las verdades más crueles se dicen en silencio.

El borracho filósofo volvió a sus murmuraciones. A hablarle con desprecio a Bloody Mary, una dama tan roja como la sangre que le hicieron verter en aquel bosque. A mirar a los ojos vacíos de Yorick, otro bufón. Delatar o no delatar, he ahí el dilema. Diego meneó la cabeza mientras secaba un plato de café, Menuda cruz, Dios bendito. Había más de conmiseración que de reproche en sus palabras. El viejo Santa Ana habría hecho buenas migas con él, por tintar de piedad y compasión su oficio. Porque los borrachos no son muertos, aún no, pero merecen la misma dignidad. Y el barman, a pesar de sus exabruptos y sus coñas marineras, parecía entenderlo.

Se lo reconocí con una señal. Pagué mi bebida. Le dejé el vuelto de los cinco euros. Le di las gracias por la excelente música y la información. Prometí volver, antes de que se les acabara el duelo y retornaran a la murga del reguetón. Estaba a pique de abandonar el bar, una pierna en el estribo de la banqueta y otra en el suelo, cuando Diego me señaló con la nariz a la mujer que bajaba las escaleras en ese momento. ¿La veía yo? Aquella era Siobhan O'Malley, la hermana de Lynn, por si me interesaba hablar con ella.

Me interesaba.

Pero no allí. No en el pasillo, delante de un recepcionista con sonrisa de conejo, a una puerta rotatoria de dos guardiaciviles aburridos. Decidí darle un minuto de ventaja a la mujer y seguirla. Me detuve primero en el umbral para comprobar una cosa. Sí. Muy astuto el viejo. Llamó a la chiquilla desde la puerta, justo donde no llegan las cámaras de seguridad. Y salió un minuto antes que ella. Seguro que la Guardia Civil estaría analizando ahora unas imágenes que revelaban poco: un tipo estrafalario y una adolescente saliendo del hotel por separado.

Afuera, en el aparcamiento, la agente de la coleta rubia había mandado parar a Siobhan. La saludó con mimo. No solo le sonrió, sino que en un momento de la breve charla que mantuvieron la tomó del brazo. Percibí una caricia. Medité en aquel cambio de actitud de la guardiacivil. ¿Qué le sucedía? ¿Tan solo era amable con las mujeres? ¿Les tenía ojeriza a los hombres o solo a mí? ¿Había fingido conmigo o lo estaba haciendo ahora con la irlandesa? Las dejé hablar. Siobhan mostraba un ademán hastiado, el de alguien harto de responder una y mil veces a la misma cuestión. El otro guardia salió del coche, pero su colega lo detuvo con un gesto lacónico. Para tranquilizar a la extranjera se bastaba y se sobraba ella. Cuando las mujeres se despidieron, conté hasta diez y comencé a andar tras los pasos de la O'Malley que había sobrevivido a la tragedia. O eso pensaba yo entonces.

A Siobhan parecía llamarle la atención el cielo. Tal vez la forma serpentina de las nubes, quizá la luz, acaso la estela espumosa de un reactor que cruzaba en ese instante el firmamento. O simplemente podía estar contemplando el lugar adonde había emigrado el alma de su hermana. La suerte de los creyentes es que no tienen nada que perder.

Escolté a la mayor de las O'Malley por entre callejuelas y caminos de piedra. Mantuve la distancia para no alarmarla. Por lo que pude percibir, la mujer no llevaba un destino decidido. Se detuvo ante el escaparate de una tienda de ropa. Miró los platos que ofertaba de menú una fonda. Compró un cupón de la ONCE con gran dificultad, pues la vendedora apenas podía verla y ella apenas podía

hacerse comprender en castellano. La irlandesa pretendía sobrellevar el dolor como Dios le daba a entender. Con indolencia desesperanzada, ocupaba su tiempo —el tiempo de aguardar a que le devolvieran el cuerpo de Lynn para poder llevárselo a casa— en asuntos triviales.

Hasta que divisó la iglesia.

Entonces sorteó, decidida, un bando de palomas que se disputaban los millos que una vieja les lanzaba desde un banco. Cruzó la plaza y subió los seis escalones que daban al portón de madera. La imité. Dentro hacía frío. Busqué asiento en mitad de la basílica, detrás de una mujer sin edad ya, que rezaba de rodillas, con los dedos cruzados. Observé a Siobhan detenerse ante el altar mayor, hacer una leve genuflexión mientras se persignaba y encender tres velas por la hermana muerta. Un olor a incienso se apoderó del claustro y el gorigori que provenía de los altavoces nos envolvió. La irlandesa levantó la vista hasta encontrarse con los ojos demacrados de la Virgen Dolorosa. En un instante, las miradas de aquellas dos mujeres con el corazón destrozado se enredaron, se hablaron en el silencio de una plegaria. Ambas habían perdido lo que más amaban y ninguna de las dos acababa de entenderlo. Me habría gustado oír lo que se decían.

De repente, la puerta de la iglesia se abrió. Unos pasos cadenciosos y lentos cruzaron el atrio. Una respiración entrecortada. Un olor nuevo. El recién llegado se sentó en la segunda fila. Jamás lo había visto pero no me costó reconocerlo. La guayabera larga, el cabello recogido en un moño encopetado, el aspecto de santón siniestro. El tipo que, según Diego, se había visto con Lynn O'Malley la víspera de su muerte. Con actitud despectiva y retadora, como quien no teme a la ira de Dios, el hombre cruzó una pierna sobre la otra y descansó su brazo sobre el respaldo del asiento.

Siobhan O'Malley, de espaldas, seguía susurrándole sus penas a la Virgen. Cuando acabó, miró al Santísimo, repitió el gesto de la genuflexión, volvió a persignarse y se dio la vuelta. De pronto, su rostro se olvidó del dolor para desenterrar directamente el miedo. Petrificada, fue incapaz de dar un paso. Miró de hito en hito al santón y un rictus de pavura anegó sus labios rojos. Luego humilló la cabeza y echó a andar por el pasillo central con lentitud, como si

vadeara un río cenagoso. El portón emitió un quejido lastimero.

Salí tras ella con una sensación dálmata, lunares de lástima sobre un fondo de intriga. Quería consolarla y fusilarla a preguntas al mismo tiempo. Quitarle el miedo y zarandearla para que me explicara quién demontres era el hombre de la guayabera. La vi desandar, esta vez con urgencia, el camino hacia la parte alta del pueblo, de vuelta al Gran Hotel. Algo me dijo que sería una pérdida de tiempo perseguirla: una cuerda tensa siempre desafina.

Me demoré un minuto leyendo la placa que lucía en la fachada de la basílica, *Iglesia consagrada que acabó de construirse, con cantería del interior de la isla, en el año de nuestro Señor de mil ochocientos setenta y uno*. Grabada en mármol por solemnidad. En números romanos para dar más empaque. Reparé en la fecha. Pronto cumpliría ciento cincuenta años.

El santón no tardó en salir. Apuntó su mirada, aún desdeñosa, hacia la esquina que Siobhan O'Malley doblaba en ese momento. Sus cejas color humo endurecían el semblante. Sonrió, engreído. Y echó a andar con un paso discordante, una pierna más corta que la otra, uno de los zapatos provisto de alza, una cojera levísima. Lo aguardaba un Audi en la cara norte de la plaza. Un pibe que no llegaba a los veinte años, flaco, pelirrojo también como Lynn, con gafas de culo de botella, salió del coche desde el asiento del copiloto para abrirle la puerta de atrás.

El viejo subió, miró al cielo por la ventanilla, consultó su reloj y dio una orden. El chófer arrancó. Cuando giraron en una pequeña rotonda, tuve ocasión de estudiar el coche. Azul metálico, cristales nublados y el logotipo de una empresa de alquiler de vehículos de lujo. O sea que el hombre venía de fuera, tenía dinero y, por lo oído al barman del Gran Hotel y lo visto en la basílica de Santa Cristina, daba un miedo de cagarse.

Sonó el móvil. Santa Ana me devolvía la llamada. Se le notaba frustrado. Quevedo se había ido por fin de la consulta, después de dos horas interrogándolo como si fuera un criminal. En un momento llegó a dudar de que aquello no fuese una broma de cámara oculta. La madre que lo trajo. Llevaba más de diez años colaborando con la policía y en su depósito jamás se había extraviado un cadáver, coño. ¿Qué culpa tenía él de que en el pueblo solo dispusieran de nevera en la lonja del pescado y que a

nadie se le ocurriera vigilarla de noche?

A lo que iba.

El forense no tenía humor para volverse a casa. Su mujer le notaría la mala leche y no pararía de hacerle preguntas. No se veía con fuerzas para dos interrogatorios en un mismo día, de manera que aceptaba mi invitación a comer. Claro. ¿No lo había telefoneado para preguntar por el cadáver de la irlandesita? ¿No necesitaba respuestas? Pues pagaba yo.

VI
EL SECRETO DE LYNN

A pesar del catarrazo, traía hambre de lobo. Llevaba días malcomiendo donde el hambre le pillara y estaba harto de sándwiches de pollo y arroz con salchichas. Le apetecía un solomillo muy hecho y una fuente de papas fritas. Tuve que preguntar a Diana dónde podía comerse eso en el pueblo y me recomendó el Bodegón Chirino, una fonda a cinco minutos de la pensión. Lo de los cinco minutos sobraba, desde luego. Allí todo estaba a tiro de piedra de cualquier sitio.

Oswaldo Chirino consideraba su establecimiento zona libre en el pueblo, lejos de las pendencias entre Lujanes y Mendozas. Allí se iba a comer y no a regañar. Al que se propasaba, al que se le ocurría alzar la voz para algo más que pedir la cuenta, se le daba un aviso. Si el cliente desoía la advertencia, se le invitaba a salir del restaurante. Y una invitación de Chirino, un hombretón de metro noventa, cien kilos y un pasado legionario, no era para tomársela a coña. Por el contrario, la carne que servía era delicada y sabrosa. Se cortaba con el tenedor. Según un cartel sobre el dintel de la puerta era ternera criada en familia. Mi amigo el forense, propenso a la sorna, le preguntó al mesonero por el significado de aquel pasquín. Oswaldo abrió las manos y explicó con cierta soñolencia que, si en el pueblo el pescado iba directamente del mar a la mesa, a él no le había quedado más remedio que hacer lo mismo y criar sus propias vacas.

Amén.

Ignacio Santa Ana rehusó discutir de trabajo antes del café. Pretendía almorzar en paz. Con un dedo apuntando al cielo, se

justificó, Lo siento, Ricardo, pero me apetece hablar de cosas intrascendentes, nada que tenga que ver con la muerte de nadie; dejemos fuera por un rato los crímenes y a los criminales, anda.

—¿Tan ahíto estás de sangre?

—No lo sabes tú bien, compañero.

—Por eso te gusta la carne como una suela de zapato.

—Algo así.

—Pues por mí, perfecto. Hablemos del tiempo.

—Es que fíjate en este lugar. Aquí por no haber, no hay ni morgue. ¿Para qué la necesitan si todos mueren de viejos o se los traga el mar? Te parecerá un disparate, pero me encantaría retirarme en un sitio así, un pueblo donde el invierno está prohibido y la vida es de una simplicidad monástica: salir de pesca en maitines, pasear por el malecón en laudes, bañarse en el mar en tercia, cocinar para la familia en vísperas y ver películas clásicas en completas.

—No me parece ningún disparate. Es genial… si uno es fraile o tiene cómo costeárselo.

—No tengo casulla, pero ya he hecho cuentas, no creas. Con suerte, en doce años tendré la cotización suficiente para jubilarme. ¿Mis hijos? Mis hijos habrán acabado sus estudios. Y si no que se jodan: el que no se ha escondido tiempo ha tenido.

—¿Y luego?

—Luego pienso alquilar un apartamento con vistas al océano, con una terraza amplia donde leer el periódico.

—Y escribir tus memorias. Suena bonito.

—Lo es. Estoy hasta los cojones de autopsias. No hay modo de que se me quite el olor del Vicks VapoRub que usamos para espantar la peste. Aunque ahora, con este catarro, he perdido hasta el olfato.

—No hay mal que por bien no venga.

—Y que lo digas, chico. Pues lo que te contaba. Quiero hartarme de mar.

—En eso no saliste a tu padre. ¿Sigue el viejo con su huerto y su pelea por el agua?

—Ahí sigue, sí. Cada día más calentón. Tiene demandados a la mitad de los vecinos a cuenta de las horas de riego.

—Pero tú no te ves en el campo.

—¡Qué va! Nuestra generación es más de arena y mar.

Que hablara por él.

Que no me metiera en el mismo saco.

Soy hombre de ciudad. El campo y la playa están bien para los mosquitos y las calenturas. Yo necesito el ruido de los coches, el barullo, los desayunos en la churrería del mercado, los paseos por la plaza vieja, la cerveza en la terraza del parque. Eso sí: tampoco pensaba echar de menos, cuando me jubilase, a ninguna víctima ni a ningún asesino. ¿Un alma solitaria? No especialmente. En ese futuro mío entraba otra persona: Beatriz Guillén, una farmacéutica con mucha luz y poco disimulo. ¿Dónde estaba ahora? Qué preguntón Santa Ana, a ver si íbamos a tener que replantearnos quién pagaba el almuerzo.

Beatriz estaba en Barcelona. Se había llevado a sus hijos unos días, después de un incidente en el que Marta, la mayor, estuvo a punto de salir malparada. Sí. La secuestraron para obligarme a abandonar un caso. El raptor no hubiera dudado en enterrarla viva. Así que mi farmacéutica decidió tomarse una semana libre, llevarse a los pibes de viaje y que nosotros guardásemos ausencia hasta su vuelta. ¿Por eso había aceptado el caso de la irlandesa? ¿Porque me recordaba a Marta? No lo había considerado desde esa perspectiva, pero probablemente sí. Pudiera ser que en el fondo del mar se hubiese removido algún sargazo.

El flan era casero y el café colombiano.

El gigantón nos dejó sobre la mesa dos botellas, una de orujo blanco y otra de licor de canela, para que nos sirviéramos a nuestras anchas. Santa Ana optó por el licor y yo por el orujo, ¿veía como nuestra generación no siempre quería lo mismo? Además, ¿qué era aquello de *nuestra generación*, si yo le llevaba más de diez años? Ignacio se burló, Buá, ¿y qué son diez años en la vida de un hombre?

—A nuestra edad poco, pero vete y pregúntale a Lynn O'Malley.

—No me la nombres, carajo. Pobre chiquilla. Tenías que haber visto cómo la rescataron de las aguas.

—No lo vi. Por eso necesito que tú me lo cuentes.

—¿Por qué te interesa tanto?

—Ya te lo he dicho. Me comprometí con una vieja amiga, Diana Solís. Regenta una pensión en el pueblo. Cree que vio el cuerpo de

la irlandesa flotando cerca de la orilla, pero le dio apuro llamar a la Guardia Civil y ahora se lo reprocha.

—El sentimiento de culpa también es muy monástico.

—Y tanto. A mi amiga solo le faltan la corona de espinas y el cilicio para parecer un nazareno. El caso es que me duele verla así. Y le prometí que haría lo imposible para descubrir lo que le ocurrió a la niña.

—¿Qué le va a ocurrir? Que la mataron a puñaladas y luego la botaron al mar como agua sucia. Solo que con un agravante.

—¿Un agravante? ¿Qué agravante?

—Que Lynn O'Malley estaba embarazada de tres meses.

Ya era media tarde cuando salimos del restaurante. El bueno de Oswaldo Chirino nos acompañó a la salida y nos conminó a volver pronto por allí. La luz del cielo se había tornado de un color ambarino, como de miel de abeja. Comenzaba a refrescar. A Santa Ana se le antojó pararse, de camino a su coche, en un puesto de frutas. Se quedó extasiado ante las ciruelas y los albaricoques que la frutera exhibía en su tenderete. No lograba olerías, jodido resfriado, pero tenían una pinta de lo más golosa.

La doña —oronda, parlanchina, manos de estibador y risa floja— presumió también de aceitunas embarradas, de queso curado en pimentón y de unos aguacates que acababan de llegarle y que sabían a gloria bendita. Ignacio se rindió sin condiciones y acabó llevándose de todo un poco. La frutera se lo guardó con arte en un cartucho.

Anduvimos el resto del trayecto en un silencio remolón. Yo trataba de rumiar la revelación del forense. Él oprimía el cartucho contra su pecho igual que un tesoro y, ¿quién sabe?, quizá maquinaba el modo de prepararle a su mujer una cena de reina mora. En un solar vecino, un gato callejero de color amarillo marchito daba cuenta de las sobras de un contenedor. Más allá, dos chiquillos se jugaban la vida en monopatín echando una carrera calle abajo. En la puerta de una casa que amenazaba ruina, una vieja santiguadora cosía mientras murmuraba sus retahílas. En la terraza de un pequeño café, un camarero argentino —hablaba a gritos y gesticulaba como un mimo de circo— servía dos *gin-tonics* a

unos enamorados.

Cuando llegamos al coche, mi amigo se ofreció a llevarme a donde yo quisiera. Le esperaba un buen viaje, de manera que una vuelta más o menos no iba a estropearle el día. Decliné la invitación. Le dije que necesitaba bajar el almuerzo, aunque lo que se me había atragantado era otra cosa. El forense fingió comprenderme, él mismo iba a tener que hacer malabares para no dormirse al volante. Le recomendé que abriera las ventanas y pusiera música a toda leche. Negaría siempre haberlo sugerido, pero lo mejor en esas ocasiones era el puñetero reguetón. ¿Quería yo que Santa Ana vomitase el almuerzo? No. Quería evitar que se riscase por el camino.

El regreso a la pensión Galdós se me hizo largo. Sentí por un momento que había soñado aquel largo viernes. Me abatía una revoltura de estómago en la que batallaban las secuelas del solomillo, el resabio del orujo blanco y la imagen dolorosa de Lynn O'Malley embarazada sobre una camilla de exhumar cadáveres. El testimonio de Santa Ana lo revolucionaba todo. Porque ya no se sostenía que a la irlandesita la matasen en mitad de una bacanal. Porque había más de una persona que quería acabar con ella. Y porque cobraba fuerza la idea de que hubiesen robado su cuerpo para esconder aquel embarazo.

Inés, mi secretaria, solía llamarme Ricardo I, el Pragmático. Decía que, a mí, al revés que al personaje de García Márquez, el olor de las almendras amargas no me evocaba amores contrariados sino simple veneno. Pero sucede que el veneno no es la sustancia sino la dosis. Y cuatro puñaladas eran suficiente dosis para asegurarse de que O'Malley dejase de respirar y, con ella, el hijo que llevaba dentro.

Pasé por una farmacia a buscar un antiácido que aliviara mi tarde de quebrantos. Me tragué dos píldoras a palo seco en la puerta de la pensión. A duras penas contuve las náuseas. Por si fuera poco, me recibió en la entrada un vaho caliente mezclado con una fragancia de ambientador, algo así como a violetas. Celeste, repantigada en la recepción, tenía la vista puesta en su móvil.

Fue verme llegar y abandonar el teléfono sobre el mostrador. Me ofreció una sonrisa y mi llave con el mismo movimiento de manos revoltosas. Se interesó por mi día, por cómo había sobrevivido al

insomnio, por hacia dónde me había llevado la investigación. Procuré que no se me notara el ardor de estómago. Mi día había sido productivo. Apenas había notado los efectos de la noche en vela. La investigación aún estaba en veremos, todavía no había podido hablar con la hermana de Lynn O'Malley. Pero le aseguré que no era hombre que se desalentara con facilidad. Celeste asintió. Puso una mano sobre mi brazo en señal, quise creer, de ánimo. Sus dedos estaban calientes, imaginé, de tanto martillar las teclas del móvil. Le di las gracias. Y, antes de que pisara el primer escalón, la viuda me llamó. Había olvidado, qué despistada, que la señora me esperaba en su cuarto. Le había pedido que me lo dijera, si yo volvía antes de la hora de cenar.

¿Su cuarto?

Sí. No tenía pérdida. Se hallaba en la tercera planta subiendo por las escaleras. Celeste creía que necesitaban un ascensor, pero a su jefa le gustaba la casa tal y como la había heredado. No era por racanería, no. Es que cambiar la estructura a Diana le hubiera parecido traicionar la memoria de su tía. Pues lo dicho: en el pasillo del tercer piso vería dos puertas y cualquiera de las dos me llevaría a la señora. La de la izquierda daba al saloncito. La de la derecha, a la alcoba y al baño. A Celeste se le iluminó el semblante con algo parecido a la insolencia, Usted elige. A un reto malicioso, Ahí se lo dejo. A un juego de chiquilla ¿Verdad o consecuencia? Elegí, desde luego, verdad. Nada se me había perdido en la alcoba y el baño de Diana Solís.

La interrumpí en mitad de la lectura. Cuando me invitó a entrar, un libro de cuentos de Washington Irving descansaba boca abajo en la mesilla junto a unas gafas y una taza de chocolate. ¿Me apetecía un poco? Qué va. A mi estómago solo le faltaba una taza de chocolate para entrar en erupción. No, gracias. Me bastaba con un poco de agua. Diana fue a buscarla a la nevera. ¿Con gas o sin gas? Mejor sin gas.

Me la sirvió en un vaso de cristal esmerilado color turquesa, supuse que venido con la herencia. Me señaló con un dedo un sillón de orejas que parecía perdido en mitad de la estancia. Tampoco había otro sitio donde sentarse. Y es que yo debía saberlo: nunca recibía visitas; era el primer hombre que entraba en su habitación, si exceptuábamos al manitas que venía a reparar los desconchados y

las goteras. Así de triste era su vida amorosa. Y que no le fuera con aquello de *entre menos bulto, más claridad o mejor sola que mal acompañada* o cualquiera de mis refranes de pacotilla, porque nada de lo que le dijese lograría maquillar su patética existencia.

¿De mal humor? No más que cualquier otro día. De hecho, esa tarde estaba siendo muy agradable. Primero Washington Irving, después el chocolate y ahora yo. ¿Qué más podía pedirse? No supe si hablaba en broma. Lo dijo sin afectación, con la misma actitud que usaría para explicarme la receta del marmitaco de atún. Ni con la mirada sonrió.

El salón de Diana se veía cómodo, práctico. Con pocos muebles, pero bien escogidos. Unas paredes desnudas, cortinas de visillos color rosa palo, el suelo de parqué, un pequeño televisor y una radio a pilas sobre el escritorio de madera oscura. Una librería confeccionada con palés de fruta con ringleras de libros amontonados. Ni una sola fotografía. Nadie a quien recordar. Los últimos rayos de sol se colaban por el ventanal y jugueteaban con alfombras y muebles.

La señora había pasado la mañana fuera, primero en la gestoría a cuenta de unas facturas relacionadas con la regencia de la pensión y luego en el dentista, para su limpieza semestral. Después de almorzar con alguien —ese *alguien* quedó suspendido en el aire como un enigma—, había dado un breve paseo y había vuelto, con la intención de comenzar un libro, *Cuentos de la Alhambra*, al que le había echado un ojo hacía semanas.

Y me esperaba.

Quería hablar conmigo de Lynn O'Malley. Para ser más precisa, de la hermana de Lynn O'Malley. Me hizo prometer, antes de continuar, que no iba a enfadarme, que haría un esfuerzo por entender los motivos de su decisión. ¿De qué decisión hablaba? ¿Qué había hecho Diana? Nada que no tuviera remedio. Tan solo que no había podido resistirse al impulso de conocer a Siobhan. Así, sin más. Pensado y hecho. Le estuvo dando vueltas a la idea en el dentista y, después de la limpieza, se había acercado al Gran Hotel a preguntar por la hermana mayor. A fuer de ser sincera, no esperaba demasiado de aquella visita. Supuso que la mujer la mandaría a hacer puñetas. Que no la recibiría. Que le endosaría cualquier pretexto absurdo, ¿por qué iba a querer hablar con una

desconocida, con una loca que llegaba de pronto a soltarle una patraña confusa de boyas falsas y arrepentimiento?

Sin embargo, para su sorpresa, Siobhan O'Malley aceptó sin pestañear. Quizá obrase el milagro que la loca desconocida le hablara en su propio idioma. Quizá estuviese asustada, no paraba de mirar a todos lados. El caso es que accedió a almorzar con ella. La única condición que puso fue que la llevase a las afueras del pueblo. Igual le daba un lujoso parador que un McDonald's de porquería, lo que la mujer deseaba era perderse donde nadie la reconociera, donde nadie le escupiera a la cara esa lástima que se le había despertado a todo el mundo desde la muerte de Lynn. Exacto. Sentía que todos la miraban con una piedad humillante. A Diana le recordó a Bryce Echenique. ¿Lo había leído yo? Pues allí estaba aquella mujer *dándole pena a la tristeza*.

Exacto.

Si a mí me daba por los refranes, ella se moría por una buena cita literaria.

Y que no se me ocurriera quejarme.

No me quejé, a pesar de mi estado calamitoso. Me bebí la información y media botella de agua de una sentada. Diana me miró sin decir ni mu. Esperó a que acabara de saciar mi sed. Cerró un ojo igual que una engarzadora de joyas. Calibró mi reacción a lo que me había contado. Me preguntó si me encontraba bien, no tenía buena cara. Le hice un gesto para que continuase. Continuó.

Al final la llevó a un merendero. Siobhan O'Malley estaba desgarrada por la angustia, de eso no le cupo duda, nadie finge tan bien. La muerte de Lynn la devastó. Sentía ese dolor ronco de un miembro después de amputado, la sensación ácida de haber perdido una parte de sí misma. No obstante, había algo más. Había miedo. Mi amiga no sabría decir por qué, pero lo leyó en sus ojos como en un relato de Washington Irving. En el almuerzo fue pasando las páginas y, detrás de cada anécdota aparentemente anodina que O'Malley le narraba para espantar su pena, allí estaba el espanto. Agazapado, negro como la noche.

La señora no pretendía dudar de la palabra de Siobhan, pero estaba convencida de que no se lo había contado todo. La irlandesa no cesaba de repetir que aquel viaje había sido un error. Que no se puede escapar del destino. Que Lynn y ella estaban pagando los

errores del pasado. Más allá del recuerdo de su hermana, sobrevolaba una sombra furiosa que la estaba devorando. Algo así como un secreto. Lo notó en sus uñas, carcomidas por la angustia, despellejadas hasta casi sangrar. No encajaba con el resto de la imagen que ofrecía la mujer; una imagen pulcra, cuidada, elegante.

Diana Solís se levantó, Dame un segundo, abrió la puerta que conectaba el salón con su alcoba, Vuelvo enseguida, y cerró detrás de sí. Por un momento pensé que iba a regresar con la irlandesa, que la tenía escondida en la recámara para rematar su revelación.

Reapareció sola. Alta y sonámbula como una dama victoriana. Había ido a buscar un fular para echárselo sobre los hombros. ¿Qué quería yo? Mi amiga era friolera y enseguida el relente le atacaba el cuello, los hombros, la espalda. Solía sufrir de contracturas. ¿Sabía lo que era eso? Un perro mordiéndote. Eso era. Un perro furioso que te hincaba los dientes y no te soltaba por más que pelearas. El balcón estaba cerrado, ya. Pero el frío le venía esa tarde de otro lugar.

VII
EL SECRETO DE SIOBHAN

La segunda noche en la pensión Galdós no mejoró en nada la primera. *El conde de Montecristo* me acompañó un par de horas, hasta que se me cayó de las manos de puro cansancio. No obstante, dormí poco y mal. A mis sueños *les crecieron cabellos de hierba*. Me asaltó una pesadilla que, por suerte, se desvaneció al despertar. Se me quedó entre los dedos la estampa fugaz de una muchacha a la que nunca había visto, una chica sin rostro, pelirroja y menuda que corría hacia la playa. No logré verle los pies. Tal vez buscaba el mar. Tal vez huía.

No supe en qué hora vivía cuando abrí los ojos. Sudaba a mares. Tardé unos segundos en orientarme. Desde luego, aquel no era mi cuarto ni aquella mi cama. No reconocí los muebles ni el artesonado de madera. El olor me era nuevo, el techo ajeno. Coloqué las almohadas contra la cabecera. Me estiré. Las sábanas y la colcha estaban revueltas a mis pies, como si hubiese luchado con alguien durante la noche. La ropa del día anterior arrebujada sobre el sillón. Dos botellas de agua vacías en la mesilla. Me había dejado la luz del baño encendida. La cortina del balcón se movía al compás de la brisa. Un latigazo de sol cincelaba la pared de enfrente.

Una vez aceptada la realidad, acaricié la imagen de Diana Solís y Siobhan O'Malley en un merendero de las afueras. En una esquina fría y algo lúgubre. Ante una mesa con mantel de hule. Dos mujeres contritas. Una, desquiciada por la culpa. La otra, por el dolor. Ambas unidas por la tragedia. Ninguna de las dos tenía apetito. El asesinato de Lynn les impedía comer. Siobhan hablaba de su hermana pequeña, mientras Diana observaba sus dedos de uñas

carcomidas.

No se puede escapar del destino.

¿A qué destino se refería? ¿Por qué su viaje había sido un error? ¿No habíamos quedado en que se trataba de un antojo de Lynn O'Malley, la aventura a otra isla más soleada, más cálida, el regalo de cumpleaños de sus padres? Me volvió la escena del sueño. La chica pelirroja corriendo sin pies hacia el océano. ¿Y si las irlandesas estaban huyendo? Aquella mañana cobró sentido la presencia carroñera del santón en la iglesia. El odio viejo del que hablaba Diana.

Un *déjà vu* se apoderó de mí aquel sábado. El periódico en el revistero de la entrada al comedor. La pareja alemana dando envidia a sus amigos de Renania a través del teléfono móvil. El café aguachirlado y el zumo sin gracia. La luz matinal que acariciaba la mesa junto al balcón. Celeste, sonriente y traviesa, revisando el mostrador de los embutidos. Diana y su macedonia de frutas.

La señora traía aspecto de haber dormido bien, A ti, en cambio, Ricardo, parece que te ha atropellado el camión de la basura.

—Sí, chica. Debo de extrañar tanto mi cama que apenas puedo pegar ojo.

—¿Quieres que te deje algo que te ayude a descansar? Tengo arriba unas píldoras naturales de melatonina que son mano de santo.

—Deja, deja, mano de santo. No quiero nada que me embote luego. Ya me acostumbraré.

—Sigues enfadado.

—¿Yo?

—Sí, tú. Anoche te marchaste sin cenar y llevabas cara de malas pulgas.

—No había enfado. Tan solo me moría de cansancio. Estoy bien, de veras. Dándole vueltas a la conversación de la que me hablaste con la hermana de Lynn.

—Pues no te conté todo.

—Venga ya, Diana. ¿Hay más aún?

—Es que me quedé con la magua de decirte una cosa. Puede que sea una majadería sin fundamento.

—¿El qué?

—Tal vez esté meando fuera del tiesto, Ricardo, pero tengo la

sensación de que Siobhan O'Malley no es la hermana de Lynn.

—¿Y entonces?

—¿Y si fuera su madre?

—¿Qué te hace pensar eso?

¿Qué llevaba el móvil atiborrado de fotografías familiares? ¿Que hasta en la cartera guardaba alguna de cuando Lynn era bebé? ¿Que su desgarro parecía salir de las mismas entrañas de la tierra? Diana jugó a los detectives con la muchacha. En mitad de la confesión, fue deslizando una pregunta tras otra, pequeños mensajes en las grietas del muro de las lamentaciones en que se había convertido la existencia de la irlandesa. ¿Qué edad tenía Siobhan? Treinta y seis, justo el doble que su hermana. ¿Qué tal eran sus padres? Un poco toscos pero muy cariñosos. ¿También coleccionaba fotografías de ellos? Algunas.

Se las enseñó.

Un matrimonio feliz. Mirada dulce, intensamente azul. Mofletes rubicundos. Sonrisa tímida, algo bobalicona. Se veían tan alegres en el jardín de la casa de Cork, bajo un manzano de cuya rama habían colgado un columpio chusco y primitivo. Él, ataviado con ropa de granjero. Ella, engalanada con un vestido rojo de domingo. Él, escaso de pelo. Ella, con el cabello recogido por una traba en forma de libélula. Ambos mayores.

Sí.

Demasiado mayores para tener una hija de dieciocho años. ¿El clima? ¿La fotogema? Nanay de la China. Por mucho que el clima de Irlanda avejentara, por poco fotogénicos que fueran, ninguno de los dos volvería a cumplir los sesenta y cinco. Por si eso no bastase, a Siobhan se le escapó en algún momento que su padre estaba jubilado. *Retired*. Que yo hiciera los cálculos.

Joder.

Cada día amanecíamos con un nuevo hallazgo: primero, las cuatro puñaladas en el cuerpo de Lynn; después, la desaparición del cadáver; luego, la historia del embarazo; y, ahora, la perspectiva de que la hermana fuera la madre. Un jeringado culebrón venezolano es lo que era aquel caso. ¿Qué más nos aguardaba?

Decidí ocultarle a la señora lo del embarazo, lo nuestro no eran estampas que pudieran intercambiarse. No estábamos en el patio del colegio, poco recreo había en la muerte de la chiquilla. Así que

preferí evitar añadirle sal a su herida. Los remordimientos se la comerían viva. Pensé en Siobhan O'Malley. Traicionada por la vida dos veces: cuando acuchillaron a su hija —acabé por aceptar esa nueva realidad— y cuando robaron su cadáver. ¿Sabría ella que iba a ser abuela?

Diana llevaba unas sandalias con pequeñas piedrecitas de colores. Las uñas rojas contrastaban con la piel lechosa de sus pies. Gesticulaba con sus manos pringadas de naranja. Hablaba en susurros, con arrumacos de misterio. Miró a los lados, como si a los alemanes les importara una vaina lo que hablábamos. ¿Sabía yo qué? Había quedado de nuevo con Siobhan. En su descargo, quería aclarar que esa vez había sido iniciativa de la irlandesa. Ignoraba los motivos. Quizá el mismo miedo. ¿Miedo a qué? Tal vez a imaginar lo que pudo ocurrirle a su hija. Sí. La imaginación puede ser una tortura porque la duda es infinitamente peor que la certeza. Ya lo decía Sherlock Holmes: *Donde no hoy imaginación no cabe el terror*.

Así que aceptó verse de nuevo con Siobhan O'Malley ese sábado. A condición, eso sí, de que pudiese ir acompañada de su marido. ¿De qué marido? De mí, coño, ¿estaba tonto o qué me pasaba? ¿Qué otro marido iba a llevar? Exacto. Tendríamos que hacer el paripé delante de ella. No se le ocurrió otra excusa, íbamos a tener que fingir durante un rato. ¿Una mentira? Desde luego que sí. Pero que me dejara de perendengues: si Siobhan había mentido con lo de su hija, ¿por qué no iba a mentir Diana con lo de su marido? El caso es que teníamos cita en una terraza de la caleta. Una vista preciosa del mar, una cerveza helada y una ración de tollos encebollados. Ya había reservado mesa para tres. A las doce y media. Tan temprano, sí. Los extranjeros almuerzan pronto.

Siobhan O'Malley se había dejado la sonrisa en el hotel.

Por los surcos de sus labios intuí que debía de ser una mujer sonreidora, pero allí y entonces no me dio ocasión de comprobarlo. Cuando parecía que iba a ganarle el pulso a la tristeza, se contenía y regresaba a un estado de desolación frágil y nerviosa. Pensé en algún medicamento, alguna droga que le hubieran recetado los médicos para sobrellevar el duelo.

Desmadejada y sombría, como si acabara de despertar de un sueño, me observó de arriba abajo antes de concederme el rango de marido. Anduvo unos instantes buscándome macas igual que a una manzana. Se fijó en mis dedos desprovistos de anillos. Diana también debió de percatarse de sus reparos porque corrió a explicarle que eso ya no se usaba, *darling*. En Irlanda tal vez, pero en aquellos lares un anillo no sustituía al auténtico amor. O'Malley asintió sin mucho convencimiento. Bebió un trago largo de cerveza que le dejó un bigote blanco de espuma. Volvió a amagar una sonrisa que se le quedó en tierra de nadie. La irlandesa miraba, inquieta, a todos lados. A veces se ausentaba de la conversación, atenta a la avenida del desembarcadero, a las otras mesas, a la puerta de la taberna. Su desasosiego, no me cupo duda, vestía con guayabera. Para mí que esperaba a que, en cualquier momento, apareciera el santón a jodernos el almuerzo a machetazos.

Diana Solís se hartó de ver pasar los ángeles y me lanzó una patada por debajo de la mesa. Murmuró una queja. Necesitaba que tomara la iniciativa en la entrevista, ¿a qué demonios me había llevado allí, si no? ¿Qué tal me las arreglaba con el inglés? A duras penas. Pero, entre frases simples y gestos subrayados, confiaba en hacerme entender por Siobhan.

Pues ya estaba tardando.

Lo primero fue adherirme a su dolor, la acompañaba en el sentimiento. No podía ni imaginar lo que estaba sufriendo. Nadie debería nunca pasar por ese calvario. La mujer levantó la vista. Aún no podía creerlo. Una semana antes estaba paseando con Lynn por el malecón. Maravillándose de la luz de aquel pueblo. Retándose a bañarse en aquel mar que era el suyo también, pero tan diferente, tan calmo y reposado. Y ahora Lynn ya no estaba. ¿Cómo era la chiquilla? Una dulzura. Hermosa, inquieta, divertida. Dispuesta a socorrer a los más débiles. Siempre había destacado por su ingenio resuelto, acaso eso haya sido su perdición. La tacha que sobresale se lleva el primer martillazo.

¿Cuándo la había visto por última vez? La noche en que desapareció. Después de la cena. En el vestíbulo del hotel. Se habían dicho adiós con un abrazo, el último adiós y el último abrazo. Siobhan subió a leer y Lynn se quedó un rato en el ordenador de la recepción. Acababa de comprar un portátil, el primero de su vida.

Pero Siobhan insistió en que lo dejara en casa. No quería que se pasase el viaje entero colgada de Internet. Vaya ironía, ¿verdad? Ahora no lograba sacárselo de la cabeza. No podía dejar de culparse por ello. Si Lynn hubiera tenido su portátil, se habría conectado desde la habitación y aún estaría viva.

Eso nunca lo sabríamos.

De veras que no tenía sentido atormentarse. *Really*. Si alguien buscaba la muerte de la muchacha, habría hallado otro lugar, otro momento, otra oportunidad para encontrarla. Lo que nos llevaba al corazón de aquella historia: ¿quién querría hacerle daño a su hija?

Tal vez se me escapara, tal vez me distrajese su mirada nostálgica, tal vez quería observar la reacción de Siobhan, pero dije *su hija*. Ni en mi inglés de chamarilero pudo pasarle desapercibido. *Daughter* no suena igual que *sister*. Aun así, la mujer no saltó a corregirme. Volvió a encerrarse en su silencio insondable. Seguramente temía más al matón de la coleta que a que alguien pudiera descubrir el secreto familiar de las O'Malley. Una sombra de duda, como una nube gris, se cernió sobre su rostro ya herido de dolor. Insistí. ¿Quién querría hacerle daño a Lynn? No podíamos ayudarla si no sabíamos a qué nos enfrentábamos.

¿A qué nos enfrentábamos?

Al demonio mismo.

The devil himself.

Siobhan agradecía en el alma nuestra intención, pero no podíamos ayudarla. Nadie podía. Si el demonio las había seguido hasta aquella isla lejana, no se iba a detener ahora. ¿Eso significaba que temía por su vida? Sí y no. Temía que fuera a por ella, pero ya no le importaba. Sin Lynn, la vida no tenía maldito sentido. Su pequeña había muerto, ¿qué más dolor podían causarle? Le aseguré que la entendía muy bien. Sin embargo, ella debía entenderme a mí. Debía comprender que, si dejábamos que el demonio se saliera con la suya, Lynn habría muerto en vano. Una vida tirada por el desagüe. Apelé a su conciencia, a su fe, a su amor de madre. Su hija no descansaría hasta que los asesinos pagaran por su crimen.

La irlandesa se irguió en la silla. Levantó las manos con las palmas hacia mí, como quien busca protegerse de un ataque. Un momentito. ¿Había dicho yo asesinos? ¿En plural? Comprendí que le habían ocultado los detalles de la muerte de Lynn. Quizá para

evitarle un sufrimiento mayor, le habrían recomendado que esquivara las noticias. Una advertencia, por otro lado, absurda: ella no hablaba español; aunque hubiese estado pegada día y noche al televisor o leído todos los periódicos, no habría comprendido media palabra. Nada sabía, pues, de las cuatro puñaladas.

Me dolió ejercer de heraldo negro. Siobhan cerro los ojos y bajó los brazos. Hizo un gesto de frío. Suspiró. Una lágrima se abrió paso hasta llegar a su boca. Una lágrima que debía saberle a hiel. Entonces la cosa —otra vez el terror— era peor de lo que imaginaba: por lo visto, el demonio no había venido solo.

¿Tenía rostro el demonio?

Vaya si lo tenía.

El de Jonas. El padre Gallagher. Sí. *Father*. Pastor de una iglesia a las afueras de Cork. Muy conveniente lo de la ubicación. Una parroquia apartada y solitaria. Y él un embaucador. Exacto. *A cheat*. Una voz serena, zalamera. La majestuosa voz de un viejo actor de teatro. Hablaba desde el púlpito y tú sentías que se dirigía únicamente a ti.

Y aquellas pausas, aquellos silencios dramáticos para abonar su alegato. Siobhan ya era una experta en calar a los timadores, el mayor de todos había sido el padre de Lynn. Pero su hija se quedó embelesada por la voz y el discurso de Jonas Gallagher. Comenzó a acudir a la iglesia con una amiga para escucharlo. Luego, cuando la amiga se cansó de aquel rito peripatético y enfermizo y se mandó a mudar, Lynn se las ingenió para ir sola. Al final, la chiquilla también se quedaba después del responso. A veces llegaba a casa ya de noche. Confiaba en su hija, de manera que no sospechó hasta que fue demasiado tarde. Cuando supo lo de las reuniones en la sacristía, el mal ya estaba hecho.

Siobhan tenía la sensación de resbalarse por el tiempo. No podía asegurar cuándo ocurrió ni por qué. En algún momento la historia se reviró, dejó de ser inocente, se convirtió en algo perverso, obsceno. Tal vez la niña hallara en el cura al padre que nunca conoció. ¿El abuelo James? Con todo lo que la quiso, no logró nunca ejercer de figura paterna. Bastante tenía con bregar con la tierra, todo el santo día deslomándose sobre campos de trigo y

cebada. No. El viejo se tragó la vergüenza de una hija preñada antes del casamiento y, con el paso de los años, volvió a mirar a Siobhan sin que la decepción lo delatara, pero no supo o no pudo ser el padre que Lynn necesitaba.

Lo habían sobrellevado con más maña que fuerza hasta la adolescencia de la muchacha. Sin embargo, llegada la hora, Siobhan tuvo que contarle la verdad verdadera, *the real truth*, sobre su procedencia. Cara a cara. A pelo. De un tirón, igual que una tirita, para que doliera menos. Pero no salió como esperaba, esas cosas siempre duelen y algo debió de resquebrajarse en el alma de Lynn. Debió de sentirse traicionada, sola, ridícula en medio de una historia que todos conocían excepto ella. Se encerró en un silencio inexpugnable.

Por eso, cuando comenzó a asistir a la iglesia, Siobhan creyó ver una rendija de luz. Tal vez su hija encontrara respuestas allí, al fin y al cabo, era irlandesa, ¿no? Pues a peor la mejoría. Porque Lynn inició un camino tortuoso hacia el desastre. De nada sirvieron sus admoniciones, nadie escarmienta en cabeza ajena. A pesar de que la previno sobre el cura, la niña no la escuchó, demasiado rebelde y demasiado orgullosa.

Porque el *father* era varias personas en una, pero jamás el inocente cura que pretendía ser. Bebía al modo de Hemingway. Mentía más que el Gran Gatsby. Su manera de odiar y de vengarse haría palidecer a un Corleone. Un diablo de los pies a la cabeza.

Había estudiado en Cambridge, por lo que hablaba un inglés tan depurado que hasta la mayor majadería sonaba a oráculo. Andaba siempre rodeado de jóvenes de ambos sexos, la mayoría provenientes de familias humildes, hijos e hijas de labriegos, zapateros remendones, vendedores de periódicos, cesteros, a los que les insuflaba fe, esperanza y caridad. Menuda mierda todo. *Shit* total. La suya era una fe fingida, una esperanza sin alas y una caridad interesada y egoísta que empezaba, continuaba y moría en uno mismo: el padre Gallagher.

Siobhan tuvo que hacer una pausa antes de proseguir. La congoja le impedía encontrar las palabras que describieran el estado en que había quedado su niña después de seis meses acudiendo a los aposentos del padre Gallagher. Demacrada, triste, taciturna. Dejó de contarle sus preocupaciones, de compartir con ella sus

anhelos, de hablarle de lo que hablan todas las adolescentes que en el mundo han sido: amores, ideales, sueños inalcanzables. Por eso Siobhan había depositado toda su ilusión en aquel viaje. Esperaba que Lynn dejase a un lado, aunque fuera durante una semana, sus preocupaciones.

Pero había sido en vano.

Recordó un cuento que había leído en la escuela, uno en el que un emir manda a su sirviente a por provisiones al mercado. ¿Nos sonaba? Pues el sirviente regresa, con el miedo en el cuerpo, porque en el puesto de verduras se topa con la Muerte y esta lo mira con un exceso de celo. El emir, en su afán de proteger al sirviente, lo envía lejos de allí, a la ciudad de Samarra, y corre al mercado a pedirle cuentas a la Muerte. Le pregunta por qué ha mirado de ese modo a su siervo. Y la Muerte le responde que sí, pero que no. Que, en efecto, ha mirado a su siervo, pero no con celo sino con asombro. ¿Y eso por qué? Eso porque tenía una cita con él, al día siguiente, muy lejos de allí, en la ciudad de Samarra.

Siobhan se sentía igual que debió de sentirse el emir.

Anhelando salvarla, había llevado a su propia hija a la ruina.

Conocíamos esa leyenda. Quizá en lugar de un emir había un duque, en lugar de un sirviente un ayuda de cámara, en vez de Samarra, sería la isla de El Hierro. Pero la moraleja era la misma. Y no se trataba de la torpeza de un señor, que lo único que busca es la felicidad de su sirviente; hablábamos de lo absurdo que resulta luchar contra el destino. Exacto. Siobhan había actuado como cualquier madre. Había pretendido alejar a su hija del peligro. Si el peligro las había perseguido hasta el culo del mundo, no era culpa suya. La culpa era de quien asestó las puñaladas a Lynn. Tal vez ni eso. El culpable había sido el que guio las manos que asesinaron a la irlandesita: el charlatán de Cambridge.

VIII
LA HUIDA A SAMARRA

El charlatán de Cambridge.

Gallagher las había seguido hasta allí, con su resentimiento a cuestas. No obstante, una cosa me preocupaba: por mucho que la vanidad del cura se soliviantara a causa de la fuga de Lynn, por más que le doliera al *fucking father* que una de las feligresas escapase a sus garras, aquella implacable persecución no se entendía. En el cuento de la huida a Samarra, la Muerte solo cumple con su cometido. No la mueven ni la venganza ni el castigo. Sin embargo, el desprecio con que trataron el cuerpo de la muchacha implicaba toda la venganza y el castigo del mundo. Aquello había sido excesivo, incluso para el demonio, lo que implicaba que tenía que haber algo detrás, algo más turbio. Mucho riesgo para tan poco beneficio.

A menos que…

¿El embarazo?

El embarazo podría justificar el robo del cuerpo, tal vez quisieran ocultar que la muchacha esperaba un hijo, pero el trabajo había sido tan chapucero que resultaba desconcertante. Primero mataron a la chiquilla a puñaladas para que todo apuntase a una orgía loca. Luego la arrojaron al mar, para que los peces acabasen el macabro trabajo y borrasen toda huella. Y, al final, cuando la treta no fructificó porque pescaron el cadáver antes de tiempo, les entró el pánico y decidieron robar los restos de la irlandesita. Una solemne cagada de principio a fin.

El acertijo me quemaba en las manos, pero no podía endosárselo a nadie. Habría sido peor el remedio que la enfermedad. Por un

lado, porque aún no estaba seguro de que el embarazo anduviera relacionado con el asesinato. Por otro, porque solo lograría ahondar en la pena de Siobhan O'Malley. Además, ¿cómo carajos yo, el marido de Diana Solís, aquel piojo pegado que había aparecido a última hora, iba a estar tan al tanto de los detalles de la investigación? Le hubiera descosido la coartada a mi amiga y, por ende, la confianza de Siobhan se habría resquebrajado igual que un espejo, con la mala suerte que dan esas cosas.

Diana puso una mano sobre la de la mujer. Le susurró al oído con ternura, en su lengua, afinando las erres y las eses, que las cosas se iban a resolver. Que íbamos encontrar a quienes le habían hecho *aquello* a su hija. Que quien quiera que fuese —un sacerdote, un ángel extraviado o el emisario de la misma Muerte— iba a pagar por su crimen. Le prometió que devolveríamos el cuerpo de su hija a la tierra de Cork, que Siobhan volvería a ver su ciudad y podría llorar a Lynn, junto a los abuelos, como Dios mandaba. Si *mi mujer* me hubiera preguntado antes, le habría recomendado algo de prudencia. Porque una promesa incumplida es otra puñalada.

A Siobhan, sin embargo, el juramento pareció tranquilizarla. La aflicción de su rostro se ablandó. Se dejó acariciar por la mano afectuosa de Diana. Bebió un trago de cerveza. Miró alrededor con aire de morriña. El ventorrillo donde estábamos no se parecía en nada a los *pubs* de su pueblo. Cork. La ciudad más rebelde de toda Irlanda. Ajá. Rebelde, verde, bulliciosa. Allí, un puñado de hombres, durante la Guerra de las Dos Rosas, se enfrentó al ejército de Enrique Vil en mil cuatrocientos ochenta y pico en una heroica escaramuza. Fueron vencidos, desde luego —las tropas inglesas eran infinitamente más numerosas—, pero combatieron como sus antepasados vikingos y hasta los vencedores hubieron de reconocerles la fiereza y el arrojo. Eso, sin duda, era historia, una leyenda con la que espolear la imaginación de los niños. Ahora Cork se había convertido en un pueblo de artistas, una ciudad lánguida llena de grafitis y de músicos ambulantes. Y de iglesias preciosas. Y de *pubs*.

No se había dado cuenta hasta ese instante de cuánto añoraba su hogar. Tenía la sensación de llevar fuera toda una vida. La noche anterior se la había pasado viendo fotos que tenía guardadas, como un tesoro, en el teléfono móvil. Fotos de la huerta, del caminito que

llevaba a la ciudad, de las flores del campo, de la llovizna al atardecer, de sus perros, su bicicleta, sus padres. ¿Cómo lo llevaban sus padres? Aún no les había dicho nada.

No había tenido valor. Quería contárselo en persona para amortiguar la voladura de ánimo que iba a producirles a los viejos el asesinato de Lynn. Tal vez por eso estaba tan desgarrada. Porque no había podido compartir el dolor con su familia. Porque se hallaba tan lejos. Porque no le había quedado otra que fingir, Estamos bien, *mom*; esto es precioso, *dad*; aquí se come de maravilla, la niña no para de hacer amigos, el cielo de la isla es una bendición, vamos a volver a casa negras de tanto sol.

Una mentira piadosa.

Exacto.

A white lie.

Si lo pensaba con detenimiento, su vida había estado surcada siempre por un rosario de mentiras piadosas. La habían educado bajo la premisa de que la verdad acorta el camino, de que con engaños jamás se llega a buen puerto, y mira ahora.

Aun así, ella se consideraba más una cobarde que una mentirosa. Le dio miedo contarle al mundo quién la había dejado embarazada. Miedo a que su padre agarrara una escopeta o un sacho y le reventara el pecho al profesor de literatura que la sedujo y se aprovechó de sus fantasmas. Miedo a que Lynn creciera con la tragedia en casa. Y ahora miedo a hacer sufrir a los viejos con una noticia que los destrozaría. Prefirió esperar a estar delante de ellos. A abrazarlos. A mirarlos a los ojos cuando les revelara la última maldición de los O'Malley. No era lo mismo, desde luego que no. Pero nada se parece más que lo distinto.

Lo apremiante, llegados a ese punto, era proteger a Siobhan, ponerla a salvo del maldito cura. Propuse que Diana le buscase un hueco en el hostal Galdós y que la irlandesa se ocultase allí por unos días. No necesitaría demasiado equipaje. Las dos mujeres debían de llevar la misma talla y seguro que el ropero de la Solís estaba repleto de vestidos que jamás se ponía, de pantalones y blusas y faldas para dar y regalar. El padre Gallagher ya había secuestrado a una O'Malley en el Gran Hotel y, por mucho que la Guardia Civil estuviese al acecho, nada impediría que volviese a hacerlo. ¿Era necesaria esa medida? Lo era.

El demonio no deja cabos sueltos.

A la señora se le iluminó el rostro. Le pareció una idea fantástica. Creí ver en ello algo de redención, aún se sentía culpable por lo sucedido con Lynn. En su posada sobraban habitaciones y estaría encantada de acoger a la irlandesa. Siobhan, por el contrario, se notaba aturdida. Puso el reparo del dinero, había gastado todo lo que tenía en el viaje y en el alojamiento, apenas le quedaba para un par de cervezas, alguna cena a base de bocadillos y el taxi de vuelta al aeropuerto. Diana la mandó callar, qué boberías estaba diciendo. Iba a ser su invitada y nada más que hablar. Sieso la incomodaba, se avendría a aceptar un trueque. Exacto. A kind of *barter*. ¿No sería magnífico pasar una semana en Cork con los O'Malley? Lanzó la pregunta mirándome a los ojos y poniendo su mano sobre mi antebrazo. ¿Eh? ¿A que sería magnífico, cariño? ¿A que hacía tiempo que queríamos tomarnos unas vacaciones y la Semana Santa está ahí, a la vuelta de la esquina? Todo arreglado, pues.

No, *cariño*. Todo no. Quise hacer una advertencia antes de continuar con el plan: era imprescindible que nadie lo conociese fuera de aquella mesa, ¿entendido? No podíamos fiarnos de la discreción de un pueblo al que le gustaban más los chismorreos que la orilla del mar. Les di unos segundos para que digirieran lo que acababa de decirles. El silencio se adueñó de la mesa.

Mientras Diana hacía planes para los próximos días y a Siobhan se le llenaban los ojos de recuerdos, de no se sabe dónde surgió la figura de un mendigo renqueante a pedirnos algo para comer, lo que fuese, cualquier cosa que paliara el hambre de una semana. El hombre aparentaba tener todos los años del mundo, mugre hasta decir basta y una boca de encías deshabitadas. Ya dicen que el primer lugar que visita la miseria son los dientes.

O'Malley dio un respingo del susto. No esperaba la aparición repentina del vagabundo y el miedo la llevaba atenazando desde hacía días como un pecado original. Diana, acostumbrada a la escena, le puso nombre al mendigo, saco de su monedero un par de euros y se los dio con la condición de que fuera, de verdad, para comer. ¿De acuerdo, Elíseo? Nada de alcohol ni drogas. Ella no alimentaba los vicios de nadie. Elíseo bufó con socarronería, Claro, si le parece me lo gasto en mujeres, pero agarró las monedas antes

de que la señora se arrepintiese y continuó su viacrucis con el mismo renqueo.

Camino de la pensión Galdós, las dos mujeres se detuvieron en una farmacia de guardia para comprar algunas cosas que necesitarían. No sabíamos cuánto duraría la clausura, así que mejor prevenir que curar.

Cuando llegamos, la viuda alegre entregaba las llaves de un cuarto a una pareja jovencita, dos galletones que parecían haberse fugado del instituto. Diana dictaminó que aguardáramos a que los muchachos se fueran para acercarnos a la recepción. Ya lo había dicho yo: si queríamos que el plan funcionara, cuanta menos gente supiera de la presencia de Siobhan allí, mejor. El problema era que tendríamos que contar con la complicidad de Celeste, a ver qué martingala le contábamos para justificar a la invitada de honor.

Ninguna martingala.

La verdad pura y dura era nuestra mejor baza. La verdad y una pequeña dosis de confianza. Ajá. Íbamos a apelar a la solidaridad de Celeste. ¿No la había rescatado Diana a ella ofreciéndole trabajo en el hostal? Pues ahora debíamos hacer lo mismo con Siobhan O'Malley: permitirle que se acogiese a asilo. La Galdós pasaría, sin cambiar de ropajes, de fonda a refugio. Y nadie más que nosotros cuatro debía saberlo.

A la verdad, por otra parte, igual que a la ficción, había que aderezarla con algo de dramatismo para que funcionara. No solo protegíamos a Siobhan, eso debía quedar claro. Los cuatro que estábamos en el ajo corríamos peligro. Sí. El padre Gallagher había mamado la cultura vikinga y los vikingos eran malos enemigos que no solían dejar rehenes. Si descubría dónde se hallaba O'Malley, la vida de todos los que conocíamos el secreto no valdría un duro.

Diana Solís sonrió, Mira que te gusta un drama, Ricardo; disfrutas como un niño con estas aventuras.

—Oh, coño. Fuiste tú quien vino a buscarme con el alma en vilo. Yo estaba tranquilito en mi despacho.

—Lo sé. No te estoy culpando. Solo que no creía que la cosa se desmadrara tanto.

—¿Y qué esperabas? ¿Un milagro?

—Ahora nos vendría bien uno.

La señora tenía razón. Necesitábamos un milagro de los grandes para vencer al diablo. Esconder a Siobhan O'Malley durante unos días sería sencillo. Pero de nada nos iba a servir que lograra regresar a Cork con los restos de su hija, si antes no le parábamos los pies a Gallagher. El padre Jonas la seguiría a Irlanda y allí, con calma y su apariencia de honorable patriarca, ni Cristo podría impedir que acabara su trabajo. Pan para hoy y hambre para mañana.

Mientras Diana Solís le explicaba la situación a la recepcionista y le buscaba a Siobhan acomodo en su hostalito, salí a la calle a hacer unas llamadas. Al parecer, mis amigos y mi novia me echaban ya de menos. Mi colega de despacho, Gervasio Álvarez, se alegró de oírme. Ya estaba empezando a preocuparse porque no respondía a sus mensajes. Me excusé con que me había tomado unas vacaciones de mi móvil.

Álvarez no pareció impresionado.

Tenía buena mano para obtener información de la policía. Había sido inspector jefe durante veinte años y aún se guardaba algún que otro comodín en la comisaría. Le expliqué por encima la situación. ¿Necesitaba conocer al enemigo? No. Al enemigo ya lo conocía. Lo que necesitaba era calcular sus fuerzas. El padre Jonas Gallagher había llegado a la isla algún día de la anterior semana. ¿Podría indagar Gervasio cuántos hombres le acompañaban? Convendría rastrear las empresas que alquilaban coches de lujo. No debían de ser muchas. Y solo una tendría dispuesto un sedán azul metálico en el aeropuerto el mismo día de la llegada del cura.

Ignacio Santa Ana no había podido sacarse de encima ni el catarrazo ni la frustración por el robo del cadáver de Lynn. Recordaba una noche que habían entrado en su consulta y se habían llevado material clínico y un par de cuadros que no valían ni la moldura con que estaban enmarcados. Pero ¿un cuerpo? Aquello era nuevo para él. Le costaba asimilarlo. ¿Para qué querría alguien el cuerpo desmadejado de una chiquilla? Para evitar que descubrieran algo comprometedor. ¿Algo como un embarazo? Por ejemplo.

Pero yo lo llamaba por otro motivo. Quería que hiciera algo por mí. ¿Ilegal? En absoluto. Jamás delegaría en otra persona mis

delitos. No. Se trataba de insinuarle al sargento Quevedo la presencia de un forastero en las inmediaciones del cuartelillo y cerca de la lonja del pescado. Exacto. Un tipo de entre sesenta y cinco y setenta años, vestido siempre con guayabera y ataviado con una coleta estrafalaria color luna.

Ignacio no se privó de abroncarme, Joder, Ricardo, ¿en qué líos vas a meterme ahora, chico? Yo no he visto a alguien así en el pueblo.

—Yo sí. Y juraría que tiene mucho que ver con la desaparición del cadáver.

—¿Y por qué no lo denuncias tú?

—Porque nadie sabe que estoy aquí y quiero que la cosa siga igual. No te lo pediría si no fuera importante. Hay más vidas en juego.

—No me jodas. ¿Cómo que más vidas?

—Ese tipo es peligroso, Santa Ana. Muy peligroso. Ahora está buscando a la madre de la muchacha.

—¿Qué madre ni qué leches? La chica, que yo sepa, solo tenía una hermana.

—Es largo de contar. Resulta que la hermana es en verdad su madre. Eso no se lo digas a la Guardia Civil, ¿eh?, no vayamos a joderla. Mira. Te prometo que en cuanto pueda te pongo al día, ¿vale?

—Vaya compinche me he agenciado, coño. A ver lo que puedo hacer. No se me da lo de contar trolas.

—Míralo como una mentira piadosa. Se han puesto de moda últimamente. Y cuídate ese resfriado, que pareces un zombi.

—En ello estoy. Andan hablando de un virus que pulula por ahí. Con mi suerte, no te extrañe que lo haya pillado.

—Miel y limón, amigo, que dicen que lo cura todo.

—Gracias, doctor. Ya te diré algo cuando haya hablado con Quevedo.

La noticia del virus también había llegado a Barcelona. Dos equipos de fútbol y uno de baloncesto se lo habían traído de Europa. Beatriz Guillén no estaba preocupada. Aún. Pero andaban los pibes y ella echando a *tin marín de dos pingué* a ver si se volvían antes a casa o aguantaban el viaje hasta el final.

Me quería. La quería. Nos queríamos. Podríamos haber seguido

conjugando aquel verbo lindo toda la tarde, pero las cosas esenciales solo se dicen una vez porque se desgastan. Beatriz Guillén se interesó por mi trabajo. ¿Qué andas tramando, Rick, que llevo días sin saber de ti?

—Lo de siempre, m'ija. Tengo un cadáver sobre la mesa y alguien que se siente responsable de una muerte.

—¿No habíamos quedado en que te ibas a dedicar solo a los desfalcos y a los fraudes?

No recordaba haber prometido semejante cosa, pero todo pudiera ser. Tampoco recordaba qué tipo de relación habíamos mantenido Diana y yo antes de que la verja del tiempo nos separara y alguna hubo de haber. Así que cambié de tercio y pregunté por los chicos. ¿Cómo lo estaban pasando Pablo y Marta en Barcelona? Igual que lo habrían pasado en Cuenca o Badajoz. Andaban pegados al dichoso móvil todo el santo día. ¿Cosas de la edad? No lo tenía claro.

Ella también había tenido esa edad y ni remotamente se recordaba tan aburrida. Lo que habría dado por que su madre la llevara a visitar aquellos sitios espectaculares y a comer en aquellos restaurantes deliciosos y a pasear por parques que huelen a azahar y a madreselva. Los chiquillos hacían el paripé, fingían mirarlo todo con asombro, aguantaban un rato, pero desde que Beatriz se despistaba volvían corriendo al guasap y al Instagram como un yonqui a la droga. Estaba pensando adelantar la vuelta, con la excusa del virus.

Mientras hablaba, en la calle, el sol daba de soslayo sobre la fachada del hostal Galdós y mi sombra fue desplegándose sobre el pavés. En algún momento de la conversación, cuando intentaba convencer a Beatriz para que aguantara unos días, que quizá pareciera que no, pero esas cosas dejaban huella en los pibes, me dio por pensar si no sería mi sombra quien hablaba. Imaginé por un momento que cobraba vida y se desgajaba de mí para seguir su rumbo. La sombra de uno es como un animal en extinción, el último leopardo de las nieves.

La voz de la farmacéutica me devolvió a la realidad. ¿Es que no quieres verme, Rick?

—¿Cómo?

—Insistes tanto en que me quede hasta el final del viaje que

cualquiera diría que no tienes ganas de verme.

—Me muero por verte. De veras. Lo decía porque a veces nos da por creer que lo que hacemos por nuestros hijos es una pérdida de tiempo y no es así. Es como el agua de una pila, que va calando en la piedra poco a poco.

—Lo dice quien jamás fue padre.

—Lo dice quien ha sido hijo.

¿Le prometía yo volver a hablar por la noche, cuando los chicos estuvieran en su cama y ella recién duchada y con una copa de vino del mueble bar? De acuerdo. Donde yo me alojaba no había mueble bar, pero ya me las arreglaría para encontrar con qué brindar por nuestra dicha.

IX
EL ESCONDITE INGLÉS

Cuando volví a entrar a la pensión, me encontré con Diana Solís de pie, en mitad del vestíbulo, con los brazos cruzados y una mirada insólita. Ignoraba yo cuánto había escuchado de la conversación, pero por sus gestos imaginé que lo suficiente para hacerse una idea de los últimos años de mi vida. Me acordé de *Alicia a través del espejo*, un gato sin sonrisa asusta mucho, pero más asusta una sonrisa sin gato.

La señora había pedido que nos sirvieran un té de manzana. Alargó el brazo para invitarme a seguirla. En el recibidor, bajo el chaflán de la escalera, dos tazas humeantes y un plato con rosquillas de nata nos aguardaban sobre una mesita.

Nada más sentarnos, me puso al día de las novedades. Siobhan O'Malley ya estaba instalada en su refugio. Sí. Así se sentía la irlandesa, sabedora de su condición. *Like a refugee*. Lo mismo que tantas mujeres que llegan a las costas en cayucos destartalados huyendo del sátrapa de turno, del dictadorzuelo sustentado por un rancho de militares. Ella, claro, había llegado en avión, de vacaciones. E Irlanda era un país libre y democrático. Pero si regresaba ahora a Cork, su vida valdría tan poco como la de las africanas de las pateras. La señora dio un sorbo a su té y me miró sin decir nada. Cinco, seis, siete segundos que se hicieron eternos. ¿Esperaba el parte?

Por supuesto.

Para eso me había contratado.

Dejé la taza sobre el platillo y le expliqué la razón de mis llamadas. Había echado mano de mis contactos. Buscaba recabar

información sobre dónde podía estar alojado el padre Gallagher y, sin levantar la liebre, alertar a la Guardia Civil de la más que evidente relación del reverendo con el robo del cadáver. A Diana pareció cuadrarle el diario. Parecieron cuadrarle mis amigos. Pareció cuadrarle mi anhelo de cercar al cura sátiro. Lo que no le cuadraba era mi voz dulce y querendona. ¿O era que pretendía camelarme a los guardiaciviles con requiebros de amor?

—No, carajo; la última llamada era personal.

—Lo imaginaba, bobilín. Es que me gusta burlarme de ti. No necesito explicaciones…

—Se llama Beatriz.

—Te digo que no necesito…

—Pues no haber preguntado.

Se llamaba Beatriz y era una mujer magnífica con un matrimonio al garete, dos hijos adolescentes y una farmacia a su cargo. Llevaba en mi vida no sabía ni cuánto. ¿Diez, doce años? Según lo miraras, un suspiro o una eternidad. Apareció en el momento que acababa de morir mi abuelo Colacho, quiéreme cuando menos lo merezca porque será cuando más lo necesite. Y la necesité como nunca a nadie. Me sentía huérfano, confuso, un ave sin nidal. Mi mundo se había desmoronado, así que comencé a reconstruirlo con la argamasa de aquella mujer.

Una linda historia, sin duda. ¿Por qué, entonces, no estaba con mi farmacéutica en Barcelona? Porque la necesidad de mi farmacéutica era pasar un tiempo con sus hijos, y yo iba a ser más un estorbo que una ayuda. No. No vivíamos juntos. Por Juana o por su hermana llevábamos meses aplazando la decisión. No obstante, podía asegurarle que la convivencia entraba en nuestros planes. ¿Miedo al compromiso? No creía que el hecho de vivir juntos supusiera mayor compromiso que el que ya teníamos Beatriz y yo.

La señora se sacudió unas migas y volvió al silencio. O se le habían acabado las preguntas o se le había acabado el té. Cruzó una pierna sobre la otra, se ajustó la falda por debajo de la rodilla y miró a la pared del vestíbulo, donde, sobre la piedra vista, una mujer enlutada de rostro marchito nos observaba desde un cuadro. Era tal cual la había definido Diana. La mirada de mi amiga se tintó de una cierta zozobra. Tal vez temiera que su destino fuese ocupar un pedazo de muro, en una fotografía al lado de la de la anciana

que se reía para dentro. Quise aliviar su melancolía.

Eso no iba a ocurrir.

Jamás.

¿Por qué estaba yo tan seguro? Porque su tía, en el retrato, parecía una vieja y seguramente fuese más joven que la Diana que se estaba tomando el té conmigo. ¿La misma edad? ¿Lo veía ella? Es que el tiempo se mide ahora de otra forma. Antes, a los sesenta a uno solo le quedaba sentarse a esperar a la parca. Ahora, recién empezaba uno a vivir. ¿No había oído la señora el quilombo que se había montado a cuenta de las pensiones de jubilación? Eso pasaba porque antes la gente tenía la decencia de morirse no más jubilarse. Que mirara aquella legión de octogenarios que se alojaban en el Gran Hotel. Oh, padrito. Así no había modo de cuadrar las cuentas.

Además, a Diana Solís aún le quedaban muchas batallas que lidiar. Le quedaban sus libros. La luz marina del pueblo. La brisa del océano. Y el hostal Galdós, asilo de refugiados. Tampoco tenía que preocuparse por el dinero, gozaba de libertad e independencia. La mayoría de las mujeres matarían por una vida así. No. No había dicho la mayoría de las mujeres *de su edad*. Hablaba de la mayoría de las mujeres y punto. Que mirara a Celeste, que mirara a Siobhan, ahí tan jóvenes. ¿Acaso no se cambiarían por Diana sin dudarlo un segundo? Ni por un mal de ojo la señora acabaría como la lóbrega anciana del retrato. Por cierto, que yo lo colocaría en otro lugar —en las cocinas, bajo las escaleras, en la intimidad de su alcoba—, porque daba mal fario ver ahí a la vieja de los chochos recibiendo al personal con cara de enterradora.

Volvimos al silencio.

Yo había dicho lo que quería decir y Diana mordisqueaba sus premoniciones.

Sin duda, el silencio es más quebradizo que la conversación. Cuando alguien interrumpe una conversación, solo perturba al que habla. Cuando interrumpe un silencio, descompone el mundo entero. Celeste, el estruendo de su taconeo sobre el entarimado de madera, vino a interrumpir ese momento íntimo.

La viuda alegre no parecía consciente de la gravedad del momento. Llegó feliz, con la mirada blanca de una chiquilla, agradecida de que la dejáramos participar de aquella aventura. Lo primero que hizo, después de coger resuello, fue jurar por su vida

que el secreto estaba a salvo con ella, que nadie sabría que Siobhan O'Malley se había alojado una vez en la habitación ciento cuatro de la pensión Galdós. La irlandesa, confesó Celeste con un guiño travieso, estaba *a lu ci na da* con el cuarto.

La habitación, al contrario que la mía, estaba orientada hacia el interior. Daba a un pequeño patio de palmeras con una fuente de piedra y una parra rebelde que jamás había dado ni un mísero racimo de uvas. La decisión de alojarla allí fue toda mía: quería evitar la mirada indiscreta de los vecinos. Claro. Si alguien la veía al trasluz de los ventanales podría preguntarse por qué aquella mujer no salía nunca de su alcoba, por qué se paseaba arriba y abajo como una leona enjaulada, por qué se asomaba a la ventana con nerviosismo. Diana intervino con una voz resuelta, Joder, Ricardo; ahora estás describiendo mi patética vida.

No era lo mismo, coño.

Diana Solís vivía allí como dueña del hostal, nada de patetismos. Y se la veía leyendo, arreglando las cortinas, regando las plantas, desde luego. Pero también de compras por la calle mayor, en la terraza del restaurante del puerto o en la tienda de aceite y vinagre que hay junto a la plaza, esa que está llena de espejos y que parece que no cabe un alma, aunque solo anden comprando dos vecinos. Definitivamente no era lo mismo.

Volviendo a Siobhan, Celeste nos contó que la irlandesa se había enamorado del patio de las palmeras. Un amor a primera vista, sí. Le evocaba a su Cork natal, dijo. Podía reconocer el canto de los pájaros, dijo. Y el olor de las distintas flores del jardín. Le había preguntado a la recepcionista si podía conseguirle un bloc de dibujo y una caja de ceras de colores. Por si no lo sabíamos, a O'Malley le encantaba pintar. Mira qué bien. Igual que a la señora en otro tiempo. Una buena noticia.

Saqué dinero de mi cartera y le pedí a la viuda que fuera a comprar el cuaderno y las ceras, y también lápiz y goma. Yo invitaba. ¿Por qué? Porque Diana ya había corrido con los gastos del alojamiento y ahora me tocaba a mí pagar las aficiones de Siobhan. No, hombre. ¿Por qué ese empeño en el lápiz y la goma? Ah, eso. Porque tal vez a la Guardia Civil le vendría bien un retrato robot del padre Gallagher.

Aquella tarde no ocurrió nada más.

Siobhan y Diana alimentaron su recién nacida amistad. Y yo empleé mi tiempo en leer, ver alguna película del año de la lepra en la televisión y brindar con mi novia con una botella de Benjamín escamoteada en la pensión. Sin duda fue la calma que precede a la tempestad: el domingo iba a conocer a Celso Navarro y ya no volvería a tener sosiego.

Tenía aspecto de haberse caído de un yate de recreo. Venía emperchado: pantalones a rayas celestes una talla menor, camisa blanca, chaqueta azul con el escudo dorado de vaya usted a saber qué club náutico y unos mocasines de ante sin calcetines. Unas gafas de pasta de carey ambarinas y un anillo haciendo juego acababan de darle lustre al personaje.

Comencé a cogerle tirria nada más verlo aparecer por el salón. Traía una voz engolada y una pose de ave del paraíso que tiraba de culo. Su mano, sin embargo, era cálida. Un apretón firme y mantenido. El saludo de un cautivador. Otro que tal bailaba, como Gallagher. Me observó con insistencia, como si me buscara parecido con alguien. Pero no. No nos habíamos visto antes. Un tipo como él no se olvida con facilidad.

Durante el desayuno, una suerte de bipolaridad se instaló en nuestra mesa del balcón. El director del Gran Hotel se escindió en dos personas: Celso para Diana y Navarro para mí. Incluso se le demudaba el rostro —¿o sería el reflejo de la luz de la mañana que se colaba, tal que un reguero de sangre, por los ventanales?— cuando hablaba con la señora. Con ella todo era tersura y delicadeza. Conmigo fue mordaz, acerado, con un tono retador y un sarcasmo siempre en bandolera. Estaba allí porque había perdido a una huésped.

Correcto.

La hermana de la pobre muchacha cuyo cadáver habían sacado de las aguas había desaparecido. La noche anterior no había dormido en su habitación. Segurísimo. El cuarto amaneció inmaculado, la cama intacta, las toallas dobladas primorosamente. Para él no suponía un problema, no imaginaríamos la cantidad de veces que sus clientes pasaban la noche fuera, a causa de un amor de verano o un encuentro fugaz con un joven del pueblo, pero la

Guardia Civil andaba hecha un basilisco buscando a Siobhan O'Malley.

Por lo que Navarro había entendido del alboroto, Siobhan estaba a un hilo de pasar de víctima a sospechosa. Lo que oíamos. El primero que echa a correr tras un delito suele ser el culpable. ¿No era demasiado pronto para alarmarse? En otras circunstancias lo sería. No obstante, los guardias habían visto salir a la mujer a media mañana del sábado del hotel y no la vieron regresar después, de ahí la alarma. ¿Y a cuento de qué iba Siobhan a matar a su hermana? Ya. Eso mismo le preguntó Celso al sargento mal encarado que lo levantó de la cama, pero ya se sabe que un guardiacivil tiene por oficio sospechar hasta de la sombra de su bigote.

De cualquier manera, a Navarro le dio la sensación de que el sargento andaba más preocupado por la vida de Siobhan que por la muerte de Lynn. Lógico, ¿verdad? Por la pequeña ya no podía hacerse gran cosa. Diana torció el gesto. Se le seguía clavando la espina de una llamada que nunca llegó a hacer. En un arranque de indignación, corrió a ponerse del lado de la más débil. Sí. Porque nadie en su sano juicio podía creer que Siobhan O'Malley fuese una asesina. ¿Estábamos locos o qué?

A Celso Navarro que lo registraran. Tampoco creía en la culpabilidad de Siobhan. Por eso le escamaba la huida. ¿Dónde iba a estar la irlandesa más segura que en el hotel, con un furgón de la Guardia Civil de retén en la puerta? Correcto. Allí seguían mañana y tarde. De noche le dejaban el muerto al segurata del hotel, que era medio novio de la cabo que rondaba de día. ¿Una que llevaba coleta y que no sonreía ni aunque la encañonaran? Esa misma. La cabo Del Rosario. Ella y Kevin, el segurata, andaban medio liados. ¿Medio novios? ¿Medio liados? ¿Tan difícil, carajo, era definirse?

Diana mordió un gajo de naranja. La acidez hizo que se regañara. A ver. En un pueblo pequeño como aquel, creía haberlo dicho ya, todo era a medias, como disimulado, para evitar habladurías. El tal Kevin y la cabo estaban liados del todo, de eso no cabía duda, pero lo pretendían mantener en secreto. Claro. En secreto. No jodas. Por eso hasta el último mono de la selva, o sea yo, se estaba enterando a las primeras de cambio.

La viuda alegre apareció con una bandeja de dulces. Se acercó a nuestra mesa, pero, cuando se dio cuenta de la presencia de Celso

Navarro, reculó. No pensé que Celeste pudiera sonrojarse, pero lo hizo. Navarro la saludó con galantería y ella solo acertó a cruzar las manos a la altura de la ingle con pudor. Toda la picardía que le había conocido en los días anteriores se le desbarató de sopetón. Dejó en paz los botones de su blusa y las bromas insinuantes se le cayeron al suelo igual que calderilla.

Navarro la observó de arriba abajo con un descaro insolente. Tres veces la invitó a que se sentara con nosotros y tres veces Celeste se excusó con un hipo nervioso. Lo lamentaba, pero no podía. En serio. Tenía que atender la recepción. De verdad. A esa hora solían llamar por las reservas y no estaba el negocio para perder clientes. Lo juraba. El director del Gran Hotel exhibió una sonrisa triunfante, Claro, lo comprendemos, no te hagas mala sangre, mujer, otra vez será.

¿Qué pasaba allí? ¿A qué venía aquel despliegue de zalamería? La vida privada de la gente no suele interesarme a menos que ponga en peligro la mía. Ahora pensaba acabar mi desayuno, pero tendría que escarbar más tarde en los límites de aquellas miraditas furtivas. Celso interrumpió mi pensamiento. ¿Y qué hacía yo en el pueblo? ¿Trabajo o vacaciones? Un poco de todo. Lo mío era el mercado inmobiliario y los pueblitos tenían mucho futuro. Sin embargo, había venido a descansar, invitado por la señora, lejos del mundanal ruido. Tres mentiras por el precio de una.

Navarro fue alternando su atención en Diana y en mí. Quizá intentaba establecer el calibre del vínculo que nos unía. Conque a descansar. Si yo lo decía, amigo, no iba él a ponerlo en duda. Pero, desde luego, algo estaría haciendo mal porque no se me notaba el descanso en la cara. En eso no podía mentirle: la cosa era que extrañaba mi cama y aún no me había habituado al rumor del mar.

Claro.

¿Y qué podía decirle yo de Siobhan O'Malley? Lo que había oído en el telediario y en alguna conversación de bar. Pero la mujer era irlandesa, así que debía de estar cerca del mar, escuchando graznar a las gaviotas, empapándose del olor a sal, haciéndose preguntas. ¿Qué preguntas? Hombre, en la historia de su hermana había de todo menos respuestas. Primero la habían asesinado con cuatro puñaladas, luego la habían arrojado al mar y, para remate de la puñeta, habían robado los restos. Yo me haría muchas preguntas y

no era irlandés.

¿Cómo sabía tanto del caso?

Lo dicho: en el pueblo no se hablaba de otra cosa.

X
UN DÍA DE LLUVIA

Cuando se hubo marchado Navarro del hostal, Diana Solís no pudo ocultar su preocupación. El director del Gran Hotel era perro viejo y para ella que sabía algo más de lo que aparentaba. Si no, ¿a qué había venido precisamente al Galdós a preguntar por Siobhan?

¿Podía confiarse en Celso? Mi anfitriona arrugó la nariz como quien huele mierda. No pondría la mano en el fuego por él. ¿Conocía yo a esa gente que se rodea de feos para parecer más guapa? Pues Navarro se codeaba de morralla para pasar ante el mundo como un *gentleman*. Sí. De joven había sido un tarambana, miembro de una pandilla de matones, algunos de los cuales se habían pasado media vida entrando y saliendo de la cárcel. Comenzó de vigilante de coches, de gorrilla que ayudaba a aparcar. Una mierda ayudaba. Lo que hacía era dejar caer, como quien no quiere la cosa, que si no pagabas corrías el riesgo de que, al volver, ya no tuvieras coche.

Un extorsionador.

Un golfo.

Y una juventud de pudridero.

Después trapicheó con todo lo que se puede trapichear: repuestos de coches, ordenadores traídos de Rusia, ropa de marca falsa, tabaco de contrabando. Navarro era el más listo de la clase, el tuerto ascendido a rey, el capitán de las sardinas. Y supo siempre mantenerse a flote. Las malas lenguas decían que su mayor habilidad era la de echar a pelear a los demás para luego convertirse en gran pacificador. En la barriada del Carmen, donde se crio, Celso era el amo. Que yo no me fiara de sus maneras

educadas porque eran más falsas que una moneda de dos caras.

En absoluto me fiaba. Sin embargo, no lo veía yo yendo a la Guardia Civil a chivarse. Un tipo como el que Diana había descrito sabría, desde sus años de pandillero, que nada hay más valioso que una información que no se comparte. Al menos, que no se comparte hasta que se necesita, y él ahora mismo no lo necesitaba. No ganaba nada llenándole la cabeza al sargento Quevedo con enredos y suposiciones. Si en algún momento hacía valer su comodín, sería con Diana y no con un guardiacivil.

Pues iba aviado. A ella se le habían agotado las lágrimas y los desengaños. Si se le ocurría venirle con chantajitos de la gran puñeta iba a salir escaldado como gato. ¿Cuál iba a ser nuestro siguiente paso? En lo que llegaban noticias de mis amigos, podríamos pasar el resto de la mañana en el mercado. Pero, ahora que caía, era domingo. ¿Que abrían ese domingo por las fiestas de Santa Cristina? Pues cojonudo. ¿Comprar? No. No pensaba comprar nada. Solo me apetecía regresar a viejos olores de infancia, el de los puestos de fruta, el de la tierra húmeda adherida a las papas y a los boniatos, el del queso de cabra y el café sin moler.

Claro que había tenido infancia, ¿qué se pensaba Diana? Y estaba llena de sensaciones preciosas. Hay quienes recuerdan el color de una casa o la forma de un árbol o la oscuridad de un callejón. Cosas que pertenecen a la memoria visual. Yo tiendo a rememorar olores y sabores, algo más intangible. Exacto. No sabría decirle si los ojos de mi abuela Filomena eran verdes o marrones, yo era muy chico cuando ella murió y las fotografías que me quedan son en blanco y negro. Pero recuerdo a qué olía su pelo y el sabor del potaje de arvejas que hacía.

Todo conspiró para que lloviera. La visita de Celso Navarro había traído un día plomizo y un cielo gris. Lluvia para más calor. La señora desempolvó un paraguas rojo y grande bajo el cual cabíamos nosotros y un equipo de *rugby* si se terciaba. Y al mercado que fuimos amarraditos los dos, espumas y terciopelo.

Santa Bárbara.

El mercado se llamaba Santa Bárbara y había tenido muchos usos hasta devenir en recova. Se construyó como fortaleza edificada

para defender la bahía de los ataques piratas. Luego fue una fábrica de hielo. Más tarde un fortín de legionarios. Y un convento de ursulinas. Y una inclusa. Y una escuela para niños pobres. Lo único que permanecía intacto desde los orígenes eran la fachada y el portón, donde una talla de la Virgen con su palma del martirio en una mano y las plumas de pavo real en la otra daba la bienvenida al visitante.

Se trataba de un edificio de planta colonial, con un patio cuadrado abierto al cielo, dos alturas y techos y balcones de madera. No olía exactamente como yo pensaba, ya nada huele como uno recuerda. Pero la vida se abría paso en cada rincón, unas veces en forma de risas, otras como una discusión acalorada. Y no logré librarme de un estremecimiento al pensar en los cientos, las miles de almas que lo habitaron antes que los puesteros.

No es que creyese en transmigraciones, pero me habían enseñado aquello de que la energía ni se crea ni se destruye, solo se transforma. Entonces ¿por qué no creer en las energías transformadas que aún rondaban por allí? Tal vez anduvieran pelando la pava, en las tibias noches de primavera, el arcabucero y la novicia, el cabo de la legión y la maestra, el cargador de bloques de hielo y la inclusera.

Los vivos andaban ese día rezongando a cuenta de la lluvia. Para unos era una bendición que haría reverdecer los campos, para otros una molestia y un engorro. No parecía domingo. La señora me explicó que la semana grande del pueblo era entera una fiesta. Se detuvo en el puesto de flores a comprar media docena de esterlicias y se pasó la visita paseando a los *gallos* por la recova. Yo me surtí de anacardos en un quiosco que vendía frutos secos y dulces caseros hechos de almendra molida y miel. Al quiosquero que me los envolvió en papel de estraza le faltaban varios dientes, lo que nunca es buen presagio.

Entre los charcos que la lluvia había ido formando y el torbellino de visitantes que se apelotonaban al socaire de las marquesinas, el paseo se fue volviendo embrollado, así que decidimos sentarnos en el Balcón del Mar, un barito que habían abierto en la segunda planta. La camarera traía un aspecto punki, con un *piercing* en el labio inferior, la nariz aguileña y los pelos en punta tintados de verde y naranja. ¿No se llamaría Esterlicia, por

casualidad?

No. Se llamaba Laura, por su abuela materna. Bien por la abuela. La mía se llamaba Filomena y hubiera sido una jodienda heredar el nombrecito. Laura asintió y adoptó una expresión soñadora que pareció llevarla muy lejos de aquel pueblo. Hechas las presentaciones, Diana Solís apostó por un té rojo y yo por un café negro y allí pasamos el rato en puro Stendhal. Desde nuestra atalaya, junto a la barandilla de palosanto, disponíamos de una magnífica panorámica del mercado.

Los poblanos no creían en la lluvia, por eso no acostumbraban a sacar el paraguas. Nos hartamos, entonces, de contar moños, calvas y sombreros. Ganaron los sombreros en una proporción de tres a uno. Un runrún de panal serpenteaba por entre los puestos. ¿Quién pudiera leer los labios para cotillear en las conversaciones?

¿Quién?

Ella podía.

Me lo juraba. Había sido profesora en un colegio donde no era insólito ver niños diferentes. Ajá. Niños con *necesidades especiales*. Nada de sordomudos ni tartajas ni taraditos. Por si las moscas, quería aclarar que los sordomudos no existen. Solo son sordos, si no hablan es precisamente por eso. Y los tartamudos son disfémicos. Y no hay tarados, solo personas que tardan algo más en aprender, ¿se explicaba? Como los ángeles.

Sonreí.

No me estaba burlando, que me creyera Diana. Era una sonrisa de adhesión a la causa. Admiraba lo buena profesora que había sido mi amiga. Tanto como para enseñar a un viejo descreído la diferencia entre la tartamudez y la disfemia. Tanto como para aprender lengua de signos a fin de poder comunicarse con sus alumnos diferentes. Hasta ahí habían llegado su pasión y su entrega. La señora, desacostumbrada a los halagos, se sonrojó. Ningún mérito en ello, confesó a media voz. ¿No aprendíamos inglés o alemán para entendernos con los turistas? Pues sus alumnos significaban para ella mucho más que turistas. Quería comunicarse con pibes que ansiaban ser comprendidos. Así que sí. Podía hablar con las manos y leer los labios.

¿Quería que me lo demostrara?

Solo por curiosidad.

Pues, para mi información, el carnicero ahora se estaba lamentando de sus pérdidas, con aquel tiempo de mierda se acercaban menos clientes a su puesto y tenía familia que alimentar como para parar un carro. Lo suyo era de traca: miraba a su mujer y la dejaba preñada. Por su parte, la frutera, que se las había ingeniado para desplegar una tela de plástico sobre los palés de manzanas, nectarinas y melocotones, se alegraba, no hay mal que por bien no venga, de que al menos la gente se abstendría de manosear la fruta. ¿Y la pescadera? Blas Mendoza había dejado caer que era la mujer del patrón del Consuelito y que tenía la lengua suelta.

La pescadera porfiaba con una muchacha sobre la bondad de la carne de medregal, según ella el mejor pescado del mundo. El más sabroso. El más saludable. Diana no podía confirmar la respuesta de la muchacha porque estaba de espaldas, pero parecía aceptar la opinión acreditada de la doña. A ver. A la mujer del patrón le habían salido los dientes con la aguja de recoser las redes en una mano y un cuchillo de destripar samas en la otra. Una santa Bárbara a su modo. De pescados le iban a hablar a ella. Un medregal a la espalda era un plato insuperable.

Diana detuvo la lectura. Deletreó una palabra en el aire. Se miró las manos como buscando ayuda. Negó con la cabeza. Seguía mirando a la pescadera, pero no acertaba a descifrar lo que decía. No. No se le había acabado el diccionario de español para sordos. Sucedía que la doña no estaba hablando ahora en español. Eso. Le estaba respondiendo a un cliente en… inglés, creía Diana. Sí. Definitivamente. Era inglés. La señora ahí flaqueaba. ¿En inglés? ¿A un cliente? Ajá. Al viejo de la guayabera y la coleta gris que acababa de llegar al puesto.

La madre que lo parió.

El mismísimo padre Gallagher. El diablo en persona. Diana se llevó la mano a la boca. ¿Y qué se le había perdido en el mercado? Lo mismo que a nosotros, supuse. Vendría buscando información sobre la muerte de Lynn O'Malley. O, mejor dicho, buscando a Siobhan. De algún modo habría averiguado la conexión entre la pescadera y el patrón del barco que rescató a la irlandesita, le habrían hablado de lo bocazas que era la doña y pensaría que él también podía pescar algo. Otra cosa no iba a ser. La receta del

medregal a la espalda le importaba un huevo.

Diana Solís no lo había visto antes, pero tenía que reconocer que su aspecto daba pavor, había una sombra oscura alrededor de él. No. No hablaba del aura ni de la energía. Se estaba refiriendo al tipo que lo acompañaba, un cabrón de tomo y lomo, pura morralla. ¿Qué tipo? El del traje marrón chocolate y la corbata horrible situado dos pasos detrás del *father*. Ese tipo. ¿Lo conocía Diana? Ella y medio pueblo. Se llamaba Israel Mederos, pero todos le decían el Mafia. Un pirado. Un psicópata. Lo que se dice carne de manicomio. Y ¿sabía yo qué? Era compinche de Celso Navarro en el barrio del Carmen. No sabría decirme si aún continuaban trapicheando juntos, pero se criaron en la misma calle. Se destetaron en el mismo ambiente. ¿Hermanos de leche? Exacto. De muy mala leche.

Una revelación mestiza. El Jekyll y Hyde de las revelaciones. Por un lado, aclaraba el asunto; ya teníamos un hilo del que tirar. Por otro, lo complicaba; si Navarro estaba detrás de todo, íbamos a encontrarnos pronto entre dos fuegos. Diana torció el gesto. ¿Por qué iba a estar Celso relacionado con la muerte de Lynn? Ni idea. Pero mi preocupación no era que estuviese relacionado, sino concernido. No. En absoluto era lo mismo. La diferencia me la había explicado una tarde, en su despacho de la universidad, un antiguo rector con un simple ejemplo: si desayunas huevos con beicon, en tu plato la gallina está relacionada, el cerdo concernido.

Pues eso.

¿Y ahora qué hacíamos? Ahora nos separaríamos, se había acabado la fiesta de los olores. ¿Cómo que nos separaríamos? Como que sí. Ella iba a volver al hostal deprisita y corriendo, y yo a ponerle rabo, como llamaban a los seguimientos en la policía, al padre Gallagher. La señora levantó una mano. Ni hablar del peluquín. Eso sonaba igual de feo que llamar tarado a un niño con dificultades en el aprendizaje, que lo supiera yo. Sonaba primitivo, casposo. Qué bonito, ¿no?: la dama a resguardarse en la torre del castillo y el héroe a salvar al mundo. ¿Desde cuándo no leía yo un cuento infantil? Desde Pinocho. La puta. Con razón. Eso lo explicaba todo.

De manera que no.

Habíamos llegado juntos al mercado y juntos nos marcharíamos.

Además, solo teníamos un paraguas y a mi edad era muy peligroso enchumbarse con la que estaba cayendo, un cielo traicionero aquel. Decidido. Nadie iba a sospechar de dos enamorados bajo la lluvia. ¿El diablo? El diablo es hombre y no tiene ni idea del aguante de una mujer cabezota. No supe si me daba más miedo la mujer cabezota o el diablo Gallagher y su sicario barriobajero.

Pagué la cuenta. Lo sentía. Algo de héroe tenía que dejarme la señora, aunque fuese para salvar las apariencias. De acuerdo. Pero solo porque no había traído suelto y no iba a endilgarle a Esterli… a Laura un billete de cincuenta euros.

¿Quedaba claro?

Como el agua clara.

Stendhal continuó acompañándonos el resto de la mañana, un paraguas rojo que perseguía a dos negros. Sin prisa. A unos veinte metros de distancia para no despertar suspicacias. Intentamos esquivar las salpicaduras de los coches contra los encharcados bordillos. Huimos de las ráfagas de viento que amenazaban con arrancarnos el paraguas de la mano. El pueblo apenas tenía semáforos, solo pasos de cebra, lo que convertía las calles en una selva, la ley del más rápido y sálvese quien pueda.

Por fortuna, si el diablo sabe más por viejo que por diablo, por viejo también anda más torpe y, aunque nadie nos quisiera ceder el paso, mantuvimos a la vista a los dos hombres sin problema. El sicario de Gallagher, el tal Mederos, se veía impotente, obligado a mantener el ritmo lento y pachorrudo del *father*. A veces aceleraba el paso, pero de inmediato debía retroceder hasta ocupar el puesto que le correspondía.

A la señora, que portaba nuestro paraguas desde que salimos del mercado, se le estaba durmiendo el brazo. Lo mantenía demasiado alto, en una postura antinatural, para que yo cupiera bajo la bóveda de lona carmesí. Tuve que insistirle tres veces para que me dejara a mí guiar, de nada me iba a servir una heroína con un brazo inútil. Aceptó y se aferró a mi codo. Su olor a jacaranda se mezcló con el de la tierra mojada.

Diana no perdía de vista a los dos tipos. Preguntó en voz queda adonde podrían estarse dirigiendo. Estuve a un tris de responderle, pero no quise estropearle la sorpresa ni pecar de enterado de la caja del agua. Cuando por fin llegamos, Diana Solís me apretó el codo

como si fuera a quedárselo. ¿Yo lo sabía? No. Tan solo lo sospechaba. ¿El asesino volvía al lugar del crimen? Algo parecido, pero tampoco. En realidad, a Lynn O'Malley no la habían asesinado allí ni era probable que el cura fuese el autor de las puñaladas. No obstante, después de haberlo intentado en la recova, lo siguiente sería volver a donde todo empezó.

Yo habría hecho lo mismo.

El Mafia andaba incómodo, titubeante. La cercanía de la Guardia Civil parecía abrumarlo. Los uniformes le daban grima. Gallagher, sin embargo, saludó a los agentes, cerró el paraguas, se lo dejó a su edecán de campo y entró en el Gran Hotel con parsimonia. Aquel era tan buen momento como cualquier otro para tomar una copa. ¿Le apetecía a Diana un Bloody Mary? Porque yo conocía a un barman que los preparaba como nadie.

No sonaba Sinatra, sino Billy Eckstine. *Stranger in Paradise*. Una voz grave y afilada como el acero. Cada día me caían mejor Diego y su buen criterio para la música. No había rastro del bebedor de coñac. Mejor. Así podríamos hablar sin interrupciones. O eso pensaba yo. Diego me reconoció al instante. Y a la señora también. En un pueblo pequeño quien más quien menos comparte un familiar lejano, un amigo del colegio, el cura confesor o un fisioterapeuta. El barman y Diana compartían a Rafael Durán, el hombre de las manos milagrosas. ¿Recordaba yo lo de Lázaro, levántate y anda? Pues esa frase era de Rafa, no de la Biblia. Le llegaban a la consulta pacientes arrastrando el alma, hombres y mujeres que apenas podían moverse, y salían de allí listos para disputar una maratón. Así de milagrosas eran las manos de Durán.

A Diego, otro tipo capaz de levantar a un muerto con sus combinados, le hizo ilusión encontrarse con la señora fuera de la consulta del fisioterapeuta. Si la muerte igualaba a los seres humanos, fuera cual fuese su credo y condición, la tortícolis también. La lumbalgia también. La distensión de ligamentos y hasta un penoso juanete nos igualaban a todos. Compartir penas y dolores musculares con la señora era todo un honor. Coincidir en la sala de espera de Rafael Durán con una mujer como Diana Solís, una profesora capaz de enseñar, de leer, de soñar en varias lenguas, era más de lo que habría podido imaginar. Y ahora la señora estaba allí, en su bar, paladeando un Bloody Mary con aquel individuo

desgarbado y socarrón que no paraba de hacer preguntas.

Tan emocionado estaba que no se percató de la presencia sombría del padre Gallagher hasta que lo tuvo delante de sus narices. El santón, después de haber hablado con una recepcionista menuda a la que le quedaba grande la librea azul, se acercó a la barra y pidió, cómo no, un güisqui irlandés. No aceptaría otra cosa. Irlandés. El mejor que tuviera. Sin hielo. Diana y yo estábamos a punto de asistir a una disputa, a un partido de pimpón en el que Diego y Jonas Gallagher se lanzaban la pelota de qué güisqui era mejor, si el Jameson o el Tullamore. Como quien paga, manda, venció el Tullamore, la bebida favorita del *father*, no vivía bien ni nada el cabrón de él.

Al barman, a pesar de aceptar la derrota con deportividad, no se le veía convencido del resultado. Donde estuviera un buen Jameson que se apartaran los demás güisquis. Aun así, colocó un posavasos sobre la barra de madera, un vaso ancho y cuadrado de cristal sobre el posavasos y se dispuso a servir un lingotazo de Tullamore, de una botella sin estrenar. El viejo hizo una mueca tintada de desprecio. Se sentía satisfecho con la marca y con la medida de güisqui —en Irlanda, por aquella cantidad te cobrarían tres copas—, pero no acabó de entender lo del vaso cuadrado. No obstante, paladeó el licor y suspiró sonoramente. Debía sentirse como en casa.

Era cierto lo de la voz de embaucador del santón. Gallagher preguntó lentamente, como si las palabras le resultaran amargas, por una compatriota que se alojaba en el Gran Hotel. Diego entrecerró los ojos, olisqueó el aire como buscando el rastro de una trampa. ¿Por qué quería saber de Siobhan O'Malley? Porque la conocía. Porque eran del mismo pueblo. Porque, curiosamente, el azar había querido que Siobhan y él coincidieran en una isla remota del Atlántico a una semana de los idus de marzo. El azar, claro.

Diego estaba habituado a lidiar con gente como el padre Gallagher y sabía que el azar podía ser un hilo de seda, pero también una soga de ahorcar. Ahora se trataba de averiguar de qué azar estábamos hablando. El cura intentó sortear la desconfianza con una sonrisa petulante y altiva. Sus intenciones, dijo, eran nobles, tan solo pretendía consolar a una paisana en tiempos de amargura.

Eso estaba muy bien. Denotaba que el viejo, además de buen

gusto para elegir licores, tenía buen corazón. No obstante, sus nobles intenciones quizá llegaban tarde. La paisana había desaparecido. Exacto. *Disappeared* del todo. Nadie sabía de ella desde el día anterior. Hasta la Guardia Civil quería localizarla. Así que el hombre de buen corazón tendría que ponerse en cola.

Gallagher apretó la mandíbula. Bebió un trago. Murmuró algo a medio camino entre *bitch* y *witch*. Ni siquiera Diana pudo distinguir la diferencia. Puta y bruja sonaban igual de crueles e insultantes. Que no le diera más vueltas la señora: para un tipejo como Jonas venían a ser lo mismo. A las brujas, no en vano, las consideraban las putas del diablo. Por eso las quemaban en la hoguera.

Solía ocurrir que, una vez cumplida su función o cuando se negaban a seguir cumpliéndola, el diablo se deshacía de ellas. ¿Sería eso lo que habría ocurrido con Lynn? ¿La chiquilla se habría negado a seguir dejándose sobajear por el puñetero sátiro aquel y, por ello, la había perseguido a través de un continente para matarla?

Era una posibilidad.

Pero eso nos planteaba un nuevo interrogante. Un interrogante que corroía el estómago igual que el Bloody Mary en ayunas. ¿Por qué Jonas Gallagher seguía allí? ¿Por qué no se había vuelto a Cork, después de haber acabado con la vida de Lynn? ¿Para no levantar sospechas? ¿De veras al diablo le importaba una vaina que se le viera el rabo?

El cura se tomó su tiempo en acabar la copa del mejor güisqui irlandés que conocía, pero no pareció disfrutarlo. Ya no. Su rostro no pudo ocultar la rabia. Dio tres golpes con los nudillos en la barra y dibujó en el aire el gesto universal de pedir la cuenta. En dos zancadas Israel el Mafia, que se había mantenido todo el tiempo de pie, en una columna junto a la puerta, se colocó a su lado. Sacó una cartera cebada de billetes. Dejó quince euros sobre la bandeja de metal. Esperó a que el barman le cobrara. Recogió la vuelta y la factura. Y se encaminó detrás de su jefe hacia la salida.

Diana hizo amago de salir tras ellos, pero la detuve. ¿Se había acabado tan pronto la persecución? Señalé mi vaso, lo que no se había acabado era mi Bloody Mary. Y de nada serviría perseguirlos. Nos llevarían adonde tuvieran aparcado su coche y se acabó lo que se daba. Que no se preocupara. Volverían. ¿Cómo estaba tan

seguro? Seguro no se está nunca de nada. Pero Gallagher aún no había terminado lo que había venido a hacer.

Diana comprendió lo que pretendía decirle y me miró aterrada. Tanto que Diego vino a preguntar si no le había gustado la bebida. ¿Se había pasado con el Bloody? ¿Le faltaba algo de Mary? Ella lo tranquilizó, nada de eso. La bebida estaba estupenda. Tenía las proporciones adecuadas. Pasaba que ella no era de pimplar antes del almuerzo. El barman se relajó, aunque solo a medias. Se secó el sudor de la frente con un paño de tela. ¿Sabíamos nosotros quién era el hombre que acababa de salir por la puerta?

XI
LA HORA DE LA VERDAD

La lluvia había amainado.

Olía a hierba, a los magnolios que rodeaban el jardín del Gran Hotel. Anduvimos la señora y yo en silencio, a un metro de distancia una del otro, como novios después de una riña. Tardaríamos el doble en llegar a la pensión porque ya no teníamos a quién perseguir. Porque el suelo estaba resbaladizo y había que andarse con tiento. Y porque Diana Solís era más conocida que el alcalde y todo quisque tenía que ver con ella.

Se paró, primero, a saludar a una amiga de su tía, que se asombró de lo tantísimo que le recordaba Diana a Aurora Villalobos. Debía decirlo desde el cariño y la emoción porque, por más que le busqué, yo no encontraba parecido alguno entre mi amiga y la vieja del retrato que tapizaba el vestíbulo. La llamó, más tarde, haciendo aspavientos desde la acera de enfrente, un antiguo rondador de los años de instituto que se mostró encantado de verla tan guapa y elegante como siempre. Nos cruzamos por último con una exalumna, que conducía en un cochecito a una niña de negros tirabuzones a quien había bautizado Diana en honor a la mejor profesora que había tenido nunca.

Después de cada encuentro, la señora se enredaba en disculpas y explicaciones con un mohín de hastío, Qué ganas tengo, Ricardo, de llegar a casa y quitarme estos zapatos.

—Por mí no te agobies. Me encanta caminar y tengo de todo menos prisa.

—Eso es porque nadie te conoce aquí, jodido. Ya me gustaría a mí verte en tu barrio.

—Tampoco es que me conozcan demasiado, ¿eh? En mi oficio conviene pasar desapercibido. Por suerte, tengo una cara fácil de olvidar.

—Jodido oficio el tuyo. De no saber que tienes a tu farmacéutica, pensaría que estás más solo que la luna.

—Me he acostumbrado a la soledad, m'ija. Pero no creas: también tengo amigos.

—¿Vivos?

—Uy, sí. A los muertos apenas los conozco. Fíjate en Lynn O'Malley. Solo sé de ella lo que contó su madre y no podría reconocerla si no fuera por una mala fotografía del periódico.

—Su madre. A mí quien me preocupa es su madre. ¿Crees que nos ha ocultado algo? ¿Por eso el gurú sigue todavía en el pueblo?

—Aún no sé qué creer, chica. Pienso en la cólera que surcaba la cara de Gallagher cuando supo que la irlandesa había desaparecido. Ese tipo quiere encontrarla a toda costa y eso me escama.

—Qué quieres que te diga. A mí me acojona.

No quise alimentar el miedo de la señora, pero yo también andaba acojonado por la reacción del *father* en el bar del Gran Hotel. Tanto rencor me evocaba al bolero. *Odio quiero más que indiferencia, porque solo se odia lo querido*.

En el hostal Galdós el tiempo se había estancado. Lo hallamos tal cual lo habíamos dejado a media mañana. El fondo musical tenue de un piano. El olor a madera vieja y a moqueta. Celeste en su puesto de guardia. Un rumor de calderos venía de la cocina. ¿Quién andaba en los fogones? No debía preocuparme. Era Chachón, un pariente leal y silencioso. Ajá. Muy silencioso. Aún no tenía claro si mudo o tímido. Diana lo había traído como cocinero, no como conferenciante.

En realidad, mentía.

No lo había traído ella. Fue una petición expresa de su tía, una de esas historias de fatalidad y culpa. Al parecer Aurora Villalobos había tenido un desencuentro con una prima suya, Angelines Correa, algo que ver con un novio mexicano que se disputaron en la juventud. Según narraba Aurora, el mexicano, un exboxeador con la nariz quebrada y los ojos extrañamente verdes, debió de ser guapo hasta doler. Ambas amigas se prendaron de él nada más verlo bajar del barco que lo trajo de Tampico.

Al final, fue Angelines quien se casó con el muchacho y Aurora se quedó a vestir santos. Tal vez su tía maldijera en secreto aquel matrimonio, quizá a Angelines le mordiera la culpa como las gallinas, el caso es que el único hijo que tuvo la pareja nació con una leve barrera cerebral. Sí. La señora había elegido con cuidado las palabras: *una le ve barrera cerebral*. Y como se me ocurriera llamarlo subnormal me iba a abrir la cabeza con la campanilla que había en el mostrador de recepción. Chachón no era nada de eso.

Desde luego que no.

A lo que iba.

La cosa fue que Aurora y su prima se repudiaron durante casi una vida, separadas por el mismo pueblo, a dos calles de distancia una de otra. Solo volvieron a hablarse una vez, en una cama de hospital donde Angelines Correa, viuda desde hacía un lustro, se moría de unas fiebres. Hicieron las paces, qué estúpidas, qué vulgares, pelearse por un novio como jineteras. Ya. Era verdad que era muy lindo el pinche mexicano, pero, aun así, había sido una niñatada, céntrale. Entonces, frente al crucifijo que presidía la habitación, Aurora le pidió a Angelines que la perdonara y le juró por su alma que se haría cargo de Chachón. Su amiga ya podía marcharse en paz.

Así fue como a Diana Solís le tocó en herencia, por el mismo precio, una vieja casona llena de humedades y un pariente silencioso, medio mexicano, que sabía cocinar. Pero, si yo tenía intención de desconfiar del pinche mestizo, que lo fuera olvidando desde ya. Chachón era la persona más discreta que había en aquel pueblo de alcahuetas y noveleros.

La señora ordenó a Celeste que dispusiera un almuerzo para tres en su habitación. No convenía que viesen a Siobhan rondando por el comedor, a ver si al totorota de Celso Navarro se le iba a ocurrir aparecer de nuevo y la jeringábamos. A las dos y media almorzaríamos. ¿Qué había de menú? ¿Salmorejo y croquetas de bacalao con papas fritas? Fantástico. Ahora solo cabía esperar que la O'Malley no fuese alérgica al gluten.

La viuda alegre tenía voz de abanico, con esas eses bailonas con que espolvoreaba el aire. Dejó lo que estaba haciendo y fue a organizarlo todo. Se perdió por la puerta que daba a las cocinas, tarareando una canción confusa. *Puede que no te haga falta na,*

aparentemente na, Hawai de vacaciones, mis felicitaciones, muy lindo el Instagram. Cojonudo. ¿Estábamos en manos de aquella mujer? Diana Solís me leyó el pensamiento y soltó una risotada, la primera desde nuestro reencuentro. Le sentaba bien la felicidad. Venga. Debíamos prepararnos los dos. Ella, a su cuarto, a ponerse cómoda y arreglar el salón donde comeríamos; y yo al mío, a quitarme esa ropa mojada y darme una ducha para entrar en calor. ¿Tan demacrado se me veía?

Llegué a la cita el último.

La señora, enfundada en un vestido de gasa con volantes y calzada con unas sandalias abiertas, les hablaba a sus violetas. La irlandesa, a quien le habían recomendado no acercarse a las ventanas, se paseaba en silencio por la alcoba admirando los cuadros. Preguntó por el autor de una acuarela en la que unos niños desnudos jugaban en la playa a hacer volar una cometa y, al saber que lo había pintado Diana, ensalzó la minuciosidad y la elegancia de unos trazos tan limpios. *Very meticulous and very elegant*. Ojalá ella tuviera aquella maestría. La anfitriona hizo un gesto perezoso con la mano. Boh. No era para tanto. Un simple pasatiempo de juventud.

Siobhan O'Malley vestía, a todas luces, de prestado. Resultó ser unos centímetros más alta que la señora y su cuerpo blancuzco se salía por los bordes de la ropa: los tobillos se despeñaban del pantalón de pana color heno; las muñecas, de la blusa azul marino con florecitas blancas. Se había recogido el cabello en una trenza larga e intrincada que le caía, bailona, por la espalda y la hacía parecer una india apache. A pesar de la anarquía del vestuario, estaba linda. Me recordó a la descripción que Margaret Mitchell hacía de Escarlata O'Hara: no era especialmente hermosa, pero los hombres solo se daban cuenta cuando ya se habían enamorado de ella.

Nos sentamos a la mesa.

Diana adjudicó los sitios.

Al salmorejo le sobraba algo de vinagre y a las croquetas les faltaba algo de sal, pero no sería yo quien le enmendara la plana al cocinero, después de la amarga historia que había contado Diana.

Bendije el almuerzo con tal convicción, con un entusiasmo tal que solo me faltó tomar de la mano a las dos mujeres y entonar un salmo de gracias, Señor, por los alimentos que vamos a recibir.

Pronto el almuerzo se convirtió en diván de locos, cada palo aguantando la vela de su pena: la señora apenas comió, por simple remordimiento; la irlandesa había perdido el apetito, por comprensible dolor; y yo me lancé al vino como un poseso, por puro vicio.

Mientras intentaba descifrar qué hacían flotando, sobre una crema rosa, pedacitos de huevo duro y de jamón, Siobhan se confesó. En su lengua. No se quitaba de la cabeza las últimas palabras que podría haber pronunciado Lynn antes de morir. *Her last words*. Ese pensamiento era su infierno. No exageraba. *A huge hell*. Rezaba para que hubiera sido mamá, mar o adiós, en lugar de piedad, por favor o mierda. Diana hizo piña con su invitada. El sufrimiento de la muchacha le dolía igual.

Me interpuse entre tanta lamentación baldía. No quería pecar de insensible, *I am not an insensitive man*, pero todo eso no nos llevaba más que a una turbia melancolía. Posiblemente Lynn perdiera el conocimiento antes de pronunciar palabra alguna. En un momento estaría pensando en lo gélida que estaba la noche para una isla tan al sur y, al segundo siguiente, todo se habría vuelto negro. Y sí, pero no. Lo decía para sosegar el ánimo de una madre, me daba sentimiento verla tan abatida. Pero no la engañaba. Acontecía que yo tiendo a ser lógico incluso cuando desvarío.

A quien atacara a Lynn no le convenía que la chica se pusiera a dar gritos. ¿No decíamos que aquel era un pueblo de chismosos? Pues cualquiera habría podido oírla y a los agresores se les hubiese jodido el invento. No hubiesen podido maquillar su muerte. Nadie creería que se la había llevado el mar, sin más. Que había sido un accidente. No. Podía asegurarle a Siobhan que su hija no había sufrido más de lo inevitable.

Para cambiar de tercio y endulzar una pizca aquel velatorio, agriado ya de tanta inapetencia, la señora tomó las riendas del naufragio. Abandonó los cubiertos en su plato, se disculpó un minuto, *just a minute*, y fue en busca del postre: un licor de ciruela casero y una caja de bombones suizos que guardaba en la alacena que había junto a la puerta. Regresó, colocó tres copas sobre la

mesa y dejó la caja abierta en el centro. En algún momento en que iba a servir el licor, se me tuvo que amustiar la cara porque detuvo la botella en el aire. Me miró, meneó la cabeza, retiró una de las copas, volvió a la alacena y sacó una botella de ron Matusalén y un vaso chato. ¿Mejor? Mucho mejor, adonde iba a parar.

Nadie probó los bombones.

No había nada que celebrar.

Sin embargo, una copa siempre ayuda a sofocar la angustia. Servidos todos, Diana no se anduvo por las ramas, las dudas hay que extirparlas antes de que se gangrenen. Cortar por lo sano le debió parecer lo más decente. Le contó a Siobhan nuestro encuentro con el padre Gallagher en la recova. Cómo había aparecido acompañado de un tipo de la peor calaña. Un sicario. *A hitman* de pies a cabeza. Y cómo los habíamos seguido hasta el Gran Hotel. Y cómo el viejo había preguntado por ella en el bar. Y su frustración rabiosa. Y su evidente odio. Todo ello nos había llevado a preguntarnos por qué el diablo continuaba en el pueblo. *Why was the devil still there?*

Siobhan, que la había escuchado con aquellos ojos claros llenos de aunques, peros, sinos y sin embargos, dejó la copa sobre la mesa. Bajó la vista. Contó hasta diez o hasta lo que se cuente en Irlanda para serenarse. Y, cuando habló, su voz sonó distinta, envejecida. La madre atormentada dejó paso a la vikinga guerrera. Y un sol negro se cernió sobre la alcoba.

No nos había confesado toda la verdad, que es otra de las formas de mentir. Lynn era su hija, eso ya lo habíamos averiguado nosotros solos. Como tenían el mismo apellido, un funcionario en Dublin las tomó por hermanas y a ellas les encantó el enredo y lo dejaron correr. Una mentirijilla sin maldad. Como la nuestra. ¿La nuestra? Sí, la nuestra. Ni que Siobhan fuera tonta. Aquella no era la alcoba de un matrimonio. Y nosotros no nos comportábamos como marido y mujer.

Aclaradas las mentirijillas, como decía, Lynn era su hija. Y el padre había sido su profesor de literatura, eso lo supo Siobhan por un análisis de ADN. Pero la relación no se había cimentado en un aula de instituto, sino en una iglesia. En los… cursos de hermanamiento de la parroquia del *father* Jonas. En…

No.

Ya estaba bien de paños calientes, joder.

Ya valía de medir las palabras, de andarse con cautela en los modales. A la mierda con todo. ¿Queríamos la verdad? Pues la verdad tendríamos. Ni cursos de hermanamiento ni pingas. Aquello era una puta secta. *A fucking sect*. Y, como buena secta, la filiación pasaba de padres a hijos. Lynn había nacido en el seno de aquella parroquia, fruto de una de las orgías que tanto se estilaban. Por eso Jonas Gallagher la consideraba tan suya como de Siobhan. Allí se habían jurado lealtad hasta la muerte. Allí se declararon fidelidad eterna, un burdo contrasentido porque follaban todos contra todos. De allí no se iba ni Dios, si el cura no lo aprobaba. ¿Por eso había necesitado de una prueba para saber quién era el padre? Exacto.

No podría explicar cómo empezó la copla. Se le antojaban mil excusas que no excusaban nada. La de una juventud atolondrada. La de una existencia monótona entre vacas y legumbres. La de unas ganas locas de experimentar con todo: las drogas, la política, el sexo. Puro aburrimiento, vaya. A los quince años se creyó inmortal. A los dieciséis se sintió ya mujer, capaz de capear con todo lo que viniera. A los diecisiete ya no le temía al hombre del saco.

Pero, aaamigo, al lado del padre Gallagher, el hombre del saco era una monja javeriana. El *father* no tuvo más que pronunciar una frase, una velada invitación a asistir a sus reuniones después de la misa, y a Siobhan O'Malley el suelo se le abrió bajo sus pies. Lo suyo no había sido amor, ahora lo comprendía. Lo suyo fue completa adoración. Ajá. *Worship* con todas sus letras. Pensaba en él a todas horas. Soñaba con él de día y de noche. Nosotros lo habíamos conocido viejo y absurdo. Pero, veinte años atrás, el padre Jonas detenía el reloj cada vez que te miraba.

Hasta que lo conoció de verdad.

Los primeros años de la vida de Lynn fueron confusos, desordenados, un bebé criado por una niña. Un bebé que iba a crecer, a todas luces, con un complejo de Telémaco del carajo, siempre aguardando la llegada de un padre que no iba a venir nunca. Siobhan, más que una madre, se convirtió en colega, en compañera de juegos. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero ¿qué podía esperarse de una chiquilla de diecisiete años en un lugar donde bailaba el demonio?

La secta era pequeña, como el pueblo. No más de una veintena

de concurrentes, de devotas del padre Gallagher. Claro. Devotas. La mayoría eran muchachas en plena adolescencia. El mayor adorador era su profesor de literatura, Elliot Murphy, el papá biológico de Lynn. Murphy venía a ser un poeta frustrado que acabó por languidecer en un triste instituto de provincias. Estudioso de Samuel Ferguson, de Oscar Wilde y la poesía irlandesa del XIX, todo se le iba en recitar versos ajenos, a veces haciéndolos pasar por propios.

Era el alumno aventajado del cura. El Catador, le llamaban. Exacto. Tan asqueroso como sonaba. La tarea de Elliot Murphy era la de probar a las muchachas antes de que llegaran a la cama de Gallagher. Por si le envenenaban la sangre con alguna purgación. Por si quedaban embarazadas, echarle el muerto a otro. Por pura perversión. El asunto fue que el profesor y el cura se convirtieron pronto en hermanos de semen.

Muchas de las adoradoras del santón eran pobres, de familias numerosas, con padres alcoholizados y madres simples o al revés, lo que garantizaba que nadie las reclamara. Una boca menos que alimentar. El cura, en ocasiones, ayudaba a las familias con la colecta de la misa dominical. Así se ganaba la adhesión sin condiciones. Hubo alguna madre que hasta le agradeció al diablo haberla librado de la carga. Y sí. Cuando Siobhan hablaba de *agradecérselo*, estaba insinuando lo que nosotros sospechábamos. ¿Sabían, entonces, lo que se cocinaba tras la puerta de la sacristía? Tal vez.

La secta, desde luego, imponía voto de silencio. Pudiera ser que a alguna muchacha se le escapara una indiscreción alguna vez, pero allí nadie vino a quejarse nunca. O no la creyeron o, si la creyeron, les importó un carajo. Y el embarazo, ¿no los hizo sospechar? Qué va. El de Siobhan no sería ni el primero ni el último en Cork. De hecho, otra chica, Megan Wood, también tuvo un niño dentro de la secta. Ajá. Un niño algo mayor que Lynn. Un niño que se había convertido en otro sectario más, en un adepto a la causa. Un niño que ahora era un muchacho.

Se llamaba Alfred Wood. Megan no sintió la necesidad de conocer la identidad del padre de su hijo, qué más le daba que fuese el sacerdote, Murray o cualquier otro quien la preñara. Total, si aquello era una familia de la que no se podía huir. ¿Ese Alfred

Wood, por casualidad, no sería flaco, pelirrojo y con gafas gruesas? Pues sí. *Skinny, redhead and thick glasses*. ¿Cómo es que lo sabía? Muy fácil. A un pibe así lo había visto yo abriéndole la puerta de un coche al diablo cojuelo. Exacto. En la plaza de la iglesia. Un par de días antes. O sea que Gallagher se lo había traído de Cork como refuerzo. Faltaba saber qué coño pretendía reforzar con el chico.

Siobhan O'Malley respiró profundamente. Se la veía agotada, exhausta. Aunque a mí me quedase todavía algún resquemor, a ella no le quedaban ya emociones. La señora me hizo un gesto que venía a decir Calla hoy para poder seguir hablando mañana. Levanté mi vaso de ron. Brindaba por eso, aunque cualquiera sabría qué sería de nosotros mañana. Había un lobo suelto por el pueblo y, según las noticias, un virus chino carcomiendo el resto del mundo. Así que el mañana era un lujo que tal vez no pudiéramos permitirnos.

La tarde del domingo despuntó serena y limpia después de la lluvia, con un cielo sin nubes y una brisa balsámica que venía del Atlántico. Diana Solís decidió ocuparla consolando a una desconocida a la que le costaba decir la verdad. Y yo, buscando aliento en un amigo que no sabía mentir.

Gervasio Álvarez se había erigido, en los últimos años, en mi conciencia. Cuando todo se enturbiaba, cuando nada parecía ir bien, surgía él con su decencia intacta y su manera cándida de mirar las cosas. Tras cuarenta años de policía, en lugar de convertirse en un cínico, había ganado calma, tenacidad y unos ademanes de abuelo sabio y bondadoso. Le pedí que se acercara al pueblo. Lo cité en la trasera de la iglesia, justo donde había un patio con remos y toboganes, para dar un paseo por el malecón. Estaba seguro de que le gustaría. El patio de columpios, no, coño. El paseo. ¿El tiempo allí? Por el tiempo no debía preocuparse, con una chaquetilla ligera iría que chutaba.

XII
LOS AMIGOS Y EL FRÍO

No sé por qué sentí la necesidad de darle un abrazo. Tal vez sea que me estoy volviendo viejo y necesito demostrar mis afectos antes de que se me pudran. Tal vez que estamos hechos de esperanza y memoria y empiezo a estar hastiado de solo recordar. Cuando logró zafarse de mi apretujón, Gervasio me miró con reticencia. ¿Tengo que preocuparme ya, Ricardo, o espero a que demos ese paseo?

—¿Por qué dices eso?

—Porque me has saludado como si te estuvieras despidiendo.

—Joder. Es que hacía tiempo que no nos veíamos.

—Eso será.

—Me alegro de verte, amigo.

—Vale. Vamos a caminar antes de que las madres sospechen de nosotros. Dos tipos cariñosos junto a un patio lleno de críos huelen a estercolero. Dime una cosa: ¿qué se te ha perdido ahora en este rincón del mundo?

No se me había perdido nada. Más bien había recuperado a una amiga de mis años mozos. Eso quería decir: de mis años locos. Tan locos que casi ni recordaba de dónde había salido Diana Solís. Así se llamaba mi amiga. Diana Solís. Llevaba siglos sin verla. El caso es que apareció por el despacho a proponerme un acertijo y ya sabía Álvarez lo fácil de tentar que soy cuando de acertijos se trata.

Anduvimos sin prisa, esquivando los embates de mar que salpicaban el atracadero aquí y allá. Un par de olas levantiscas estuvieron a pique de alcanzarnos. A Gervasio le vino bien la chaqueta, pues, sin hacer demasiado frío, se había metido un viento chinchoso que erizaba la piel. Se subió las solapas hasta el cuello y,

con las manos en los bolsillos, estuvo dispuesto a escuchar mi historia.

No conozco a nadie que escuche mejor que mi amigo Álvarez. Entre tanto bocazas, da gloria toparse con un tipo que escucha de verdad, no solo que oye. Álvarez atendió a lo que tenía que contarle sin interrupciones. Con la cabeza gacha y mirando de reojo el ataque rebelde de las olas. A veces, cuando no acababan de encajarle mis argumentos, carraspeaba. Otras, cuando no estaba de acuerdo con algo, se paraba en seco. Pero enseguida volvía a andar por el malecón con la vista perdida en el dibujo de los adoquines.

No le gustaba el color de la meada.

¿Una secta?

Se las había tenido tiesas ya con una secta, veinte años atrás, y no guardaba buen recuerdo. ¿Por qué? Porque al gurú de la tribu se le metió en la cabeza que con el cambio de siglo llegaría el fin del mundo y convenció a sus seguidores de que lo mejor, lo que Dios requería de ellos, era la entrega total, el suicidio colectivo. ¿No me acordaba yo del caso? Sí, coño. Fue muy sonado en la isla. Una treintena de fanáticos que decidió mandar a tomar por culo todo durante una nochevieja, en un alpendre de la cumbre. Antes, desde luego, lo celebraron tres días y tres noches con frenética pasión. ¿No suele decirse eso de que alguien come, bebe o folla como si no hubiera un mañana? Pues aquí la frase era literal. No había un mañana, así que los treinta suicidas comieron, bebieron y follaron por noventa.

A Gervasio y a sus hombres les sentó a cuerno quemado que los hicieran trabajar el día de año nuevo. Aun así, llegaron a tiempo de salvar a unos cuantos desgraciados. Sin embargo, para la mayoría fue demasiado tarde. Murieron ahogados en sus propios vómitos por culpa de un gas tóxico que su líder supremo había dispuesto en bidones por las cuatro esquinas del edificio. ¿El gurú? El muy hijo de puta escapó vivo. Se hallaba en un pajar, en la segunda planta del alpendre, junto a un ventanuco abierto. Iba a ser el último en ofrendar su vida, la guinda del pastel del sacrificio. Que Álvarez supiera, el tipo debía de estar ahora en un psiquiátrico de lujo. Ajá. En una residencia de enfermos mentales con todas las comodidades y no en una cárcel, que es donde tendría que estar pudriéndose. Por eso a mi amigo le daban acidez las sectas.

Claro.

No obstante, de la nuestra no había que preocuparse por un sacrificio en masa. Al santón que comandaba el grupo, aficionado al buen güisqui y a las muchachas pelirrojas, no lo veía yo suicidándose por amor al arte ni al calendario maya. De hecho, había venido a aquel pueblo a evitar que le desmontaran el chiringuito, a coserle la boca a navajazos a dos ovejas descarriadas que habían huido del rebaño y, aunque en dialecto irlandés, podían largar cosa bárbara de las atrocidades que se practicaban en su parroquia. Ya nada podía hacerse por la hija. Ahora se trataba de evitar que consumase la escabechina con la madre.

A Gervasio Álvarez, a pesar de sus cuarenta años de policía o tal vez a causa de ello, le daba grima la violencia. Jamás se acostumbró al olor de la sangre. Jamás. No le entraba en la cabeza que alguien fuera capaz de segar una vida, en muchas ocasiones con encarnizamiento, sin que en el acto incurriese una razón de peso. Y por razón de peso un hombre como él entendía tan solo la defensa propia o la mera supervivencia. Ni la venganza, ni el dinero, ni la pasión desatada por los celos. Nada de eso justificaba un asesinato.

Por ello, le daba vueltas a un sinsentido: en la muerte de Lynn O'Malley había algo que escapaba a todo raciocinio. ¿Qué venganza o qué celos podían sofocarse con aquellas cuatro puñaladas? ¿Qué beneficio obtenía el sacerdote con la muerte de la chiquilla? ¿Y qué carajos de defensa propia era esa? El santón debía de estar grillado, loco de atar. Y le jodía que el tipo pudiese acabar también en un psiquiátrico de gente rica en lugar de en un penal con rejas y letrinas hasta arriba de mierda.

Gervasio había averiguado algunas cosas a través de un antiguo colega que trabajaba en el aeropuerto, conviene tener amigos incluso en el purgatorio. Se sabía que Jonas Gallagher había llegado, en un vuelo directo de Dublin, el jueves, 27 de febrero, a mediodía. Dos días antes de que Lynn O'Malley desapareciera. Viajó en primera junto con un gal letón apellidado Wood.

Su colega del aeropuerto los recordaba porque le produjo cierta repugnancia la escena del viejo en guayabera y el efebo rubio que lo miraba con devoción. Así que, cuando el tipo respondió que el suyo era un viaje de placer, se le revolvieron las tripas. Gallagher tuvo que percibir la mirada cáustica del policía porque se apresuró

a explicar que el muchacho era su nieto, algo que el aduanero no se iba a creer ni que se lo pintaran a la acuarela. Lo único cierto era que ambos, viejo y efebo, se alojaban en una villa lujosa quince kilómetros al sur del pueblo. Que habían alquilado un coche de esos de alta gama, Y que tenían previsto regresar a Irlanda el jueves 5, a media tarde.

Sí. Por alguna razón, el reverendo había retrasado la vuelta. Ya sabíamos algo más. Sabíamos dónde se escondía el diablo. Sabíamos que, a pesar de la muerte de Lynn, aún no había acabado su misión. Que se había dado una semana para culminar su obra, pero se quedó corto. Y que había contratado de guardaespaldas a un sicario de la peor calaña, un tal Israel Mederos, alias el Mafia. Gervasio consignó el nombre en su libro de notas. Quería sonarle el alias de sus tiempos de inspector.

Continuamos andando por la avenida. En silencio. Cabizbajos. Mascando lo que acabábamos de descubrir. Y entonces sucedió algo para lo que yo no estaba preparado. El hombre que sabía escuchar aún tenía la capacidad de sorprenderme. En un recodo del malecón abierto a una playita de guijarros, Álvarez se detuvo. Había sentido el pronto, dijo, del regreso a la infancia, a un pueblo como aquel donde veraneaba con su familia. La memoria que se sobreponía a la esperanza.

Se olvidó del frío, de la humedad, de la tarde ventosa. Se quitó la chaqueta, se arremangó los calzones, se quitó los zapatos y los calcetines y lo dejó todo bien colocado sobre el murete de la avenida. Se acercó con cuidado, sorteando los callaos, a la orilla del mar. Metió los pies en el agua hasta media pantorrilla. Chapoteó con las manos jugando a salpicar al cielo. Su cara volvió a ser la de un niño.

¿A qué coño venía tremenda locura?

Le grité desde lejos, Estás como una jaira, compadre. Abriendo los brazos, el viejo me culpó de su arrebato. Yo había abierto la veda con mi saludo en la trasera de la iglesia. Él también se alegraba de verme y allí cada uno era libre de demostrar sus emociones como le viniese en gana. Porque ¿sabía yo qué? Hay quienes creían que el mar era un espacio, pero no. El mar, para Gervasio Álvarez, era tiempo, amigo mío. Infancia. Recuerdo. Podía repasar su vida a través de las resacas y las mareas. Y el caso es que

llevaba años sin bañarse en el mar. Ya, claro. Aquello no podía considerarse un baño, pero quién sabía si se le presentaría otra ocasión.

He de reconocer que me alarmé. Porque no había visto nunca a Álvarez en un estado tal de extravagancia. Por su querencia de infancia. Porque los labios se le estaban volviendo azules. Por aquello de que tal vez fuera su último baño de mar. Lo vi salir del agua, recorrer los diez metros de callaos hasta la escollera, sentarse en el murete de piedra, volverse a poner los calcetines y los zapatos y enfundarse la chaqueta. Con una sonrisa gamberra que no le cabía en la cara, me miró, Definitivamente, yo también me alegro de verte, Ricardo.

Ya era noche cerrada cuando decidimos arrellanarnos en una tasca azocadita del malecón a tomar un vino. Sí. Un vino. Demasiado tarde para un café y demasiado frío para una cerveza. Gervasio Álvarez necesitaba entrar en calor después del derroche de locura playera, De esto, chico, ni una palabra a Susana, que me mata; ¿dime? ¿Susana?, bueno, ya conoces a mi mujer; es una santa que se preocupa por toda la cristiandad menos por ella; allí la dejé en casa cuidando de la nieta; coño, qué cabeza la mía, se me olvidó decirte; te manda saludos; dice que te cuides, por lo visto hay un virus machacón pululando por ahí.

El barito se llamaba La Pescadora. La foto en blanco y negro de una mujer sentada en un barreño del revés y rodeada de redes y aparejos presidía el salón. Pedimos dos copas de rioja y unas tapas de queso y huevas de bacalao, el mejor antídoto contra cualquier virus que conocíamos. El camarero, un tipo por su apariencia y por su acento llegado de Rumanía o de Bulgaria, tenía pocas ganas de trabajar. Mordisqueaba un palillo de dientes, arrastraba los pies con hastío y a todo le ponía pegas. Que si el Ribera del Duero le ganaba al Rioja. Que si no preferíamos pan tierno en lugar de bizcochado. Que si mejor la cecina que las huevas. Luego, tardó la intemerata en traernos la comida y, más que dejar los platos, los botó sobre la mesa.

¿Tenía algún problema con nosotros? No era una cuestión personal. Simplemente, que no le caían bien los policías. Que, desde

que era un niño, solo le habían traído problemas. Gervasio me señaló y se señaló con un dedo arrugado y violáceo que aún guardaba recuerdo del baño de mar. ¿Nosotros, policías? ¿Tanto apestábamos? El búlgaro dudó con los brazos en jarras. Se cambió el palillo amarillento de lado. La verdad es que Álvarez podía pasar por un abuelo venerable, pero yo… Yo tenía ojos de lobo.

Tras dictar sentencia, el hombre retornó a la barra, sus pasos susurrantes sobre el suelo regado de serrín. A Gervasio le había hecho gracia la observación del mesero. Qué cosas, ¿verdad? Habíamos llegado al punto en que un trasto como yo tenía más pinta de policía que él. Vale. Quizá. Aunque yo no me fiaría de la opinión de un tipo que se pelea con los clientes por cualquier gilipollada.

El queso era magnífico. Sabroso, picante y tan duro que al búlgaro le había costado un triunfo partirlo sin que se le desmenuzara. Y el vino entraba bien, quizá con un exceso de impresión a madera. Las huevas, en cambio, estaban desabridas y grasientas. Fritas con demasiado aceite. Por supuesto que la cecina estaría más rica, carajo. Hasta la suela de un zapato sabría mejor que aquel pringue de bacalao.

Una vez solos, Álvarez regresó a la historia del gurú de Cork. Seguían sin cuadrarle las cuentas de la lechera. En algún momento la fábula se le desordenaba, así que necesitó echar mano de sus famosas listas. Sacó de nuevo el bloc de notas y, con la pluma que su hija le había regalado cuando la jubilación y de la que ya no se desprendía jamás, comenzó a escribir. En columna de séptimo de caballería. En orden cronológico. Sin salirse de los renglones. Procurando no emborronar la página. Con iniciales, interrogantes y subrayados.

Un decálogo como Dios mandaba.

1. S. y L. O'Malley llegan a la isla a pasar unos días en un pueblo de pescadores que apenas sale en los mapas. Subrayado pueblo de pescadores. Se hacen pasar por hermanas, aunque son en realidad madre e hija.

2. Unos días más tarde, J. Gallagher y A. Wood toman un vuelo directo de Dublin para acabar en una villa de lujo a quince minutos del pueblo. Se hacen pasar por abuelo y nieto, aunque podrían ser amantes.

3. L. desaparece. La noche anterior, el padre Gallagher la visita en el Gran Hotel. ¿La última persona que la ve con vida?

4. El cuerpo de la irlandesa aparece flotando en un bajío.

5. La autopsia habla de cuatro puñaladas y de que la chica estaba embarazada. Subrayado embarazada.

6. Roban el cadáver. ¿Por qué?

7. El cura sigue en el pueblo. Anda buscando desesperadamente a S.

8. S. se esconde en la pensión Galdós. Anda huyendo desesperadamente del cura.

9. El cura se hace acompañar por un sicario que hace las veces de chófer.

Y 10. El vínculo entre todos es una jodida secta.

Mi colega subrayó dos veces lo de la jodida secta. Era la clave de todo el asunto. Y, con un clan irlandés de por medio, pintaban bastos por dondequiera que lo miraras. Necesitaba espacio y tiempo para pensar. ¿Habría un cuarto para él esa noche en la pensión de mi amiga? Seguro que sí. ¿Y un ordenador? Podría intentarse.

Estaba escrito que Diana Solís y Gervasio Álvarez congeniarían. Desde el momento en que se estrecharon la mano en el recibidor del hostal Galdós, se creó entre ellos un dulce embrujo que, en ocasiones, lograba excluirme a mí. Y eso, más que envidia, me provocó añoranza. No pude menos que evocar a mi abuelo Colacho y su duende con las mujeres. Acaso por la edad y la experiencia, Gervasio también tenía algo que las cautivaba, como la manta cálida en la que todas buscan arrebujarse.

Parecía que se conocieran de toda la vida.

No importaba lo tarde que fuera ni lo precipitado de la decisión ni que estuviésemos en domingo. Álvarez dispondría de un cuarto en su hostal cuantas noches necesitase. Diana se encargaría de conseguirle una maquinilla de afeitar. Y cepillo y pasta de dientes. Ponía también a su disposición el servicio de lavadora y planchado, no iba a permitir que mi amigo anduviera por ahí como un fantoche. ¿Queríamos cenar algo? Ah. Que ya habíamos picado por el malecón. ¿En La Pescadora? Coño, qué valor. Con las malas pulgas que tenía el camarero búlgaro. Ella se había hecho un

sándwich vegetal. Todos cenados, pues. ¿Nos apetecía, entonces, una copa? Desde luego que habría alguna botella de oporto por ahí. Y si no la había, la mandaba a encargar.

En la mesa de siempre, al lado del balcón abierto de par en par, los tres nos acomodamos a contemplar la luna menguante de marzo. No sé cómo ni de dónde apareció una botella de Ferreira que resultó ser una revelación. Por lo pronto, se llevó por delante el regusto a salmuera de las jodidas huevas de bacalao. Diana, junto con el oporto, puso sobre el mantel un cenicero. Era libre de fumar, si me apetecía. Álvarez esperó a que la anfitriona le sirviera una copa y se sentara. Estaba tan agradecido que se avino a compartir con ella su decálogo. De punta a rabo. Con sus iniciales, sus interrogantes y sus subrayados. Tal vez la dueña del hostal quisiera añadir alguna cosa que se nos hubiese escapado, si cuatro ojos ven más que dos, seis son un catalejo.

Diana recogió el guante.

Leyó detenidamente la libreta de notas. Su mirada se detuvo en cada línea. Preguntó por alguna palabra que no alcanzaba a entender, no sabía si por culpa de su vista cansada, de la caligrafía de Álvarez o de la misma tinta. ¿Quién escribía con pluma todavía? Cuando acabó de descifrar el legajo, le devolvió a Gervasio su bloc. En efecto, coincidía hilo por pabilo con mi amigo. Le sorprendía, igual que a él, la elección como lugar de vacaciones de aquel pueblo dejado de la mano de Dios. Le daban dentera tantas mentiras. Y tampoco comprendía el crimen: ni las cuatro puñaladas, ni la botadura al mar del cuerpo ni el robo del cadáver.

La confundió, sobre todo, lo del embarazo. Me miró con un enojo fingido. Ejem. Nadie en aquel salón le había hablado de ello. Ejem. Y ese parecía un detalle lo suficientemente grave como para pasarlo por alto. Ejem, ejem. No obstante —continuó, sin esperar una disculpa—, había algo que echaba de menos. Exacto. Al tablero que habíamos presentado le faltaba una pieza. Aún no sabía si era un simple peón o una torre pejiguera, pero no dejaba de darle vueltas a la participación de Celso Navarro en aquella partida. Su visita la había dejado inquieta. Y la presencia, luego, de Israel Mederos en el mercado con Gallagher no mejoraba la congoja. ¿Escéptica? Tal vez. Cuando una deja de creer en Dios, corre el riesgo de creer en cualquier cosa. Y ella creía en los cabrones. Los

olía a distancia, como el tabernero búlgaro a los policías.

¿A qué le olía ahora?

A esas flores a las que nadie vuelve y se pudren semanas, meses, años después de un entierro. Por ejemplo: el Gran Hotel era el único del pueblo, por lo que tenía su lógica que Gallagher apareciera en el vestíbulo buscando a las O'Malley; pero entonces ¿no habría sido más sencillo que se alojara allí y se dejara de chalecitos apartados? Álvarez, que había anotado el nombre del director del Gran Hotel junto al de Israel Mederos, trazó una flecha de dos puntas para unirlos. Miró a Diana. Quizá tuviese una respuesta para su escepticismo. Sí. La elección del chalet a las afueras podía explicarse. Un lugar apartado era sinónimo de discreción. Ningún asesino que se precie se alojaría en el mismo sitio que las mujeres a las que pretende matar, ¿no? Pues eso.

Gervasio iba a necesitar un ordenador. ¿Le valdría un portátil? Estupendo. Diana le prestaría el suyo. El resto de la velada se nos fue en pura cháchara. Mis amigos intercambiaron anécdotas, compartieron intimidades y se mofaron de mí como si yo no estuviera presente. Esa noche descubrí por qué Gervasio Álvarez me apreciaba tanto y por qué Diana Solís se había acabado por desenamorar. Por la misma razón. Yo era un tipo generoso y franco, pero muy inestable. Un tipo que parecía andar siempre perdido. Un caos con patas. Me habría gustado intervenir. Hablarles del orín del tiempo. Decirles que el hombre que ahora compartía luna menguante con ellos no era el mismo que el que habían conocido años atrás. Pero el Ferreira estaba demasiado sabroso como para echarlo a perder con un debate sobre la evolución.

A Gervasio lo instalaron en una habitación junto a la mía. La ciento dos. Lo primero que hizo, antes de zambullirse en la red a buscar información, fue darse una ducha. Necesitaba quitarse el salitre de encima. ¿Se arrepentía del arrebato marino de la tarde? Ni hablar. Él ya no se arrepentía de nada, y menos de aquello que le salía del alma. La edad sería. El final del camino sería. Los sueños embridados tanto tiempo serían. El caso es que Álvarez ahora valoraba la improvisación más que nunca. Creía a pie juntillas aquello que su padre decía sobre el arrepentimiento. ¿Qué decía? Que mejor arrepentirse por lo que se ha hecho que por lo que se ha dejado de hacer.

Su padre era el tipo más sabio que conocía. Y tenía razón: lo que jode es no hacerlo. Eso valía para un viaje, un amor, un libro y hasta un crimen. No bromeaba. En los últimos tiempos había pensado mucho en sus años de policía, vividos cumpliendo escrupulosamente con la ley. Se preguntaba si no habría hecho el zoquete. ¿Mordidas? No, carajo. No se refería a la corrupción, a él el dinero nunca le había tirado. Insinuaba otras cosas más graves y más hondas que dejarse untar por un mafioso para hacer la vista gorda. ¿Qué había más grave y más hondo? Pegarle un tiro a un hijo de la gran puta cuando pudo. Vaciarle el cargador en el pecho a un violador, a un pedófilo, a un asesino, en lugar de llevarlo esposado a comisaría para que lo soltaran al tercer día.

¿Recordaba yo haber visto alguna escena en el cine en la que un policía protege la cabeza del detenido al entrar en un coche patrulla? Con esa imagen soñaba Gervasio Álvarez a menudo. Se le venía a la mente, uno tras otro, la pila de detenidos a los que hubiese querido estampar contra el cristal del coche. O mejor, a los que debió haber disparado, antes de darle el alto, con cualquier excusa. Que lo desafió. Que intentó rebelarse. Que el zaguán estaba oscuro y, lo sentía, señor juez, pero confundió el móvil con un arma. Lo que jode es no haberse atrevido. Acabó su confesión con un suspiro tan delgado que parecía que sollozaba. Miré a mi amigo con los ojos cargados de preguntas. ¿Qué leches estaba diciendo? ¿Qué ocurría? Lo de mojarse las patas en el mar como un chiquillo revoltoso pasaba. Pero aquel desahogo se salía de madre. ¿De qué carajos me hablaba?

Álvarez sonrió, la tristeza más limpia instalada en su boca.

Hablaba de cáncer.

XIII
LA SOMBRA DE LA DUDA

Joder.

Me tuve que sentar para digerir el golpe. El Ferreira pugnaba por salir a caños. Las lágrimas también. Un cáncer. ¿Por qué? ¿Desde cuándo? ¿De qué tipo? Por vivir. Desde hacía medio año. De próstata. Aún estaban los médicos decidiendo si se podía reparar o mejor comprarse una vida nueva. El caso es que tenía una cabalgata de divertículos en la ingle que lo obligaban a levantarse a mear tres veces cada noche. Una jodienda, chico. Tres veces renegaba de su cuca como Pedro de Cristo. Se cagaba en su estampa. Y ni orinaba ni dormía. La semana siguiente, si los del seguro llegaban a un acuerdo con la clínica, comenzaría el tratamiento de radioterapia.

Mierda.

En el cuarto de Álvarez se instaló un frío glacial, un frío que se burlaba de mantas y edredones. Recordé que mi amigo me había hablado, hacía unos días, de acompañar a su mujer al médico. Ahora quedaba claro que yo lo había entendido al revés. El enfermo era él y no Susana. Mi cara debió ser todo un poema porque, al final, Gervasio, sentado al borde de la cama, acabó consolándome a mí. Para morir, m'ijo, solo necesitas estar vivo. Que ni se me pasara por la cabeza enterrarlo tan pronto. Los puentes hay que cruzarlos cuando se llega, no antes. Y él prefería mil veces dar asco que lástima.

Coño.

Mi amigo no era un tipo religioso. Pisaba la iglesia tan solo por los motivos de rigor: bautizos, bodas y funerales. La última vez que se había confesado fue antes de la mili. Con don Aquilino, un cura

que oía menos que Pepe Leches. Sí. Se había corrido la voz de que el cura de San Francisco era sordo como una tapia y Álvarez, a quien jamás hasta esa noche en la pensión Galdós le vi airear sus miserias, estuvo dispuesto a andar cuatro kilómetros desde su barrio para confesarse. Llegaba a la iglesia. Esperaba su turno ante el confesionario. Se arrodillaba frente al cura. Le soltaba las cuatro majaderías que se podían hacer a los catorce años. Y sobrellevaba con estoicismo la absolución y los dos padrenuestros y un avemaría.

Jamás recibió un responso ni un reproche ni un cogotazo como alguno de sus amigos que se confesaban con el párroco del barrio. No. A don Aquilino le bastaba con un Vete y no peques más y hasta la próxima paja. Ahora que lo pensaba Gervasio, medio siglo después, era un alivio poder soltarle a alguien lo que le reconcomía. Lamentaba haberme dejado el muerto a mí, pero, descontando la sordera, era lo más parecido a don Aquilino que conocía.

Últimamente le había dado por pensar en su tío abuelo Rafael. ¿Me había hablado alguna vez de su tío abuelo Rafael? Un vividor como la copa de un pino. El tipo más feliz del mundo. Se pasó media vida en Cuba y, según decía su mujer, la tía Encarna, era la alegría del barrio y la desolación de la casa. Montó una fábrica de ron en Santa Clara y se bebió la mitad de la producción él solito. Llegaba, de la noche p'al día, fumando uno de sus puros negros que le dejaban los dientes herrumbrientos, descojonado de felicidad. El tipo murió en la cama con ciento un años. Eso mismito. Ciento uno. Jodido Rafael. Gervasio no fumaba desde hacía cuarenta años, apenas bebía y ahora estaba rezando para que le dejasen llegar a los setenta. Aquí nadie te enseña a ser viejo, chico. Y la vejez es una jodienda de las gordas.

Me confesaba eso con un enjambre de abejorros en la barriga.

En fin.

Me despedí con una palmada, un gesto que pretendía ser un arrumaco de cariño y, quizá por vergüenza, se exageró sobre su hombro. Lo dejé a solas, en su cuarto, con la condición de que me mandara llamar al menor síntoma de agravamiento. Mi amigo se llevó el dedo índice a la sien. ¿Me había vuelto idiota o qué? ¿Qué puñetas me pensaba, que se iba a morir aquella noche? No, hombre, no. Susana se lo había hecho prometer al oncólogo. Ajá. Tenía que haber visto yo al pobre médico aquel, con ojos titilantes y un punto

de tartamudez, prometerle a su mujer que Gervasio iba a acabar tumbando a su cáncer de próstata.

Di fe de ello.

Lo sentí deambular toda la noche, de la cama al baño y del baño a la cama. Aunque caminara descalzo e intentase enmascarar el alboroto andando igual que las grullas, los suelos de madera del hostal crepitaban a cada paso. Lo poco que dormí fue turbulento, un guirigay de sueños enredados como tela de araña.

Aún no había amanecido cuando me desperté. Las sábanas olían a miedo. Salté de la cama.

Sin calzarme ni vestirme siquiera, salí al pasillo. Pegué la oreja a la puerta de la habitación de Gervasio. Si alguien me hubiera visto, en calzoncillos, con los pelos desmadejados y cara de susto, habría llamado corriendo a los loqueros. Entonces lo oí toser, levantarse de nuevo al baño, quejarse de frío, de dolor o de vergüenza, vaya usted a saber, y volví a la cama.

El reloj que atrasaba diez minutos daba las ocho y veinte del lunes cuando llegué al salón de desayunos. Allí hallé a Gervasio, ante un café con leche y una barra de pan tostado a la que echaba aceite y sal con arrebato. Le di los buenos días y una reprimenda por el mismo precio, Tanto menjunje no debe ser bueno para tu próstata, Álvarez.

—Anda al carajo. ¿Vas tú también a tocarme los huevos con lo que como, igual que mi mujer?

—Jamás, amigo. Tus huevos ya tienen bastante con lo suyo. Solo digo que…

—No digas nada. ¿Por qué te crees que me he quedado esta noche en el pueblo?

—¿Para atiborrarte a sal?

—Exacto. Y no te olvides del aceite. Y el vino y el oporto y el café. Y los baños de mar fríos como la madre que los parió.

—Andas tirando la casa por la ventana, camarada.

—Eso mismito. Pero, sin coñas ya, sobre todo lo he hecho para que Susana pueda descansar, que a la pobre la tengo amargada con tanta ida y venida al retrete. Con uno que no duerma ya tenemos.

—¿Y no piensas volver a casa o qué?

—No hay prisa. Déjame disfrutar. Ya sabes que, cuando uno vuelve a casa…

—… A veces le espera el paraíso y a veces el infierno.

Pronto llegó Diana a secundar mi cruzada contra el exceso de sal. Venía vestida de felicidad, con un pantalón de lino color tabaco y una blusa amarilla. Había dormido como un lirón, sabiendo que Gervasio se quedaría a echarnos un cabo. Tan feliz se sentía que estuvo dispuesta a alterar su rutina mañanera de yogur, frutos secos y naranja pelada. Iba a desayunar como nosotros una tostada con aceite y sal. Desde luego que con menos aceite y menos sal, que no perdiéramos el oremus. Miró a Álvarez sin vestigio de reprimenda, acaso con más preocupación que reproche. Cuando acabó de masticar el primer bocado, se limpió con la servilleta y preguntó. ¿Habíamos descubierto algo la noche anterior?

Y tanto, carajo.

Me mordí la lengua hasta casi sangrar. Lo que yo había descubierto dolía como una dentellada, demasiado para desplegarlo sobre el blanco mantel del desayuno. Gervasio, en cambio, asintió. Se le notaba satisfecho. Traía novedades en el zurrón. ¿Qué novedades? Vísteme despacio que llevo prisa. Ahora estaba gozando con una rebanada de pan negro con mantequilla fresca que mojaba en el café con leche. Ese placer no estaba dispuesto a enmerdarlo con noticias sobre hampones y maleantes.

Me sobrevino una sensación de ternura infinita. Mi amigo, sonriente, se relamía con la tostada como si la enfermedad fuese tan solo un visitante latoso que no acababa de marcharse y al que había que convencer con paciencia y humor. Yo, en su lugar, no podría ni comer ni perdonar. Pero ahí estaba Gervasio Álvarez aquella mañana de marzo. Sin prisas ni rencor.

Una vez acabado el desayuno, el antiguo inspector señaló mi plato y mi taza de desayuno. Apenas había probado el pan y ni siquiera me había terminado el café. ¿Me encontraba mal?

La madre que lo trajo.

Había que jeringarse.

¿De verdad me estaba preguntando eso él a mí? Gervasio estalló en una carcajada contagiosa que comenzó a danzar por todos los rincones del salón. Después sacó su libreta y la abrió por la página en la que se balanceaba un cordoncillo negro. Diana, al ver las hojas

garabateadas, se preocupó. ¿Tanto había trabajado? ¿Tan mal había dormido?

No, mujer.

Pasaba que era de sueño ligero. Sin embargo, por poco que durmiera le cundía. Tres, cuatro horas a lo sumo, y se levantaba ágil y despabilado. ¿Por dónde iba a empezar? Por Mederos, el Mafia. Un tipo de cuidado, que no lo olvidáramos. Drogas, estupro, cambalaches con motos robadas, asaltos a farmacias y gasolineras… Antecedentes múltiples, pero todos lejanos. Ajá. Llevaba limpio casi ocho años. O eso revelaba su expediente. Trabajaba de chófer para una empresa de seguridad que lo mismo podía transportar la recaudación de un banco que a un actor de Hollywood. Sí. Mederos había paseado por la isla a Brad Pitt y Marion Cotillard hacía unos veranos, cuando vinieron a rodar una película. ¿Se acordaba Diana? Sí, mujer. Aquella de la Segunda Guerra Mundial en la que convirtieron el barrio viejo en un poblacho nazi. Y entonces… ¿Cómo? Ah, lo sentía. Se estaba yendo por las ramas. Cierto. Pues la empresa y el trabajo de Mederos eran legales, de modo que por ahí poco teníamos que rascar.

El caso de Celso Navarro era más confuso. Ejercía, desde hacía ocho años también, qué casualidad, de director de hotel. Eso para los archivos de la policía. Para los de Hacienda, amigo, era otra cosa. Un enigma. Casi un jeroglífico. ¿No pagaba sus impuestos? Los pagaba religiosamente. El problema era su nivel de vida. Exacto. Un derroche que no se correspondía con el sueldo: inversiones en bolsa, viajes al Caribe, una colección de coches antiguos, varias propiedades a lo largo de la costa. Todo sonaba a blanqueo de dinero. Pero una cosa es sospecharlo y otra, bien diferente, reunir pruebas. Gervasio tenía un amigo inspector. La Hacienda pública aún no tenía argumentos para llevar a juicio a Navarro. Y no sería por no haberlo intentado.

Mal asunto. Si Hacienda no llegaba al alféizar de la ventana, menos llegaríamos nosotros. Y eso significaba que no había manera de vincular al director del Gran Hotel con la muerte de Lynn. Álvarez dejó la libreta sobre la mesa, Un momentito. Nos miró con ojillos revoltosos, Menos lamentos. Sonrió. Aún no había terminado con su informe.

Sí que podíamos vincularlo con el crimen. Resultaba que, por no

sabía qué extraño capricho del albur, el chalé donde Jonas Gallagher se alojaba estaba registrado a nombre de una empresa inmobiliaria. CENASA. ¿Y qué era CENASA? ¿De dónde venía el nombre? ¿Quién era principal accionista de la empresa? Correcto. Celso Navarro Sociedad Anónima. Joder. ¿Anónima? Claro. Igual que los romances y las rencillas de aquel pueblo de pescadores y truhanes.

Caprichos del albur los justos.

Navarro había creado la empresa para poder mover el dinero con mayor desparpajo. Al principio tuvo un problema con el nombre porque coincidía con el de otra compañía, un negocio maderero en Burkina Faso, pero se las arregló para que lo aceptaran. Que no nos sorprendiera que el tipo hubiese untado a media docena de gerifaltes para que se hicieran los longuis. Al final, tanto va el cántaro a la fuente, lo consiguió. ¿De qué iba CENASA?

Según sus estatutos, se dedicaba al asesoramiento en asuntos turísticos. Así de simple. Conectaba a clientes extranjeros con propietarios de inmuebles de la isla. Nada raro. Gente que quería invertir y gente que quería desprenderse de propiedades heredadas. La compraventa de toda la vida. Solo que los inversores estaban tan lejos y eran tan discretos que no había modo de dar con ellos para cotejar las escrituras. Y Celso, mientras, lo controlaba todo. Gervasio estaba a la espera de que su amigo le resolviese una última duda. ¿Qué duda? Si había alguna conexión entre la empresa de Navarro y el pueblo de Cork.

El desayuno se estiró como un chicle.

No nos poníamos de acuerdo en cuál debía ser nuestro próximo movimiento. Si hubiera dependido de Diana, habríamos entrado en el chalet de Gallagher con una patrulla de la Guardia Civil, el primero que zumba, zumba dos veces. Álvarez, curtido en cien batallas, apostaba por la contención: esperar a ver qué hacía el enemigo, qué arma elegía, por qué terreno optaba. Yo no tenía ni la temeridad de una ni la estratégica paciencia del otro. Me atreví a sugerirles la virtud del término medio. ¿Y eso en qué consistía? Consistía en lanzar un cebo a ver qué pez picaba. ¿Aquel no era un pueblo pesquero? Pues a pescar se dijo.

En plena controversia llegó Celeste. La muchacha se manejaba con el nerviosismo del primer beso. Había dejado a Siobhan en su cuarto, desayunando y con los aperos de dibujar dispuestos. Le había conseguido hasta un caballete. Sin embargo, eso no era lo que la desazonaba. Había llamado Celso Navarro. ¿Para hablar con Diana? No. Aquello era lo sorprendente. Me había dejado recado a mí. Quería verme. Me invitaba a almorzar en el Gran Hotel. A las dos.

Interesante.

La noticia me pilló jugueteando con la cuchara del desayuno. Su reflejo ponía el mundo patas arriba. Todo al revés. Yo. El balcón. El árbol que crecía a mi espalda. Incluso la montaña de Los Berrazales aparecía por encima de las nubes. A lo peor el caso estuviese también al revés y lo anduviésemos mirando desde el lado equivocado. Gervasio se removió en la silla. ¿Cómo que el lado equivocado? Allí no había error que valiese. Habían asesinado de una manera cruel a una chiquilla. No cabían medias tintas en ello. Y ahora nuestra tarea era evitar que le sucediese lo mismo a otra chiquilla. Sí. Chiquillas. Las dos. Él tenía edad suficiente para que todo a su alrededor fuera un jardín de infancia. Pero la cuestión no era esa. La cuestión era dónde veía yo la equivocación.

A Diana Solís se le enfriaron la tostada y la sonrisa. La sola mención del director del Gran Hotel hizo que se le agriara el desayuno. ¿A asunto de qué quería Celso verme? Apenas me conocía. Solo me había visto en una ocasión. ¿Qué se traería entre manos? Volvió a preguntar a Celeste si estaba segura de que el recado era para mí. La muchacha se tomó un segundo en recordar, se mordió el labio inferior, acarició un anillo de perlitas que llevaba en el dedo índice. Sí. Estaba segura. Navarro había especificado que quería ver a Ricardo Blanco. No. No había dicho al invitado de Diana ni al hombre que se alojaba en la pensión. Había dicho a Ricardo Blanco.

Como éramos pocos, parió la abuela.

Gervasio sonrió con picardía no exenta de preocupación. ¿No quería yo pescar? Pues así se las ponían a Felipe II. El rey de los peces se citaba conmigo en el río. Pero, cuidadito, porque aquel era *su* río. Jugaba con ventaja. De haber querido un encuentro justo, Navarro me habría emplazado en un restaurante lejos del hotel, en

terreno neutral. Así que oído al parche.

XIV
LA MUERTE TENÍA UN PRECIO

Llegué a las dos menos veinte.

Lucía un sol picón de primavera en un cielo desprovisto de nubes. Lo primero que me sorprendió fue la ausencia, en la entrada al hotel, del *jeep* de la Guardia Civil. Su lugar lo ocupaba la furgoneta azul índigo de una televisión local. Un pibe con barba espesa y negra, que parecía haber dormido con la ropa puesta, sostenía la cámara bajo el brazo mientras daba caladas a un cigarrillo. Me inspiró simpatía. Su trabajo no era distinto del mío: horas y horas echadas por el sumidero esperando a que ocurrieran cosas que pocas veces ocurrían.

Seguí andando hasta la puerta. Casi eché de menos a la guardiacivil antipática que me miraba con desdén. ¿Dónde andaría esa mañana?; ¿persiguiendo a qué malhechor? Quienquiera que decidiese suspender la vigilancia debió pensar que ya no tenía sentido escoltar una habitación vacía. O habría juzgado acaso que el dinero del contribuyente no podía dilapidarse en custodiar a quien, por lo visto, no quería ser custodiado. De detrás de una columna jaspeada apareció una muchacha reluciente y nerviosa con un micrófono en la mano. ¿Era yo un tipo importante?

Según a quien le preguntase, ¿no? Mi madre, de haber estado viva, le habría respondido que sí, que mucho, que nadie más importante que yo en este mundo. Mi exmujer, de haberla tenido, le habría aconsejado a la periodista que se alejase de mí, que era un mal bicho con el corazón duro como una piedra. La chica venía aleccionada a no dejarse arredrar por absurdas evasivas. Contraatacó con una andanada de preguntas casi sin respirar.

¿Tenía yo algo que ver con las hermanas O'Malley? ¿Las conocía? ¿Sabía lo de la irlandesa asesinada? ¿Y lo de la desaparecida? ¿Era cliente del hotel? No, no, sí, sí y no. Un *full* de noes y síes. Y la pareja de síes tampoco le iba a valer de mucho. No había un alma en el pueblo que no estuviera al tanto. No estábamos acostumbrados a las tragedias griegas, tal vez porque carecíamos de héroes. ¿Y entonces que hacía yo allí? Es que allí hacían los mejores Bloody Mary de la comarca. Sí. Eso. Otro borracho más. Vaya birria de día.

Los bares tienden a ser un universo en el que el tiempo parece detenerse. Vuelves un día tras otro y siempre hallas la misma escena, la misma luz, el mismo olor, los mismos personajes en el mismo sitio. Diego, de pie tras la barra, le pasaba un trapo al mostrador, mientras el bebedor de coñac le hablaba a su bebida en la banqueta donde lo había dejado la última vez. Si me daban a jurar, habría jurado que llevaba la misma ropa. Sonaba una canción de Chet Baker y yo pedí un vermú tinto para romper el hechizo. ¿Perdón? Bah, me daba igual en vaso chato o copa de balón, siempre que llevara una rodaja de naranja y una sola piedra de hielo para no aguacharlo. ¿Qué había de nuevo?

Poca cosa.

El ambiente se había calmado algo. La Guardia Civil se había aburrido de trabajar y habían llegado los periodistas a sustituirla. Seguirían buscando a la irlandesa perdida, pero la buscarían en otro lugar. El director andaba hecho una furia: perder a un huésped desprestigia tanto como una mala crítica en las redes sociales. El santón irlandés no había vuelto. ¿Quién sabía? A lo peor no le había gustado el güisqui que servían allí. La cosa es que había cundido un desánimo engorroso, una melancolía que se agarraba al pecho igual que un catarro.

En el grupo de guasap de los trabajadores del hotel habían hecho una porra. La mayoría creía que Siobhan O'Malley estaba tan muerta como su hermana, que había corrido la misma suerte. Solo que esta vez los asesinos se habían cuidado bien de no dejar rastros. Diego lo confesaba con algo de repugnancia, no se sentía orgulloso de sus compañeros. ¿Y de qué iba la porra? Puesto que nadie daba un duro por la vida de Siobhan, apostaban por la manera en que se la habían cargado. Los más aventuraban que la habían arrojado de

la cima del risco. ¿Y el cuerpo? Ah, bueno, el cuerpo. El cuerpo lo habrían quemado en una pira funeraria, como los aborígenes, hasta que no quedase de él más que ceniza y tuétano. Menuda forma ingrata de morir, ¿no? Cierto. Aquello era la vida real, no una novela. En la ficción, ya se sabe, siempre se muere mejor.

Vaya, carajo.

Qué les gusta a los griegos una tragedia.

El bebedor de coñac aparentaba no estar escuchando, atento a sus recuerdos turbios. Acariciaba la base de su copa y, a veces, cuando pestañeaba, tardaba un rato en volver a abrir los ojos. Tanto que en algún momento pensé que ya no volvería a abrirlos más. De pronto se desperezó. Interrumpió la crónica de Diego para brindarnos su versión irrefutable y ebria. La mujer aún vivía, que no hiciéramos caso a aquellos agoreros del guasap. Vivía. De ese burro no iba a bajarlo nadie. Señaló, con una nariz surcada por venas violáceas, al ventanal que había tras la barra. Siobhan O'Malley se escondía en los montes. ¿Se escondía de quién?

No de quién.

De qué.

De la maldad. Así mismo, que nos descojonáramos todo lo que quisiésemos. La maldad se había apoderado de aquel pueblo como el moho que cubría Los Berrazales. Una sombra verduzca y silenciosa que amenazaba con sepultar la luz. El ser humano es así. Injusto. Violento. Cruel. Pudre todo lo que toca. Corrompe el aire. Envenena el mar. Debería extinguirse. ¿Cómo no iba la mujer a esconderse del resto del mundo? Diego se acercó al viejo y le rellenó el vaso, estaba hablando igual que un ecologista coñazo. El otro rezongó. Su visión del mundo no estaba en venta, no iba a cambiar por una copa gratis. Aquel burdo intento de soborno no lograría que Amalio Antúnez —pronunció su nombre con solemnidad— mudara de opinión.

Amalio Antúnez, sí. Hijo y nieto de sastres republicanos. Ferretero, lampista, pescador de tercera, padre de una hija que no quería saber de él ni en la otra vida. Amalio Antúnez, escéptico y borracho a partes iguales. No sabía qué fue antes, si el huevo del alcohol o la gallina del escepticismo. Lo que sí sabía era que la mujer desaparecida —él la había visto varias veces— tenía miedo. Y no. El miedo no provenía del asesinato brutal de su hermana. Ya

habitaba en sus ojos, antes de que a la chiquilla la botaran al mar. Su cuerpo entero se convulsionaba cuando te acercabas a ella. Aquel pavor debía de venirle de familia, como un antojo en la nalga o la forma ganchuda de la nariz, porque la otra irlandesa también vivía asustada. Tal vez por la inconsciencia de la edad lo disimulara mejor que la mayor, pero la sombra estaba ahí, alargada y dolorosa.

Diego regresó a la esquina donde yo intentaba disfrutar de mi copa. Esa mañana se sentía obsequioso y desprendido, así que, qué carajo, un poquito más de licor no iba a arruinar a nadie. Y que no pensara yo, como Antúnez, que era un soborno. Ni hablar, susurró. Lo hacía no más para que no cayese en la trampa. ¿En qué trampa? En la de creer las patojadas del viejo bebedor de coñac. De todo lo que decía haber sido, lo único obvio era lo de borracho.

Tapé el vaso con la mano para que no siguiera escanciando vermú. No quería beber tanto, a ver si la cita con Navarro me iba a pillar templado como un requinto. En cuanto a los delirios de Amalio Antúnez, ya sabía Diego lo que solían decir de los borrachos y los niños. El barman se alarmó, no iba a creer yo en serio lo que decía el amigo ahí sentado, ¿verdad? Ni lo creía ni lo dejaba de creer, pero mi oficio tiene más de hormiga que de cigarra. Y desde luego pensaba guardarme aquel descubrimiento por si, más tarde, el hambre me acuciaba. Pagué la copa aun sin acabar y me despedí. Tenía una cita. ¿Dónde estaba el restaurante del hotel? En la sexta planta, donde la piscina y el solárium. Y, si iba a almorzar allí, Diego me recomendaba el carpacho de arenques y el lenguado al limón.

Coincidí en el ascensor con un tipo de semblante serio, orejas grandes y mirada huidiza. Daba la impresión de que alguien había compuesto una cabeza con piezas de repuesto de otras viejas: los labios graves e inmóviles, las inmensas orejas, aquellos ojos que parecían sufrir del mal de San Vito. Cada rasgo hacía la guerra por su cuenta. Lo mismo le ocurría con la vestimenta. Llevaba pantalones deportivos, camisa de cuello Mao, chupa de cuero y unos zapatos de charol que debieron de quedarle de la primera comunión.

El tipo se me adelantó a pulsar el botón del sexto piso. Levantó

la cabeza —era un hombre menudo, su frente me llegaba al hombro — e hizo que sonreía. Una catarata helada me recorrió la espalda. Aquellos ojos pondrían nervioso al más bragado. No supe por qué, lo saludé en inglés, *Good morning, sir*. El hombre de cabeza de retales me respondió en la misma lengua, *Morning, mister, how are you*? Y volvió a mirar al frente. En lo que llegábamos a nuestro destino, mientras el ascensor iba escupiendo números naranjas, dos, tres, cuatro, cinco, calculé las posibilidades de que aquel individuo fuese uno de los pensionistas italianos. Pocas. O uno de los estudiantes extremeños. Ninguna. O un turista amante del submarinismo. Ni de coña.

La conclusión me saltó a la cara. Otro escalofrío. El tipo venía por mí. Y a mí se me empezaba a acabar el cupo de matones. La luz del mediodía nos abofeteó. El ascensor daba directamente al ático del hotel y las placas solares reverberaban en la solana. Media docena de hamacas azules coronaban una pequeña piscina en forma de riñón. Los azulejos del suelo formaban la figura de dos delfines bailando un tango. Enfrente había una barra color espuma donde servían refrescos y cócteles en copas delicadas. Una muchacha saltona y pizpireta dirigía la orquesta colocando bengalas y sombrillitas de papel en las bebidas mientras tarareaba la canción de turno. Un candombe. Por lo oído, en el solárium se había acabado el duelo por la irlandesita.

A la derecha, unas cristaleras dejaban ver las mesas del restaurante El Faro. El hombre del ascensor se dirigió directamente a la barra. Yo al restaurante, donde Celso Navarro me aguardaba en una mesa junto al ventanal. Cuando llegué, el director enviaba un mensaje de teléfono a alguien. Por instinto, eché un vistazo a la terraza de la piscina. Allí, el tipo de los ojos impacientes consultaba su móvil. La coincidencia olía a perro muerto.

Llevaba cola la cometa.

Navarro, todo elegancia, se levantó para recibirme. Su saludo era solícito, pero torvo. No mantuvo la mano recta, sino que la dobló en un escorzo temible, el de un hombre acostumbrado a retorcerle el brazo a su oponente. Me agradeció haber aceptado su invitación. Era consciente de que apenas nos conocíamos y a mucha gente le incomoda comer con quien no conoce. Claro. La del almuerzo es una hora íntima, por eso valoraba mi coraje. Desde

luego. Yo habría dicho decisión. Él dijo coraje, como si me estuviera metiendo en una osera. Como si sentarme a la mesa con él fuera una temeridad. Le resté importancia. Tampoco es que yo tuviera muchos amigos. ¿En el pueblo? Ni en el pueblo ni en el resto del mundo. Tal vez por eso valoraba la amistad más que cualquier otra cosa.

Navarro me invitó a sentarme con un gesto, Imagino, Ricardo, que le habrá sorprendido mi invitación.

—Ha llegado un momento de mi vida, Navarro, en que ya nada puede sorprenderme. Digamos que me picó la curiosidad.

—La curiosidad…

—Lo sé. Mató al gato. Pero después de haber vivido siete vidas. Yo no he llegado ni a la tercera.

—Me alegro por el gato. Si quiere, podemos pedir ahora y luego le cuento por qué lo he invitado a almorzar.

—Perfecto. Yo pediré lenguado al limón.

—Que sean dos. Veo que viene advertido.

—No lo sabe usted bien.

El almuerzo se convirtió pronto en una partida de póquer, cada uno estudiando el menor gesto del adversario, cualquier detalle que pudiera descubrir su juego. El lenguado estaba delicioso. Y el vino blanco que Navarro eligió presumía de ser lo más exquisito de la bodega. Seco, ligeramente oloroso y con cierto sabor a frutos rojos. La descripción la dio él, para mí era un buen vino, sin más pretensiones.

Reparé en que solo dos mesas más estaban ocupadas: una por tres hombres de negocios o que al menos aparentaban serlo; otra por una pareja de enamorados o que al menos aparentaban estarlo. Navarro, viejo tahúr, supo leerme las cartas y sintió la necesidad de explicarme, con un gesto roñoso y despectivo, que era la vida misma la que se abría paso en aquel salón: el trabajo y el placer, el dinero y el amor; todo en un día soleado. Estuve de acuerdo con él, lo que nos conducía a una cuestión que llevaba toda la mañana torturándome: si nuestro encuentro no era por amor…

El director del Gran Hotel acabó la frase. Exacto. Se trataba de dinero. Podría considerarlo a él un intermediario, un edecán de campo, el mismísimo correo del zar, pero me había citado para hacerme una oferta. ¿Una oferta para qué? La pregunta no era esa.

No. La pregunta era cuánto. ¿Cuánto? Sí. ¿Cuánto? ¿Cuánto podía ganar un tipo como yo, digamos, en un año? ¿Veinte mil, treinta y cinco mil, cincuenta mil euros exagerando la nota? Ajá. Lo suponía. Porque él estaba en condiciones de ofrecerme cien mil, limpios de polvo y paja, un billete detrás de otro.

Fingí asombro, Eso es mucho dinero, Navarro. Él me siguió el juego. ¿A qué sí?; y lo único que tiene que hacer es entregarme a una persona. Y yo, exagerando el gesto de sorpresa ¿Una persona?, ¿no habíamos quedado en que apenas conozco a nadie? Y él, insistiendo en la porfía, No se me haga el modesto, Blanco, que no le pega; conoce a la persona precisa. Y yo ¿De qué persona hablamos? Y él, Sabe usted bien a quién me estoy refiriendo. Y yo, enrocándome, Llevo pocos días aquí, pero me cuesta entender que alguien de este pueblo valga cien mil euros. Y él, ya sin disimulo, Eso es porque el precio no lo pone usted; y no me tome por imbécil; le estoy hablando de Siobhan O'Malley. Dejó los cubiertos sobre la mesa para pronunciar su nombre y se detuvo a estudiar mi reacción.

No moví ni una ceja.

Repetí el nombre. Siobhan O'Malley. ¿La huésped que se le había perdido? Exacto. *Esa* Siobhan O'Malley, la irlandesa que llevaba dos días desaparecida y a la que habían visto por última vez almorzando con una mujer que respondía a la descripción de mi amiga Diana Solís y un desconocido. Siobhan O'Malley, la madre de la chiquilla que apareció descuartizada en el farallón.

Nada como dejar hablar a un bocazas engreído. Tanto jugueteó con la soga que acabó ahorcándose. Ahí Navarro cometió su primer error. Para mí que se dio cuenta demasiado tarde de la tremenda cagada, porque volvió a agarrar los cubiertos y se precipitó, frenético, a por un lenguado al limón que ya se había enfriado hacía un buen rato.

Un error.

¿Cómo sabía mi hombre que Siobhan era la madre de Lynn? Se habían registrado en el hotel como hermanas. La prensa lo había dado por supuesto. Nadie en la isla conocía el auténtico parentesco, era un secreto que provenía de Cork. Diana y yo lo habíamos descubierto por Siobhan. Luego Navarro solo podía haberlo sabido por Jonas Gallagher, lo que significaba que, a partir de ahora, debíamos tomarlo por correo del zar, sí. Del zar irlandés.

Me jugué el resto ¿Dice usted que es la madre?; yo creía que era la hermana. Y él, indeciso por primera vez, dos gotas de sudor sobre la ceja izquierda ¿Dije la madre?; no, quería decir la hermana; me habrá confundido la diferencia de edad. Y yo, satisfecho, Claro, claro; una confusión muy lógica; cualquiera habría podido cometerla.

Quise volver al plato principal. No. Al lenguado, no, que ya había perdido toda la gracia. A por qué Siobhan O'Malley valía cien mil euros y de dónde sacaba Navarro que yo podía entregársela. De Internet. Lo sacaba del Google, de donde se sacaba todo lo que uno quería conocer en aquellos tiempos. ¿Y qué le decía el Google para haber llegado a la conclusión de que yo podía tener que ver con la irlandesa perdida? Le decía que Ricardo Blanco era un afamado detective que había resuelto una pila de crímenes, seguramente de chiripa, en el último cuarto de siglo.

Bueno.

Tampoco había que creérselo todo.

Ya. Celso lo sabía. De hecho, tan solo se había creído la mitad. Pero con la mitad le bastaba para entender mi presencia en aquel pueblo olvidado. Con la mitad le valía para sumar dos más dos y que le dieran cuatro. Se produce un crimen y Diana me invita a pasar unos días en su pensión. Siobhan se va a almorzar con mi anfitriona y otro tipo y ya no se la vuelve a ver. O sea que Diana Solís —Google y él ignoraban por qué— me había contratado para investigar el caso. Y yo —él y Google no acertaban a explicárselo— había recomendado que Siobhan O'Malley desapareciera. La cuestión era que alguien, podíamos dejar su nombre al margen, estaba interesado en encontrarla. ¿Para qué? Celso no había preguntado. A una persona dispuesta a ofrecer cien mil euros a tocateja no se le pregunta para qué.

Volví sobre mis pasos del vino blanco levemente afrutado para mostrar mis cartas de una vez. ¿El Google no hablaba de que a ese detective que tantos casos, seguramente de chiripa, había resuelto en el último cuarto de siglo le importaba el dinero lo que se dice un carajo? ¿Que no sería ni la primera ni la última vez que alguien intentaba comprarlo con billetes limpios de polvo y paja, uno detrás de otro? ¿Qué había llegado a una edad en la que no necesitaba demasiado para vivir? Vaya, qué lástima, una pena que Internet no

lograra profundizar en el alma de las cosas. Eso. Y Celso Navarro podía poner esa cara de cínico irredento hasta que lloviera para arriba, pero a mí los cien mil euros de su zar me importaban un huevo. Y no porque fuese un tipo noble. No porque me sobrara la pasta. No porque mi negocio fuese el más lucrativo del mundo. Se trataba de conciencia.

Exacto. Conciencia. Igual que Tomás Moro, pero sin la santidad. Yo no esperaba verle la cara a Dios, ni siquiera tenía claro que Dios existiese. Sucedía que me habían educado con una simple regla: no hagas lo que no quieras que te hagan a ti. Y a mí me jodería que alguien me vendiera por un fajo de billetes, aunque la cifra sonara tentadora. A mí me jodería que alguien en quien confiase me traicionara por cien mil euros. Se trataba, repetí, de conciencia. Y de orgullo y de gusto. ¿Eso qué significaba? Que no me gustaba la gente que pretendía salirse siempre con la suya, solo por tener dinero.

No tenía ni idea de dónde podía esconderse la mujer que buscaba, pero, si lo supiera, tampoco se lo diría. Aunque, por si le interesaba, había una porra entre sus empleados en la que iba ganando por goleada la teoría de que Siobhan O'Malley estaba muerta. Y un ínclito bebedor de coñac, que frecuentaba el bar del vestíbulo, afirmaba sin género de dudas que la irlandesa andaba escondida allá en Los Berrazales. Sentía mucho las molestias y que la invitación a almorzar no le cundiera, pero era lo único que podía decirle sin que se resintieran mi conciencia, mi orgullo y mi gusto.

Celso Navarro me escuchó hasta el final con la misma cara de huéleme el culo. Sentenció que era una pena porque su oferta expiraba en el mismo instante en que firmara la cuenta del almuerzo. A partir de ahí ya no podían culparle por lo que pudiera ocurrir. Nada podría hacer por Diana ni por mí ni por O'Malley. Se lavaba las manos, hizo el gesto con cínica frialdad. El terremoto que sin duda iba a provocar mi actitud tan impertinente escapaba a su poder. ¿Sonaba a amenaza? No sonaba. Lo era. Y no debía olvidar yo que alguien capaz de ofrecer cien mil euros por una información podía ofrecerlos también por otras cosas. Y el mundo estaba lleno de gente sin conciencia, ni orgullo ni mucho menos gusto. ¿Me quedaba claro?

Me había quedado claro desde el momento en que me senté a

aquella mesa.

XV
LA CUEVA DE LOS ENAMORADOS

A la guarida de un oso resulta más fácil entrar que salir. No sé por qué extraño sortilegio, cuando llegué al ascensor, el tipo de los ojos saltimbanquis ya estaba en la puerta. También se me adelantó a pulsar el botón de llamada. Bajamos juntos. Yo pegué la espalda al espejo. Necesitaba tener la situación controlada, si eso es posible cuando te topas con un sicario. Supuse que el tipo no se atrevería a nada allí. A Celso Navarro, por muchas ganas que me tuviese, no le convenía otro escándalo en su hotel, ya se le había llenado la hoja de reclamaciones con un asesinato y una desaparición.

El matón salió delante de mí con cierta premura, taconeando con sus zapatitos de cuento de hadas. Se encaminó a la puerta del hotel y se perdió entre las calles del barrio alto. Un truco más viejo que el primer burdel. Buscaría un rincón donde esconderse y acechar. Sus órdenes serían vigilar mis pasos y seguirme por si lo llevaba a Siobhan O'Malley. Yo no tenía ninguna prisa, nadie me esperaba en ninguna parte, así que me apeteció hacer sudar al sicario. Si le iban a pagar por hacerme de sombra, al menos que se ganara el sueldo.

Me senté en la barra de Diego a tomar algo. A mis amigos de abrevadero se les había sumado otro bebedor, un cincuentón de espaldas anchas, cuello corto y tonsura franciscana que daba cuenta de un *gin-tonic* y un plato de aceitunas a dos banquetas de Antúnez. No parecía tener ganas de cháchara. Apuraba su copa con la vista fija en la alacena donde se exhibían, impúdicos y tentadores, rones, güsquis, brandis y vodkas. Pedí un ron, no era hora de Bloody Marys o de vermús. Un ron solo, con el agua aparte.

El barman se interesó en mi almuerzo. ¿Qué tal había comido? ¿Le había hecho caso con el lenguado al limón? Le había hecho caso y le agradecía en el alma la sugerencia. ¿Y el carpacho de arenques? En eso no había podido seguir su consejo, una cuestión de pudor. Como estaba invitado, no me pareció oportuno pedir más de un plato. Una lástima. De haber sabido cómo iba a acabar el almuerzo, habría pedido arenques, un surtido de quesos y hasta el tartar de atún. Diego arrugó el morro, ¿tan mal me había ido la cita? Bueno. Habría podido ir mejor, a qué negarlo. Aquello me pasaba por no elegir bien las compañías. El barman chistó. Hombre, no debía yo tomármelo tan a pecho. El director tenía sus días buenos.

¿Cómo sabía él con quién había almorzado? Uf. Los secretos no tienen donde esconderse en los pueblos pequeños. Claro. Pero lo de que Navarro tenía días buenos iba a ponérselo en cuarentena. Yo no le había visto ninguno. Me pareció desde el principio un comemierda. Con todas las sílabas. Las dos veces que nos habíamos encontrado, el hombre se había comportado de un modo chulesco y prepotente, como si el mundo le debiese algo. Tal vez en su casa, con su mujer y sus hijos, fuese un dechado de virtudes teologales, pero en la calle había que echarle de comer aparte.

Diego rio, tampoco había que pasarse. Celso Navarro no tenía ni mujer ni hijos, al menos reconocidos. Vivía por y para su trabajo, por eso se tomaba tan a pecho lo de las muertes y las desapariciones. Para él se trataba de una cuestión personal. Y es que al hombre parecía que lo había mirado un tuerto. En la última semana no levantaba cabeza. La paz y la tranquilidad del hotel se habían ido a hacer puñetas con tanto drama. Y, si sus compañeros de porra tenían razón, la cosa solo podía ir a peor.

En lo que yo almorzaba con *don Celso* —el barman engoló la voz y fui incapaz de descifrar si lo pronunciaba con reverencia o con recochineo— había aparecido por allí el sargento de la Guardia Civil. Venía preguntando si alguien había visto a Siobhan O'Malley. La hermana que, hasta que no se demostrara lo contrario, aún seguía con vida. Luego de media hora de marear la perdiz pulsando todos los timbres, se volvió al cuartelillo y a sus preocupaciones. Por lo visto el alcalde y la delegada del gobierno lo estaban atosigando para que resolviese la investigación de una jodida vez. Hablábamos de una suposición, no de una certeza, pero para Diego

que los guardiaciviles comenzaban a creer que entre las hermanas había mal rollo y quién sabía si a la mayor no se le había ido la cabeza en un arrebato.

Desde luego que la escena de dolor de Siobhan sobre el cadáver de Lynn había resultado desgarradora. Ya. Y convincente. No obstante, los irlandeses tienen una escuela cojonuda de grandes actores. Anda que Peter O'Toole o Maureen O'Hara o Kenneth Branagh no habrían hecho el mismo paripé en el tanatorio. No sería yo quien discutiera de cine con un barman, pero no debíamos olvidar el *modus operandi*. Eso. La manera en que asesinaron a la irlandesita. Se hablaba de que fueron dos manos, una diestra y una zurda, las que apuñalaron a la chiquilla.

Dos personas.

Y Siobhan no conocía a nadie en aquel pueblo de cotillas y susurradores. Así pues, la Guardia Civil estaría buscando la respuesta fácil, que, como es sabido, no siempre es la correcta. Ya conocía el percal. Cuando los presionaban para acallar a periodistas y asociaciones de vecinos, los policías erraban más que una escopeta de feria.

Antúnez intervino desde la otra esquina para insistir en su teoría del miedo y la maldad. Nadie en su sano juicio… ¿quería decir sereno? No, coño. Daba igual sereno que mamado, joder. Nadie en su sano juicio podía creerse la milonga esa de que una hermana mató a la otra. Ambas estaban igual de asustadas. Lo que había ocurrido era que la mayor, viendo las barbas de su vecina arder, había puesto las suyas en remojo. Diego se burló de sus refranes de la porra, pero Antúnez no se dio por enterado.

En esto llegó el tercer hombre, el grandote que bebía *gin-tonic*, Orson Welles en estado puro, a confundirnos con un galimatías. O tal vez a aclarar el asunto de una vez por todas. No había sido la maldad la que había acabado con Lynn O'Malley. Había sido el vicio. La perversión humana. Diego resopló, Vaya hombre, otro visionario. Pero el tipo no se amilanó. El vicio, sí. Esa manía de ahora de follar todos contra todos como si el mundo fuera a acabarse a media tarde. Él lo sabía bien. Solía dormir la mona en una cueva cerca de la playa. Una cueva con escondrijos suficientes para pasar desapercibido. Menos frío, menos relente, menos ojos indiscretos o pibes abusones que se hacen los gallitos delante de la

peña pateando a los borrachos o meándoles encima.

Pues a esa cueva —por eso la llamaban la cueva de los enamorados— iban todos a lo que iban desde el principio de los tiempos. Antiguamente, se contentaban con meterse mano debajo de la blusa o hurgar en las braguetas. Sexo torpe y febril, con el olor aún tibio de la adolescencia. Ahora nadie parece satisfacerse con esos juegos inocentes. Van a follar a pelo, sin prisa y sin tapujos, a veces en grupo. A aquella chica, la irlandesa, la llevaron allí. ¿Seguro? Y tan seguro. Los pibes del pueblo folian en cristiano y aquellos jadeaban en inglés.

Le indiqué a Diego que le sirviera otra copa al narrador, aquel parecía el principio de una buena amistad. Orson Welles, orgulloso, asintió en agradecimiento y le ordenó al barman que cambiara de ginebra. Si no iba a pagarla él, que fuera de la buena. Diego me miró con el rabillo del ojo. Levanté el pulgar. El barman meneó la cabeza, ¿también iba a creer a aquel borracho? Ah, claro. Los borrachos y los niños… Vale.

El hombre no se dio por aludido. Pues había ocurrido una noche de la semana anterior, que no le preguntásemos qué noche porque él, Esteban Guerra, que no era educado por su parte que yo lo invitase a una copa sin conocer su nombre, él, Esteban Guerra y no Orson Welles, tenía memoria de lubina. Sí. Entendía nuestras caras de escepticismo. ¿Cómo, si tenía tan mala memoria, podía recordar lo ocurrido en la cueva de los enamorados? Era simple. Las lubinas no regresan jamás a los bajíos donde han estado a punto de pescarlas. Cuestión de instinto, de supervivencia. Y a él, a Esteban Guerra, estuvieron a punto de pescarlo aquella noche. Porque lo que empezó siendo una fiesta de besos, gemidos amorosos y arremetidas ardientes acabó en un desbarajuste de trompadas y gritos y lamentos.

No pudo verlo, pero lo oyó.

No pudo verlo porque el miedo era libre y él no tenía madera de titán. Se mantuvo encogido, inmóvil, bajo una manta detrás de una roca. Aquel polvo se les fue de las manos a los tipos y se volvieron locos. Y los locos son como los daltónicos: no distinguen colores. Cuando dan rienda suelta a su desvarío, les da lo mismo tirios que troyanos. Y Esteban Guerra temió que, después de acabar con la muchacha, aquellos salvajes continuaran la escabechina con un

pobre borracho.

Tal como venía diciendo, lo oyó todo. La cueva tiene una acústica soberbia. El sonido se agranda como un bostezo. Aunque entraron dos hombres y una mujer, solo escuchó a uno maldiciendo en inglés, escupiendo su rabia, pateando. El otro también golpeaba, que no creyéramos, pero no debía saber idiomas. La chica, mientras, rogaba que acabara el suplicio, *please, please, please*. Hasta que el último *please* apenas fue un susurro. Y luego nada. Silencio. El oscuro silencio de la muerte. ¿Poético? Ya, bueno, es que había sido maestro en otra época, antes de que su vida se fuese a la mierda por un amor enrevesado.

Antúnez, que se había mantenido al margen de la conversación, celoso quizá del protagonismo que estaba alcanzando su colega, lanzó al aire la moneda de una pregunta que a todos nos quemaba en la boca. ¿Por qué no había acudido a la Guardia Civil a denunciar el crimen? Esteban Welles, Orson Guerra, rio entre dientes. ¿Por qué? Porque la historia de amor enrevesado que acabó con su suerte estaba también teñida de sangre. Ajá. Y la Guardia Civil no habría dudado en colgarle el muerto a él. Como si lo viera. Escarbarían en su pasado, rescatarían su ficha policial y lo volverían a meter preso. No, amigo, no. Ni sereno habría denunciado el asesinato de la irlandesa.

¿Y por qué lo contaba ahora? Qué sabía él. Quizá porque nosotros no éramos guardiaciviles. O porque la barra de un bar es como un confesionario y su historia podía considerarse secreto de confesión. O porque le dolían las tripas. Cualquiera sabe cómo funciona la mente de un bebedor, ¿verdad? En el confesionario se hizo un silencio de cementerio. Miré a Diego, ¿aún dudaba de la palabra de un borracho?

¿Y podía llevarme Esteban Guerra a la cueva de los enamorados? Ni de coña. Podía decirme cómo llegar, el resto era mi problema. Ni un saco de dinero haría posible que él regresara allí. Se había jurado no volver nunca más. Prefería que lo pateara una panda de macarras, que lo mearan hasta ahogarlo, antes que revivir aquella noche. Prefería que le rompieran a patadas la crisma, eso es. Así acabarían con su vida de mierda. ¿Dramático? También. A él le sentaban como un guante los esdrújulos. Poético, dramático, patético y alcohólico. Pero aquella era su última palabra. Me diría

cómo llegar a la dichosa cueva, pero no se acercaría ni loco.

Salí de allí con un plano de la playa y de la cueva en el bolsillo, un croquis dibujado a vuela pluma en una servilleta con el membrete del Gran Hotel. Solo me había costado veinte euros en copas. No había olvidado al sicario de la cabeza de retales, que andaría acechando tras cualquier esquina, así que me anduve con ojo. A aquella hora el aparcamiento aparecía desierto, ni los guardiaciviles ni la periodista preguntona ni el cámara barbudo. Media docena de vehículos se veían aparcados en batería. Crucé la explanada por detrás de los coches por ver si sorprendía atrincherado al matón.

Y me vino a ver la Virgen.

Cuando estaba examinando el bajo de un Renault rojo, vi asomar los zapatos charolados del esbirro. El tipo, harto de esperar, regresaba al hotel a asegurarse de que no me había escabullido por otra salida. Aguardé a que entrara en el edificio y a que las puertas correderas se cerraran tras él. Caminé hacia la salida del aparcamiento. Al llegar al final me detuve. No quería sorpresas. Conté hasta cinco. El tipo no volvió a aparecer y yo seguí camino de la costa.

El barrio andaba a esa hora desierto, en los pueblos pequeños se santifica la siesta. Culebreé tanto entre callejas estrechas para ocultar mis pasos que acabé perdiéndome. Al doblar una esquina surgió una tiendita donde vendían de todo: alcohol, verduras, quesos y salamis, fruta y golosinas. La joven china que atendía en el mostrador andaba en medio de una videollamada con una amiga o una prima lejana. Los gritos y las risas en mandarín se oían desde la puerta. No pareció enojarse por mi interrupción.

Hablaba el castellano a media lengua. Mediante señas y monosílabos me indicó cómo volver al camino de la playa. Desde luego que jamás había oído hablar de la cueva de los enamorados, pero a la playa sí sabía llegar. Para alcanzar mi destino no tenía más que bajar la siguiente calle. Cuando llegara a un quiosco de *peliódicos*, debía tomar un *sendelito*. No tenía *példida*. Se lo agradecí. Para compensar su amabilidad, compré un mechero lila y una botella de agua mineral. ¿Y un cortaúñas? Estaban de oferta. Carajo

con la china. De acuerdo. Un cortaúñas también.

Cada poco tiempo iba mirando atrás por si asomaba el matón del ascensor. Nada. El quiosco estaba cerrado y en el sendero no se veía un alma. Tres curvas más abajo, el camino acababa en una plazoleta con un banco y una ducha para que los bañistas se aliviaran de arena y salitre. Cuatro escalones daban a la playa de la Magdalena, una cala de cien metros de largo. Saqué el croquis que me había delineado Esteban Guerra. Allí estaba la cueva, sobre un pequeño promontorio de rocas negras.

La playa me resultó preciosa. Un grupo de muchachos de ambos sexos se apiñaban, igual que en los veranos de mi juventud, bajo una sombrilla. Eché de menos, claro, el juego del clavo, las miradas furtivas, los besos robados, la guitarra sorda. Ahora andaban, como Antón Pirulero, cada cual atendiendo a su juego endiablado de móviles y selfies. Nadie se fijaba en lo importante. Por eso logré cruzar la caleta sin que ninguno reparará en mí.

Lo que comenzó siendo una alfombra rubia pronto se convirtió en un tormento de guijarros punzantes. ¿En serio que un bebedor de ginebra gordo y remolón podía llegar a la cueva sin romperse la cabeza por entre los callaos? Qué va. Debía de haber otro camino más sencillo. Rodeé el montículo, primero en dirección a los riscos, luego al mar. Allí estaba: una senda de tierra que ascendía hasta las faldas de la cueva. Subí. Me detuve en la entrada a coger resuello. Dos, tres minutos que empleé en respirar y descubrir un mar rizado lleno de borreguillos. En mitad del océano, se pintaba, plateada, la estela de una luna que estaba por nacer. Un velero cruzaba el horizonte. En el borde del acantilado había una placa en recuerdo de los muertos, franceses en su mayoría, en un naufragio frente a aquellas costas.

Entré en la gruta, una vez recobrado el pulso. Me recibió una peste a humedad que espeluznaba. Y algo más. Un rastro tenue de sudor viejo y apelmazado, el de cientos de jóvenes que, según Esteban Guerra, se habrían desfogado en aquella caverna desde los tiempos del descubrimiento. Apenas se veía. Saqué el teléfono y encendí la linterna, una herramienta que me había enseñado a usar Marta, la hija de Beatriz.

Me había hecho a la idea de hallar un vertedero de mugre. Tal y como la había pintado Orson Welles, entre orgías y resacas de

borrachera, imaginaba un estercolero plagado de latas de cerveza vacías, restos de bocadillos, bolsas de plástico, meadas viejas. No obstante, el refugio se veía inmaculado. El olor era el único vestigio de que allí hubiera acudido gente alguna vez a correrse una romería. Por más que busqué, no encontré rastro de aquelarre alguno. Si en la guarida habían asesinado a una muchacha iba a ser imposible demostrarlo.

Pensé en un paraíso, virgen e inexplorado. Pero hasta en el paraíso tuvo que quedar rastro del paso de Adán y Eva, aunque fueran los restos de la manzana. En la cueva de los enamorados, sin embargo, no había rastro alguno y eso solo podía significar que alguien había enviado a un retén de limpieza. Así que Esteban Guerra no mentía: nadie ordena un retén tras una fiesta de adolescentes cachondos. ¿Qué pretenderían ocultar? ¿Tres porros, un par de condones usados, una vomitona? No. Allí tuvo que haber ocurrido algo más grave, tanto que necesitaron recoger las barreduras después.

Seguí hurgando en el cubil. Tal vez al retén se le hubiera pasado algún detalle por alto. No me apuré, aún era temprano para la pandilla de la playa. Insistí en el repaso. Enfoqué la linterna hacia las hendiduras que formaba la roca en el suelo. Continué la inspección de la caverna hasta que hallé, tras un murete de roca, el escondite donde el borracho dormía sus tajadas. Había una manta vieja y desvaída, un plato mugroso con restos de velas y fósforos, y el culo sucio de una botella de ginebra que debió de escapárseles a los limpiadores.

La cueva era profunda y tenía varias cámaras, algunas de difícil acceso. Desde el techo se filtraban aquí y allá hilos de agua que habían acabado formando pequeños charcos. La negrura impedía, en algunos recodos, ver el fondo. Me dio dentera, por no decir canguelo, continuar rebuscando y regresé al recinto principal. Di un par de vueltas. Me agaché en varios huecos donde la roca a veces sonreía. De repente, algo brilló en la oscuridad. Encajada entre dos piedras había una ajorca, una esclava tobillera adornada con lo que parecían estrellas de plata. Me arrodillé. Me costó sacarla. Hube de forcejear con el índice y el corazón hasta hacerme sangre. Examiné la joya a la luz del móvil y no me cupo duda de a quién pertenecía.

La bajada fue más sencilla, salvo por el centelleo del sol que

medio me cegaba. Ya en la arena, aún quedaban las huellas que la escoba de la marea no había conseguido barrer. El velero continuaba su rumbo al pairo de las olas. La pandilla a lo suyo. Un pibe me señaló y dijo algo en esa lengua de los adolescentes que ya he desistido de comprender. Algunos le rieron la gracia. Debía de resultarles estrambótico un viejo paseando vestido por la playa.

Regresé al pueblo mascando una idea peregrina y absurda, un chicle rancio que ya ha perdido todo su sabor. Acaricié la ajorca en el bolsillo. Desde el principio había pensado en Gallagher como un atún gigante que tenía que pescar, pero a cada hora que pasaba al tipo se le ponía más cara de cuervo. Y para atrapar a un cuervo, nada mejor que el brillo de una alhaja.

El camino hacia la pensión se me hizo largo, una odisea de calles empedradas, golpes de luz, terrazas que había que sortear y sábanas tendidas. Dos mujeres hablaban a gritos, de ventana a ventana, sobre lo mucho que se hacía querer la primavera, ya estaban hartas de humedad y viento. Hoy, por suerte, había salido el sol, pero se esperaba lluvia y frío de nuevo. Un viejo combatía el calor como los beduinos, enfundado en un traje de pana marrón, el cachorro calado en la cabeza, la camisa abotonada hasta la nuez. Fumando un caliqueño y con los ojos vidriosos, parecía observar un mundo que ya no le pertenecía. Un coche con un altavoz en el techo anunciaba la celebración de una verbena en la plaza grande el siguiente jueves, doce de marzo, a las nueve de la noche, gran actuación de la orquesta Torbellino y su vocalista Mario. Vísperas de viernes trece y amenaza de lluvia. ¿Qué podía salir mal?

En la recepción del hostal Galdós me recibió Celeste. Yo venía dándole vueltas a la fecha de la verbena. ¿Por qué un jueves? La viuda me lo explicó. Porque el viernes era Santa Cristina, la patrona del pueblo. Entendido. La chica también guardaba un mensaje de su jefa. Ella y Gervasio me esperaban en la azotea. Caramba, primera noticia de que hubiese azotea en la pensión de Diana Solís. ¿Cómo llegaba? Celeste apuntó al cielo con su dedo. ¿Cómo iba a llegar? Como se llega a todas las azoteas: subiendo hasta que ya no puedas subir más.

Ya. Muy aguda. Pero habría una puerta, ¿no? La había. Justo al

lado de la habitación de la señora. Miré al techo. No recordaba haber visto una puerta allí, para mí que solo había un mueble esquinero de madera y cristal adornado con figuras de barro y cerámica. Eso y un cortinón verde botella que tapiaba toda la pared. Celeste asintió. Me envidiaba la memoria, cóntrale, ya querría ella una memoria así. ¿A mi edad? No. Se refería a la suya. Mi edad no la envidiaba. Y tampoco era tan viejo. Le sonreí, Vaya que no. Más que la catedral. Y antes de que la charla se enredara le di las Gracias, Celeste, pero yo andaba en busca de la puerta de la azotea.

Ah, sí.

La puerta de la azotea.

Detrás del cortinón verde botella.

XVI
LA ENCRUCIJADA

Subí las escaleras ayudándome de la barandilla. No sé si por el paseo por la playa de los adolescentes o por la enfermedad de mi amigo, pero me sentí más viejo que antes de llegar al pueblo. La puerta estaba entreabierta. La terraza nada tenía que ver con la del Gran Hotel. Una solana de veinte metros cuadrados en los que cabían, a duras penas, dos sombrillas, dos mesitas redondas de plástico y una docena de sillas de tijera, de las cuales solo había abiertas tres. El resto descansaba apoyado contra una pared blanca con desconchados. Ni piscina, ni hamacas, ni bar tropical.

Parecían dos turistas disfrutando de una tarde soleada. Charlaban animadamente ante una copa de oporto y una taza de té. El ánimo lo insuflaba él, mi amiga no estaba para saraos desde la tarde en que confundió la cabellera de Lynn O'Malley con una baliza de señalar mareas. Gervasio le contaba alguna anécdota benigna de sus años de inspector, relatos desprovistos de sangre, sudor y lágrimas. La señora ponía una graciosa cara de sorpresa. Cuando repararon en mí, se disipó la magia.

Hombre de Dios, por fin.

¿Cuánto tiempo duraban los almuerzos en el Gran Hotel? ¿Qué había sido, un menú degustación de quince platos? ¿Por qué demonios había tardado tanto? Me acomodé en la silla libre y respiré hondo. Los almuerzos duraban lo mismo que en cualquier otro hotel. Había sido plato único, lo que teníamos que decirnos Celso Navarro y yo no merecía las bodas de Canaán. Y había tardado porque tuve que darle esquinazo a un esbirro con zapatos limpios y sucias intenciones. Sí, un hombre de Navarro. Y no, nadie

me había seguido hasta el Galdós. ¿Un rodeo? Menudo rodeo el mío. Me había recorrido medio pueblo hasta llegar allí. ¿Por qué tan grande? Porque un cliente del bar me había recomendado visitar una cueva con vistas al océano en plena playa de la Magdalena. Y ya bastaba de preguntas, joder. ¿Había agua?

Diana se levantó y se perdió tras un hueco en la pared que daba a lo que parecía un cuarto de piletas. Salió con una botella de Perrier y un vaso que dejó sobre la mesa. El agua estaba fría. Me serví y di un trago largo. Tenía tanta sed que ni me afectó el estallido de las burbujas en la nariz. El paseo me había dejado para el arrastre. Gervasio cruzó los brazos, anda que no me gustaba darme pisto, coño, quien no me conociera me compraba. ¿Por qué no les describía mi tarde desde el principio?

En el principio fue el Verbo de un ascensor y un tipo que olía a camorrista por los cuatro costados. Sí. Un matón que hablaba inglés con soltura y andaba conchabado con el director del Gran Hotel, a tenor de los mensajes de móvil que parecían enviarse. Diana se frotó las manos en señal de nerviosismo, no le gustaba cómo había empezado el cuento. Ya. Pues convendría que se lo tomara con calma porque el cuento solo hacía empeorar. Que no jodiera, ¿cómo que empeorar?

Habían puesto precio a la cabeza de Siobhan.

Wanted total. *Reward* cien mil euros, Celso me había ofrecido esa cifra por entregarle a la irlandesa. Se suponía que *dead or alive*, sí. Igual que en las películas del oeste, solo que allí la recompensa la daban los forajidos. Gervasio silbó. Mierda. Cien mil euros eran una fortuna para según qué gente. Exacto. Sobre todo, para la gente con la que Navarro se codeaba. Yo había rechazado la pasta, así que estaba libre para que alguien la aceptara. O sea, que ahora todos estábamos en el punto de mira de cualquier sicario. Había que extremar las precauciones.

¿Más de lo que las habíamos extremado? Mucho más. Gallagher andaba obsesionado con Siobhan O'Malley. Y el hombre disponía de perras para comprar lealtades. Cualquier canalla de la isla estaría dispuesto a arrasar con todo lo que se le pusiera por delante, incluidos nosotros. El cura les había dado cien mil razones y ninguna piadosa.

Podíamos darnos por jodidos.

Gervasio tamborileó con los dedos sobre la mesa. Razón de más para dejar el caso en manos de la Guardia Civil. ¿O no? ¿Era el único que lo veía claro? Teníamos que llevar a Siobhan al cuartelillo, donde pudiesen protegerla mejor que dos viejos y, que Diana lo disculpase, la doña de un hostal. Diana no solo lo disculpaba, sino que empezaba a estar de acuerdo con él. Álvarez tenía razón. Nosotros no podíamos salvaguardar la vida de la madre de Lynn, aquello se parecía cada vez más a un suicidio colectivo y nadie sabe más de suicidios colectivos que el gurú de una secta. ¿Cuánto tardaría Gallagher en descubrir dónde se escondía Siobhan?

Poco. Si me daban a jurar, juraría que ya estaba al tanto. Según Navarro, a Siobhan la habían visto por última vez almorzando con alguien que respondía a la descripción de Diana Solís. O sea que el lugar más probable en el que ocultarla venía a ser la pensión Galdós. Por eso debíamos sacarla de allí aquella misma noche. ¿Al cuartelillo?

Qué leches al cuartelillo.

¿Tenía que recordarles a los dos que a la Benemérita ya le habían birlado el cuerpo de una O'Malley? De acuerdo, lo habían sacado de una nevera sin candar de la lonja que hacía las veces de depósito de cadáveres, pero el cadáver lo custodiaban ellos, joder. No. Había que pensar con serenidad. Mis amigos me lanzaron la mirada menos serena del mundo. Bebí un sorbo de agua. Y les pedí que hicieran un pequeño esfuerzo de imaginación.

Que imaginaran, un suponer, que el sargento bigotón y su patrulla de barbilampiños lograban mantener a Siobhan con vida. ¿Hasta cuándo? O, lo que era peor, ¿hasta dónde? Ella llegaría sana y salva a coger un avión de vuelta a casa. ¿Y después? ¿Cuánto le costaría a Gallagher encontrarla? ¿Quién velaría por ella en Cork?

¿La policía irlandesa? Una mierda pinchada en un palo la policía irlandesa. ¿Dónde había estado esa policía cuando el sátiro de Jonas levantaba una puñetera secta en la trastienda de su iglesia? ¿A dónde miraban cuando el cabrón del cura cometía todas las barbaridades inimaginables con las chiquillas? ¿En qué momento le habían parado las patas al depravado aquel? No. Si la respuesta a nuestras plegarias eran los irlandeses, íbamos aviados. Había que detener la sangría allí y entonces. ¿De qué manera?

Teníamos dos opciones: o Siobhan volvía a casa sin el cura o el cura regresaba a Cork sin Siobhan. Gervasio echo un trago para digerir lo que acababa de plantearles. Perfecto. Pero necesitaba hacer notar que una de las dos opciones implicaba *deshacemos* —tras dudarlo, se decidió por ese verbo, aunque pensaba en otro mucho más demoledor— de Gallagher. Diana se estremeció. Propuso concentrarnos en la segunda posibilidad, la menos furibunda.

De hecho, ya había pensado en ello. Al hostal Galdós le vendría bien ayuda. Y, muerta Lynn y con unos padres tirando a ancianos, a Siobhan ya nada se le perdía en Cork. Existía un cementerio inglés no muy lejos del pueblo donde podía enterrar a su hija y visitarla cada vez que quisiera. Al fin y al cabo, se trataba de cambiar una isla lluviosa y gris por otra cálida y azul. Tal vez la mujer de la ciento cuatro, si alguien se lo explicaba de un modo convincente, estuviese dispuesta a aceptar ese trueque.

Me levanté a buscar algo más fuerte que la Perrier al cuarto de piletas. Regresé con la botella de oporto reservada para las grandes decisiones y dos vasos chatos, por si Diana se apuntaba al brindis. Con el permiso de la señora me serví un buen lingotazo. Levanté la botella. ¿Gustaban? Gervasio negó con la cabeza. Diana aceptó, solo un dedo. Y yo volví sobre la disyuntiva. ¿Conveníamos, entonces, en que la opción más sencilla e incruenta era que dejáramos marchar a Gallagher solo? Brindábamos por eso.

Pero había una pega.

Un acertijo que no habíamos descifrado todavía. ¿Por qué diantres Gallagher no se había vuelto ya a su jeringada iglesia? ¿Por qué, tras la muerte de Lynn, se había quedado en el pueblo? ¿Qué sabía o qué tenía Siobhan que el viejo cura quisiese? Diana saltó de la silla como impulsada por un resorte. Acabáramos, carajo. Eso lo íbamos a aclarar esa misma tarde.

En lo que la señora volvía, le pregunté a Gervasio cómo andaba. Álvarez volvió a sorprenderme, Depende de con quién me compare, Ricardo; oye, ¿te queda algún puro de los tuyos?

—¿Pero tú fumabas?

—Desde antes de que tú te calzaras tus primeros pantalones largos. Como un carretero. Pero lo dejé.

—¿Y qué pasó?

—Que nació mi hija y no quise endosarle esa herencia, chico. Ya apestaba bastante mi trabajo como para encima dejar en casa el tufo a tabaco perrero.

—¿Y ahora?

—Bueno. Ahora ella vive su propia vida y a mí no me queda demasiada para andar con remilgos. ¿Me das un puro o no?

Saqué la petaca, la abrí y la puse sobre la mesa. La boca de la purera enseñaba tres dientes oscuros de distintos tamaños. Allí tenía, que se dejara engañar por la vista. Pensó poco y señaló un robusto de hoja cubana. Buena elección. Yo agarré uno de los pirámides sin vitola que me mandaba de La Palma Dominguito Melián, un tabaquero amigo. Le pasé la guillotina y el mechero que le había comprado a la chinita en el pueblo. Pronto estuvimos los dos envueltos en un humo gris y denso.

No recordaba mi hombre lo bien que sabían. Y, hablando de recordar, ¿no se me había olvidado contarle algo? Sí, a mí. Me conocía como al puente de su nariz. Sabía que yo no daba puntada sin hilo, por lo que mi visita a esa cueva con vistas al mar lo tenía escamado. Di una calada al puro antes de contarle la triste historia de un tal Esteban Guerra. Y mi manera de esquivar la vigilancia del sicario. Y la inspección a la cueva de los enamorados, el lugar donde habían asesinado a Lynn O'Malley. ¿Eso era que teníamos un testigo? Boh. Teníamos a alguien que lo oyó todo, eso sí, pero yo no daba un duro porque pudiera servirnos de testigo. Un pasado demasiado turbulento y una querencia desmedida por la ginebra. Qué va. El abogado más incompetente desmontaría su declaración en un santiamén.

Gervasio se repantigó en su silla. Era consciente yo de que aquello jamás iría a juicio, ¿verdad? Que había que solventarlo antes de pisar un juzgado. Lo era. Y aún no sabía cómo, pero lo solventaríamos. Mi amigo regresó a lo del testigo defectuoso. Solo nosotros conocíamos ese dato. A lo mejor nos serviría de baza para negociar con el cura. A lo mejor. Aunque dudaba yo que el cura fuese de los que negocian. Para mí que había quemado los barcos con la recompensa, los tipos como él no dan un paso atrás ni para coger impulso. Álvarez cerró los ojos, no supe si por evitar el humo del habano o para sopesar la siguiente pregunta. ¿Me daba cuenta de que, en una guerra como aquella, no se permitía hacer

prisioneros?

No tuve tiempo de responder.

Se abrió la puerta de la terraza y de las sombras surgieron las dos mujeres. Diana parecía una maestra de posguerra conduciendo a una alumna díscola al despacho del director. Traía un semblante serio, un ademán entre la decepción y la rabia. Siobhan, un paso por detrás, vacilante y patosa, miraba al suelo con timidez. La señora se acercó, empuñó una silla de las que descansaban contra la tapia, la abrió de un solo golpe con destreza y la colocó ante la mesa en la que Álvarez y yo anegábamos de humo su terraza. Arrugó la nariz. Fos, Coño. Vaya pestazo. Se apiadaba de nuestras mujeres, no sabría si ella sería capaz de aguantar aquel olor a tabaco todos los días del mundo.

Le pedí disculpas. Era yo el que había traído los puros, siempre había ejercido una mala influencia para con mis amigos. Por nuestras mujeres, en cambio, no debía preocuparse: Gervasio no fumaba casi nunca y yo casi nunca delante de Beatriz. Siobhan asistía a nuestra conversación intentando atrapar alguna palabra al vuelo, por si la bronca iba dedicada a ella. Se estaría preguntando qué había hecho mal y a asunto de qué la habían llamado a capítulo. La invité a sentarse en la silla que la anfitriona había dispuesto y le expliqué, como pude, que nuestra riña nada tenía que ver con ella. Diana y yo hablábamos de lo malo que es el tabaco para la salud y para el amor. Eso.

Bad for health, bad for love.

Siobhan se encogió de hombros. Ella ya no fumaba. Pensé en la excusa de Gervasio. Claro, desde que nació su hija, por protegerla tal vez. No. Mucho antes. Al *father* Jonas no le gustaba que se fumase. ¿En su iglesia? Parecía razonable. Tampoco. Ni en la iglesia ni en la campiña ni en ningún otro lugar. Estaba prohibido fumar y sanseacabó. Álvarez me picó el ojo. Ya no veía tan descabellado escacharle la cabeza al puñetero cura.

Diana Solís intervino por alusiones. Nadie la había nombrado a ella, vale, pero lo de que en Cork se hiciese lo que le salía al sacerdote de su santo prepucio le afectaba como si le hubieran mentado a la madre. Estaba atónita. Completamente *amazed*. ¿Qué coño era aquello de que nadie fumaba porque a Gallagher no le gustaba? Faltaría más. Por la misma regla de tres, nada que valiese

la pena estaría permitido. Para los curas, todo lo que daba gusto era pecado. A la O'Malley quiso asomársele una sonrisa al quicio de la boca. Ya, pero Irlanda era otro mundo, un mundo distinto del nuestro. Resultaba difícil de explicar a quienes no hubieran nacido allí. La religión lo impregnaba todo como el humo de un puro. En los pueblos, el cura tenía más fuerza que el alcalde.

Diana estuvo de acuerdo. *Agreed* punto por punto. Eso podía entenderlo, no hacía tanto que en su propio pueblo el cura tenía galones de capitán general, pero estábamos en el siglo XXI. Y ante el vicio de prohibir contaba la virtud de pecar. Exacto. El pecado es lo más sagrado, por no recordar que un cura es un señor al que todos llaman padre, menos sus hijos, que lo llaman tío. Siobhan no pudo reprimir la carcajada, pero le duró poco. Tal vez porque, en el caso de Jonas Gallagher, el chiste se agriaba pronto.

Gervasio carraspeó para que lo mirásemos.

Quizá fuese el momento de abordar el asunto que nos interesaba. Alguien —él apenas llegaba al *my tailor is rich and my mother is in the kitchen*— debería explicarle a la muchacha por qué la habíamos mandado llamar. La señora extendió la mano hacia mí para darme voz. Me tocaba. Ella solo intervendría si me enredaba con el idioma o si discrepaba de mis razonamientos.

Cojonudo.

Probé a ver si era cierto aquello de que una imagen vale más que mil palabras. Saqué la esclava de plata del bolsillo y se la puse delante a la irlandesa. Siobhan la observó, la cogió con dos dedos como si temiera romperla y suspiró. Se le mudó el semblante. Se llevó la ajorca al pecho y comenzó a llorar amargamente. Cuando al fin pudo hablar, entre hipidos, preguntó de dónde la había sacado. Le ofrecí un pañuelo de papel. La había sacado de donde la perdió su hija la noche que la atacaron. La mujer se sonó en silencio, como si se avergonzara de mostrar su dolor. ¿Eso quería decir que la policía estaba cerca de resolver el crimen?

Me froté el lóbulo de la oreja. No exactamente. La policía se estaba dedicando en exclusiva a buscarla a ella. A Siobhan, sí. Me chocaba que no se hubieran dejado ya caer por la pensión. Aún no tenían nada que llevarse a la boca en cuanto al crimen de Lynn. Por eso me quedaría con la esclava. Se la devolvería muy pronto. La necesitaba para demostrar quién había matado a su hija. Y sí. Había

dicho demostrar. Porque saber, ya sabíamos quién la había matado. Por cierto, ¿querían oír un chiste malo? El sargento encargado del caso jugaba con la idea de que Siobhan era la asesina.

Se montó tremendo quilombo en la terraza. Diana ya se lo temía, pero la irlandesa y Gervasio estallaron en una protesta atropellada y bilingüe. ¿Qué diablos estaba diciendo yo? ¿Por qué iba Siobhan a matar a su hija? ¿A quién se le había ocurrido aquella absurda idea? ¿Estábamos locos o qué? Los tranquilicé. En los dos idiomas. Ya los había advertido de que era un chiste malo. La acusación no llegaría a ninguna parte. Resultaba que los tipos no tenían ni la más mínima pista. Que el alcalde y la delegada del gobierno los agobiaban con quitarles la pensión si no obtenían resultados pronto. Y que, para ellos, Siobhan era la hermana de Lynn, no la madre.

Les dejé un minuto para que asimilaran el disparate. La copa de oporto se entibiaba en mi mano. Sin embargo, ya que hablábamos de madre e hija, teníamos un problema mayor. ¿Otro más? Sí, otro más. A Celso Navarro se le había escapado en el almuerzo que conocía el verdadero vínculo entre las dos mujeres. Y ese dato solo pudo saberlo por el *father* Así que ahora nos encontrábamos en mitad de la llanura. Iban a dispararnos por los dos lados.

Diana, que había permanecido de pie hasta entonces, se sentó sin poder amarrar el vértigo. Eso era una catástrofe. Gervasio abandonó el puro sobre el platillo del té. O no. ¿Cómo que no? Como que no. Aquello nos daba una oportunidad. Cuando te disparan por los dos lados, si te agachas a tiempo, se matan entre ellos. Diana Solís protestó, Menudo consuelo, joder.

Siobhan seguía aferrada a la tobillera de plata de su hija. Se sentía culpable, *very guilty*, de habernos metido en aquel fregado. No sabíamos a lo que nos enfrentábamos. La interrumpí. Sin duda. *No doubt about it*. Por eso le habíamos pedido que se uniera a nosotros aquella tarde. Para que nos contara sin mentiras, *no more lies*, quién puñetas era Jonas Gallagher.

Ya lo había dicho.

Era el demonio.

Se veía a sí mismo como Gabriel, el mensajero de Dios. Lo peor era que todos los que lo conocían se contagiaban de su paranoia. De ese modo el muy cerdo podía aprovecharse de los más frágiles. De

los ilusos. De los crédulos. Olía la debilidad como otros huelen la mierda. Se rodeaba de niños y adolescentes perdidos. Niños y adolescentes sin futuro que necesitan como el aire la figura de un padre espiritual. A veces simulaba hablar la lengua de Dios, aunque lo que hacía era farfullar una jerigonza ininteligible. Y colaba. Los engañaba a todos. ¿A ella también? A ella la primera. La más estúpida de la parroquia. A pesar de los desprecios y las vejaciones, hubo momentos en que seguía viéndolo como un santo.

Desprecios y vejaciones, sí.

A Gallagher le fascinaba humillar a sus fieles. Así podía quebrar su voluntad, sin duda. Te desnudaba en mitad de la sala para que el resto viera tus miserias. Se reía de tus defectos para que comprendieras lo imperfectos que éramos. No se salvaba nadie: uno por demasiado flaco, otra por demasiado gorda, y el enano y la coja y el que tenía el pito pequeño, el pobre *little dick*, o la que tenía las tetas grandes, la abochornada *big boobs*. Entonces Jonas se acercaba a la víctima de sus burlas y los acariciaba, les sobabas sus taras, sin dejar de sonreír. Porque él, a pesar de todo, los amaba.

Una pura tramoya para saciar su apetito sexual. Ajá. El sexo era continuo, aunque tú no quisieras. Cada noche, excepto en los días impuros. Sí. La menstruación te libraba del tormento. Más de una vez Siobhan rezó para que la regla le durara dos semanas. Más de una vez soñó con desangrarse para siempre. ¿Violación? Por supuesto que era una violación. *Of course* que sí. Pero el cura sabía cómo vestirlo de amor y entrega. Empezaba siempre igual que un juego. Un juego de niños. Se desnudaba contigo y se abrazaba a ti de un modo cándido. Eso decía él. Dios es amor. Se pasaba media hora o así susurrándote al oído que te quería y cuidaría de ti. Y luego se vestía y salía del cuarto.

A Siobhan le ocurrió la primera vez con quince años, a una semana de los dieciséis, y se pasó después dos noches llorando. ¿Por qué no lo denunció? Por lo mismo que miles de muchachas no denuncian. Porque, primero, *first*, ¿a quién iban a creer, a una niñata o al padre espiritual de la congregación? Y *second*, porque durante mucho tiempo —aún lo pensaba— creyó que la culpa era suya, que era ella quien había provocado al sacerdote; ella, la manzana de Eva, la caja de Pandora y la maldición de Moctezuma todo en uno.

Cuando al *father* ya no le bastaron los inocentes rozamientos, cuando se le aceleraba la salidera, te exigía un poco más. Ponía tu mano en su cuca, la suya en tu coño y compartían el placer. Muy equitativa la masturbación, sí. *Fair deal*. Solo que él disfrutaba y a ti te repugnaba. Luego te obligaba a que se la besaras, a que se la lamieras, a que te la metieras en la boca, a que se la chuparas como si fuera un caramelo.

Diana se reviró.

Dio un golpe en la mesa y se volvió a levantar. Su cara era de asco, un rictus que revelaba la náusea más enrabietada. Hasta ahí habíamos llegado. Se cagaba en su madre y en toda la estirpe vikinga que parió al cura. Me miró. ¿Recordaba yo haberla oído preferir la opción más benévola, la de que Siobhan se quedara en el pueblo y el cura se volviese solo a Irlanda y aquí paz y en el cielo gloria? Pues ya no le valía. Ya no. Aquel hijo de puta no podía regresar a su pueblo para seguir haciéndoles eso a otras niñas. Que yo la oyera bien porque no pensaba repetirlo. Me había contratado para hallar al culpable de la muerte de Lynn y yo había cumplido. Ahora tenía otro encargo: ese tipo no debía, bajo ningún concepto, volver a las andadas. Había que detenerlo costara lo que costase. Tenía que prometérselo.

Se lo prometí.

Siobhan escuchó en silencio el alegato de la señora. Y, aunque lo había proferido en español, la irlandesa entendió lo esencial. De manera que se sintió impelida por una fuerza que no creía tener. ¿Queríamos que continuara? Porque solo había rozado la superficie. Diana dudó. Gervasio agachó la cabeza. Yo la animé a seguir. Pues después de las mamadas llegaron las penetraciones. Cada vez que el cura se calentaba, procedía a pasar revista a sus feligresas. ¿Perdón? Sí. También visitaba a algún muchacho, pero le gustaban más las niñas. Tenía más agujeros por donde meterla. Le encantaba el sexo anal, el amor es amor en cualquiera de sus manifestaciones.

Cabrón.

A veces no se le levantaba. Y entonces se ponía hecho una furia y rompía cosas y te dejaba sin comer dos días como si fuera culpa tuya. Pero lo agradecías. También eran dos días que no venía a importunarte. Otras veces te bañaba en su semen. Sí. Una manera de bendecirte con su santidad. El muy asqueroso se corría sobre tu

pecho y tu estómago, y te ordenaba que no te ducharas durante una semana. Que imagináramos la repugnancia, aquella lefa hecha costra alrededor de tu ombligo siete jodidos días. *Seven fucking days*.

En ocasiones, cuando estaba enfermo, cansado o de viaje, mandaba a su emisario, a Elliot Murphy, el profesor de literatura, para que le mantuviese la cama caliente. Elliot era más dulce, menos agresivo, pero nada cambiaba. La historia acababa siempre igual, ella tumbada sobre la cama con las piernas abiertas y la mirada ausente, y un tipo sudoroso jadeando a un centímetro de su oído. ¿Cuánto duró? Dos años largos como días sin pan.

Entonces se quedó embarazada.

Creyó, pobre ilusa, que eso la libraría del castigo. Una mierda. Al cura le ponía cachondo hacerlo con una mujer encinta. Más tetas. Más culo. Más todo. A Murphy, en cambio, le parecía una infamia. Ja. A buenas horas, mangas verdes con los escrúpulos.

Y lo que es el destino. Ocurrió que, si el embarazo no la logró salvar, la salvó el parto. Un desbarajuste de principio a fin. Todo se complicó. Lynn venía de nalgas y el médico de juerga. El hombre traía una resaca como un piano, Siobhan aún recordaba la peste a absenta. La comadrona tuvo que trabajar a destajo para salvarlas. Pero hubo suerte y la cosa se enderezó. La niña nació al fin preciosa y sana, y a la madre le prescribieron reposo, mucha tranquilidad y calditos caseros. Volvió con sus padres que, enamorados a primera vista de su nietilla, acabaron por perdonarle el pecado de quedarse preñada sin pasar por la iglesia. Vaya broma, ¿no? Se había quedado preñada precisamente por pasar por la iglesia. Gallagher intentó obligarla a volver, pero ella estaba protegida en la casa familiar. La pequeña Lynn se había convertido en su salvación.

El cura juró venganza.

Y ya había cumplido la mitad.

Por eso Siobhan se sentía tan culpable. Por la muerte de su hija. Y porque nos había metido en un embolado con el peor enemigo que pudiera haber. Lo mejor sería entregarse al sargento y que fuese lo que Dios quisiera. Se merecía cualquier castigo. Le puse la mano sobre el brazo como había visto hacer a la señora en otra terraza. Que lo olvidara. *No way*. Ni era culpable de ningún delito ni su entrega solucionaría nada, ya era tarde para salirse de la partida. Todo se iba a arreglar.

Se hizo un silencio gris y apelmazado. Di una calada al puro, que se había vuelto amargo. Quizá buscaba en el humo la respuesta al oráculo. Murmuré algo que, incluso para mí, carecía de sentido. Álvarez me leyó las líneas de la frente y meneó la cabeza. Quien habla solo de sus maldades se acuerda. Miedo le daba yo. No tanto como lo que acababa de escuchar, claro, pero casi. A saber qué intriga pensaba proponerles.

Aún no podía decírselo.

Necesitaba darle un par de vueltas.

Pero la imagen de nuestros enemigos disparándose entre sí me había dado una idea: si lograba enfrentar a Gallagher con Celso Navarro tendríamos una oportunidad. ¿Y cómo iba a lograrlo? Con ayuda de una recepcionista querendona y un párroco habituado a mediar entre bandas.

XVII
LA MUDANZA

El primer paso siempre es el más duro. Debíamos sacar a Siobhan del hostal Galdós antes de que fuera demasiado tarde. Había que ponerse en marcha de inmediato. Eso. Aprovecharíamos el disimulo de la noche para trasladar a la irlandesa a un lugar menos expuesto. Serían solo tres días, hasta que resolviéramos qué hacer con Jonas Gallagher. ¿Adónde pensaba llevarla? Al único sitio que se me ocurría.

Exacto.

Tal cual.

Estábamos a merced de una jodida ocurrencia.

Le pedí a Diana que ayudara a Siobhan a hacer la maleta. Que recogieran todo, el caballete y las pinturas también, no quería ningún rastro de la estancia de O'Malley en la pensión. A Gervasio le tocaba hacer una llamada a su antiguo pupilo de la comisaría. Necesitábamos saber la dirección exacta del chalet donde se alojaba Gallagher. ¿Pensaba ir a verlo yo? No. Pensaba enviar a un recadero.

Los dejé en la puerta de sus habitaciones mascullando el desconcierto. Diana comenzaba a plantearse si no habría sido una pésima idea recurrir a un detective loco. El rostro de Siobhan reflejaba más desolación que miedo, como si aquello le importara ya una vaina. Lo había perdido todo, incluso la esperanza. Álvarez, por su parte, no se había quedado tranquilo con el plan. Me sujetó por el codo, antes de entrar en su cuarto. Susurraba para que no lo oyeran las mujeres. Olía a un popurrí de oporto, tabaco y medicina. Le pregunté ¿Qué hay?

Había que le preocupaba mi facilidad para meterme en líos. No se me iría a ocurrir salir ahora, ¿verdad? Noooo. Tenía que ver a una persona, pero no sería necesario pisar la calle. Tardaría cinco minutos contados de reloj. Jurado por sus muertos y los míos. Cinco minutos. Vale. Pero si no regresaba en esos cinco minutos saldría a buscarme por las calles del pueblo. Y pensaba vocear mi nombre a grito pelado. Lo creí capaz.

La encontré en la recepción. La chica no esperaba verme aparecer a esas horas. ¿Necesitaba yo algo? ¿Se habían terminado las toallas limpias? ¿Quería que me plancharan la chaqueta? ¿Café, agua, una copa de vino? No, gracias. Lo único que pretendía era hablar con ella. Tal vez en el recibidor. Ya. El retrato de la tía de Diana daba un miedo del carajo, pero podríamos darle la vuelta y estaríamos más cómodos sentados. Celeste dejó lo que estaba haciendo y se puso en marcha. Su voz sonaba inquieta. ¿Iba todo bien con Siobhan?

Aguardé a que la viuda alegre se sentara. De eso quería hablarle. ¿Podía quedarse Siobhan en su casa por unos días? El Galdós ya no era seguro y en la calle hacía frío. La recepcionista, tras sopesar la idea un par de segundos, asintió. Ningún problema. Le vendría bien algo de compañía, para variar. Estupendo. Otra cosa. De nada serviría mover de madriguera a la liebre si el zorro se enteraba. Así que tendríamos que mantenerlo en secreto, ¿de acuerdo? Genial. Qué fácil era entenderse con ella. Saldríamos aquella misma noche.

Celeste creyó que la conversación había finalizado e hizo amago de levantarse, pero la retuve. Lo que acababa de proponerle era solo una parte, quizá la más sencilla de la maquinación que tenía en mente. Lo de maquinación le sonó peligroso. Mejor, porque lo era. Por eso yo entendería que se negara a lo que iba a pedirle. Le temblaron los ojos, que ya habían perdido todo asomo de picardía. Temió que fuera a obligarla a cometer un delito, había leído muchas novelas policíacas y sabía cómo se las gastaban los detectives. Apacigüé sus miedos. No debía creerse todo lo que leía en los libros.

Cuando iba a explicarle lo que quería de ella, nos interrumpieron. Del vestíbulo llegó una algarabía en portugués. Había regresado la pareja de pibes que había visto la tarde en que alojamos a Siobhan en la pensión. Venían de la playa con tablas de

surf bajo el brazo y la risa bullendo en sus bocas. El muchacho, pelo largo y despeluzado, traía el traje de neopreno arremangado hasta la cintura, el pecho descubierto y una toalla azul alrededor del cuello. La chica, cabello corto color café con leche, se habría cambiado entre las rocas. Vestía un peto vaquero y una sudadera morada, con capucha, de la universidad de Loyola. Los dos estaban descalzos, lo que me dio una dentera del carajo, a saber la cantidad de roña que se habían traído desde el farallón.

Celeste debía de estar acostumbrada a las trazas y los horarios de sus huéspedes porque ni se inmutó. Les dio las buenas tardes en portuñol, les entregó la llave del cuarto y respondió a una pregunta que le hizo la chica a cuenta de si podían adelantar la hora del desayuno porque tenían pensado hacer una excursión al día siguiente.

La recepcionista podía recomendarles varios lugares lindos de ver. Abrió un cajón de la garita y sacó un mapa. Lo extendió sobre el mostrador, le señaló al muchacho algo en el papel y levantó la mano para indicarle a qué altura estaba la montaña que no debía perderse. Su voz sonaba diferente, más lánguida. La portuguesa pilló al vuelo el relajo y se interpuso entre Celeste y su novio. Con voz de fado, le dio las gracias a la viuda alegre, y agarró la llave y al pibe con la misma mano. El surfero puso cara de yo qué culpa tengo. La surfera, de ahorita te lo explico. Ambos enfilaron las escaleras. Ninguno de los dos reparó en el viejo que estaba sentado en el sillón de orejas del vestíbulo. Y yo tuve la sensación de estarme convirtiendo en un mueble más.

Celeste se asomó a la puerta. Tenía la boca seca. Iba a buscar un refresco. ¿De veras que yo no quería nada? No, gracias. Ya había bebido suficiente por un día. Lo que sí me vendría bien era uno de esos folletos que les había dado a los portugueses. Hecho.

Regresó con mi mapa y una lata de coca cola cero. Estaba llegando a una edad en que debía cuidar el exceso de azúcar. Claro que sí, mi niña, pero nada de obsesionarse. Llegaría un día en que estaría dispuesta a matar por algo dulce. Volvió a sobresaltarse. Qué obsesión tenía yo con el peligro, cóntrale. Entre secretismos, maquinaciones y ese empeño en matar, empezaba a temerse lo peor. La muchacha se volvió a sentar, dobló una pierna sobre la otra y colocó la lata sobre la mesilla. Se había traído un posavasos

para no dejar surcos en la madera.

Quise sentar las bases de nuestra conversación. Lo que íbamos a hablar quedaría entre nosotros, ni la señora ni nadie tenían por qué enterarse. Y nada más lejos de mi intención que juzgarla. El caso es que necesitaba que me respondiese a una pregunta. ¿Intima? Bueno. Eso dependería de la respuesta. La muchacha bebió un sorbo de refresco, adelante con los faroles. Fui directo al grano. ¿Cómo de estrecha era su relación con Celso Navarro? La chica estuvo a un paso de atragantarse. Sí que era íntima, jolines. ¿Por qué le preguntaba eso?

Puro descarte.

Ella tenía tendencia a ser amable, incluso cariñosa con los hombres. No la estaba llamando promiscua ni mucho menos, ¿eh? Solo que le gustaba agradar y eso es lo más sano y natural del mundo. Había sido agradable conmigo, con el alemán del bigote prusiano que desayunaba conmigo, con mi amigo Gervasio y ahora mismo con el portugués de la tabla de surf y la novia celosa. Con todos, excepto con Celso. Con él se había mostrado retraída y hasta desconcertada. Eso solo podía significar que intentaba guardar las apariencias. Pero en un pueblo pequeño y dado a los chismorreos, lo había aprendido yo de un barman dicharachero, resultaba difícil mantener un secreto. Ergo Navarro y ella habían tenido un lío. Tal vez aún lo tuvieran.

Celeste tragó saliva.

Titubeó.

Le importaba lo que yo pudiera pensar. Quería dejarlo claro: había sido después de enviudar, no antes. Colocó su mano en el pecho, como en un juramento. Jamás habría engañado a su marido. Nunca. Fue después y en una época en que se hallaba más perdida que el barco del arroz. Una época en que se le instaló en el alma un invierno perpetuo. La interrumpí antes de que aquello se convirtiera en un confesionario. ¿Tenía cara de párroco yo o qué? Ya le había dicho que no pretendía juzgarla. Era una mujer adulta y libre de acostarse con quien le viniera en gana, antes, después y en mitad de su matrimonio. Por mí como si hubieran montado un trío. No estaba interesado en la naturaleza de su relación con Navarro, sino en hasta qué punto se mantenía vigente.

La muchacha cogió resuello.

Era complicado. La suya podría considerarse una relación guadiana, iba y venía según soplara el viento. Nada de obligaciones, donde no existen promesas no caben los reproches. Había conocido a Celso, qué cosas, sentado donde yo estaba ahora. En aquel mismo sillón de orejas. Navarro había venido a tratar con la señora un asunto de exceso de huéspedes. Sí. Exceso. A él le sobraban cuatro y pensó que, tal vez, a Diana le faltaran.

A decir verdad, al principio le pareció uno de esos tipos que se tiran los peos más altos que el culo. ¿Solo al principio? Celeste reparó en el recochineo de la pregunta. No debería ser tan suspicaz yo, caramba. Celso Navarro, cuando se le conocía, no era un mal tipo. Qué curioso. Me lo habían dicho antes. Y, mira por dónde, cuanto más se empeñaba la gente en venderme al director del Gran Hotel, más repulsivo me parecía.

La animé a continuar.

Pues, aunque la historia comenzó atravesada, se iba a enderezar pronto. Ella acababa de perder a su marido en el mar y él había roto con una antigua novia a la que le había nacido de repente una loca vocación de madre. Por consiguiente, lo suyo con Navarro podía considerarse un *quid pro quo*. Solían encontrarse en el chalet de Celso, un par de veces por semana, no más. Una cena, un vino, una conversación, un polvo. Pero la dicha nunca dura en casa del pobre. Y al final, cuando las citas se limitaron solo al polvo, a Celeste le dejó de gustar el romance y rompió con él. ¿Bronca? No. No hubo bronca. Celso no estaba enamorado de ella ni mucho menos. De hecho, la viuda alegre creía que él llevaba tiempo esperándolo. Fue una liberación para los dos.

De eso hacía tres meses.

La última vez que durmieron juntos fue en nochevieja. Coincidieron en una fiesta de fin de año y una cosa llevó a la otra. Por la escasez de emociones y el exceso de champán. Para aplacar un invierno con muletas. Después de aquella noche no había vuelto a verlo, me lo juraba. Hasta el otro día en que se lo encontró en el comedor hablando con Diana y conmigo, de ahí su desconcierto. Fue un impacto. No quería que la señora sospechara y no supo cómo reaccionar. Lo comprendí. Que estuviera tranquila. Por mí, Diana no lo iba a saber jamás. No tengo cara de párroco, pero guardo los secretos mejor que ellos.

Llevábamos hablando un buen rato y aún no le quedaban claras mis intenciones. ¿Qué pretendía que hiciera con Celso Navarro? Contarle un cuento. Seguro que, en todo ese tiempo, nunca le había contado uno. No. Pues ya era hora. ¿Y qué cuento era ese? El más disparatado de las mil y una noches. Exacto. Uno que le impidiera dormir por varios días. La viuda no acababa de encontrarle sentido a aquel fregado. ¿Qué tenía que ver su examante con las irlandesas?

Mucho.

Celeste sabía que a Siobhan la buscaba un cura malo como carne de pescuezo, ¿verdad? Lo sabía, Siobhan le había hablado de aquel cerdo. De acuerdo. Pues su examante, perdón si malhería su sensibilidad, estaba confabulado con el cura irlandés. Ajá. Muy confabulado. Gallagher se alojaba en uno de los chalets de Navarro y él, Celso, me había ofrecido un montón de dinero por entregarle a Siobhan. Celeste se llevó la mano a la boca para reprimir un grito. No podía ser. Le estaba mintiendo.

¿Por qué iba a mentirle? Yo había llegado al pueblo de visita y en unos días me volvería a casa. ¿Qué ganaba con inventarme una historia tan extravagante? Se lo aseguraba. Gervasio Álvarez había investigado en los archivos de la policía y Celso tenía unos antecedentes como para parar un tren. Un pasado mafioso de echarse a temblar. ¿En todo el tiempo que duró su relación acaso no se había fijado en los coches que el hombre manejaba? La recepcionista asintió. Al menos tres, a cuál más grande. Pues, si su historia de amor hubiese durado seis meses más, le habría visto conducir una docena. Los coleccionaba igual que otros coleccionan mariposas disecadas. Y en los informes policiales constaban seis viviendas y otras tantas propiedades. Que lo pensara bien: ¿cuánto podía ganar un director de hotel en un pueblo de pescadores? Coño. Ni que fuera el Ritz.

Celeste se cubrió la cara. Aquello no podía estar pasándole a ella. Golpeé con la mano abierta el brazo del sillón. ¿Había asustado a la recepcionista? Vaya, pues lo sentía. De veras que sentía la brusquedad, pero ahora era yo quien no podía creer lo que estaba oyendo. ¿No podía estar pasándole a ella? Joder. ¿Y qué sucedía con Siobhan? A Celeste la maldad de Celso apenas la rozaba. Para O'Malley podía representar la muerte misma. ¿O quién creía que estaba detrás del asesinato de Lynn? Efectivamente. Jonas

Gallagher. El puto gurú. Por eso le estaba pidiendo ayuda. La viuda, menos alegre ya, asintió. ¿Qué cuento quería yo que le contara a Navarro?

Uno cortito y con moraleja.

Había una vez un cura irlandés que se dejó caer por la pensión Galdós. Pretendía hablar con la dueña para ofrecerle un pacto. El santón había oído que la señora podía conocer el paradero de una muchacha de su pueblo a la que le interesaba encontrar. Y él era un hombre con poder, incluso fuera de Irlanda. De modo que, si ella le entregaba a la muchacha, el cura podría conseguirle un ascenso. ¿Un ascenso? Algo así. Nada menos que la dirección del Gran Hotel. Pero el Gran Hotel ya tenía director, ¿no? Correcto. Sin embargo, a ese director quizá estuviera a punto de írsele el chiringuito a la mierda. El cura tenía pruebas de corrupción, desfalco, malversación de fondos, fraude. Una visita suya a la Guardia Civil y el puesto quedaría libre. Todos salían ganando. Si Diana aceptaba el canje, las estaría esperando el jueves, sobre las diez, en la verbena de Santa Cristina.

Celeste apartó la coca cola, se le había pasado la sed. ¿Estaba yo convencido de que Navarro picaría? No. Pero sí de que le inocularíamos una sarna chinchosa. Se iba a pasar varios días rascándose. Y, lo más importante, dejaría de ver a Gallagher como un aliado de fiar.

Aquella noche trasladamos a Siobhan O'Malley a su nuevo refugio. Cargamos todo en el coche y, cuando ya solo se oían los ramalazos de la brisa en los árboles y el ladrido lejano de un perro, llevamos a la irlandesa a casa de Celeste. Una luna rutilante con su hechizo rojo nos acompañó todo el camino. En el trayecto nadie se atrevió a pronunciar palabra, cada uno absorto en sus propias mortificaciones.

El apartamento era el último de una calle que acababa en una plazuela a la orilla del malecón. Las farolas dibujaban una guirnalda de luz alrededor. Desde allí podía verse una franja delgada del océano, ahora negro y temible. Olía a soledad y a alga marina. Me sorprendió la delicada sobriedad con que estaba decorado el salón. A Celeste parecía ocurrirle lo que a mí: odiaba los espacios llenos.

En vez de emperifollar su piso con muebles, sillones, cuadros, alfombras y adornos inútiles, apenas poseía lo necesario para darle sentido a su existencia: una librería que ocupaba todo un flanco, un pequeño televisor, una mesita de comedor, un sofá color tabaco con dos cojines a juego, una lámpara de pie y tres acuarelas, una por cada pared libre. Se podría caminar a oscuras por la estancia sin dejarse las canillas en el intento.

Dejé a las mujeres que se organizaran dentro y fui a rodar las cortinas de la ventana. Nadie nos había visto llegar, pero no me fiaba de la suerte. En la acera de enfrente, se alzaba una vivienda de dos pisos que no parecía habitar nadie. Las puertas y las ventanas se hallaban trancadas, ni un asomo de luz por ningún lado.

En estas apareció Celeste. Colocó la rebeca que llevaba sobre el respaldo de una de las sillas y encendió la lámpara. Que no me desvelaran los vecinos. La casona de enfrente estaba abandonada, a la espera de que los herederos de la mujer que antes vivía allí se pusieran de acuerdo para venderla. La eterna historia de las particiones, ¿no? Tres hijos quieren quitarse la casa de encima y uno venga a dar la lata con que pueden sacarle veinte mil euros más al comprador. Y seguro que el desertor era el que menos se había preocupado por la madre en vida, mal rayo lo partiera. Cada familia tiene su Judas.

El caso era que la mujer había muerto hacía más de dos años y el miedo de Celeste venía a ser que ocuparan la casa unos vándalos y ya nadie pudiera respirar en el barrio. Se lo había advertido a los hijos de la vieja muchas veces. La vivienda se devaluaría. Podían destrozársela o, aún peor, quemársela solo por diversión. Al final se asustaron y convinieron en dejarle la llave para que la vigilara. Dos o tres noches por semana abría y encendía un par de luces para que los ocupas no la creyeran vacía.

Era una gran noticia que tuviera esa llave. ¿Por qué? Porque, si las cosas se torcían, ella y Siobhan podrían esconderse en la casona deshabitada. No. No había dicho que se fueran a torcer por fuerza, pero nunca está de más cubrirse las espaldas. Y a todas esas ¿Siobhan? Ah. En la ducha. Ya se había instalado en el cuarto chico. ¿Muy chico? La recepcionista hizo un gesto de rechazo con la mano. Qué va. En realidad, las dos habitaciones eran idénticas, pero,

mientras la suya solo tenía la cama, una mesilla de noche y un ropero, la que iba a ser de Siobhan albergaba, además, la tabla de planchar, un tendedero de plástico, algunas cajas con arretrancos viejos y hasta una bicicleta estática. Ya. No le pegaba lo de la bicicleta, lo sabía. La compró con la pensión de viuda, en una época en la que salir a la calle se convirtió en un martirio, pero tampoco quería amojamarse allí dentro. Una época en la que todas las noches traían sueños trágicos y lo único que la consolaba era pedalear hasta caer rendida.

Pero no quería hablar de eso.

Solo pretendía que no me preocupara. El asunto del espacio se iba a solucionar al día siguiente. La tabla y el tendedero irían al cuarto de limpieza, la bicicleta pasaría al salón, y ya era hora de desembarazarse de cachivaches que solo hacían criar polvo. Al final, no hay mal que por bien no venga, mi propuesta iba a servir para que ella hiciera majo y limpio con su antigua vida. Podía yo regresar al hostal cuando quisiera. Ellas estarían bien. No para cantar a gritos el *riqui raca sin bon baca*, pero lo justo para aguantar hasta que el temporal pasase.

Esperé a que saliera Siobhan O'Malley del baño. Quería despedirme y asegurarme de que entendía, en mi inglés de quincalla, la necesidad de permanecer oculta. Nada de pasear por el malecón. Nada de estirar las piernas. Nada de salir a comprar al mercado ni zarandajas de esas. Si quería hacer ejercicio, allí tenía la bicicleta. Si quería distracciones, disponía de una hartada de documentales en la tele. Si quería comer pescado, yo le traería una lubina del mercado. Además, nos vendrían bien sus dotes artísticas. ¿Le importaría hacer un retrato de Gallagher para hacérselo llegar a la Guardia Civil? ¿No? Magnífico.

Celeste le pasó el brazo sobre el hombro. Había quedado claro, ¿verdad, mi cielo? Pues eso. Al día siguiente, la irlandesa se aprestaría a dibujar y ella, la viuda de nuevo algo más alegre, a contar cuentos. Salí de allí esperanzado. En la cara interior de la puerta de entrada había un cuadro con unos versos de García Montero: «Si alguna vez la vida te maltrata, acuérdate de mí, que no puede cansarse de esperar aquel que no se cansa de mirarte».

Un magnífico augurio.

XVIII
EL CEBO

Amaneció un martes ceniciento y mudo. En el comedor había pocas ganas de hablar. Un perinquén con un tatuaje curioso, como de jeroglífico, trataba de esconderse en la cicatriz de una baldosa. Seguía oliendo levemente a tabaco. Ya no quedaba zumo de naranja.

Mejor.

Saludé a Diana y a Gervasio, que ya estaban sentados a la mesa. Las ojeras bailaban la danza del insomnio, allí no había pegado ojo nadie en toda la noche. El relato de Siobhan de la tarde anterior seguía dando vueltas como un trompo. La señora se preguntaba cómo alguien aún podía seguir confiando en la palabra de embaucadores y buhoneros. Álvarez lo achacó a la necesidad de creer en algo cuando nada de lo que te rodea tiene sentido. El mal de nuestros tiempos. Yo le seguí la corriente y evoqué un caso de unos años atrás, aquel en que habían asesinado a una *influencer*. ¿Lo recordaba mi amigo? Como para no recordarlo: la muchacha tenía cerca de un millón de seguidores en el Instagram y vino a morir sola en una fría habitación de hotel a cuatro mil kilómetros de casa. Menuda época de contradicciones.

Diana embolsó la taza de café para evitar que se le enfriara, pero lo que se le enfrió fue la esperanza. Nada quedaba de la rabia del día anterior, ahora todo eran dudas. Su pregunta sonaba menos trascendental. ¿Creíamos nosotros que Siobhan había exagerado en su odisea? A veces ocurre que el dolor distorsiona la memoria. ¿Y si se había dejado llevar por la imaginación? Gervasio acabó de comer una tostada y retornó al pragmatismo. A él le parecieron muy

nítidos los recuerdos de la muchacha. Había detalles que no se podían inventar, emociones imposibles de fingir. No. Siobhan no había exagerado ni un ápice. Incluso le daba la impresión de que se había guardado algunas cosas para no escandalizarnos más.

La señora abandonó el café sobre la mesa con cara de náusea. Serví agua en un vaso y se lo acerqué. No estábamos allí para debatir sobre el pasado, ya poco podíamos hacer por los mártires de Cork. Nada de lo que propusiéramos iba a cambiar esa realidad. Ahora se trataba de evitar que aquellas atrocidades siguieran produciéndose. ¿Cómo? Con paciencia y una caña, como solía decir mi abuelo. ¿Había descubierto Álvarez la dirección de Gallagher? Estupendo.

Extendí sobre la mesa el mapa que me había prestado Celeste. Marqué con una cruz el lugar donde se suponía estaba el chalet. Aquel punto era nuestro segundo objetivo. Sí. El segundo. El primero ya lo habíamos trazado la viuda alegre y yo la noche anterior. Pero aquella estratagema no serviría de mucho sin esta otra. ¿En qué consistía esta otra? La señora y yo íbamos a ir a la iglesia esa mañana. Ya. Sabía que llegábamos tarde a misa de nueve, pero yo no tenía intención de arrodillarme y confesar mis pecados, y eso que eran para dar y regalar. ¿Muy gordos? Buf. Tanto que dudaba que el párroco de Santa Cristina, con todo su poder vicario, pudiese lograr que me fueran perdonados.

No obstante, lo que me interesaba a mí de don Samuel era justo eso: su poder vicario. ¿No decían que el cura se daba maña en interceder en asuntos peliagudos? ¿Qué llevaba años haciéndolo? Pues el nuestro era el asunto más peliagudo que se había visto en aquel pueblo desde los tiempos del pirata Drake. Gervasio se temió lo peor. No pretendería yo involucrar a don Samuel en nuestra guerra, ¿eh? ¿Acaso no era consciente de que a Gallagher la vida humana le importaba un carajo? Sí, pero no. Al santón irlandés le importaba un carajo la vida humana, siempre que no fuera la suya. Y lo que nuestro cura iba a comunicarle era que tal vez, solo tal vez, su vida corriese peligro.

Álvarez no quedó convencido, solo los imbéciles no dudan. Gallagher era también un pirata y a los piratas no les gustan las malas noticias. Suelen pasar por la quilla al mensajero. ¿Y si le daba por cargarse a don Samuel? Volví a doblar el mapa, me lo guardé

en el bolsillo y levanté el índice y el pulgar. Primero, la idea fue suya; ¿quién había dicho lo de que, cuando te disparan por los dos lados, si te agachas a tiempo, se matan entre ellos? Y segundo, ¿no había oído mi amigo aquello de tigre no come tigre?; Jonas iba a entender aquel aviso como un acto de fraternidad entre parroquias.

Además, don Samuel no sabía de esa misa la media. Aunque lo torturaran en la buhardilla del chalet, no podría decirles nada. Ese era su salvoconducto. Diana se atusó el pelo, nerviosa. La perspectiva de la tortura no mejoraba el día. ¿Por qué sabía yo que don Samuel iba a aceptar mi encargo?

No lo sabía.

Pero hasta el más incorregible pecador necesita creer en algo.

Antes de que llegáramos le advertí a Diana que iba a escuchar de mi boca algunas incongruencias. Que no se las tomara muy a pecho porque obedecían al plan de defensa. De defensa, sí. Un plan de ataque supondría movimiento de tropas contra el enemigo y nosotros teníamos un ejército de chichinabo. Lo que yo pretendía era justo lo contrario: que las que se movieran fuesen las tropas rebeldes; que la sospecha se los comiera por las patas; que se levantasen en armas con tanta rabia que no se fijaran contra quién disparaban. Mi amiga no debía olvidar uno de los primeros principios de la guerra. ¿Que todo lo que se dice en ella es falso? Bueno, eso también. Pero yo me refería al divide y vencerás de toda la vida.

Encontramos al sacerdote en casa, una pequeña vivienda que daba pared con pared con la iglesia de Santa Cristina. Aunque por fuera parecía tan antigua como el propio templo, por dentro era moderna y funcional. Lo único viejo allí eran el cura y las paredes, de esas a piedra vista. En la estancia principal se alzaban la cocina, el comedor y un pequeño salón. Dentro se intuían, por las puertas de madera oscura, dos cuartos más que debían de corresponder al baño y a la alcoba del párroco. Lo que más me llamó la atención fue un aparato de discos de vinilo y un mueble bar bastante surtido donde predominaba el ron. El hombre tenía allí blancos, añejos y hasta un Zacapa de no sé cuántos años.

Don Samuel leyó mis figuraciones como en un misal.

Su sermón era elegante, parsimonioso, amable, el de alguien acostumbrado a interceder hasta el agotamiento. Se lo debía, dijo, a su madre. A ella tenía que agradecerle las dos cicatrices más hermosas: el ombligo y la tenacidad. Así que no debía yo llamarme a engaño. Le encantaba la música clásica, sí, pero bebía mucho menos de lo que su mueble bar daba a entender, tan solo alguna copita después del almuerzo o después de la cena.

Podíamos considerar su pequeña bodega una herramienta de trabajo, lo mismo que la sotana, la estola o el cáliz de la comunión. Sucedía que era el único representante de Cristo en aquel pueblo de paganos pendencieros y tenía que intermediar en un sinfín de conflictos de lo más variopinto. Cuando las palabras no bastaban, había que recurrir al lenguaje de los contendientes, de modo que los invitaba a su casa a firmar la paz. Y una buena copa siempre afina la pluma. No me imaginaría yo a cuántos había tenido sentados a la mesa con un ron de veinte años y la puerta cerrada con llave.

Sí.

Con llave.

¿De dónde creía yo que viene *cónclave*?

Pues lo suyo eran los cónclaves. Emplazaba a dos hombres —a veces a dos mujeres, pero la estrategia era distinta; ahí tenía que sacar a la palestra el té de azahar y el temor de Dios— y los convidaba a un ron. Lo primero que hacía era cerrar la puerta. Y les advertía de que de allí no iba a salir nadie hasta que no llegaran a un acuerdo. Una vez Juan Pedro Mendoza y Aureliano Luján se pasaron dos noches con sus días sin levantarse del comedor más que para ir al baño, hasta que decidieron cómo iban a repartirse el Ayuntamiento los siguientes cuatro años. Así se las gastaba él.

El Equilibrista miró a Diana, que aún parecía digerir la explicación rancia a cuenta del ron y el té de azahar. La invitó a sentarse. Hacía tanto tiempo que no la veía que le había costado reconocerla. La señora asintió. Cierto. La verdad era que no solía acercarse por la iglesia, lo que tenía que rezar lo rezaba en casa. El sacerdote le devolvió una mirada cándida. Lo comprendía, desde luego. No la estaba amonestando, solo constataba un hecho. Pero nuestra presencia ese martes en su casa contradecía tal hecho. ¿Qué tenía él que su amistad procurábamos?

Un ron cojonudo y una propensión a deshacer entuertos.

En serio. Pasaba que ya no era el único representante de Cristo allí. Que había llegado al pueblo otro pastor, el padre Gallagher, en busca de una oveja descarriada. Y que había ofrecido cincuenta mil euros para quien lo ayudara a dar con ella. ¿Por qué? Aaamigo. Los caminos del Señor son inescrutables. No obstante, para mí que a Gallagher le gustaba ser el niño en el bautizo, el novio en la boda y el muerto en el entierro. Por otro lado, ¿quién sabía cuáles eran las costumbres en la Iglesia irlandesa?

Ajá. El cura era irlandés. Seguro que tendría en su casa un mueble bar como aquel, pero atiborrado de güisqui. Y que sería ducho en resolver conflictos igual que don Samuel. Solo que, en lugar de convidar a una copa, haría uso del reclamo más viejo del mundo: la pasta. Ya. Cincuenta mil euros eran mucha pasta. ¿El motivo de la recompensa? Tal vez el párroco de Cork anduviera sobrado de dinero y falto de feligresas.

¿Y en qué se suponía que podía ayudarnos él, tan poco versado en el modo de conducirse y en los extravíos propios de la Iglesia irlandesa? Pues, como tan bien se le daba intermediar, quizá fuese conveniente hacerle una visita al otro sacerdote. ¿Con qué objeto? Con el de explicarle lo insólita que resultaba en este pueblo esa práctica de ofrecer dinero para hallar a una parroquiana. Yo no pretendía enseñarle a don Samuel cómo ejercer el oficio, pero si tuviera su autoridad iría a decirle al *father que* podía ahorrarse los cincuenta mil euros porque la chica había aparecido y se encontraba bien, en casa de una amiga.

Don Samuel se acarició el mentón. No terminaba de convencerle lo de hacer de correveidile ni concebía del todo nuestro interés en el asunto. ¿Qué se nos había perdido en una parroquia allá donde Cristo se dejó las alpargatas, si ni siquiera acudíamos a la iglesia del pueblo? Diana llegó en mi ayuda. No me corrigió en el montante de la recompensa, sin duda entendió que tenía mis motivos para haberla abaratado, pero buscó ganarse al sacerdote para la causa de Siobhan O'Malley. En la parroquia aquella del quinto pino nada se nos perdía. Sin embargo, nos preocupaba la mujer. Su hija acababa de morir. Lo que oía. Resultaba que la oveja descarriada era la madre de la chiquilla que habían asesinado a machetazos. Así cualquiera descarrilaba, ¿verdad? Y tenía miedo de volver a su pueblo porque se creía víctima de un castigo divino.

Nuestro cura arrugó la nariz. ¿Qué castigo divino ni que ocho cuartos? Lo del Dios vengador había pasado de moda hacia cuarenta años. Diana negó con la cabeza. Aquí tal vez. En Irlanda todavía se estilaba. Y Siobhan estaba convencida de que la perseguía una maldición: había tenido a su hija sin mediar marido y pensaba que el padre Gallagher se la quería llevar por la fuerza. Sí. ¿No se suponía que Dios había creado a los hombres a su imagen y semejanza? Pues un Dios vengador solo sabe crear curas vengativos. Y Jonas Gallagher reverenciaba la venganza tanto como el güisqui. Por eso necesitábamos que don Samuel intercediera por la mujer, que ya bastante tragedia había tenido.

Joder con la imaginación de mi anfitriona.

Ahora todo quedaba en el pantalán de don Samuel.

Observé la reacción del párroco. Rumiaba con pachorra la arenga de Diana Solís. Parecía masticar cada palabra, tragarla y regurgitarla hasta encontrarle su sabor. Nos miró, primero a la señora y luego a mí. La neblina de una sospecha se le desparramó en la mirada. Una cosa es la fe y otra la credulidad. Algo no le estábamos contando y, si queríamos su ayuda y el perdón de Dios, la confesión debía de ser completa. La mitad de una verdad es la más perversa de las mentiras. Es como hacerse trampas al solitario.

De acuerdo.

Don Samuel tenía que disculparnos, pero en aquel caso la verdad entera podía ser más perversa que todas las mentiras del infierno. No todo el mundo está dispuesto a aceptarla. Hablábamos, como él ya habría adivinado, de pederastia. Pederastía, sí. Más que pronunciarla, escupí la palabra. Sentí como si bebiera salfumán. Lo que ocurría en aquella parroquia del fin del mundo era abominable. Asqueroso. Jonas Gallagher se comportaba como un tratante de esclavos. Y pretendía que Siobhan volviera a las cadenas, de ahí la recompensa. ¿Una denuncia a la Guardia Civil? Ni de broma. La muchacha conocía bien los horrores que se escondían en Cork, pero se sentía amordazada: en Irlanda la palabra de un cura era la ley.

Al Equilibrista le costó asimilar lo que estaba oyendo. Anduvo arriba y abajo por todo su salón como alma en pena. A veces levantaba la vista como pidiendo ayuda. Recordaba sus años de seminario, sus promesas, sus sueños. Él no se había hecho cura para aprovecharse de las flaquezas de los demás, sino para aliviarlas. Y

en los últimos tiempos solo hacía escuchar sucias historias sobre sacerdotes que traicionaban todo en lo que él creía. Esa lacra no tenía perdón de Dios. Porque no se trataba de simples tentaciones. Por supuesto que los curas no dejaban de ser hombres y, como tales, eran imperfectos. Pero de ahí a reducir a cenizas los anhelos de una muchacha iba el abismo. Solo hay algo más atroz que violar un cuerpo y es violar un alma.

Nos ayudaría.

Haría lo imposible para que no se le notara la repugnancia en los ojos. Intentaría llegar a un arreglo con ese *father*, de acuerdo. Pero ¿qué se suponía que debía proponerle? Un encuentro. Y no. No tendría que mentirle. Podría decir que había llegado a sus oídos lo de la recompensa de cincuenta mil euros, era importante que recalcara esa cifra, y que la muchacha que buscaba aceptaría encontrarse con Gallagher. ¿Dónde? En la plaza del pueblo. El jueves, víspera de Santa Cristina. Durante la verbena. Sobre las diez. Para demostrar que no mentía, don Samuel le iba a mostrar al irlandés una ajorca de plata. Solo a mostrársela, ¿eh? Pertenecía a la hija muerta. Gallagher lo entendería. El párroco asintió. De acuerdo. Pero ¿por qué citarlo esa noche? Porque habría mucha gente y al santón no se le ocurrirían ideas peregrinas. Y porque seguro que la patrona nos echaría una mano. Don Samuel entrecerró los ojos, como el que intenta discernir si le están vacilando.

Nada de vacilones.

La pura verdad.

Y no conviene asustar a la verdad porque huye despavorida y luego no hay quien la encuentre. Lo que nos jugábamos era mucho para andarse con coñas. Exacto. Tratábamos con un tipo que no se pararía en barras para conseguir lo que había venido a buscar. ¿Peligroso? No lo sabía bien don Samuel. De ahí lo de la verbena. La orquesta Torbellino y su vocalista Mario serían nuestros aliados. Con todo el pueblo bailando amarradito, Jonas Gallagher no se atrevería a tocarle un pelo a Siobhan.

O eso esperaba yo.

XIX
CINCUENTA Y CINCO HORAS EN PEKÍN

Dejamos al cura con su desvelo y el mapa que marcaba la dirección del chalet. Diana Solís, cabizbaja todo el camino de regreso al hostal, parecía estarse arrepintiendo de haber siquiera sugerido eliminar al gurú. Tal vez comenzaba a tomar conciencia de que iba a ser cómplice de lo que fuese a suceder de ahí a dos noches.

Cuando llegamos a la pensión Galdós, hallamos a Gervasio en el vestíbulo, sentado en el sofá donde el día antes Celeste había hecho un esfuerzo soberbio por creerme. Mi amigo hablaba con su mujer. Susana, por la cara que iba poniendo el exinspector al teléfono, le estaba echando un rezado del carajo. Álvarez, manso y resignado, tan solo conseguía introducir en la conversación alguna palabra suelta: claro; entiendo; lo siento; entiéndeme tú, mujer; estoy bien; lo siento; lo sé; te lo prometo, mañana mismo; de verdad que lo siento.

Diana, al tercer y definitivo lo siento, comprendió que aquello merecía intimidad y fue a ver qué estaba preparando Chachón en la cocina.

Gervasio colgó y anduvo un rato mirando el móvil con extrañeza, como si no reconociera el artilugio. Exhaló un hondo suspiro, levantó la cabeza y amagó con una explicación que nadie le había pedido. Él y Susana llevaban casados más de cincuenta años, joder. Eso era medio siglo, que se dice pronto. Tarde para aprender un idioma nuevo. Tarde para cambiar las tradiciones. Ella no se hallaba sin su marido cerca, menos cuando el marido podía faltarle del todo en cualquier momento. Procuraba ocultarlo, pero estaba

aterrorizada y Álvarez no la había visto así jamás. Se sinceró ¿Sabes, Ricardo, lo que más me asusta? Lo que dejo atrás.

—Lo supongo. Pero Susana es una mujer fuerte. Aunque quede averiada cuando tú faltes, seguirá adelante. Piensa en que tienes una hija y dos nietos que la ayudarán a sobrellevar el duelo.

—Dos nietos que no voy a ver crecer.

—Pero que crecerán. Y tu mujer se encargará de que recuerden al abuelo Gervasio.

—Ojalá.

—Ni lo dudes, amigo. Además, en algún sitio he leído que después de los setenta uno se muere de cualquier cosa menos de la próstata.

—¿Tú también andas como Susana, escarbando en el Google para saber más de la jodida enfermedad?

—Quita, quita, coño. En el Google hasta el divieso más pequeño es un sarcoma maligno.

—Por eso digo. Y, aclárame una cosa, ¿cómo se tomó el cura nuestro encargo?

—Así, así. Al final tuvimos que revelarle parte de la historia porque no quedó convencido. Don Samuel entrevió la perversión que hay tras las intenciones de Gallagher.

—¿Y estás seguro de que no corre peligro?

—Descuida. Un tipo al que le gusta tanto el ron sabrá cuidarse solo.

Diana Solís llegó con el rostro serio y una bolsa de papel en la mano. Se había acercado al borde de nuestra conversación y coincidía conmigo en el paisaje. Pero que no exagerara yo, compañero. Don Samuel sabría cuidarse, cumpliría la tarea que le habíamos encomendado, pero ni mucho menos era un borracho, ¿de acuerdo? Y pobre de Gallagher si se ponía farruco. Ya. Para alguien que no pisaba nunca la iglesia de Santa Cristina sonaba a exceso de fervor por su párroco. No obstante, ella sabía lo que se decía. Y se acabó la historia, ea, que Chachón había preparado arroz con bogavante y eso eran palabras mayores. Comeríamos en el salón, con las ventanas abiertas de par en par. Allí nadie tenía nada que esconder.

En un pispás, la señora preparó unos entremeses: aceitunas negras, crema de atún, jamón ibérico, queso con pasta de guayaba

cortada en dados y frutos secos. Trajo una jarra grande de agua. Y abrió un vino blanco y seco que depositó en una cubitera con hielo. Antes de que llegara el arroz, nos hizo un ruego: le hacía falta que adormeciéramos esa picazón que la estaba matando desde la tarde anterior. Sí. Se sentía como una niña que se despierta, aterrada, en mitad de la noche. Y necesitaba que le dijésemos que todo había sido una pesadilla y ya se había acabado.

Bebí agua como quien va a soltar un discurso. Sentí correr una gota, lenta y fría, de la barbilla a la nuez. Que era una pesadilla, podía jurárselo sobre la Santa Biblia. Que había acabado, no. Para eso hacía falta que Celeste y don Samuel resultaran convincentes. Que Celso Navarro y el demonio Gallagher picaran el anzuelo. Y que, en la verbena, en lugar de ofuscarse con Siobhan, se ocuparan el uno del otro y la casa sin barrer.

Diana puso la bolsa de papel sobre la mesa.

De eso quería hablarnos. Una confesión, sí. Perdónenme, padres, porque he pecado. Le había estado dando vueltas al asunto y había decidido que Siobhan O'Malley no acudiría a la fiesta. De ninguna manera. Ya había sufrido demasiado. Pretendí explicar que, sin la irlandesa, se nos vería el cartón en la verbena, pero Diana me detuvo con la palma de la mano. Ella me había contratado y ella tenía la última palabra. Gervasio se rascó la nuca. Su voz llegaba del fondo de una gruta. ¿Y entonces, m'ija? La señora sacó de la bolsa una peluca larga, rizada y pelirroja, la cabellera de una cíngara. Entonces habría que rezar por una noche sin luna y porque los dos matones fueran cortos de vista.

Gervasio Álvarez masculló, nervioso. ¿Eran cosas suyas o allí todo Dios se había vuelto loco? Valía que dudáramos de la Guardia Civil y hasta de la policía irlandesa, pero ¿de cuándo a dónde éramos un ejército? Yo, con mis tácticas de guerrilla urbana y ahora Diana, con su disfraz de camuflaje, ¿qué carajos pretendíamos, convertirnos en héroes? ¿Tenía que recordarnos que los héroes, por definición, acaban siempre muertos de mala manera? Si no, que miráramos a Aquiles. Pudo vivir una larga vida y rematar sus días en la cama, rodeado de rostros familiares. Pero optó por la gloria y la posteridad y ya sabíamos cómo acabó la historia.

La señora introdujo un matiz en aquel argumento. Por definición, los héroes son el fruto del mestizaje entre dioses y

hombres, un encuentro sexual la mayor parte de las veces producto del engaño o la violencia. Ajá. Los dioses o se hacían pasar por los maridos de las mujeres de las que se encaprichaban o, sin más remilgos, las violaban debajo de un sicomoro en mitad del bosque. Menuda heroicidad. Pero al final resultaba que todos, dioses, héroes, hombres y mujeres, acabábamos por morir. Era ley de vida. La cuestión, pues, es poder elegir cuándo y cómo. Y ahora la elección de Aquiles no le parecía tan descabellada.

Intervine en la disputa para jugar a Salomón. A Gervasio una mitad del niño: en efecto, nos habíamos vuelto todos un poco locos. A Diana la otra mitad: sin lugar a duda, si igual había que morir, mejor elegir el modo y el momento. No obstante, la mención de Aquiles me había hecho pensar en una cosa. ¿Cuál era nuestro talón? La pregunta los pilló por sorpresa. ¿Cómo que cuál era nuestro talón? Sí, joder. No éramos un ejército, vale, pero en dos días entraríamos en guerra. Aquella era una buena oportunidad para preguntarse en qué nos superaba el enemigo.

Gervasio no pudo reprimir una carcajada que le provocó, luego, una tos cavernosa con la que estuvo a un paso de atragantarse. ¿En qué nos superaban? Que no jodiera yo, macho. Acabaríamos antes respondiendo en qué no. Nos aventajaban en todo: en número, en armas, en experiencia, en mala leche. La señora miró la peluca de cíngara y frunció el ceño. No sabía cómo rebatir aquel negro pronóstico, pero nada cambiaba: sería ella y no Siobhan la que acudiría a la cita y punto pelota.

El arroz y Celeste llegaron a la vez.

En lo que el plato se atemperaba, la viuda alegre aprovechó para ponernos al corriente. No era experta en espionaje, pero a Celso Navarro la noticia de la traición de Gallagher le supo claramente a pomelo. Ella conocía al director del Gran Hotel, un tipo frío, distante, poco dado a mostrar sus emociones. Las malas lenguas aseguraban que, una noche, había ganado un Porsche en una timba con una pareja de cuatros y un rey. Pues o Navarro se estaba volviendo viejo o la idea de que el cura irlandés pretendiera venderlo le resultó demasiado insolente, porque su reacción fue palpable incluso para una inútil en el póquer como ella.

Le pedí a la viuda que describiera con detalle la reacción de Navarro. Celeste se sentó a la mesa y tomó aire antes de pintarnos

de memoria un cuadro, escena de salón con director de hotel: los ojos encharcados en sangre, la vena del cuello tensa y violácea, los nudillos macilentos de tanto apretar y un rechine de dientes que tuvo que oírse hasta en Los Berrazales. Celso había insistido en preguntar, con la voz quebrada por la rabia, si estaba segura ella de haber oído bien la conversación entre Gallagher y la señora. Celeste se reafirmó en el sainete convenido. Tal vez se le hubiese escapado algún adjetivo, quizá mezclara los verbos, pero la moraleja era siempre la misma: el cura irlandés estaba obsesionado con Siobhan y le importaba un huevo a quién se llevaba por delante en su obsesión. El vértigo de Navarro se hizo hondo como el lamento de una madre. Le dio las gracias a la recepcionista y le rogó que no hablara con nadie de su conversación hasta la noche de la verbena.

Fin de la cita.

Cincuenta y cinco horas de espera. Igualito que los cincuenta y cinco días de Pekín. Los chinos eran más y estaban contra todos.

Celeste se despidió. Quería almorzar con Siobhan. Chachón le había guardado dos raciones de arroz para llevar a casa y no quería que se le pasaran. Gervasio vio la luz en el silencio tras la despedida y escanció vino en las tres copas. Pretendía proponernos a Diana y a mí un trato: él aceptaría que la señora acudiera a la verbena disfrazada de irlandesa si, a cambio, le permitíamos entrevistarse con el sargento Quevedo. ¿Qué esperaba lograr? Puesto que los chinos eran más, no nos haría daño algún refuerzo. Si conseguía embarcar a la Guardia Civil en la aventura del jueves siguiente, a lo mejor la sangre no llegaba al río. A Diana Solís se le iluminaron los ojos. Eso sería magnífico.

Probé el arroz. Estaba delicioso. Sabía a mar y a romero. Por mí genial que la Benemérita nos escoltara, pero si la sangre no llegaba al río habríamos hecho un pan como unas tortas. Exacto. De nada nos valdría la escaramuza, si Gallagher escapaba vivo de la verbena. Gervasio iba a replicar, pero lo interrumpí. Que me disculpara. Era que alguien me había hablado hacía unos días acerca del deber y de la culpa. Exacto. Alguien que se arrepentía de haber detenido a auténticos hijos de puta para que, luego, un abogado sin alma y un juez tibio lo pusieran en libertad al tercer día. ¿O tal vez lo soñé?

Gervasio bufó. No, no lo había soñado, aunque estaba sacando de contexto sus palabras. Alcé la copa para beber, pero me detuve a medio camino. De ninguna manera, compadre. El contexto era el mismo. Jonas Gallagher debía de ser uno de los tipejos más abyectos con los que nos habíamos topado él y yo. Y yo no podía hablar por él, pero a mí me remordería las tripas ver a un guardiacivil sosteniéndole la cabeza al gurú para que no se llevase un cogotazo con la puerta del *jeep*. ¿Le sonaba la imagen? Álvarez se derrotó en su silla. Cruzó los brazos. Y puso cara de ya he dicho lo que tenía que decir, el que quiere el mal por su gusto, vaya al infierno a quejarse.

Me dolió verlo así.

Al fin y al cabo, lo había metido yo en aquel fregado. Le pasé el plato de pan con mimo, igual que un jefe indio la pipa de la paz. Venga. Se dijo. Le aceptaba el trato. Mi amigo me observó, confundido. ¿Pero no acababa de desmontarle el plan? No. Solo lo había afinado. Levanté un dedo para que aguardase. Le pedí a Diana que telefoneara a Celeste. Que la viudita nos enviara por móvil una foto lo más nítida posible del retrato de Gallagher que le había encargado a Siobhan. Gervasio se lo iba a llevar al sargento para alertarlo. Con dos recomendaciones, sí. Apenas sugeridas, no fuera que el bigotón se mosqueara. No estaría de más que algún experto en delitos informáticos revisara el ordenador del Gran Hotel a ver qué páginas había visitado Lynn O'Malley la noche que desapareció. Y que volvieran a comprobar las cámaras de seguridad por si el viejo cuyo retrato le mostraba aparecía en ellas.

Y que Diana y Álvarez no me miraran así. Yo también quería una patrulla de la Guardia Civil en mitad de la batalla, pero no para salvarle la vida al padre Jonas sino para legitimar su muerte. Ajá. No hallaríamos mejor testigo que un sargento de la Benemérita.

Mentamos a la bicha.

A media tarde la pensión Galdós recibió una visita inesperada. Aún estábamos en la sobremesa, ni rastro del arroz con bogavante, tres tazas de café vacías y dos copas de ron a medio gas, cuando aparecieron por el comedor el sargento primero Quevedo y la cabo Del Rosario. Así se presentaron el encargado del caso O'Malley y la

muchacha de la coleta larga que tenía un lío con el segurata del Gran Hotel que nadie sospechaba y todos sabíamos.

Diana los invitó a sentarse y tomar algo.

Le aceptaron solo la silla, estaban de servicio. Ninguno de los dos hizo esfuerzos por sonreír. Con una muerta y una desaparecida, pocas ganas de farra. El sargento comenzó con lo fácil. Habían venido a hablar con la dueña de la pensión, pero ya que estaba en el burro arre con nuestros nombres y nuestros oficios. Diana confirmó que era la dueña. Gervasio, un policía nacional retirado. Y yo, un detective amigo de ambos. El tono que empleó a partir de ahí daba a entender que ya andaba al tanto, así que o solo esperaba corroborarlo o pillarnos en un renuncio. Apoyó los codos sobre la mesa y cruzó los dedos para interrogarnos. Mientras la cabo Del Rosario tomaba notas, su coleta penduleaba a cada trazo como si fuera parte de una coreografía.

El sargento traía la esperanza de que le resolviéramos algunas dudas. Por descontado confiaba en hallar a Diana Solís en el hostal, pero no a dos viejos, sobre todo con lo de ese virus que decían que se avecinaba. ¿No oíamos las noticias o que? Si hasta la verbena de la patrona estaba en el aire, hombre de Dios, que aún no sabían si tendrían que suspenderla.

La señora tomó la palabra para responder. Poco sabía del virus, pero garantizaba la honorabilidad de aquellos dos caballeros, nada de viejos. Eran sus invitados. Estaban allí por ella. A Diana, entonces, le pareció un buen momento para relatar el origen de todo el enredo. Cómo una noche se encontraba en la ventana de su cuarto observando el mar y creyó haber visto a la muchacha asesinada en el agua. Cómo la habían atenazado los reparos para llamar a la Guardia Civil, por si la tomaban por loca. Y cómo de culpable se había sentido luego, cuando pescaron a la irlandesita sin vida. Y el dolor. Y el arrepentimiento. Y el asco. Por eso aquellos dos caballeros, nada de viejos, estábamos allí. Porque…

Quevedo la interrumpió con petulancia. Porque la Guardia Civil se chupa el dedo y no sabe hacer su trabajo, ¿verdad? Eso no lo transcribió la cabo de la coleta danzarina. Una leve sonrisa socarrona le nació de repente. Un orgullo de gremio que bien pronto habría de congelársele en la boca. Porque, si su jefe esperaba amedrentar a Diana, le salió el tiro por la culata. El sargento

primero se equivocaba de principio a fin. Ella no pensaba que todo el cuerpo de la Guardia Civil fuese incompetente. Sin embargo, perder un cadáver y desconocer el paradero de la principal sospechosa en un pueblo tan chico como aquel no merecía demasiado crédito.

Por un momento temí que aquella noche íbamos a dormir todos en el cuartelillo.

Quevedo, para mi asombro, encajó la pulla con aplomo. Otro tahúr habituado a las mesas de póquer. Desenlazó los dedos, se mesó los bigotes como el que gana tiempo para armar su estrategia. Primero: no podía entender cómo sabía lo del robo del cadáver cuando se trataba de un dato que ni siquiera conocía la prensa. Segundo: ¿de dónde había sacado que Siobhan O'Malley fuera la principal sospechosa de nada? Y tercero: en los últimos días, todo lo que habían averiguado sobre la irlandesa los llevaba a Diana Solís: las cámaras de seguridad del Gran Hotel; el testimonio del dueño de un merendero que había a las afueras del pueblo; una vecina medio sorda, pero nada ciega, de la misma calle del hostal Galdós, siempre viene bien tener a mano a la vieja del visillo. Resultaba que todos, sin excepción, afirmaban haber visto juntas a Siobhan y a Diana, aunque cada uno de ellos en distintos días. Por eso se encontraba él allí con su segunda. Exigía que le entregáramos a O'Malley para interrogarla.

La señora me miró. Lo de entregar a Siobhan a la Guardia Civil le imponía respeto, tal vez fuese el momento de que yo interviniera. Me dirigí a los dos agentes, al que estaba al mando y a la que tomaba notas, a fin de que se entendiera lo que iba a declarar. Si era verdad que Siobhan no era sospechosa y que no había una orden de búsqueda contra ella, todos los presentes, militares y civiles, debíamos respetar su deseo. ¿Qué deseo? El de no ser encontrada. La muchacha tenía un miedo atroz a que pudiera ocurrirle lo mismo que a su hija. ¿Quise decir su hermana? No. Dije su hija. No sé si el sargento primero lo sabía, pero Siobhan era la madre de Lynn. Las caras de Quevedo y Del Rosario mostraron a las claras que desconocían ese detalle.

Pues era la madre.

Y estaba acojonada.

Temía que quien había asesinado a su hija pudiera venir por

ella. ¿Sospechaba de alguien? No. No sospechaba. Conocía perfectamente al individuo que estaba tras la muerte de Lynn. El titiritero. Señalé al móvil de Diana. La señora consultó sus mensajes y asintió. Levantó el teléfono y le mostró al sargento un retrato muy atinado de Jonas Gallagher, con su mirada biliosa, su arrogancia y su coleta ñoña. Aquel era el hombre a quien debían buscar y no a Siobhan O'Malley.

La cabo Del Rosario dibujó con la mirada la pregunta que se estaba haciendo Quevedo. ¿Por qué Siobhan no dijo nada cuando pudo? El sargento la había interrogado después de la muerte de Lynn y declaró no saber quién podía querer hacerle daño a su hermana, ahora su hija. Porque su hermana, ahora su hija, era un ángel y los ángeles no tienen enemigos. El guardiacivil no lo entendía. ¿No habría sido más sencillo denunciar a ese tipo del retrato?

No. No lo habría sido. ¿Por qué? Por puro miedo. Ellos solo podrían protegerla hasta cierto punto. El punto que marcaba la aduana. Una vez que Siobhan se bajara del avión en Dublin y cogiera después una guagua o un tren o un taxi con destino a Cork, estaría indefensa. El sargento primero insistió. ¿Tan cruel era aquel tipo? ¿Tanto poder tenía? ¿Le haría daño también a la hermana mayor, ahora su madre?

Sí, sí y sí.

Podían habernos detenido por entorpecer una investigación criminal, pero no lo hicieron. Quizá influyesen los galones de Gervasio Álvarez o la simpatía por la señora, una dama sin tacha respetada en el pueblo, o el cansancio de una semana sin tregua. Si hubiera estado yo solo en aquel salón, me habrían llevado al cuartelillo y aplicado el tercer grado. En cualquier caso, el rapapolvo y la advertencia no nos las quitó nadie.

Jugábamos con fuego.

Si el tipo de la foto que le habíamos mostrado era la mitad de peligroso de lo que suponíamos, dos viejos, ah, perdón, dos caballeros y una respetable dama seríamos calderilla para él. Y ni el sargento primero Quevedo ni toda la guarnición del cuartelillo podrían protegernos. Dejó constancia, para que la cabo Del Rosario lo consignara en su informe, de que los interrogados se negaban a decirle dónde paraba Siobhan O'Malley. Recalcó que, en efecto,

negarse era el término preciso y que se hallaba, pues, atado de pies y manos. No disponía de efectivos en el pueblo para velar por la seguridad de los testigos. Vamos, otro que se lavaba las manos como Celso Navarro.

Se levantó de la silla. Hizo un gesto apenas perceptible que la cabo de la coleta brincona captó al vuelo. El interrogatorio había concluido. Arrieritos éramos y en el camino nos encontraríamos. Diana Solís se atrevió a poner la última pregunta sobre la mesa. Acerca de la verbena de Santa Cristina. El sargento primero había apuntado la posibilidad de que la suspendieran por culpa de ese virus del que todos rumoreaban. ¿Qué había de cierto en ello? Quevedo sonrió solo con media boca. Curioso que, con la que estaba cayendo, aún tuviéramos ganas de belingo. Allá nosotros. Si íbamos a acudir a la plaza el jueves noche, nos recomendaba beber con moderación y no meternos en reyertas, que las armas las carga el diablo.

La señora, que se había quedado a media calle con la respuesta, volvió con la burra al trigo. ¿Qué posibilidades había de que se suspendiera? El sargento echó a andar. Al llegar a la puerta, se giró hacia el salón en un gesto teatral, volvió a mesarse los bigotes en lo que ya resultaba un tic nervioso y calculó. Ahora mismo la cosa estaba en veremos. La prudencia invitaba a suspender la verbena, pero aquel era un pueblo bullanguero y respondón, capaz de convocar una algarada si alguien osaba joderles la fiesta grande. Los músicos, los puesteros, los saltimbanquis, hasta el cura le montarían tremendo Cristo y a peor la mejoría. Así que puede que se conformara con recomendar a los vecinos que no acudieran a la plaza.

Y allá cada uno con su libre albedrío.

XX
SERENATA NOCTURNA

El martes fue descosiéndose lenta y pesadamente en el salón del hostal Galdós. El cielo fue poco a poco embreándose detrás de los ventanales. Afuera las farolas recién encendidas se plagaron de luciérnagas. Un romance de grillos se inició en algún jardín cercano. Y en el pueblo pareció firmarse una tregua hasta el amanecer. Ya no esperábamos más visitas.

El carillón dio las ocho y nos pilló a cada uno con sus cuitas. Diana, contemplando sus manos, tal vez pensara en la impaciencia de Siobhan. Gervasio quizá se acordase de Susana, penando sola en casa. Yo me preguntaba qué tal le habría ido a don Samuel en su encuentro con Gallagher. Don Samuel. ¿Tendría la señora el número de teléfono del cura por ahí guardado? No. Pero no le costaría obtenerlo. Agarró su móvil, tecleó en la aplicación del Google, y en quince segundos, *voilà*, lo consiguió. El teléfono fijo, un nueve dos ocho, de la parroquia. Cuando al tercer intento nadie respondió, un aire frío se coló por el balcón.

Don Samuel.

En una noche tan desapacible para andar a solas por las calles, Álvarez y Diana batallaron sobre quién me acompañaría a la iglesia. Gervasio adujo que sería peligroso, ¿qué ocurriría si los hombres de Gallagher rondaban la parroquia? Diana, que sería agotador, ¿de qué me serviría Álvarez si llegaba con la lengua fuera a donde don Samuel? Venció Diana, que jugaba en casa.

Subimos a lavarnos y a cambiarnos de ropa. Yo aproveché para coger una chaqueta y dejar el teléfono cargándose, que ya no le quedaba batería. Ella para agarrar el bolso y ponerse un chal de

cuadros rosas y castaños que parecía abrigadito. Dejamos a Gervasio rezongando en la puerta de su cuarto ¿Para qué me llamaron, carajo, si no iban a hacerme puñetero caso?

En un pueblo como aquel, a las nueve de la noche solo quedan abiertos los bares y los burdeles. Diana Solís me corrigió, Aquí, Ricardo, por no haber, no hay ni burdeles. Me sonreí, Al menos que tú sepas. Ella porfió, No bromeo; se dice que hay dos mujeres que comparten un bajo en la trasera del ambulatorio; se cuenta que allí reciben a hombres desafortunados en asuntos de amor. Le acepté el envite. Claro, amiga, y las tratan de usted; y les dejan el dinero debajo de la lámpara de la mesilla de noche para que no se vuele; a eso en mi pueblo toda la vida se le llamó burdel.

Camino a la parroquia, la señora me ilustró, con sus firmes maneras de maestra de escuela, sobre la diferencia entre la explotación y el libre desempeño del trabajo. Eso valía para servir las mesas de una tasca, vender esterlicias en el mercado u ofrecer tu cuerpo para el placer ajeno. Exacto. En un burdel, la mujer trabaja para que ganen otros: la *madame*, el proxeneta, la que alquila la casa, el putañero, el dueño de la tienda que le vende tampones y compresas. Todos sacan provecho menos ella, lo que le quedan son las fregaduras. Eso es explotación. En el bajo de la trasera del ambulatorio, aquellas dos muchachas se encamaban con quien querían, botaban a la calle a quien les repugnaba, cobraban lo que les daba la real gana y no estaban obligadas a compartir ganancias con nadie que no lo mereciera. Eso era libre desempeño del trabajo. Y si yo no lo entendía, era que me había pasado en un zulo los últimos veinte años de la historia del mundo.

Continuamos andando. Mientras pensaba en lo que me había explicado Diana, un ruido sordo llamó mi atención. La agarré del brazo para que se detuviese. Me llevé un dedo a la boca. Chist. Que aguardara un segundo no más. Se oyeron unos pasos detrás de nosotros. Clap, clap, clap, clap. Y de repente se detuvieron, provocando un silencio de lo más delator.

Nos estaban siguiendo.

Reanudamos camino. La señora, con la voz temblona por el frío y la pavura, se preguntaba quién podía estar interesado en dos sesentones sin encanto. Joder, nadie como Diana para levantar el ánimo. Hablaba en serio. ¿Quién podía ser? Le respondí en susurros.

Ni idea. Pero no me habría extrañado que el jodido Gallagher hubiese urdido una emboscada para capturarnos y canjear nuestra vida por la de la irlandesa.

Al llegar a una esquina donde se alzaba un moderno edificio de apartamentos al que se accedía gracias a un soportal con escaleras y garaje, propuse a Diana que continuara sola. Era preciso, sí. La conminé a que se mantuviese pegada a la fachada, al mismo paso, nada de correr. Que sus pisadas se oyeran bien y no delataran el nerviosismo. ¿Yo? Yo me ocultaría en la negrura del garaje por si el acechador traía malas pulgas. ¿Y luego? Luego, en caso de que no la alcanzara antes de llegar a la plaza, debía meterse en uno de los bares y esperarme allí.

A mis órdenes.

¿Aún tenía ganas de coña? No. Era puritito miedo. Pues que anduviese tranquila. No habíamos llegado allí para dejarnos cazar como conejos. ¿Se lo juraba? Por mi santa madre. Me despedí de ella. Le acomodé el chal sobre los hombros y le di un casto beso en la frente, no quería pasarme otros treinta años intentando recordar si aquella caricia podía interpretarse de otra forma. ¿Se ruborizó la señora? La seguí con la vista para asegurarme de que seguía las instrucciones y me agazapé junto a la escalera penumbrosa, donde nadie pudiera verme.

Una sombra cruzó el portal del edificio. Distinguí unas botas de media caña, un pantalón vaquero, una chaqueta de lo que parecía pana con el cuello cubierto por lana de borrego y una gorra de béisbol. Respiré aliviado. Los sicarios no visten así. ¿Qué sentido tendría para ellos camuflarse? Su objetivo es infundir temor, no disimular su pose malintencionada. El traje y la corbata bastan para que al otro le tiemblen las rodillas. Así pues, no era un hombre de Gallagher.

Ni de Gallagher ni de nadie.

No era un hombre.

Cuando salí, diez segundos después de que pasara la sombra, vi el festón de la coleta como un metrónomo que contase los pasos de la cabo. Del Rosario caminaba casi de puntillas, sin duda maldiciendo la hora en que eligió unas botas ruidosas para la batida. Durante la estrambótica cacería fui bosquejando un plan que, bien sabía yo, no iba a contentar a nadie en veinte kilómetros a

la redonda. Ni a Diana, porque la empresa pasaba por dejarla tirada. Ni a Del Rosario, porque le iba a dar esquinazo. Ni a Gervasio Álvarez, que me iba a matar, si otro no lo hacía antes, por loco y temerario.

No sé si buscaba justificarme o acallar la conciencia, pero en aquel momento me pareció la mejor solución: al fin y al cabo, Diana estaría protegida por la Guardia Civil y, si la cosa se salía de madre, el único que sufriría un descalabro iba a ser yo.

¿Quién había dicho que solo los bares y las muchachas libres trabajaban a esa hora? Nanay. Allí en la plaza, había un rebumbio del demonio. Media docena de operarios montaban el tablado y las casetas para la fiesta de Santa Cristina. Una insurrección de chapas, listones de madera y bastas lonas se había levantado en el corazón del pueblo. Entre el martilleo y los berridos de los obreros no podía oírse ni el pensamiento.

Vi a la señora entrar en el café de los Mendoza y a Del Rosario asentar su coleta en un banco de hierro bajo una farola. La cabo sacó el móvil, supuse, para informar. No sabía cómo, pero había perdido a uno de los sujetos que perseguía. Necesitaba ayuda. Antes de que llegaran los refuerzos, busqué un camino por el que pudiera llegar a la casa del cura sin delatarme.

A través del territorio de los Lujanes, protegido tras los tenderetes que seguían montando a gritos los albañiles y los carpinteros, logré cruzar la plaza fuera de la vista de Del Rosario. El bar de Luján se notaba animado, la puerta abierta, el eco de una vieja canción de Serrat y una disputa más vieja aún sobre la lucha de clases. Tres tipos discutían acerca de a quién beneficiaba que la verbena se celebrase. Uno de ellos vaticinaba un desastre pandémico que pagarían, como siempre, los pobres, conejillos de Indias de aquel experimento con murciélagos. Otro afirmaba que todo era una burda añagaza para acojonar, hablaban de enjaularnos a todos en nuestras casas durante un largo tiempo. El tercero, hipocondriaco hasta la médula, creía estar ardiendo en fiebre.

El jefe de obra gritaba las órdenes por encima del jaleo, aquella tarima debía estar levantada antes de medianoche o allí no cobraba ni Dios. Cuando nos encontramos, me miró ufano y me guiñó un ojo con retintín. No logré adivinar si el tipo se burlaba de sus hombres o de mí. La calle que daba a la casa del párroco estaba a oscuras,

sombras fantasmagóricas bailaban una danza macabra sobre la fachada. Pasaron dos minutos hasta que la vista se me acostumbró a la penumbra. Observé el panorama desde detrás de un contenedor de basura. Olía a comida rancia y a leche estropeada. Antes de que la peste me provocara, di una vuelta a la manzana a fin de asegurarme de que no le habían puesto un centinela a don Samuel.

En un callejón lateral sorprendí a una pareja de chiquillos magreándose contra la ventana de una tahona, tan juntos que parecían ser uno. La muchacha debió de notar mi presencia porque se separó de su enamorado con un empellón. El pibe llevaba desabrochado el cinto y la bragueta abierta. Pretendió hacerse el gallito delante de su novia y lanzó un gruñido ¿Usted qué coño mira, viejo? Levanté los brazos en señal de rendición, Lo siento, estaba buscando la cantina de un pariente y he debido perderme con tanta oscuridad. El chico bajó el labio, Pues las cantinas están todas en la plaza, vuelva por donde vino y las encontrará. Les di las gracias y los dejé que siguieran con los arrumacos.

Llegué a la casa del Equilibrista. Pegué una oreja a la puerta y me tapé la otra con un dedo. Dentro sonaba a misa de difuntos, trompas, fagotes y violines daban cuenta del *Réquiem* de Mozart. Toqué el timbre. Alguien en el interior se levantó, detuvo el disco en lo más conmovedor de la Lacrimosa y se aproximó a la puerta. La mirilla se abrió y unos ojos marrones titilaron. Don Samuel me reconoció, advirtió que venía solo, descorrió el fechillo y me invitó a entrar.

Olía a tabaco holandés. Una pipa aún humeante de madera de brezo, cazoleta rizosa y caña combada yacía sobre un cenicero en la mesilla del salón, junto a una copa de licor y un periódico doblado en dos. El cura se azoró, lo había pillado en su pequeño vicio. Me animó a sentarme y me ofreció algo de beber. Para pagar mi silencio, bromeó. Que no se obsesionara don Samuel, mi silencio estaba asegurado. Eso sí, ni de coña pensaba repudiar la copa. Un ron a pelo me valdría.

Brindamos. ¿Por Amadeus? Por Amadeus. Luego de paladear un magnífico ron de caña, le pedí excusas por la intromisión. Me dolía enturbiarle sus placeres, pero es que lo habíamos estado llamando al teléfono fijo y, al no obtener respuesta, nos intranquilizamos.

El párroco se sorprendió. Imposible. Llevaba toda la tarde en

casa y, hasta donde él tenía conocimiento, el teléfono funcionaba bien. Así y todo, se levantó a comprobarlo. Daba señal. ¿Lo veía yo? Si, ahora que el sacerdote recordaba, incluso había hablado con el secretario del obispo a eso de las seis y media. ¿Qué número habíamos marcado nosotros? Ah, claro, ya le extrañaba a él, ese pertenecía a la parroquia. El de su casa era otro. Me lo apuntaría en un papel antes de que me fuera. ¿Y a qué debía el gusto de mi visita tan de noche? Lo dicho: a la preocupación.

Queríamos saber cómo había sido el encuentro con el padre Gallagher. Don Samuel colocó las manos sobre las rodillas con las palmas hacia abajo. Se aclaró la garganta. Midió sus palabras con prudencia. Le mortificaba reconocer que teníamos razón acerca del *father*. Había acudido a verlo con la vaga esperanza de que nuestra percepción fuese exagerada, de que nos hubiese confundido la pena por la muchacha irlandesa. El caso era que no había visto mayor oscuridad en un miembro de la Iglesia en toda su vida. Un hombre tenebroso, vaya. Hasta cuando sonreía emanaba arrogancia y maldad. Resultó una visita ingrata que podría calificarse de cualquier cosa menos amistosa. Mira que él había lidiado con brutos y cabezones, ¿eh? Pues el irlandés los superaba a todos de aquí a Lima. Para lo de aquel hombre no había soldadura.

¿Se hallaba solo? No. Con él había un muchacho pelirrojo, imberbe y malencarado que no abrió la boca en toda la visita. Y un sujeto con aspecto de matón de barrio. Ajá. Iba vestido con un traje espantoso color chocolate y clavaba sus ojos en ti con la rudeza de un estibador. Sonaba a toda mecha *La valquiria* y eso desconcertó a Don Samuel, demasiada violencia para el hogar de un cura.

El párroco había seguido hasta la coda el guion preestablecido. Le había asegurado al hombre de la coleta que su feligresa se encontraba en casa de unos amigos, con lo que ya no tenía sentido seguir ofreciendo los cincuenta mil euros. Le mostró la esclava tobillera para demostrárselo. Y le propuso que se reuniera con Siobhan para arreglar sus asuntos en la verbena de Santa Cristina. Un reencuentro siempre es una fiesta.

¿Y el *father*? El *father* cruzó los brazos en aspas sobre el pecho igual que un gurú, desconocía que Siobhan tuviese amigos en el pueblo. Don Samuel entonó el *mea culpa*, quizá se había expresado mal, se refería a amigos suyos, no de Siobhan. Gallagher aceptó el

remiendo, echó una mirada a la ajorca y luego al muchachito silencioso, que se ruborizó hasta las orejas. No sabía el Equilibrista que los pelirrojos pudieran ruborizarse.

Cuando Gallagher habló fue para justificar su interés por la muchacha. Lo único que pretendía era que retornaran todos a Cork, enterrar los restos de Lynn y volver a sus vidas. Sí. Había dicho enterrar los restos. ¿Y qué más? Nada más. Bueno, tal vez hubo un gesto que desconcertó a nuestro párroco. El irlandés repitió la cifra de la recompensa, los cincuenta mil euros, como si no supiera de qué le estaban hablando. Entonces a quien miró fue al matón, que apretó la mandíbula hasta casi rompérsela.

Don Samuel dio una bocanada a la pipa y un humo azul y dulce se elevó hasta las traviesas del techo, Se lo he contado, hijo, hasta el menor detalle por si fueran relevantes. Me entraron ganas de fumar también, pero me había dejado los puros atrás, En un caso como este, padre, todos los detalles son relevantes. El Equilibrista asintió, Lo imaginaba; pero lo que de verdad importa es que Gallagher accedió a verse con Siobhan el próximo jueves, ¿no? Entibié la copa con las manos, En efecto; eso es lo único importante. Y el cura, con voz aprensiva ¿Puede decirme qué va a pasar esa noche? Y yo, con voz sedante, Como diría usted, esa noche estaremos en manos del Señor.

El Equilibrista bebió un trago y se limpió la boca con una servilleta. En fin. Esperaba que su intercesión hubiera servido de algo. Y se permitía darme un último consejo: tras su experiencia en el chalet, si de él dependiera, no dejaría a la muchacha acercarse a esos tipos. Es más, me ofrecía el grupo de acogida que solía reunirse en la parroquia para cobijar a Siobhan, si la chica tenía problemas de alojamiento después del jueves. Sí. Un grupo que socorría a inmigrantes africanos que llegaban a la isla con una mano *alante* y otra atrás. Disponían de una casa solariega a las afueras del pueblo donde enseñaban a los recién llegados, además del idioma, a cocinar, a coser, a hacer cestos o a cultivar un huerto precioso lleno de guayaberos, aguacates y tamarindos. Allí O'Malley podría restañar sus heridas y hallar la paz.

Serían las diez y media cuando salí de casa de don Samuel, no

sin antes acabar mi copa y prometerle que tomaría en consideración su propuesta de asilo para Siobhan. Desanduve el camino alrededor de la plaza con la idea de evitar que Del Rosario eslabonara mi desaparición con el párroco.

Llegué al banco bajo la farola donde la cabo seguía de guardia, ahora acompañada por un colega, un tipo cerca de la treintena, macizo, el pelo cortado al cero y una cicatriz fea que le cruzaba el rostro en diagonal, de la oreja a la boca. Vestía pantalón de chándal y una camiseta negra de un grupo de *rock* duro. En uno de los bíceps, en los que se le marcaban las venas como ríos malvas, lucía un tatuaje de runas ininteligible. Intuí que lo reservaban en la comandancia para misiones de espionaje, como infiltrado en bandas de droga y otras lindezas. Los saludé. Me devolvieron un aspaviento agrio y desdeñoso. En la puerta del bar de los Mendoza me volví para mirarlos. Discutían sobre algo. Y Sansón agachaba la cabeza ante Dalila.

No me hizo falta más que un vistazo para entender que Diana Solís andaba cabreada. Mucho. Ante una mesa junto a la máquina del tabaco, contemplaba lo que debía de ser su tercera cerveza. El chal de cuadros descansaba sobre la silla. Levantó la vista y resopló, Mira lo que ha traído la marea. Sospeché que, dijera lo que dijese, solo haría empeorar su irritación, así que me limité a sentarme.

La señora decidió aprovechar mi llegada para ir al baño, me daba cinco minutos para armar una excusa que explicase mi deslealtad. Sí. Ahora mismo se sentía trai-cio-na-da. Sus ganas de mear solo eran comparables a las de romperme la nariz de una trompada. Cinco minutos, Blanco.

Me vino a la memoria una ráfaga de nuestra vieja relación, uno recuerda solo lo que la mente quiere. Diana solía llamarme Ricardo, salvo cuando se enfadaba. Entonces yo era Blanco. Blanco de su ira. Únicamente cuando volvía al Ricardo, sabía yo que me había perdonado la tropelía que hubiese cometido. Seguía sin acordarme de lo que nos unió, pero de repente me saltó una imagen a la cabeza. La imagen de la despedida. La terraza del gabinete literario. Una mesa bajo una gran sombrilla. Dos copas de vino. Un puro en el cenicero. Un bolso rojo. Diana Solís llevaba gabardina. Llovía lánguidamente. Ella se levantó, no supe si lloraba o fue la lluvia, se acercó y me dio un beso en la frente, Que te vaya bonito, Ricardo.

En lo que volvía, le hice una seña a Blas Mendoza y le pedí el ron más fuerte que tuviera en la bodega. Marchando. La señora regresó con la mano en el estómago. Se sentía mejor, aunque no tanto como para perdonarme, claro. Pero al menos ya no tenía una pelota de fútbol en la barriga. ¿Y lo de romperme la nariz? Seguía siendo una bonita opción.

Mi ron apareció. Mendoza me lo había servido con una rodaja de naranja y una ramita de canela. Diana ironizó con la bebida. Si necesitaba todo eso para explicarme, es que la mentira iba a ser bien gorda. Respondí que la parafernalia de la naranja y la canela había sido cosa del mesonero y que yo no mentía a mis amigos. ¿Nunca? Nunca. ¿Y lo de esta noche, el beso de Judas cuando nos despedimos? Lo de esa noche fue sincero y el beso, un amuleto para protegerla. Igual que el que ella me había dado a mí cuarenta años atrás. Como podía ver, ambos habían funcionado. Diana entornó los ojos, que por un extraño ensalmo cambiaron de color, Cuarenta años; cómo vuela el tiempo.

Antes de que nos ahogara la nostalgia, quise justificarme por lo de esa noche. Le expuse mi argumento. Mientras bajaba la calle había tenido que improvisar y lo vi claro. Primero, quien la acechaba no era un sicario de Gallagher sino la Guardia Civil con lo que, en vez de una amenaza, Diana iba a contar con protección. Segundo, si hubiese adelantado a Del Rosario por el camino, la cabo habría pensado que le tomábamos el pelo y nos habríamos cosechado un pésimo enemigo. Y tercero, de haber venido de inmediato al bar de Mendoza, llevaríamos una hora y media los dos como bobos sin poder movernos. Y no habría podido averiguar lo que había averiguado en la casa del cura. No sabía si le valía de excusa, pero no tenía más que ofrecerle. ¿Y no podía haberla advertido de todo eso? Me palpé la chaqueta. ¿Cómo, si había dejado el móvil cargando en mi habitación?

Se pensaría absolverme si, a cambio, le contaba lo que el Equilibrista me había dicho. Y nada de enterrar información como si fuera un hueso, que aún no había olvidado lo del embarazo de Lynn O'Malley. Para alguien que nunca miente a sus amigos, aquello fue muy feo. Acepté la reprimenda. De acuerdo. Pero lo del embarazo no había sido una mentira. Ocurría que aún no tenía certeza de que la información fuese relevante. ¿No había sido ella la

que me había contado la parábola de un joven monje que fue con un comadreo a su maestro? Pues también me hice las tres preguntas y tuve claro que lo de la irlandesa preñada era un chisme que solo causaría daño, que repetirlo no me hacía mejor y que no beneficiaría a nadie. Así que decidí esperar. Diana llamó a Mendoza para encargar otra cerveza. Era su forma de aceptar mi disculpa.

La cerveza llegó.

Y yo reviví la última hora y media desde que nos separamos en la esquina de la calle hasta que llegué al bar de Blas Mendoza. El rodeo, la discusión en la taberna de Luján, la guasa del jefe de obras, los enamorados de la tahona y la conversación con don Samuel. ¿Sabía Diana Solís que el reverendo fumaba en pipa?

Regresamos escoltados a la pensión Galdós. Nos esperaba Gervasio Álvarez, sin uñas ya, en la misma puerta de la alcoba donde lo dejamos. Se había hartado de telefonearme y ya se veía teniendo que ir al día siguiente a reconocer dos cuerpos en la morgue improvisada del cuartelillo. ¿Por qué no había llamado a Diana? Porque no tenía su número de teléfono. Por eso.

Nos invitó a pasar a su habitación, tenía algo que decirnos. Nada más entrar, la señora se estremeció. Me apretó el codo con fuerza. No estaba preparada para lo que vio: la cama intacta de un hombre que apenas duerme, la mesa de noche inundada de medicamentos, las cortinas cerradas, la tiniebla, el olor fétido de la enfermedad. Se acercó, resuelta, a la ventana y la abrió de par en par. Buf. Gervasio lo que necesitaba era aire fresco. ¿Y si, mejor, bajábamos al salón y nos preparaba una tisana? Álvarez aceptó a medias. Le compraba lo del salón y nosotros podíamos bebemos, si gustábamos, una matalahúva, pero él no pensaba bajar de los cuarenta grados de alcohol, coño. Ya estaba hasta el mismo firmamento de hierbas medicinales.

Esta vez no olvidé los puros. Sentados a la mesa del desayuno, me sobrevino un poso de reencarnación. ¿Eran cosas mías o nos habíamos pasado casi una semana en aquella dichosa esquina del salón? La señora exhaló un vagido de cansancio. No eran cosas mías. A ella también le daba la impresión de que siempre regresábamos allí. Comenzaba a sentirse como un hámster en una

rueda. Álvarez la entendía, Diana acababa de dibujar su vida entera. Cuarenta años alrededor de una mesa intentando resolver misterios. Pero que no nos quejáramos. Al menos ahora estábamos a tiempo de salvar una vida y encima se nos permitía beber. Le ofrecí un habano. No. Había dicho beber. El tabaco tendría que esperar un tiempito. Ajá. Por vergüenza me lo había ocultado, pero había devuelto hasta la última hebra del puro que fumó conmigo. Y que no me sintiera responsable, que la culpa había sido solo suya.

¿Sobre qué quería hablarnos?

Sobre Celso Navarro. ¿Recordaba mi animadversión hacia las coincidencias? Pues el director del Gran Hotel había viajado a Dublín vía Madrid en cinco ocasiones en los últimos dos años. Por negocios, declaró. Gervasio no había logrado vincularlo con Cork, pero ya era mucha coincidencia que, tras tanto viaje, Jonas Gallagher acabara apareciendo en uno de los chalets de Navarro y que su protección estuviese a cargo del lugarteniente de Celso, el tal Israel Mederos. Lugarteniente, sí. La nómina del Mafia la pagaba CENASA. Cuatro mil doscientos cincuenta euros en catorce pagas. Más que suficiente para sufragar fidelidad eterna.

Diana no se sorprendió, Dios los cría y ellos se juntan. Álvarez aceptó el refrán, ¿no se estaría la señora contagiando de mí?, pero le hizo notar un inconveniente. ¿Cuál? Si Mederos andaba en medio de Celso y el *father*, a lo peor no iba a dar resultado la pantomima de echarlos a pelear entre ellos. Y entonces lo del jueves a la noche no iba a ser un combate sino una escabechina. Porque en cuanto a refranes eran reyes los chinos. ¿Y qué dirían los chinos si estuvieran en nuestro pellejo? Dirían que, si uno va en busca de venganza, le conviene cavar dos tumbas.

XXI
LA BATALLA DE SANTA CRISTINA

El miércoles y buena parte del jueves transcurrieron lentos y demoledores. La espera resulta siempre así: un largo marasmo de tedio e impaciencia. Todos anduvimos alerta, a ver cuándo y de dónde podían llegarnos los rebencazos. Diana Solís continuó con la rutina de regentar su hostalito: atendió con celo a los pocos huéspedes que le quedaban, transmitió órdenes a Chachón en los fogones y concedió dos días libres a Celeste para que cuidara bien de Siobhan. Aquí la única condición que puso fue la de que no salieran de casa ni para tirar la basura. Las muchachas iban a tener dos días de descanso y confidencias. De botarse en el sofá a ver películas románticas o de crímenes o de dibujos animados o del oeste, lo que les viniera en gana. Despeluzadas, en camisón, con una fuente de roscas sobre el regazo y un vino en la mano serían más que felices. ¿La verbena? La verbena era tabú para ellas, prohibido acercarse. Desde la azotea del apartamento oirían la orquesta y podrían bailar hasta caer rendidas. ¿Se había explicado bien? Magnífico.

Gervasio apenas salió de su cuarto. Se había excedido con todo, con la comida, con las copas, con las emociones, y necesitaba ese día y medio para reponer fuerzas. Se los pasó en la cama, con todas las almohadas que encontró apiñadas contra la pared y el teléfono en la mano. La señora le enseñó a hacer videollamadas y se le fue el tiempo en ponerse al día con Susana, discutir de política con su hija y hacerles cucamonas a los nietos. A todos les recalcaba cuánto los echaba de menos y su rabioso anhelo de volver a casa. Una de las veces que subí a ver cómo le iba, hallé a un hombre compungido y

exhausto, para mí que alguna lágrima asomaba a sus ojos.

Yo hablé media docena de veces con Beatriz. Regresaba ese jueves. Le habían recomendado adelantar el viaje de vuelta. Por el virus. Se hablaba de un confinamiento y, si el desbarajuste la pillaba en Barcelona, no sabrían cuándo podía tornar a casa, de modo que mejor prevenir que curar. La farmacéutica me fue relatando la odisea del regreso paso a paso. Desde la demora del vuelo en el aeropuerto de El Prat hasta lo que les había costado encontrar taxi en el de la isla, contra, que parecía que todo el mundo había decidido viajar el mismo día. Les habían perdido una maleta, pero ni ganas de reclamar tuvo.

Ya estaba en casa.

Por fin.

Cuánto había deseado ducharse en su baño, dormir en su cama, tumbarse en su sofá a leer. ¿La añoraba yo? Hasta el dolor. Le prometí que pasaría el fin de semana con ella y los niños. De verdad de la buena. Por la memoria de mis antepasados. Claro que aquel jueves doce de marzo, víspera del silencio, no sospechábamos cuánto podía dar de sí un fin de semana.

Ni se me ocurrió salir del hostal. Desde la ventana de mi alcoba, comprobé que nos habían puesto vigilancia. Un coche con cristales tintados había aparcado en la mercería de enfrente y no se movió de allí en treinta y seis horas. No supe si lo enviaba Quevedo o Gallagher, pero no pensaba bajar a averiguarlo. También pude hablar con el forense. A Santa Ana le habían dado una baja de siete días porque lo que empezó siendo un simple catarro derivó en una bronquitis que apenas le permitía respirar. Guardaba reposo en casa, con un respirador de mano, una tonga de periódicos y un termo de café sobre la mesa. Odiaba los hospitales.

Lo que más le jodía era haber perdido el olfato y el gusto, coño. Con lo que le encantaba cocinar y comer, ahora no distinguía una chuleta de cordero de una coliflor. Sentía no haber podido continuar con el caso O'Malley. Le habían puesto una sustituta, Celia Cantón, pero sin cadáver que examinar la doctora poco podría hacer en el pueblo. Sin embargo, quien en realidad le preocupaba era su padre, allá en la finca. Si lo del confinamiento no era un bulo, el viejo se lo iba a mamar solo, sin nadie que le echara un ojo. ¿Lo necesitaba? Y tanto. No me lo había querido contar el día que

almorzamos juntos, pero en Santa Ana padre ya comenzaban a ser visibles los estragos de la edad. Aún no llegaba a Alzheimer, pero poco le faltaba. Se olvidaba de las cosas. Se desorientaba. Y, cuando hablaban por teléfono, le repetía lo mismo una y otra vez. Ignacio se sabía de memoria ya la muerte de su tío Paco, el hermano de su padre, con el que el viejo iba a cazar al monte. Solo que el tío Paco había fallecido en Sevilla, en mil novecientos noventa y dos, mientras visitaba la Exposición Universal. Así estaban las cosas. Y a mi amigo no le atormentaba que su padre se dejara abierta la puerta de la calle sino la llave del gas.

Aquella tarde, mientras nos preparábamos para la verbena, recibimos una visita inesperada que, sin duda, variaría el curso de los acontecimientos. Ese golpe de azar que toda investigación agradece. A eso de las siete y media Diana Solís nos llamó a Gervasio y a mí y nos pidió que bajáramos. Necesitaba hablar con nosotros cuanto antes. Nos esperaba en el sofá del vestíbulo. ¿Frente al retrato de su vieja tía? Coño, sí que era urgente. ¿Podía adelantarme algo? No. A su lado había una persona que lo explicaría mejor.

Cuando llegamos andaban compartiendo sus flagelos sobre ese virus loco que nos iba a cambiar la vida a todos. Diana había servido té para los cuatro. Un olor a hierbabuena emanaba de una tetera de metal tan bruñido que las tazas se reflejaban como en un espejo. El barman del Gran Hotel habría preferido algo más fuerte, pero no quiso tensar la cuerda. Se le notaba nervioso. No dejaba las manos quietas y a cada poco miraba a la entrada de la pensión. Gervasio, una vez que se hubo presentado, se sentó junto a Diana. Yo preferí seguir de pie. Me apoyé en una de las pilastras que sustentaban la escalera y, con el plato en una mano y la taza de té en la otra, aguardé a oír lo que Diego tenía que decirnos.

El hombre nos miró a los tres y comenzó a farfullar de un modo tan atropellado que apenas lográbamos comprenderlo. Álvarez le pidió calma, así no íbamos a llegar a ningún sitio. ¿Qué tal si nos contaba la historia como un cuento de niños? Eso. Con frases simples y un episodio detrás de otro. El hombre abrió los ojos, Claro, claro, perdonen. Y comenzó de nuevo. Había sucedido hacía menos de una hora. Al acabar su turno, fue a entregar a la dirección el albarán semanal. Sí. Se hacía siempre los viernes, pero esa tarde

lo adelantó porque al día siguiente era festivo. La cosa era sencilla: se anotaba en una libreta de debe y haber, por un lado, lo que se había consumido durante la semana y, por otro, lo que necesitaba reponerse en el bar.

Bien. Cuando llegó a la oficina de Celso Navarro la puerta estaba entreabierta. Diego no pretendía fisgonear, pero en un principio no supo qué hacer. Dentro, el director discutía con dos tipos que habrían hecho temblar al mismo diablo. Dos individuos rudos con cara de mala baba y dientes afilados. Eso por sí solo tal vez no le habría descompuesto el estómago, pero resultaba que los personajes iban armados. Ajá. Llevaban pistolera bajo las chaquetas y uno de ellos, para más inri, jugaba con un cuchillo enorme mientras hablaba. Al barman no le llegaba la camisa al cuello. Actuó, lo juraba por sus hijos, más por miedo que por instinto. En vez de salir escopeteado y volver más tarde, cerró la puerta con suavidad y con el mismo movimiento, para ocultar el ruido, tocó tres veces.

Navarro preguntó quién iba, el barman dijo su nombre y el jefe le pidió que aguardara un segundo, antes de ordenarle entrar. Diego se excusó, Con su permiso, don Celso. La disposición había cambiado. El director permanecía sentado ante su escritorio, pero los dos secuaces estaban de pie, cada uno en un rincón del despacho, aparentando que atendían al móvil. Llevaban, a pesar del calor, las chaquetas abrochadas. Ya no había ningún arma a la vista. Los tipos ni se dignaron mirarlo y él a ellos tampoco. Entonces le entregó a su jefe el albarán y esperó. Navarro fingió comprobar los números, asintió con la cabeza, le dio las gracias y le deseó un feliz fin de semana.

Interrumpí el cuento. Me ponía en su lugar, a mí también me habría quitado el sueño tan escalofriante escena. Lo que no entendía era por qué nos lo contaba a nosotros. El barman tragó saliva. Nos lo contaba a nosotros porque el sicario más bajo, el que jugueteaba con el cuchillo, uno con ojos de loco y unos lustrosísimos zapatos de charol, había mentado mi nombre. Lo oyó con toda claridad. ¿Qué había dicho? Dijo, De ese Ricardo Blanco me encargo yo, tenemos una cuenta pendiente. ¿Aún andaba el matarife cabreado conmigo por lo del aparcamiento del hotel? Pues sí que era rencoroso, carajo.

Gervasio seguía en sus trece. Odiaba repetirse, pero aquella era

una ocasión pintiparada para que nos reconciliáramos con los guardiaciviles, después del desencuentro del martes anterior. Si en algo valorábamos su criterio, Diego debería acudir al cuartelillo y contarle la misma historia, de pe a pa, al sargento Quevedo para que estuviesen prevenidos. El barman inició el movimiento de levantarse del sillón y salir a escape. Le pedí paciencia, qué prisa había, hombre de Dios. Solo estábamos valorando la situación.

Diego volvió a su asiento. La proposición de Álvarez le parecía una pésima idea. Qué fácil, ¿no? Nosotros estábamos en el pueblo de paso, no sabía él si de vacaciones o en una cura de aguas termales, porque teníamos los dos una pinta de tísicos que atufábamos. Al día siguiente o al otro nos iríamos con la música a otra parte. Sin embargo, él no tenía adónde ir. Al día siguiente y al otro y al otro y así hasta que se congelase el infierno le tocaría vivir en aquel pueblo. Sabía que podía parecer una birria de pueblo, pero era el suyo. Sí. Conocía a su gente. Y allí los chivatos no tenían terreno para correr. ¿Cuánto tardaría Celso Navarro en descubrir que había sido él quien había ido con el cuento a la Guardia Civil? ¿Y cuánto en soltarle la correa a sus perros? Ni loco. Su conciencia le había dictado que tenía que venir a avisarnos del temporal, pero hasta ahí llegaba. No pensaba dar ni un paso más.

Diana Solís, que se había mantenido al margen hasta entonces, salió en auxilio de su compañero de molestias musculares. Diego tenía razón. Agradeció al barman que nos hubiera prevenido y le recomendó que se fuera a casa, con su familia, a disfrutar del largo fin de semana. En dos días, para bien o para mal, todo habría acabado y podrían volver a sus vidas. Diego se excusó de nuevo, debíamos entenderlo, tenía pánico. En eso no se diferenciaba de los borrachos que acudían a su bar. Antes de marcharse, preguntó a media voz qué pensábamos hacer con la información que nos había proporcionado. Gervasio y yo respondimos al unísono. Mejor que no lo supiera. Lo que no sabes no puede hacerte daño.

Le dimos el último repaso a nuestro plan, cada vez más suicida, en la habitación de la señora. Diana tenía que vestirse y maquillarse para parecer una mujer veinticinco años más joven y eso suponía todo un desafío. Iba a salir disfrazada del hostal Galdós, aunque sin

la peluca. ¿Por qué sin la peluca? Porque, si los del coche de abajo la tomaban por Siobhan, se acabaría la fiesta antes del primer baile. ¿De qué coche hablaba yo?

Los conduje a la ventana.

De aquel coche que llevaba aparcado desde hacía día y medio. Supuse que los ocupantes se habrían relevado varias veces, pero allí seguía. ¿Y qué íbamos a hacer? Íbamos a terminar de arreglarnos, a apagar las luces y a bajar a la plaza con la mejor sonrisa y por separado: Diana del brazo de Gervasio y yo cincuenta metros por detrás. Con esa estratagema tal vez conseguiríamos dividir sus fuerzas.

¿Había traído Álvarez su arma? Mi amigo asintió. Bien. Yo enseñé un cuchillo largo que había tomado prestado de la cocina, por si el sicario de la cara de retales tenía intención de cumplir su amenaza.

Recapitulé por si acaso las dudas. Diana llevaría la peluca en la mochila y, una vez en la plaza, se metería en el baño de uno de los bares y saldría convertida, dos minutos antes de las diez, en una irlandesa treintañera. ¿Como en las películas? Eso mismo. Solo que en las películas todo ocurre según un guion y nuestro guionista se había tomado el fin de semana libre. Estábamos más solos que la luna de marzo. De manera que iríamos con tiento. Yo los esperaría en uno de los tenderetes de la verbena, el más clandestino o el que menos apestara a comida.

Cuando salimos del hostal, los últimos vestigios de la tarde daban paso a una noche estrellada. Y, o los vigilantes no sabían sumar, o confundieron a Gervasio conmigo. El caso es que no se separaron. Bajaron los dos del coche y enfilaron la calle detrás de mis amigos, así que vuelta a girar la rueda de la persecución. Volvimos, eso sí, a atinar con los perseguidores. Distinguí, entre Diana y yo, a dos agentes de la Guardia Civil: el conductor del *jeep* que hizo de centinela los primeros días en el aparcamiento del Gran Hotel y el de los tatuajes de runas con el que Del Rosario había discutido en el banco de hierro. Un optimista se habría sentido favorecido por la diosa fortuna. A mí solo se me iba en pensar que ya se nos había acabado el cupo de suerte en aquel caso. Lo próximo vendría de nalgas.

Y empezó pronto.

Las recomendaciones del sargento Quevedo habían surtido efecto y lo que tendría que haber sido una marabunta de titiriteros, borrachos y bailones resultó poco más que un velatorio. Conté den personas a ojo de buen cubero, repartidas en grupos que se arracimaban alrededor del escenario, las atracciones o los chiringuitos. Olía a un menjunje de fritanga de pescado, carne de cochino y chorizo parrillero. La pista de baile la ocupaban seis o siete parejas querendonas, los hombres guiando el paso con sus brazos, las mujeres bamboleándose hasta el mareo, con sus faldas y sus piernas al vuelo.

Me acodé en la esquina de una barraca donde servían vino de garrafa, queso blanco y pata al horno. Desde allí tendría una visión general de la plazuela. La única traba era que estaba justo al lado de tres letrinas químicas que el Ayuntamiento había erigido para los meones y a veces, cuando el aire viraba, el hedor se convertía en un suplicio. Pedí un vaso de tinto, que tenía un sabor acre y terroso. Me lo sirvieron con un plato de manises, con lo que deduje que el puestero pertenecía a la facción de los Lujanes.

Me entretuve en buscarle los tres pies al gato de la plaza: oteé el horizonte de quioscos y tarimas, aposté por qué resquicio podría llegarnos la embestida, dirimí por qué rendija podríamos escapar si la noche venía mal dada. Aguardaba a que Gervasio y Diana, transformada del todo en Siobhan O'Malley, salieran de la taberna, cuando una voz a mi espalda me desperezó, Supuse que lo encontraría aquí, Blanco, aunque me confunde verlo tan solo.

Sin el hábito, parecía un bibliotecario.

Llevaba una camisa de cuello Mao y una chaqueta de pana con coderas. No me había fijado en que usara gafas. El Equilibrista, que leía los ojos como Diana los labios, me sacó del error, Solo me las pongo de noche porque no veo tres montados en un burro. En ese instante, las campanas de la iglesia quisieron dar las nueve, pero el repiqueteo quedó sepultado bajo el rugido de una bachata sandunguera, *Desde que me dejaste, la ventanita del amor se me cerró*.

El cura se encogió de hombros. No había arreglo. Estaba asistiendo yo al triunfo de lo mundano sobre lo divino y así nos iba. A pique estuve de preguntar qué había de divino en un reloj de iglesia, no obstante, preferí invitar a don Samuel a un trago. No tenía pulso para andar discutiendo de religión. El sacerdote aceptó

la copa y señaló a los bailarines de la verbena. No había virus que pudiera contra las ganas de fiesta, ¿me fijaba yo? La batalla entre Eros y Tánatos de toda la vida. Y, hablando de batallas, mi hombre se preguntaba qué iba a ocurrir aquella noche. Podría ocurrir cualquier cosa, aunque esperaba que venciera Eros. El Equilibrista observó la hora en el reloj de la torre. Rogaba a Dios con todas sus fuerzas que mis deseos se cumplieran. Brindé por ello, pero ya sabía don Samuel lo que solían decir a cuenta de las guerras: espera lo mejor y prepárate para lo peor.

El párroco bebió de su vaso y arrugó la nariz, Pues sí que empezábamos bien, caramba. No podía decirse que fuese un vino demasiado afortunado, ¿eh?, lejos delos licores que él empleaba para resolver conflictos. Yo desconocía los anteriores conflictos en los que el cura había intermediado, pero podía jurarle que lo de esa noche iba a superar con creces lo que hubiera vivido. ¿Tan grave sería? Mucho. Allí nos la jugábamos con vikingos para quienes la piedad era solo una escultura de Miguel Ángel. El sacerdote se erizó. Si tan peligrosos eran esos vikingos, coño, ¿cómo es que yo venía solo? ¿Tenía complejo de Gary Cooper o qué? Agarré un puñado de manises del plato. Que no se torturara don Samuel. Yo no venía solo. ¿Una artimaña de guerra? Algo parecido.

No tuve ocasión de explicarle al cura cómo esperaba que ocurriera la cosa porque entonces se inició una procesión al santo del chiringuito. Viejos y jóvenes, hombres y mujeres, Mendozas y Lujanes se acercaron en romería a saludar a su párroco con fervor mariano. Solo faltaron las velas y las jaculatorias. Uno le prometió llevarle, en cuanto pudiera, un licor de cerezas que llevaba macerando en su buhardilla desde la primavera anterior. Otro lo había echado a faltar en la última partida de dominó, en la que les dieron una tunda estrepitosa por no poder contar con el mejor jugador del pueblo. Una mujer lo piropeó con lo guapo y galán que estaba don Samuel sin sotana, lo que hizo que el sacerdote estallara en una carcajada pudibunda. Yo tenía un ojo en las conversaciones lisonjeras y otro en la puerta del bar al que habían entrado Gervasio y Diana a prepararse para la contienda.

Al otro lado de la plazuela habían instalado una feria. Un enano con voz atronadora animaba a tirar al blanco y ganar el premio que siempre toca, si no es un pito, una pelota. Un muchacho de aspecto

hippie y pelambrera rastafari se echaba un buche de alcohol a la boca y luego, gracias a una vara de caña encendida, escupía llamaradas de fuego. Un hombretón vestido de Hércules cutre animaba a los poblanos a zumbarle a un botón con un martillo para comprobar su fuerza. El trofeo era un oso de peluche que no entraba por la puerta de grande. Una muchacha disfrazada de princesa vendía algodón de azúcar en un tinglado poco más ancho que una cabina telefónica de las de antes. Y, por si las cañas se volvían lanzas y al final nos confinaban a todos, decidieron montar también una tómbola apresurada, con una cesta de productos de la tierra como acicate, parecida a las de navidad, pero sin peladillas ni turrones.

Serían las nueve y media cuando empezaron a asomar los indios en la llanura.

Tres apaches llegaron a la plaza desde la calle curva que habíamos bajado nosotros media hora antes. Tres sioux aparecieron por un lateral de la iglesia donde seguro habrían dejado su lujoso coche de alquiler. Los primeros, guiados por un Celso Navarro sonriente y engreído. Los segundos, dirigidos por un Jonas Gallagher con cara de haberse despertado con acidez de la siesta. Unos se estarían preguntando —don Samuel, de noche y vestido de calle, resultaba irreconocible— quién era el viejo que bebía conmigo. Otros querrían saber quién era el viejo que bebía con el párroco. No obstante, todos coincidían en algo: buscaban con codicia a una irlandesa.

Pocos minutos después, se me acercó un muchacho africano, pelo ensortijado, sonrisa de luna y camiseta verde de la selección de Camerún. El chico portaba una ristra de relojes y pulseras de oro del que cagó el moro, pero que no nos espantáramos porque no tenía intención de vendernos nada. Le habían dado cinco euros para hacerme llegar un mensaje. Lo recitó despacio para no trabucarse. Venía a decir algo así como que, si no les daba a la mujer del pelo rojo, ya podía estar atándome los machos. Miré hacia arriba, a los tres apaches, que no perdían ripio de la escena que se estaba produciendo en nuestro chiringuito.

Saqué un billete de diez del bolsillo y envié al emisario negro al otro lado de la plaza donde se apostaban los sioux. Debía llevarles otro recado, no de mi parte, sino de los hombres que le habían

pagado antes que yo. El camerunés se guardó el billete y mostró sus dientes blancos. Por diez euros les cantaría una nana. ¿Qué debía decirles? Que dejaran en paz a la mujer del pelo rojo. El vendedor de relojes se aprestó a cumplir mi encargo. Lo vi susurrarle algo al guardaespaldas del *father* y al guardaespaldas traducírselo a su jefe. A Gallagher no le hizo maldita gracia el telegrama. Miró a donde Navarro con un deje a caballo entre el aburrimiento y el asco, pero no se movió de su esquina de la llanura.

Fue sin duda la media hora más larga de mi vida, quizá porque pudiera ser la última si el plan se torcía. Don Samuel, que empezaba a entender de qué iba el juego, me recordó por si lo había olvidado que Dios era amor. Choqué mi vaso contra el suyo con un sonido de cristal opaco que coincidió con la primera de las campanadas que anunciaban las diez. Si el reverendo me pedía mi opinión, Dios era humor. Señalé a la plazuela por donde venían mi amigo Álvarez y la Diana Solís más irlandesa que habían visto en aquel pueblo de pescadores. Dios era humor y ahora nos íbamos a hartar de reír.

XXII
A SANGRE Y FUEGO

El primer tiro de aquella guerra sin cuartel no lo dieron los hombres de Navarro. Ni los de Gallagher. Ni siquiera los guardiaciviles que vieron entrar a Diana y salir a Siobhan del bar Mendoza con la misma ropa y los mismos andares pizpiretos como por arte de magia. El primer zambombazo lo pegó el tragafuego de los pelos rasta que, el demonio sabría si por falta de pericia o por exceso de entusiasmo, no logró medir bien uno de sus escupitajos y la llamarada se le descontroló. El caso es que vino a prender el lateral del toldo de una caseta donde servían pinchos morunos y jareas secas.

Lo peor resultó que, de rebote, las llamas alcanzaron los calzones de un bailarín que perdió el paso y los nervios con la misma histeria y, en su huida, no se le ocurrió nada mejor que abrazarse al primer cuerpo en que encontró refugio. Frente a toda lógica, el primer cuerpo no fue el de su pareja de baile sino el de un tipo que prestaba atención a otras cosas y no lo vio venir: Israel Mederos, el Mafia. Luego se conoció que el problema se había agravado con la ropa que llevaban los dos hombres, telas inflamables de pésima calidad y dudoso gusto que intensificaron el infierno. La cosa fue que bailarín y guardaespaldas rodaron por el empedrado envueltos en fuego y nadie supo allí de quién eran los miembros que se escaldaban.

El descalabro producido en la mesnada de los sioux fue visto por los apaches como una oportunidad. El director del Gran Hotel envió a sus secuaces a capturar a la mujer que, desde la distancia, había tomado por Siobhan O'Malley, y que en aquel momento levantaba

una mano para saludarnos a don Samuel y a mí sin percatarse de nada. Tan embebida estaba la señora en su papel que no se enteró del incendio hasta que todo hubo concluido.

El Equilibrista meneó la cabeza. Confiaba en Dios sobre todas las cosas, pero aquello ni de coña podía salir bien. ¿Cómo era que nadie había mandado parar la música? El regusto a manises revoloteaba aún en mi boca. Le pedí al párroco que tuviera fe. Eso. Los pájaros tirando contra las escopetas. ¿No eran los caminos del Señor inescrutables, y nosotros aves de paso en aquel valle de lágrimas? Pues ¿entonces?

En cuanto a la música, posiblemente nadie la había mandado parar para no generar más pánico. Magnífico. Don Samuel elogiaba mi bendita manera de ver las cosas, María Santísima me conservara la fe por muchos años. Pero, por si yo pecaba de iluso, su deber cristiano era atender a los que sufrían y ahora los que estaban sufriendo eran el bailarín y el Mafia que, matarife y todo, no dejaba de ser hijo de Dios.

Diana y Álvarez se cruzaron con él por el camino. Apenas les dio tiempo para un triste hola, pues el cura parecía tener prisa. Llegaron al chiringuito sin que nadie se lo impidiera porque los que podrían haberlo hecho se encontraron con todas las dudas del mundo a cuestas. La de los guardiaciviles era si atender al incendio o a los dos sicarios de Navarro a quienes habían reconocido y dado el alto. La de los sicarios, si atrapar a la pelirroja como les habían ordenado o enfrentarse a la pasma a tiro limpio. De modo que los cuatro se quedaron clavados como tachas en mitad de la plaza sin saber qué hacer.

A Jonas Gallagher, tan sacerdote como don Samuel pero carente de su ímpetu misionero, le salió el rejo de santón ególatra y manipulador y abandonó a su suerte al guardaespaldas herido, sin importarle una vaina si Mederos se achicharraba vivo o conseguía sobreponerse al fuego. Ordenó a Alfred Wood que lo siguiera y se encaminó con paso firme a nuestro tenderete.

Por experiencia sé que, en una batalla, más que lo que ves, debe preocuparte lo que no. Y algo se me estaba escapando en la llanura de Santa Cristina. Veía a Gervasio Álvarez pegado a Diana, envolviéndola con su brazo como un chal cariñoso. Veía a Gallagher y a su efebo miope andando hacia nosotros. Veía al Mafia en el

suelo, atendido por los enfermeros de la ambulancia que acababa de llegar. Veía a los dos guardiaciviles comprobando la documentación de los secuaces de Navarro, que habían decidido dejar correr la balacera para otro día. A quien no veía era a Celso Navarro. Lo busqué con impaciencia por las cuatro esquinas de la plazuela. ¿Se habría rajado al ver a sus hombres en manos de la Guardia Civil? Otro que desapareció fue el pirómano. Una vez sofocado el incendio, el pibe se escabulló en mitad de la pelotera.

Diana, que procuraba darles la espalda a todos para que nadie descubriese la tramoya antes de tiempo, se apoyó en la barra del chiringo, miró a las ringleras de botellas y pidió una cerveza sin filtrar. Reconoció al camarero. Se llevó un dedo a la boca. El hombre le sirvió la cerveza y, si se sorprendió de verla con aquella peluca tan grotesca, no lo manifestó, ¿quién era él para discutir de modas? Le sugirió un vino a Gervasio, pero mi amigo prefería mantener las manos libres por si había bronca y tenía que usarlas.

La ambulancia se llevó a los dos heridos.

Si hubiese esperado cinco minutos, habría podido aprovechar el viaje con dos más.

Jonas Gallagher, a la luz de las estrellas, tenía el cabello color azul plata, como el de las sardinas. Olía a una loción de afeitar que me evocó a la vieja barbería de mi barrio. Se plantó a dos metros de nosotros con aire de suficiencia, cruzó los brazos y levantó la barbilla. Su voz abisal se sobrepuso a la canción que tocaba la orquesta. Había venido a llevarse a Siobhan a casa y ni Dios ni el fuego iban a evitarlo, ¿se explicaba? *He explained* perfectamente. Pues eso. Ella pertenecía a Cork, dijo, aunque todos entendimos que a quien pertenecía era a Gallagher. No teníamos ni idea de dónde nos habíamos metido, dijo, aunque quería decir que nadie iba a salvarla de sus garras. Todo se había acabado, dijo, y esta vez sí captamos la amenaza sin peros.

Por si no lograba persuadir a la muchacha que aún le daba la espalda, apeló a nuestra comprensión con el único argumento que un tipo como él podía exhibir. Que lo tomáramos como un último intento de resolver aquel asunto sin violencia. *An ultimatum*. No nos iba a engatusar con salmos y conjuros en la lengua de los primeros

cristianos. No nos alentaría, a nuestra edad, con las carnes blancas y tiernas de una de las adolescentes de su secta. No apelaría al honor entre caballeros. Así que mencionó la recompensa. Seguía en pie. Cien mil euros, no cincuenta mil como había querido hacernos creer un perro traidor que conocía y del que más tarde pensaba ocuparse. Cien mil euros contantes y sonantes. Los llevaba allí para que Gervasio y yo nos los repartiéramos como quisiésemos. Los llevaba allí y nos lo iba a demostrar sin trucos. *No tricks*.

Fue su último error.

El vocalista Mario entonaba un bolero de Los Panchos a un ritmo demasiado brioso para mi gusto. *Oye esta canción que lleva alma, corazón y vida, esas tres cositas nada más te doy*. Una nube gris, como una premonición, cruzó el lienzo del cielo. Gallagher fue a echar mano de su faltriquera para sacar la bolsa del dinero. Entonces, un chasquido ronco y seco, como el de un latigazo, fustigó el aire y el gesto se le quedó a medio camino. El santón se encogió levemente con una expresión de asombro. Apretó el puño contra su pecho. Lo que empezó siendo un lunar rojo ocre se fue ensanchando hasta formar una isla de sangre en su guayabera. Y un olor a cobre se abrió paso entre el de la loción de afeitar y los efluvios del vino turbio.

De no ser por el joven Wood, el cura irlandés habría caído en redondo sobre la losa fría de la plazuela. El pelirrojo recibió el cuerpo del sacerdote a peso muerto y solo fue capaz de hincar una rodilla para posarlo con suavidad en el suelo. *El father* que exhaló sonó a calvario. Intentó con torpeza taponar el agujero por el que se le iba la vida sin remedio a Gallagher. Levantó la mirada hacia nosotros y el miedo, el desconcierto y la rabia —*alma para conquistarte, corazón para quererte y vida para vivirla junto a ti*— desfilaron por sus ojos llorosos.

Buscó el origen de aquel desastre, tal vez creyendo que el siguiente en morir sería él. Miedo. Comprobó que Gervasio continuaba de espaldas y yo solo llevaba en la mano un vaso vacío ya. Desconcierto. Y, cuando Diana Solís volvió el rostro para hallar explicación a aquel revuelo y Wood comprobó que no era Siobhan, que se habían burlado de ellos, que la muerte de su maestro había sido en balde, llegó la pura rabia. No sé de dónde sacó fuerzas para alzarse en el aire ni de dónde el cuchillo, pero el pibe se levantó y

se abalanzó contra la señora. Álvarez se interpuso entre el arma y Diana, dispuesto a recibir la puñalada. Cerró los ojos, nos confesaría después, y pensó en Susana.

Y esa vez sí supimos quién efectuó el disparo porque llegó acompañado de una orden que Alfred Wood, ni aun queriendo, habría podido acatar. Porque no hablaba ni una miseria de español y nadie le había enseñado nunca qué significaba Guardia Civil ni Alto ni Deténgase o abrimos fuego. La bala del agente de los tatuajes de runa le reventó el hombro izquierdo al muchacho y el brazo se le quedó momio, sin aliento. El cuchillo, dentado con punta curva, cayó al suelo a los pies de Gervasio como una hoja muerta del otoño.

Diana, por recomendación de Álvarez, se arrancó la cabellera postiza y la lanzó al otro lado del mostrador del chiringuito. ¿Para no verse implicada en el crimen? Eso y por respeto al muerto, cóntrale, que sonaba a recochineo aquel disfraz de Maureen O'Hara, claro, joder, ya decía Gervasio a quién le recordaba la señora con peluca. Por más que lo intentó, la Solís fue incapaz de explicarle a don Samuel por qué aquella noche, víspera de Santa Cristina, su labor de mediador había resultado un fiasco.

No se pueden aquietar las aguas bravas.

Cuando el párroco regresó al chiringuito de la muerte, se encontró con los restos del naufragio y otros dos cuerpos botados en el suelo. Dios Santo, aquello comenzaba a parecer una plaga. La música había cesado, ya no podía sostenerse lo de reprimir el pánico porque los gritos de pavor acabaron por ahogar la última canción que se iba a oír en esa plaza durante mucho tiempo.

El sargento Quevedo y la cabo Del Rosario, junto con otro agente de la Guardia Civil flacucho y desmañado, llegaron para poner firmes a todo Cristo. Mandaron callar a quienes más vociferaban. Ordenaron alejarse de los cuerpos a los más curiosos. Y prohibieron sacar fotos a los más espabilados, carajo, que no estaba ni medio bien sacarle punta al lápiz de la muerte ajena, Al primero que agarre el móvil para hacerse un selfie por estas que lo meto en el cuartelillo y lo dejo ahí hasta el lunes.

Quevedo tocó retreta para cualquiera que no hubiese asistido al tiroteo y el guardiacivil escuálido se encargó de trazar una línea que no podía cruzarse so pena de arresto por desacato. Ah, ¿que eso

solo servía para los jueces?, pues so pena de meterle al infractor una patada en el culo que lo mandaría al reloj de la iglesia. Del Rosario llamó al centro de salud para que enviaran una ambulancia con urgencia a la plaza. ¿Otra vez? Sí, joder, otra vez y las veces que hiciera falta, para una noche que trabajaban al año los paramédicos a ver si encima se iban a poner farrucos, me cago en todo. Si no fuera por lo tétrico de la escena habría sido un fin de fiesta cojonudo.

Cuando quisimos darnos cuenta, Gervasio, Diana y yo, junto con tres testigos oculares del tiroteo, nos hallábamos en fila junto a la barra como en un pelotón de fusilamiento. Permitieron quedarse a don Samuel, que reconfortaba con ternura al pibe irlandés, sentado en el suelo con las piernas cruzadas y la cabeza de Wood sobre el regazo. El dueño del tenderete preguntó si podía seguir sirviendo copas o tendría que cerrar el bar durante el interrogatorio. La mirada del sargento le dio cumplida respuesta.

Del Rosario permanecía de pie junto al cuerpo de Jonas Gallagher. Elena Valido, la veterinaria del pueblo —el médico había asistido a una cesárea—, andaba arrodillada atendiendo al gurú. Lo suyo eran las vacas y los cerdos pero, si aquel hombre sobrevivía a la noche, sería para rezarle una novena a la Virgen de Fátima. La bala aún estaba alojada en el pecho, si no en el corazón, tan cerca que para el caso daba lo mismo. A preguntas de Quevedo, Valido explicó que el pulso seguía latiendo, aunque de forma muy débil, apenas un suspiro. Que quien le disparó sabía dónde apuntar. Y que el pronóstico se ennegrecía con la posibilidad de que el herido se desangrara si no llegaba la ambulancia pronto.

El sargento, vuelta a su tic maniático, se mesó los bigotes y preguntó al aire. ¿Alguien de los presentes podía decirle de dónde había salido el disparo? Gervasio Álvarez levantó la mano como un estudiante tímido e intervino para señalar lo obvio. Vista la posición del *father en* el momento del impacto y presumiendo que le dispararon de frente, el tirador debía de estar apostado en el hueco que había entre el chiringuito y el primero de los baños portátiles montados por el Ayuntamiento.

Quevedo meditó en esa teoría, calculó la distancia entre el cuerpo de Gallagher y la barraca, se dirigió al lugar indicado por Gervasio y sacó una linterna. A pesar del interés del alcalde porque

la gente no meara en cualquier parte, el olor a orín allí era insufrible y el sargento tuvo que retroceder un paso. Llamó a la cabo para contar con su opinión. Del Rosario se tapó la nariz. Por lo pronto la suposición era razonable, había espacio sobrado para esconderse y disparar un arma. Además, podían verse algunas huellas de pisadas en la arena y el barro maloliente. Pero no convenía lanzar las campanas al vuelo: en aquella zona habían estado trabajando la noche anterior al menos diez operarios, sin contar la legión de meones que no pudieron aguantar las ganas, o sea la aguja en el pajar y toda esa martingala, mi sargento.

Quevedo coincidió con ella. A falta de otra hipótesis, la del francotirador serviría. Eso los llevaba al cómo, ahora tocaba averiguar el quién y el por qué. Se agachó a mirar al irlandesito magullado. Meneó la cabeza. Entre que el brazo parecía insalvable —la veterinaria le hizo una señal de allí no había nada que rascar— y que Wood no hablaba una papa de español, de aquel testigo iban a sacar muy poco por el momento. El sargento volvió a erguirse y se dirigió a Diana y a mí, Esto se habría evitado si no hubieran jugado ustedes a James Bond, coño.

El humor del guardiacivil no estaba para meandros.

Nosotros le habíamos prevenido contra un hombre y ahora ese hombre yacía en el suelo luchando por su vida. La cosa atufaba. ¿Qué más sabíamos que no le habíamos dicho? Y ya no podíamos acogernos a sagrado a cuenta de la seguridad de Siobhan O'Malley porque muerto el perro se acabó la rabia, ¿quedaba claro?

La señora se recompuso el cabello, aplastado y reseco después de soportar el agobio de una peluca. Quedaba clarísimo. Sabíamos que aquel hombre, el padre Gallagher, había surcado un continente entero para dar con una feligresa díscola. Que había ofrecido una recompensa para quien se la entregara, si lo registraban, encontrarían un sobre con cien mil euros en uno de sus bolsillos. Y que, antes de que alguien le pegara un tiro, nos había amenazado. ¿Por qué habíamos rechazado el dinero? Porque solo quería a Siobhan para cerrarle la boca, igual que había hecho con su hija. Quevedo se avino a aceptar la explicación, aunque sin pruebas aquello iba a ser una cuestión de fe y, que lo disculpara don Samuel allí presente, la fe mueve todas las montañas del mundo menos las de un juzgado.

Intervine para resaltar algunos hechos en los que la fe no tenía hueco. Por ejemplo, Wood era zurdo y el forense había hablado de que a Lynn O'Malley la habían asesinado un zurdo y un diestro. Yo, en lugar del sargento, cogería su cuchillo con dos dedos y lo metería en una bolsita de plástico. O mucho me equivocaba o la mordida coincidiría con el arma que acabó con la irlandesa. Del Rosario abrió los brazos. Eso sería magnífico si dispusiéramos de un cadáver con el que cotejarlo, pero, como yo ya sabía, el cuerpo de la muchacha había sido robado. Quevedo chistó, los trapos sucios se lavaban en casa. Sin embargo, la cabo tenía razón: no había cadáver con el que contrastar el filo del cuchillo. Los miré. Cadáver había, solo faltaba encontrarlo. Y alguien me había revelado que Gallagher pretendía volver a Cork con los restos de Lynn. Que me llamara ingenuo, pero yo no dejaría piedra sin levantar en el chalet de los irlandeses.

En ese momento los enfermeros llegaron para llevarse a los heridos. Tuvieron especial cuidado con el cuerpo del *father*, se quejaba menos, pero su vida peligraba más. La veterinaria los acompañó en el trayecto hasta la ambulancia. Durante el traslado nadie se atrevió a hablar, la imagen exangüe de Jonas Gallagher escocía. Don Samuel se levantó, se limpió los pantalones de polvo, exhaló un suspiro y se unió a nosotros.

Después de preguntar a los demás testigos y en vista de que ninguno de ellos podía aportar nada, el sargento les pidió que le dieran sus datos a uno de sus hombres y se fueran a casa, allí ya no tenían más qué hacer. Ese mandado no iba con nosotros, claro, aún necesitaba entender algunas cosas. Permitió al tipo de detrás de la barra que abriera el chiringuito otra vez, por si alguien quería beber algo. Tenía la boca seca y le vendría bien una cerveza fría. ¿Perdón? No. Aún estaba de servicio, pero eran las fiestas del pueblo y podía hacer una excepción.

Se bebió a morro la mitad de la botella. Por un momento pensé que se iba a limpiar la boca con la manga de la camisa y a eructar, pero el hombre barrió el aire con la mano como si espantara una molesta idea y continuó con el interrogatorio. De acuerdo, iba a aceptar que habíamos resuelto el asesinato de Lynn O'Malley. Que hallarían su cuerpo enterrado en el jardín del chalet, bajo un magnolio. Que las muescas del cuchillo coincidirían con sus heridas.

Que Siobhan testificaría contra la banda de los irlandeses. Y que el tal Wood, al final, se desmoronaría y acabaría confesando. La perra gorda para nosotros.

Ahora faltaba aclarar el segundo crimen. Desde luego que Gallagher seguía con vida, pero ya había visto yo la cara de la veterinaria, así que íbamos a trabajar con el supuesto de que el cura irlandés no llegaría al día siguiente. El guardiacivil quería averiguar, ya que tanto parecíamos saber sobre el asunto, nuestra opinión acerca de quién había podido matar al sacerdote irlandés. Gervasio y Diana guardaron silencio. Yo había desatado la madeja, así que me tocaba a mí tirar del hilo.

Cabrones.

Eché una mirada a la plaza. Cada vez iba quedando menos gente, ¿dónde se había visto una verbena sin música? No pretendía dármelas de sabiondo, de manera que le pedí al sargento que se tomara lo que iba a proponerle como una sugerencia, ¿vale?, no era yo nadie para decirle cómo llevar un caso de asesinato. ¿Qué diantres le iba a sugerir? Que mirara el puzle pieza a pieza. Eso. Así iríamos absolviendo pecadores.

Aquella noche habían acudido a la verbena todas las personas implicadas en el caso O'Malley. ¿Cómo? Sí, también nos incluía a nosotros tres, pero Álvarez, Diana y yo estábamos en mitad del tiroteo y le retaba a encontrar a alguien que nos hubiera visto sacar un arma. ¿Me permitía continuar la historia? Perfecto. Pues teníamos a Gallagher y a Alfred Wood situados justo donde ahora nos contemplaba la cabo Del Rosario. De repente alguien abre fuego y el *father* se desmorona en brazos de su discípulo, que se halla detrás con las manos en los bolsillos. Ambos habían llegado a la verbena con Israel Mederos, pero podíamos descartar una insurrección del guardaespaldas puesto que, en el momento del disparo, iba camino del centro de salud con quemaduras de segundo grado. Por otra parte, teníamos a dos tipos con antecedentes como para empapelar la iglesia, pero tampoco nos valían porque tenían una coartada impecable: en el momento en que abatían a Gallagher, ellos estaban mostrándoles la documentación a dos guardiaciviles en mitad de la plaza.

Quevedo me mandó parar. Si seguíamos absolviendo de esa forma, nos íbamos a quedar sin pecadores. Sí. Por eso le había

propuesto que pensara en un puzle. Y es que al rompecabezas le faltaba una pieza. El sargento empezaba a cabrearse con aquel método tan *simenoniano*, me cago en la gran puñeta. ¿Qué pieza le faltaba, joder, ya? Gervasio Álvarez intercedió por mí. Comprendió que Quevedo tenía el umbral de la paciencia muy bajo y supuso que no se atrevería a darle una trompada a un viejo colega. Que no me hiciera caso el sargento, a él también le tocaba mucho los huevos tener que sacarme la información con fórceps, ya me había sufrido en el pasado y de veras era desesperante. El guardiacivil respiró hondo, acabó su cerveza y pidió por favor que alguien le dijera de quién hablábamos.

Cuando le solté un nombre, el sargento bufó. ¿Me había vuelto loco yo o qué? ¿Sabía a quién estaba acusando de asesinato? Lo sabía. A un miembro distinguido de la comunidad, sin duda. Un hombre al que todos en el pueblo respetaban, cierto. Pero también un tipo que estaba implicado hasta las cachas en aquel caso.

Antes de que le dispararan, Jonas Gallagher lo había amenazado porque lo consideraba, cité textualmente, un *perro traidor*. El chalet donde se alojaban los irlandeses estaba a su nombre. Los tipos a quienes los guardiaciviles habían parado porque les resultaron sospechosos trabajaban para él. Y, por último, y eso era más un pálpito que un hecho contrastado, si lograban dar con el tragafuego que había incendiado la barraca de enfrente deberían preguntarle quién le pagó para montar aquella distracción. No. No creía yo que fuera una coincidencia.

La realidad era que todos los caminos nos conducían a Roma.

La Roma de Celso Navarro.

XXIII
EPÍLOGO. LA ESTACIÓN ENJAULADA

El atardecer empujaba a la añoranza.

Un cielo anaranjado nos acompañó en el camino de regreso. Gervasio conducía en silencio, absorto en quién sabe qué tribulaciones. Los últimos días le habían dado mucho en qué pensar. Se había bañado en el agua gélida del Atlántico, como cuando era niño. Se había fumado un puro, después de cuarenta años sin probar el tabaco. Había estado a punto de inmolarse para salvar a una mujer que apenas conocía. Toda una odisea. Pero no veía la hora de llegar a casa.

Nos habíamos despedido de ellas en la puerta de la pensión Galdós. En las noticias daban por hecho que nos iban a confinar a causa del virus, los infectados caían como moscas, los enfermeros sudaban sangre y los hospitales no daban abasto a tanto contagio. La señora decidió que pasarían juntas la clausura en el hostal. Igual que monjas, sí. La pareja portuguesa se acababa de marchar y ni loca pensaba quedarse sola con el retrato de su tía en aquella casona. Celeste se mostró encantada, ya había tenido retiro y aislamiento suficientes cuando enviudó. Y Siobhan, aunque podía regresar a Irlanda sin temor, prefirió quedarse lo que pensaba que serían unos días con aquellas mujeres que con tanto mimo la habían tratado. Nunca se había sentido tan segura en la vida.

Después del almuerzo, la señora nos invitó a una última copa en la mesa del balcón, abierto al mediodía. Gervasio, con todo el dolor de su alma, tuvo que rechazarla porque esa tarde volvíamos a casa y le tocaba conducir; necesitaba una siesta. Celeste y Siobhan debían hacer acopio de provisiones; les aguardaba un tiempo de

sequía. De modo que nos vimos Diana Solís y yo solos ante el peligro de un tequila reposado y la misma caja de bombones que nadie llegó a probar. Ella se echó a la boca uno de licor de cerezas y levantó el vaso, Brindo, Ricardo, porque se haya acabado esta trapisonda, chico, de lo contrario me iba a convertir en una alcohólica; eres una influencia catastrófica; he bebido en esta semana lo que nunca en diez años, pero no me quejo; todo sea por haber recuperado a un buen amigo.

Yo seguía preguntándome cómo de bueno y cómo de amigo era para Diana. La maestra de idiomas interpretó los garabatos de mis dudas. Algo mejor que bueno y algo más que amigo en otra vida. Sin embargo, prefería lo que teníamos aquella tarde. No necesitaba un amante, le sobraba con alguien a quien contarle sus miserias. ¿Qué miserias? La de volver al punto de partida. Ajá. Me había ido a buscar porque no soportaba la culpa de no haber hecho nada en la muerte de Lynn. Y ahora se la comía el remordimiento por la muerte de Gallagher. Sí. Hubo un momento durante la investigación en que la deseó con avaricia, pero cuando vio *a\ father* allí tirado en el suelo de la plaza se arrepintió.

¿Habría preferido que la bala la recibiéramos Gervasio o yo? Claro que no, caramba. Habría preferido que nadie muriera. Me sinceré con ella. Que leyera mis labios: ni Diana había puteado a una veintena de niños en una parroquia del quinto pino, ni había apretado el gatillo contra el gran puteador. Los deseos por sí solos no hieren a nadie. Jonas Gallagher había acabado con un agujero en el pecho porque quiso hacerle trampas a la muerte y la muerte ya sabía dónde vivía. Entre todos lo mataron y él solito se murió.

Ya.

Sin embargo, el refranero no le servía de consuelo. Mis propósitos eran loables. Mi intención, noble. Mi amistad, rocosa. Por eso me había querido siempre. Pero no iba a quitarle de la cabeza que un hombre había muerto porque ella tensó la cuerda más de lo debido. Cogí su mano. De acuerdo. Pero a partir de ahora, cada vez que la asaltaran las pesadillas, cada vez que pensara en el gurú cabrón desangrándose en la verbena, que mirara a la muchacha irlandesa que iba a pasar la clausura en su hostalito. Cada una de sus sonrisas y cada una de sus lágrimas se las debía a Diana Solís. Solo a ella.

La señora se despidió de Gervasio con un abrazo lento y cariñoso y la promesa de ir a visitarlo desde que nos liberaran. Luego, se acercó a mí, me agarró la cara con sus manos y acercó sus labios a los míos, Espero, amigo mío, que dentro de veinte años recuerdes bien a qué sabe este beso.

Jonas Gallagher no llegó a ver amanecer. En ningún momento recuperó la conciencia. A las cuatro de la madrugada entró en parada cardiorrespiratoria y, por más que lo intentaron, los médicos no pudieron devolverle el resuello. El único que asistió al sepelio fue don Samuel. A pesar de que le advirtieron del peligro de contagio con esa cepa vírica hormigueando por todos los rincones, el Equilibrista no iba a permitir que nadie, por más crápula y depravado que fuese, abandonase el mundo sin un paisano que lo acompañara.

Alfred Wood e Israel Mederos se enteraron de la muerte del gurú en la habitación que compartían en una clínica privada del sur. El irlandés tendría que acostumbrarse a vivir con un solo brazo. El sicario, a caminar con bastón. La enfermera encargada de comunicársela aseguró que a ninguno de los dos le afectó la noticia. Incluso pareció que sonreían. Quiso creer que era a causa de la fuerte sedación que les habían administrado, pero salió de allí con un escalofrío recorriéndole la espalda.

La Guardia Civil halló el cadáver ya pútrido de Lynn O'Malley en el jardín del chalet, solo que no enterrado debajo de un magnolio sino de un naranjo. A Quevedo le salió la socarronería. ¿Qué coño queríamos?, él era guardiacivil, no jardinero. Decidió no decírselo a la madre. Habían vuelto a llevar el cuerpo a la nevera de la lonja del pescado, pero esa vez ordenó a dos de sus hombres que lo vigilaran hasta que la forense sustituta, Celia Cantón, pudiera examinarlo.

Celso Navarro declaró bajo juramento que la noche de la verbena no había salido de casa. Había cenado una ensalada de pollo con queso de Cabrales, se había pimplado media botella de vino blanco y se había dormido viendo una película. ¿Qué película? Una de Hitchcock. Paul Newman hacía de físico nuclear metido a espía. ¿Tan aburrida era? No, pero él se encontraba resfriado y pensó que podía ser el virus, así que decidió tomarse dos aspirinas. ¿Alguien podía corroborar esa coartada? Nadie. Navarro vivía solo

y tenía el sueño duro. Ni siquiera escuchó las dos llamadas que le hicieron sus hombres para contarle lo de Gallagher. Sí. Así fue como se enteró. Por un guasap leído al día siguiente.

Sus secuaces juraron que habían ido a la verbena a tomarse una copa. ¿*Motu proprio* significaba por su cuenta y riesgo? Pues justo. Por su cuenta y riesgo. Ni el jefe les había ordenado que siguieran a ninguna pelirroja ni habían tenido vela en el entierro del cura irlandés. Estaban resueltos a echarse una copa y un baile hasta que los dos guardiaciviles les dieron el alto y les pidieron el carné. Después del follón que se montó con el tiroteo, creyeron que era un buen momento para acabarla fiesta. ¿Por qué? Porque estaban hartos de que, cada vez que había alboroto en el pueblo, los culparan a ellos, una vez maté un perro y me llaman mataperros, cojones.

El tragafuego se cuidó de confesar que alguien le había pagado para provocar un incendio. No pensaba inculparse de un delito. Había sido un fatal accidente y, si tenía que pagar por el tratamiento de los heridos o los desperfectos del chiringuito, lo haría con gusto. ¿Con el seguro de titiritero? No. Con un capital que tenía ahorrado para situaciones como aquella. Claro, claro. La cabo Del Rosario tuvo que contener la risa al oír lo de los ahorros del *hippie* rastafari, pero no tenía pruebas que demostraran lo contrario, de modo que no le quedó más remedio que dejarlo marchar, aunque antes le advirtió de una última cosa. A resultas de su fatal accidente había sido asesinado un hombre. Eso colocaba al tragafuego en una posición delicada: era testigo de un crimen y los testigos de un crimen se convierten pronto en un problema para el asesino. ¿Sabía el muchacho de los pelos locos cómo solían resolver sus problemas los asesinos?

Gervasio rompió el silencio para consultar adónde me llevaba. Buena pregunta. Eso mismo venía yo cavilando desde que salimos del pueblo. Como tardaba en responderle, mi amigo se atrevió a algo que en otras circunstancias jamás haría: inmiscuirse en mi vida privada. Lo había hablado con su mujer, ya sabía yo cuánto me quería y cómo se preocupaba Susana por mí. Cerré la ventanilla, comenzaba a refrescar. ¿Y qué habían decidido Susana y él? Que pícame fino lo del virus que lo quiero para la cachimba. Se avecinaban malos tiempos y yo tenía que considerar la opción de

pasar el confinamiento con alguien.

Olía a conspiración.

¿Seguro que solo lo había tratado con Susana? Gervasio titubeó. Aquellos tejemanejes no iban con él, carajo. Ya había dicho lo que tenía que decir, la decisión era mía.

Exacto, la decisión era mía.

Comenzaban a verse las luces de la ciudad al fondo. La panza de burro nos aguardaba con su pátina de melancolía. Una promesa de lluvia se elevó en el aire. Álvarez me miró ¿Y entonces qué? Yo señalé el camino de la izquierda, Entonces, compadre, llévame a casa de Beatriz.

Las Palmas, septiembre de 2022

JOSÉ LUIS CORREA (Las Palmas de Gran Canaria, 1962). Es profesor de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria y escritor. Sus comienzos están relacionados con el relato, cuentos breves que escribe para sus estudiantes de instituto. Algunos de ellos tuvieron la fortuna de cosechar diferentes premios: el Julio Cortázar (La Laguna, 1998) o el Campus (Las Palmas, 1999). Y otros han sido publicados en la antología *¿Qué quieres que te diga? Y otros cuentos*.

A finales de los noventa comienza una carrera de novelista que ha sido refrendada con otras importantes distinciones: Premio Benito Pérez Armas (S. C. de Tenerife, 2000), tiene un Premio Ciudad de Telde (2001), Premio Vargas Llosa (Murcia, 2002). Su aportación más conocida a la novela, es la de un personaje que ya forma parte del imaginario de la negra moderna: el detective Ricardo Blanco. La saga se inicia con *Quince días de noviembre* y continúa con *Muerte en abril, Muerte de un violinista, Un rastro de sirena, Nuestra señora de la Luna, Blue Christmas, El verano en que murió Chavela, Mientras seamos jóvenes y El detective nostálgico*.

Su obra ha sido traducida a varios idiomas (alemán, finlandés, italiano).